



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Un objeto jubiloso con gusanos en el centro

Clandestinidad, secreto público y labor de lo negativo en la lucha antifranquista en Catalunya (1939-1977)

Jofre Padullés Plata

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

UN OBJETO JUBILOSO CON GUSANOS EN EL CENTRO
Clandestinidad, secreto público y labor de lo negativo en la lucha
antifranquista en Catalunya (1939-1977).

JOFRE PADULLÉS PLATA
UNIVERSITAT DE BARCELONA

PROGRAMA DE DOCTORAT D'ESTUDIS AVANÇATS EN
ANTROPOLOGIA SOCIAL.

PROCESSOS DE CONTROL SOCIAL: TREBALL, EXCLUSIONS I VIOLENCIA.

MANUEL DELGADO RUIZ
DIRECTOR DE LA TESIS

UN OBJETO JUBILOSO CON GUSANOS EN EL CENTRO
Clandestinidad, secreto público y labor de lo negativo en la lucha
antifranquista en Catalunya (1939-1977).

JOFRE PADULLÉS PLATA
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Barcelona, 26 de setembre de 2016.

ÍNDICE

Resumen.....	7
Abstract.....	9
(A) ANTECEDENTES.....	11
(B) INTRODUCCIÓN.....	21
(C) LA CAUSACIÓN DIABÓLICA.....	31
(D) DE LA RESISTENCIA A LA OPOSICIÓN.....	41
(E) LA INCORPORACIÓN A LAS ORGANIZACIONES CLANDESTINAS.....	69
(F) EL SECRETO COMO MECANISMO DE TRANSMISIÓN.....	97
(G) OCULTACIÓN Y SECRETO PÚBLICO.....	119
(H) CARTOGRAFÍAS OCULTAS.....	155
(I) EL PARAGUAS DEL DISIMULO Y LA <i>NEGACIÓN</i>	173
(J) MAPAS FURTIVOS.....	193
(K) EL ESPACIO PÚBLICO COMO EPIFANÍA Y FETICHE.....	227
(L) LA APOTEÓISIS DEL SECRETO PÚBLICO.....	269
(M) EXCURSO A PROPÓSITO DEL SECRETO Y LA NEGATIVIDAD.....	293
Bibliografía.....	307

RESUMEN

El antifranquismo como conglomerado de movimientos sociales de resistencia goza de una atención historiográfica abundante. Las compartimentaciones partidistas, las controversias ideológicas y las lógicas y dinámicas políticas que permitían diferenciar etapas han sido ampliamente estudiadas y reconocidas. Esta preocupación generalizada por tratar el antifranquismo como parte de la historia de las instituciones políticas, ha tenido como consecuencia una falta de atención a la forma en que toda esta actividad se llevaba a cabo, es decir, el reconocimiento de las dimensiones más oscuras de la actividad clandestina. Las técnicas concretas de ocultación, las estrategias de camuflaje, las competencias para lograr la invisibilidad, las redes de contacto que funcionaron a partir de las necesidades cotidianas, de los sentimientos compartidos, los afectos resentidos, todo lo que conformaría la capa freática de la que alimentaría cualquier cristalización posterior pero de la que dependía en última instancia.

Atender a esta dimensión oculta de la vida social en la lucha contra la dictadura en Catalunya constituye el argumento principal de esta investigación. La aplicación de enfoques específicamente antropológicos ha permitido enfatizar tanto la dimensión tecnologicomaterial -las maneras de luchar, el "cómo" de la lucha- y la comparación intercultural, asociada en este caso al secreto como recurso y código culturalmente pautados.

ABSTRACT

The antifranquismo as a conglomerate of social resistance movements have so many historiographical attention. The different political points of view, ideological disputes and logical and dynamic policies that allowed different moments and positions, have been widely studied and recognized. This general concern about treating antifranquismo as part of the history of political institutions, has resulted in a lack of attention to how all this activity was carried out, as a recognition of the darkest dimensions of the clandestine activity. Specific concealment techniques, camouflage strategies and skills to achieve invisibility, the networks that activated from the diary needs of shared feelings, resentful feelings, as a kind of underworld focused on making possible the real materialization of that context, and from everything settle the water table from which ultimately depended.

To take care of this hidden dimension of social life in the struggle against the dictatorship in Catalonia is the main argument of this research. The application of anthropological approaches allowed to emphasize both the technologic-material dimension -the ways to fight the "how" of the struggle- and cross-cultural comparison, associated in this case to the secret code as a resource and cultural pattern.

A. ANTECEDENTES.

El antifranquismo como diversidad de movimientos sociales de resistencia goza de una atención historiográfica abundante que ha aportado informaciones relevantes a propósito de sus protagonistas y sus actividades, constatando las compartimentaciones partidistas, las controversias ideológicas, los acontecimientos concretos, y las lógicas y dinámicas políticas que permitían diferenciar etapas. No obstante, aparte de estas aportaciones que contemplan el antifranquismo como parte de la historia de las instituciones políticas, existe un gran vacío en cuanto a estudios que presten atención a la manera en que toda esta actividad se llevaba a cabo, es decir, las técnicas concretas de ocultación, las estrategias de camuflaje, las competencias para lograr la invisibilidad en los diferentes espacios de exposición como la plaza, la calle y todo tipo de espacios públicos y semipúblicos.

Esta constatación, comentada a finales del año 2006 en una clase de antropología, cuando ésta era aún un segundo ciclo universitario, despertó mi interés por un tema que me era muy familiar, pero sobre el que prácticamente nunca se hablaba. Aquel comentario, que fue acompañado de la invitación a colaborar con el Grup de Treball Etnografia dels Espais Públics del Institut Català d'Antropologia, disparó en mí todos los recuerdos que adormecidos se encontraban en algún rincón de mi memoria: mi abuelo había estado en la cárcel, por rojo, también mi tío paterno, y sabía que tanto mi padre como mi madre habían sido militantes de las Juventudes Comunistas. Todos habían sido militantes del PSUC, el Partit Socialista Unificat de Catalunya, fundado el 23 de julio de 1936 en un pequeño bar de Barcelona, el Bar del Pi. Posiblemente el partido con más influencia dentro de Catalunya durante la clandestinidad impuesta por la dictadura franquista.

Me constaba también que mi tío paterno había llegado a tener grandes responsabilidades dentro del partido, y que una vez muerto Franco y legalizados los partidos políticos, había sido elegido diputado por el PSUC en las primeras elecciones democráticas al Parlament de Catalunya. No dudé en ningún momento en aprovechar aquella oportunidad que se me presentaba. Recuerdo el día que fui a ver a mi tío Francesc para contarle la investigación que tenía entre manos. Quedamos en un café de Manresa y no estuvimos más de diez minutos en aquella mesa. El tiempo justo de tomar el café. En cuanto le manifesté mis ganas de conocer acerca de la organización del PSUC en la comarca, me respondió que él no tenía ningún interés en hablar de ello. Recuerdo como si

fuera hoy el estado de perplejidad en el que me quedé. Por suerte, accedió a darme algunos nombres de compañeros de militancia y algún teléfono, en lo que parecía ser un gesto de generosidad extrema por su parte.

Salí de aquel encuentro con una sensación agri dulce. Por una parte, sabía a dónde dirigirme para continuar con mi investigación, pero por otra, aquél que yo creía que iba a ser un informante clave, se había negado a hablar del tema. La lección más importante de aquel encuentro, y seguramente en el mejor de los momentos posibles, fue la reflexión que me suscitó acerca de los límites éticos en el trabajo del investigador. ¿Hasta dónde podemos llevar a nuestro interlocutor para obtener de él aquello que deseamos?

Yo fui incapaz de dar un paso más cuando Francesc me dijo que no quería hablar del tema. Y lo mismo me ha ocurrido cada vez que me he encontrado en una situación similar. No obstante, también me ha tocado vivir de cerca la actitud de colegas interesados en cuestiones de memoria histórica que, aludiendo al “servicio público” que podría ofrecer determinada información poseída por un informante, han perseguido hasta la saciedad a quien no quería contar nada. Recuerdo el caso de un historiador que quiso hacer firmar a un ex-represaliado un documento en el que reconociera que no autorizaba al investigador en cuestión a consultar su expediente judicial. Gestos como aquél me han llevado a preguntarme más de una vez hasta qué punto aquello que se denomina memoria histórica es una voluntad de conocer hechos pasados o un interés por apropiarse de ellos.

A pesar de la desilusión por la negativa de mi tío a colaborar en la investigación, rápidamente acudí a los contactos que me había facilitado y, ahora sí, en cuestión de pocos días tuve a mi alcance unos cuantos informantes dispuestos a ser entrevistados. Estos me proporcionaron nuevos contactos y al cabo de poco tiempo la lista de informantes se acercaba al centenar, sólo en relación a la ciudad de Manresa. Fue entonces cuando, consciente de la acumulación desorbitada de datos de que disponía, opté por definir un plan de trabajo.

Si bien en un primer momento se trataba únicamente de recoger algunos testimonios, para contribuir en una investigación en curso, con unas consignas muy claras acerca de la información a obtener, las conversaciones que había mantenido así como la documentación que había consultado en diferentes archivos, me llevaban a nuevas preguntas cuyas respuestas quedaban fuera de los propósitos planteados en la investigación ya aludida en el marco del Grup de Treball d'Etnografia dels Espais Públics.

Sin haberlo pretendido, tenía entre manos un nuevo proyecto de investigación. Tres núcleos de población resultaban especialmente interesantes por sus contrastes y por mantener a la vez una vinculación “orgánica” -como se decía en el argot clandestino-, al formar parte de un mismo comité comarcal del PSUC. Estos eran Manresa, Sallent y Navarclés, tres capitales de municipio de la comarca del Bages.

Brevemente, el Bages, comarca catalana con una población aproximada actualmente de 185.000 h, presenta una distribución demográfica para la cual tiene mucha importancia la repoblación efectuada en el s. IX. Al abrigo de los numerosos castillos con jurisdicción territorial, aparecieron pequeños núcleos concentrados y un poblamiento disperso en forma de caseríos. Ya desde estos momentos se destacó la ciudad de Manresa, aprovechando la buena situación del Pla de Bages, como centro de un posible abanico de comunicaciones en todos los sentidos, particularmente hacia las tierras prepirenaicas. Con la industrialización moderna, la distribución de la población cambió radicalmente al recibir produciéndose una fuerte inmigración y un crecimiento notable de la población¹: con el aprovechamiento de la fuerza hidráulica, numerosos núcleos del bajo Bages crecieron con rapidez, mientras aparecían centros (colonias) destinados exclusivamente a los obreros industriales, por el contrario, las aldeas rurales y las masías del alto Bages quedaron estancadas y empezaron a ser abandonadas. La inmigración, procedente principalmente de Murcia y de la Andalucía oriental, fue muy importante hasta la mitad de los años setenta por la demanda de mano de obra en las minas de sales potásicas y también de la industria. El hecho económico más destacable fue el desarrollo de una industria textil algodonera a partir de los primeros decenios del s. XIX. El primer telar mecánico de Catalunya parece que fue instalado en Sallent, aprovechando las aguas del Llobregat, hacia el año 1826. A partir de entonces fueron apareciendo, a lo largo de dicho río (particularmente en los municipios de Sallent, Sant Vicenç de Castellet y Monistrol) y del Cardener (Cardona, Súria y Manresa) numerosas fábricas, junto a los antiguos pueblos y las colonias fabriles.

A la par que se produce tal proceso de industrialización, se genera una importante tradición de lucha obrera que podemos reseguir a partir de las *Memorias de Pedro Flores* (2003), miembro de las Juventudes Libertarias de Manresa y de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), pero sobretudo de su anterior, *Las luchas sociales en el alto Llobregat y*

¹ La segunda mitad del s. XVIII se alcanza la cifra de 26.000 h, llegando a los 55.000 h el año 1857. Al comenzar el s. XX, el conjunto de la población continuó aumentando unos 65.000 h, hasta llegar a cerca de 90.000 h, treinta años después y a 150.000 h cincuenta años después. Fuente: <http://www.idescat.cat/emex/?id=07>.

Cardoner (1981), o de los dos volúmenes que le seguirían, *Tipos manresanos I* (1994) y *Tipos manresanos II* (1995). También los trabajos de los historiadores Jaume Serra (1988) y Gal·la Garcia (2011) resultan del todo imprescindibles. Focalizados en la ciudad de Manresa, y en versión web, encontramos los trabajos publicados por la Associació Memòria i Història de Manresa, acerca de los primeros años del franquismo (2011), y acerca de la represión sufrida durante todo el período franquista (2009).

El caso fue que, a las puertas del verano del 2007, me puse en contacto con las concejalías de Cultura de cada uno de los ayuntamientos de estas localidades. La propuesta de investigación les resultó interesante por su novedad, y los tres accedieron a subvencionar parte de la investigación, a la que también contribuyó una subvención concedida por la Direcció General per la Memòria Democràtica de la Generalitat de Catalunya.

Después de casi tres años de inmersión profunda en la investigación, y una vez trazada una imagen clara y coherente del proceso que se había producido en la militancia del PSUC desde su renacimiento en la segunda mitad de los años sesenta hasta la legalización del partido, opté por darme un respiro y dirigir mis esfuerzos hacia nuevos proyectos. No fueron muchos meses los que estuve desconectado de aquella empresa, pero sí los suficientes como para que se produjera una cierta digestión y me apareciesen nuevas dudas e interrogantes. Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que era precisa y urgente una reorientación en la perspectiva que estaba adoptando. Una reorientación que debía ser realizada apoyandome en referentes que sobrepasaran el estricto marco geográfico de la comarca del Bages y el breve período acotado en primera instancia. De manera que sirviéndome de testimonios reunidos en una investigación previa llevada a cabo junto a Manuel Delgado y Gerard Horta (Delgado, Horta y Padullés, 2012) donde desde una misma perspectiva atendíamos al conjunto del territorio catalán y nos situábamos como punto de partida en el final de la Guerra Civil, se ha trató de cuestionar las premisas que habían guiado mi propio trabajo sobre el tema hasta entonces.

Brevemente, se podría decir que una parte importante del análisis se dejó llevar por la fascinación que generaba el objeto de estudio. Ésta, más la proximidad con referentes teóricos acomodados en ambigüedades metafísicas, favoreció la construcción de imaginarios más propios de las novelas de caballerías, con poderes oscuros que emanaban de pequeños grupos conspiratorios, identificando la célula comunista con una especie de comunidad del anillo, al estilo de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien, popularizada por la trilogía cinematográfica de Peter Jackson.

Pensando en el caso del Bages, motivos no me faltaban. En el período en el que había prestado atención, desde 1946 hasta 1977, se pasaba de un estado de casi absoluta inactividad al surgimiento de una célula del PSUC –segunda mitad de los años sesenta– formada por cinco miembros. Este grupo promotor daría lugar a la aparición de nuevas agrupaciones en la misma ciudad de Manresa, que, a su vez, se pondrían en contacto con otras localidades de la comarca favoreciendo la creación de una red de resistencia que llegaría a poner en situación de jaque al poder de la dictadura en la comarca del Bages. En cuestión de no más de cinco años, habrían aparecido decenas de células nuevas dispersas por todo el territorio, se habrían creado órganos nuevos capaces de articular aquella energía, y detrás de todo ello estaba siempre presente la estrategia pensada, planificada, organizada y dirigida por el embrión de todo aquel movimiento en apariencia subterráneo.

Podríamos decir que aquella empresa había culminado con una grata sensación de satisfacción y hasta con una cierta autocomplacencia. Ya no había dudas, y cualquier anomalía era integrada con facilidad por el sistema teórico que había construido. Tenía respuestas para todo y la mayoría de las veces las obtenía apelando al secreto y sus virtudes estructuradoras, dándole a éste la capacidad de generar mundos paralelos con cualidades y capacidades propias, ajenas al mundo del resto de los mortales. Sin darme cuenta, había producido una fetichización del secreto como algo oculto y trascendente, ideado por humanos pero trascendente a ellos.

Más allá de la tendencia personal a dejarme seducir por el secreto, ésta se vió agudizada en la construcción del marco teórico por la lectura del secreto que nos propone Simmel: “el secreto ofrece la posibilidad de que surja un segundo mundo junto al mundo aparente, que sufriría con fuerza la influencia de aquél” (Simmel, 1986 [1908]: 378). Al considerar que los secretos enaltecen la realidad, Simmel divide el mundo en exterior visible y profundidad invisible que determina el exterior, de manera que todo intento de desenmascarar las apariencias puede llegar a conformar el misterio en sí. En este caso, el secreto alcanzaría el estatus divino a partir de lo que podría llamarse, como sugiere Michael Taussig, un secreto público o “el secreto verdadero” (2010 [1999]: 78). Un secreto que nos recuerda aquél que Derrida (1992) dice perseguir en sus lecturas ininterrumpidas de la obra de Roland Barthes, o acerca del mismo Louis Althusser, cuando en su funeral reconoce en

2 Aparecido por primera vez en la revista *Poétique*, nº 47, el 1981.

su figura un secreto apenas adivinado, inagotable, porque cada uno había querido a un Louis Althusser diferente (Derrida, 2005³).

Ésta sugerente diferenciación entre secreto y secreto público constituye el punto de inflexión que determina y guía la reorientación a la que se acaba de hacer referencia. El secreto en su dimensión de técnica sociológica de relación social ha sido reconocido como una forma de acción, sin la cual, en atención al ambiente social, no podrían conseguirse ciertos fines. Desde esta perspectiva, el secreto actúa como un dispositivo de estructuración social en la medida en que se le reconoce la capacidad de ocultación. Esta consideración se deduce de la misma naturaleza del término, tal como lo recoge la Real Academia de la Lengua Española en su vigésima segunda edición: secreto es lo que se secreta, es decir, que se segrega, que se separa. De ahí el término secreción, que significa segregación, de lo que se deriva que secretar sea lo mismo que separar, poner aparte. Dicho de otra manera, el secreto hace a su depositario un ser de otra especie, sólo homologable con aquellos que “están en el secreto”, como si el secreto fuera un lugar o un territorio dotado de fronteras vigiladas, donde no todo el mundo cabe.

Asímismo, como técnica sociológica de relación social, el secreto cumpliría a su vez una segunda tarea: igual que segrega/separa, pone en contacto, une, comunica. Magnífico ejemplo lo encontramos en el término *schibboleth*, empleado para referirse a cualquier uso de la lengua indicativo del origen social o regional de una persona, o de forma más amplia cualquier práctica que identifique a los miembros de un grupo, una especie de santo y seña. Su origen es la palabra hebrea שְׂבוּלֵת que significa literalmente espiga, pero también río o ribera. El término deriva de un episodio de la Biblia en el cual la pronunciación de esta palabra fue utilizada para distinguir a los miembros de la tribu de Efraím, cuyo dialecto carecía del sonido /ל/, de los galaaditas cuyo dialecto sí lo incluía. En el capítulo XII del libro de los jueces se narra lo acontecido después de que los habitantes de Galaad infligieran una derrota a la tribu de Efraím. Cuando los efraimitas supervivientes intentaban cruzar el río Jordán se encontraron a sus enemigos vigilando ríos y riberas, dispuestos a

3 Texto leído en el funeral de Louis Althusser, publicado por primera vez a *Les Lettres Françaises*, n° 4, diciembre de 1990, pp. 25-26. Una consideración acerca del secreto que Derrida extiende para toda literatura, el secreto que guarda toda literatura, un secreto que en cierto modo no existe: “Detrás de una novela, o de un poema, detrás de lo que en efecto es la riqueza de un sentido por interpretar, no hay un sentido secreto que buscar. El secreto de un personaje, por ejemplo, no existe, no tiene ningún espesor fuera del fenómeno literario. Todo es secreto en la literatura y no hay secreto oculto tras ella, he aquí el secreto de esta extraña institución” (cf. Derrida, 2000: 367-398).

identificarlos y matarlos a continuación. Para esto, los galaaditas ponían a cada viajero la misma prueba:

Los galaaditas cortaron a los efraimitas los vados del Jordán: y cuando los fugitivos de Efraím decían: *Quiero pasar*, le preguntaban los galaaditas: *¿Eres tú efraimita?* Y cuando respondía: *No*, le decían: *Di shibólet*; mas él decía: *sibólet*, pues no podía pronunciarlo bien. Entonces lo prendían y le degollaban junto a los vados del Jordán. Así murieron en aquel tiempo cuarenta y dos mil efraimitas. (Libro de los Jueces 12, 5-6).

El *schibboleth*, como la contraseña, confiere el derecho a pasar una frontera, es el equivalente de un visado o de un pasaporte, pero tiene también el valor diferencial, a veces discriminatorio, de un secreto compartido, marca y signo de reconocimiento de un “entre sí”. En síntesis, el secreto como dispositivo de estructuración social, conformaría una técnica de ocultación, y también de transmisión entre aquellos que “están en el secreto”.

Estas dos dimensiones del secreto fueron las que guiaron desde un primer momento tanto la investigación en el Bages (Padullés, 2010), como la realizada para el conjunto de Catalunya (Delgado, Horta y Padullés, 2012). Discernir entre mecanismos de conservación y de transmisión se convirtió en la tarea principal. No obstante, los relatos con que me encontraba me daban a entender que el secreto no podía únicamente leerse en estas claves. Lejos de presentarse como una frontera clara: los que saben y los que no, lo que se puede decir y lo que no, lo que se puede hacer y lo que no, el secreto presentaba una tendencia crónica a ser malversado: saber lo que no se debía, decir lo que no se podía, hacer lo no permitido. Una vulneración que se manifestaba entre los miembros del partido, entre éstos y ajenos a él, pero también, y más sorprendentemente, entre éste y los dispositivos de fiscalización establecidos por el régimen. No obstante, en el marco del sistema teórico que había establecido para la recogida de datos etnográficos, esta incongruencia –la transgresión continuada del secreto- era resuelta atribuyéndole una condición marginal, minimizándola o apelando a la distinción entre las normas establecidas y la práctica, es decir estableciendo un doble nivel de la realidad, tal y como sugería Simmel, que resolviera el poder de la contradicción. Obviamente, una ley no escrita en el seno del partido prescribía una serie de medidas de seguridad que debían ser acatadas si uno no quería ponerse en peligro a sí

mismo y al resto de la organización. ¿Pero eso era todo? ¿Remitirme a los planteamientos de “teoría y práctica” no tenía el efecto de impedir el análisis en nombre del análisis?

Por aquel entonces, la complacencia con la noción de secreto como magnificador de la realidad permitía aceptar tal paradoja como una prueba más de la validez del sistema interpretativo. El paradigma del doble nivel de la realidad que promueve el secreto: teoría y práctica, superficie y profundidad, parecía resultar inmune a toda crítica que se le presentase. Sin darme cuenta, el error ante el que estábamos sucumbiendo no distaba mucho del cometido décadas atrás por el antropólogo Kenneth Little (1951), en su análisis de las sociedades secretas de Sierra Leona, así como de sus objetos y sustancias sagradas. Little nos presenta una forma de ver la realidad que depende de modalidades de secreto apoyadas en dualidades metafísicas como materia y espíritu o apariencia y esencia. Por ejemplo, para referirse a la palabra mende *hale*, que suele traducirse por medicina y refiere a cualquier objeto útil para alcanzar ciertos fines por medios sobrenaturales, Little considera que el objeto en cuestión está impregnado de una fuerza sobrenatural externa al propio objeto (ibídem: 227). Un magnífico ejemplo del paradigma del secreto y del doble nivel de la realidad. También del enaltecimiento de la realidad al que se refiere Simmel.

Precisamente, aquello que permitiese a Kenneth Little referirse al secreto de las sociedades secretas de Sierra Leona como algo más que una institución, como “el núcleo duro de la cultura” (Little, 1948: 1-4), que impregnaría de una fuerza sobrenatural determinados objetos y personas, es exactamente la misma conclusión a la que se llegaba al considerar la estructura de la sociedad secreta del PSUC en Catalunya, sus cargos y sus funciones. Atendiendo a esta dimensión, la organización clandestina se presentaba como el “núcleo duro de la cultura”.

Por ventura, a finales del 2010 tuve la grata sorpresa de encontrarme con el libro de Michael Taussig, *Desfiguraciones. El secreto público y la labor de lo negativo* (2010 [1999]). De repente, con aquella lectura, todas aquellas dudas que me abrumaban parecían convertirse en las respuestas a los mismos interrogantes. El problema se transformaba en solución. La clave se encontraba en una atrevida propuesta del autor a partir de las nociones de “labor de lo negativo” de Hegel (2006 [1807]) y de “secreto público” acuñada por él mismo. Michael Taussig dedicaba una obra completa a estudiar el poder del desenmascaramiento para crear misterios, el quid de la cuestión en torno al que me encontraba absorbido, un especie de cinta de Möbius de la que no conseguía salir. Para nuestro caso, esta propuesta se traducía en desviar la atención de aquello que se presentaba como “el núcleo duro de la

cultura”, el secreto como mecanismo de transmisión y de ocultación, hacia aquello que tanto me inquietaba: la continua transgresión del secreto. En definitiva, se trataba de prestar atención a todo aquello que había sido desechado, marginado o atribuido a una disfunción o conflicto entre la norma y su materialización.

He aquí la diferencia entre el secreto y el secreto verdadero, entre un secreto impoluto y un secreto público. El primero presupone un conocimiento netamente positivo en el que la Verdad es contraria al Secreto, mientras que en el segundo se reconoce la existencia de un conocimiento negativo, es decir, un conocimiento fundado en el hecho de saber lo que no se debe saber. Conocimiento que se origina en cada una de las transgresiones a las que es sometido el secreto supuestamente impoluto –léase, positivo-. Desde esta nueva perspectiva, la transgresión del secreto a la que nos referiremos como *negación* lejos de convertirse en una anomalía a desechar se convierte en el centro de una fuente de producción de conocimiento social, conocimiento al que Tausig se refiere como *secreto verdadero* y al que aquí nos referiremos como *conocimiento negativo*. Esta reorientación permite reformular la hipótesis inicial y plantearla en los siguientes términos: ¿Y si el secreto era que no había ningún secreto? ¿Hasta qué punto la *negación* como producción de *conocimiento negativo* resulta determinante para el desarrollo de la actividad clandestina?

Y por último, si bien toda transgresión del secreto se fundamenta en una revelación del mismo que lejos de destruirlo le otorga justicia, podemos preguntarnos si cabe la posibilidad de una revelación total, una exposición absoluta del secreto que no permita la acción negativa de producción de conocimiento social y se limite a su autodestrucción como sugiere Casetti (1994 [1960]), es decir, una *apoteosis del secreto*. Dicho de otra manera, ¿qué sucede con este secreto público cuando, en principio, deja de ser necesario por la legalización de los partidos políticos.

Desde este nuevo punto de vista, se nos presenta un panorama completamente diferente. Coincidiendo con las diatribas proto-postestructuralistas del antropólogo australiano W. E. H. Stanner contra la “antropología estructuralista”, y parafraseando la caracterización que sus informantes hacen de su religión, podríamos decir que pasamos de “un núcleo duro de la cultura” a “un objeto jubiloso con gusanos en el centro” (Stanner, 1960: 5).

B. INTRODUCCIÓN

Inicialmente se han adoptado como referentes dos líneas teóricas principales. Por un lado, la proveniente de los enfoques derivados de las teorías del secreto –Simmel (1986 [1908]), o Jamin (1977) entre otros- y del etiquetado social –Goffman (1979), o Sacks (1973) por ejemplo-, relativos a las técnicas mediante las cuales las personas estigmatizadas por causa de identidades o conductas consideradas inaceptables desde las diferentes instancias de control social, procuran mantener en secreto su estigma, es decir, el rasgo o la marca que el entorno social en el que se mueven clasifica en calidad de reprobable o punible. Aquí se tomarían en cuenta estudios sobre prácticas de detección, fiscalización y disimulo relativas a identidades y conductas estigmatizadas, tanto por lo que refiere a personas con características físicas o étnicas mal consideradas, pero no directamente visibles, como en lo relativo a comportamientos ilegales o ilegítimos a ocultar del conocimiento ajeno, en un abanico que va desde el delincuente que intenta sortear la vigilancia policíaca hasta el cónyuge que se preocupa de que sus infidelidades matrimoniales no trasciendan.

La otra línea de investigación se emparentó con las investigaciones históricas que han atendido a la persecución contra grupos humanos considerados indeseables y la manera como estos han hecho frente al acoso del que eran víctimas. Como es sabido, la estigmatización es un fenómeno que tiene lugar allí donde un grupo minoritario es acusado por la mayoría y/o el Estado de ser culpable de las desgracias que afectan o podrían afectar a la sociedad. Detrás está la idea de que la expulsión, el enclaustramiento, la desactivación o la eliminación física del grupo conllevarán una mejora en las condiciones de vida de la sociedad. Este principio de causalidad, basado en la culpabilización de alguien, se expresó a lo largo de la historia de Europa a través de los ataques contra ciertas minorías a las que se atribuía una actividad conspiratoria.

En este sentido, se considera que los argumentos propagandísticos y las formas de acoso dirigidos desde el franquismo contra sus opositores, imitaban y reproducían las formas de descalificación y persecución, dirigidas en otros momentos históricos y en otros lugares contra otros grupos considerados conspirativos a favor del daño, la destrucción o el sometimiento de la sociedad. En este caso, la persecución contra republicanos, comunistas, anarquistas, catalanistas y otras modalidades de oposición al régimen franquista los presentaba y atacaba como las expresiones de una voluntad diabólica ejercida desde el

secreto, a la manera como se había imaginado que hacían los herejes medievales, las brujas, los homosexuales, los judíos, los jesuitas y todos los grupos humanos -reales o imaginarios- acusados en un momento dado de estar al servicio de potencias malignas, o directamente de encarnarlas.

Ambos referentes –el de los teóricos del estigma y su ocultación. y el de las investigaciones históricas acerca de las minorías perseguidas- comparten una misma premisa teórica, ambos se pueden agrupar bajo el paraguas de las epistemologías positivas. En este sentido, la diferencia entre secreto y secreto público propuesta por Taussig (2010) que nos permite introducir la variable “negativa” –de la *negación* tal y como se expuesto en el capítulo anterior- servirá no sólo para validar o refutar la hipótesis planteada en los antecedentes en relación al secreto propiamente sino que nos conducirá a una reflexión más amplia, en la que contribuirán con fuerza teóricos como Foucault o Bataille, a propósito de la posibilidad de una epistemología negativa así como de las características que debería reunir una eventual propuesta de antropología negativa.⁴

En términos metodológicos, la investigación se ha llevado a cabo mediante la utilización de las técnicas cualitativas propias de la historia oral y la etnografía, particularmente la entrevista semidirigida y en profundidad, la autobiografía, la historia de vida y la recopilación de documentación escrita y audiovisual. Se ha recurrido a testimonios personales, documentos privados y materiales de archivo que puedan cubrir con sus informaciones las diferentes etapas consideradas. En cualquier caso, el principal recurso de información han sido los propios testigos. En este sentido, cabe destacar la buena predisposición por parte de la mayoría de ellos a participar en tal proyecto. Recuerdo con especial ilusión el día que reuní en casa de Lluís Maruny, quien nos ha dejado hace no mucho, a todo el grupo inicial del Comité Local del PSUC de Manresa. Aquel día, por primera vez después de treinta años, antiguos compañeros se reencontraron de nuevo. Para el caso de Sallent, recuerdo con especial afecto el testimonio de José Torralbo, antiguo militante del PCE de los años cincuenta en Madrid, que después de participar en el V Congreso del PCE en Praga y ser encarcelado en el penal de Burgos con compañeros del Comité Central, fue a vivir a Sallent donde retomaría de nuevo la actividad clandestina. En su caso, las numerosas horas de entrevista que realizamos, junto con la abundante documentación que aportó, fueron publicadas con el título de *Vides Secretes. Memòries d'un militant clandestí* (Padullés, ed. 2009).

4 Esta discusión teórica se reserva para el último capítulo y a modo de excursión filosófica.

Con el uso de las fuentes orales lo que se pretende es recoger descripciones de los comportamientos asociados a la actividad clandestina. Más allá de la información recogida en los manuales de seguridad, interesaba conocer las aplicaciones concretas que se producían atendiendo a contextos determinados, y estas solamente podían obtenerse a partir de la conversación directa con los protagonistas. En una primera etapa, la selección de los informantes fue fruto de una delimitación territorial concreta. Si bien atender a la totalidad de la comarca del Bages resultaba innecesario para los fines de la investigación, sí se debía tener presente la diversidad manifiesta en la historia de la lucha antifranquista entre las diversas poblaciones de la comarca. Así pues, la selección de informantes se dirigió en relación a la población de Manresa, por ser capital de comarca y de donde surgiría el núcleo de jóvenes impulsor del Comité Local más influyente de toda la comarca. Por otra parte, se atendió a la población minera de Sallent por tratarse de la única población, aparte de Manresa, donde desde la segunda mitad de los años cuarenta se mantenía viva una célula comunista, pero también por tratarse de la población más guerrera y luchadora en el período estudiado, si nos guiamos por las noticias de la época. Y, por último, se escogió Navarcles por tratarse de una población con poca tradición revolucionaria, donde la creación de una primera célula comunista se produjo tardíamente, pero donde, en cambio, en las primeras elecciones democráticas el partido ganador y elegido para gobernar fue precisamente el PSUC.

En una segunda etapa, en la que se pretendía sobrepasar el marco geográfico de la comarca del Bages, ha resultado crucial acudir a publicaciones de memoria histórica que recojían testigos de la militancia antifranquista y muy especialmente la labor desarrollada en el marco de la mencionada investigación para el Institut Català d'Antropologia, *Lluites secretes. Testimonis de la clandestinitat antifranquista* que tuve el privilegio de dirigir junto a Manuel Delgado y Gerard Horta (Delgado, Horta y Padullés, 2012). En concreto, se han recuperado para el presente informe las entrevistas realizadas por Manuel Delgado, Gerard Horta, José Luis Carol y Edurne Bagué. Se ha incorporado, a su vez, información personal obtenida para esta tesis de Gerard Horta, a propósito de su padre, el poeta Joaquim Horta, y de su propio director, Manuel Delgado.

Para la selección de informantes, a parte del criterio geográfico, también encontramos uno temporal. Claramente podemos identificar dos períodos. En primer lugar el que corresponde a la posguerra, y que identificamos desde 1939 hasta los años cincuenta. Y un segundo momento que va desde los años sesenta hasta el final del régimen. En el

primer caso, la dificultad para encontrar informantes no permitía el establecimiento de más filtros de selección. No obstante, para el segundo período sí que se estableció un tercer criterio de selección: coincidiendo en este segundo período, era habitual el surgimiento de nuevas células que tomarían el liderazgo de la actividad clandestina, y que a su vez se pondrían en contacto entre ellas para generar órganos superiores. Por tanto, resultaba prioritario atender a estos núcleos originales por su posición privilegiada. Estos núcleos se corresponden con lo que desde el sistema de estructuración de la resistencia antifranquista se denominaba “comité local”, generalmente formado por un número de miembros mayor de cuatro y menor de siete.⁵

Para el caso de los informantes de la comarca del Bages, con diferentes grados de intensidad, el número de los entrevistados entre las tres poblaciones por ser miembros de un comité local, es de veinticinco.⁶ No obstante, el grueso de la militancia se encontraba dispersa en centros de trabajo y asociaciones culturales y vecinales. En este sentido, cabe tener en cuenta que los mismos miembros de comités locales entrevistados habían pasado en la mayoría de los casos por estados previos de militancia de base, lo cual nos permitía obtener dos visiones totalmente diferentes a partir de un mismo informante. Aun así, de forma aleatoria, para cada una de las poblaciones, y para cada uno de los ámbitos de lucha reconocidos,⁷ se realizaron un total de veinticinco entrevistas más, también de duración variable en función del interés que suscitase el informante. Por otra parte, se intentó establecer contacto con la otra cara de la moneda, los perseguidores. La mayoría de respuestas obtenidas fueron negativas, con la única excepción de un antiguo miembro de la Guardia de Franco, muy activo dentro de la población de Sallent.

Por lo que refiere propiamente a las entrevistas, estas se produjeron individualmente y en grupo. El procedimiento fue el mismo para cada una de las poblaciones. En primer lugar se entrevistaba individualmente a los integrantes del comité local, y posteriormente en grupo, momento en que los recuerdos de unos y otros se encabalgaban construyendo un relato que enriquecía las lagunas presentadas por la memoria individual.⁸ Todas las

5 Debido a la entrada y salida de miembros con el paso del tiempo, se comprenderá que el número de informantes a entrevistar por cada comité local fue superior al que se preveía como máximo.

6 Con cada informante se producían un mínimo de dos entrevistas, en días diferentes, de una hora y media o dos horas cada una. Todas las entrevistas fueron registradas con una grabadora digital. Casi todas se llevaron a cabo en catalán y han sido traducidas para el presente informe por el autor.

7 Con ámbitos de lucha nos referimos a aquellos que desde la propia militancia se reconocían como “front de lluita”, *frente de lucha*: obrero, campesino, cultura o vecinal entre otros.

8 Para el caso de los miembros del Comité Local de Manresa, también se utilizó un sistema de recopilación de información *on line*. Se diseñó un blog donde se presentaban los cuatro apartados de

entrevistas siguieron una misma pauta, con unos ítems predeterminados para conducir la entrevista, así como con un mismo sistema de registro y vaciado. La única excepción la encontramos con las historias de vida, donde la guía temática era sustituida por el relato cronológico. Referente a las historias de vida se realizaron dos en Navarcles, dos en Sallent, y tres en Manresa. El número de encuentros producidos para cada caso, osciló entre cuatro y diez, con duraciones que iban desde las dos horas hasta el día entero como fue el caso de algún informante con el que empezábamos de buena mañana y continuábamos después de comer, alargándonos hasta bien entrada la noche. Casi todas las entrevistas se desarrollaron en catalán; la traducción que figura en el presente informe es propia, como lo es de los textos consultados en otro idioma que el español.

La recopilación de información escrita y audiovisual se programó en varias direcciones. Por un lado, la recuperación de archivos que se encontraban en mal estado, con el doble objetivo de obtener aquella información que pudiese interesar a la investigación y hacer donación de los mismos a los archivos correspondientes. En este sentido, se recuperó el archivo de CCOO. del Bages que fue escondido el 23 de febrero de 1981 en una masía del Bages con motivo del intento de golpe de Estado. Una segunda situación con que me encontré, ésta más complicada, fue la localización del archivo del PSUC de Manresa que había sido incautado por la Guardia Civil en 1975 a raíz de la caída del aparato de propaganda, y que fue devuelto al Ayuntamiento de Manresa el 24 de enero de 1980, pero que se encuentra, aún a día de hoy, en paradero desconocido.

Por otra parte, a pesar de la dificultad que supone encontrar documentación de la época debido a las medidas de seguridad propias de la clandestinidad, se pudieron recuperar archivos personales de gran valor documental para la investigación. También se recopiló información de la prensa de la época que puede ser consultada en el Arxiu Comarcal de Manresa, así como la búsqueda bibliográfica propia de una investigación de estas características. Los archivos públicos consultados fueron los siguientes: Arxiu Comarcal del Bages; Arxiu Municipal de Sallent; Biblioteca Sant Valentí de Navarcles; Arxiu Nacional de Catalunya; Arxiu de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya; Biblioteca del Pavelló de la República; Archivo del Partido Comunista de España; Arxiu General de la Delegació del Govern a Catalunya.

la investigación (ver anexo), y donde los mismos testimonios podían introducir datos a la vez que interactuaban entre ellos. Cabe decir que esta técnica facilitó enormemente la tarea de ordenar cronológicamente hechos que sólo se mantenían en sus recuerdos y de los que no quedaba ningún rastro escrito.

Para el caso de la comarca del Bages, debido a la poca atención que había merecido el tema con anterioridad, debo reconocer que si bien me encontré con un gran vacío, sobre todo por lo que refiere a la historia más reciente, tuve la suerte de encontrarme con historiadores locales que también estaban interesados en trabajar ese período. Tal confluencia de intereses permitió abrir nuevos frentes de investigación que contribuirían positivamente al propósito inicialmente planteado. En este sentido, los dos casos más notorios son el trabajo acerca de las detenciones del 1975 y el censo de presos manresanos por motivos políticos en el transcurso de la dictadura franquista. Para el caso de las detenciones del 1975, se abordó el episodio por el cual veinticinco militantes antifranquistas de Manresa y Berga, vinculados a las Plataformas Anticapitalistas, el PSUC y CCOO principalmente, pasaron por el Cuartel de la Guardia Civil de Manresa en una sola semana -del 9 al 16 de octubre de 1975- en la última gran operación represiva de la dictadura en la Catalunya central, que terminó con el desmantelamiento de buena parte del comité local del PSUC y con la caída de su aparato de propaganda como elementos más visibles. Un impacto social que se vio incrementado con las múltiples torturas infringidas por la Guardia Civil y el encarcelamiento de cinco de estos detenidos, que pasaron cerca de dos meses entre la prisión de Manresa y la Modelo de Barcelona. Toda la información recopilada por aquel entonces, con una treintena de personajes entrevistados y más de diez horas de grabaciones de entrevistas a las víctimas, familiares y abogados de estas operaciones, se publicaron en formato web (*Associació Memòria i Història de Manresa*, 2010).

Por otra parte, en relación al censo de presos, también publicado en la red (*Associació Memòria i Història de Manresa*, 2012), se elaboró un censo con los datos de más de 1.800 manresanos y manresanas de nacimiento y/o vecindad, que durante la dictadura fueron privados de libertad por motivos políticos y reclusos en campos de concentración, batallones de trabajos forzados, cárceles y otras unidades de castigo. El análisis estadístico de esta información hizo posible, por primera vez, cuantificar la magnitud de la represión franquista en la capital del Bages.

A diferencia de otros municipios, Manresa ha conservado buena parte de la documentación generada por la represión franquista, depositada en el Arxiu Comarcal del Bages. Esta documentación junto con fuentes de otros archivos catalanes y del Estado Español, nos permitió elaborar este censo que también incorpora más de un millar de documentos debidamente clasificados y contextualizados, que permiten ilustrar a través de

casos concretos los diferentes instrumentos de la represión: los campos de concentración, los requerimientos, informes y avales, las delaciones, los batallones de trabajos forzados, el sistema judicial, las cárceles y la redención de penas por el trabajo. Asimismo, se pueden encontrar documentos que muestran el control al que eran sometidas las personas que salían de la cárcel en régimen de libertad vigilada. También, de qué manera la privación de libertad afectó a la vida cotidiana, y el entorno laboral y familiar.

El trabajo que sigue está dedicado a ellos, mujeres y hombres que consagraron una parte de su vida -a menudo los mejores años, los de juventud- a luchar contra la dictadura fascista que se impuso por la fuerza de las armas en Catalunya desde de la ocupación del país por las tropas franquistas en febrero de 1939 hasta la celebración de las primeras elecciones democráticas en junio de 1977. La cuestión que se trata es la forma en que estas personas -la hazaña de las que ha sido injustamente olvidada- intentaron mantenerse a salvo del acoso del que eran víctimas permanentes por causa de su implicación en una lucha política prohibida y perseguida, y como no siempre lo consiguieron, lo que les supuso represalias de todo tipo: sanciones, despidos, expedientes de expulsión, detenciones, humillaciones, torturas y, en no pocos casos, la muerte, crímenes que han quedado finalmente impunes. A pesar del miedo y a pesar de los peligros, las personas de las que habla esta obra, o, mejor, las que esta obra invita a hablar, se reunieron en secreto, en lugares secretos, escondiéndose de la policía y de sus confidentes, a menudo incluso de sus seres queridos, para preparar planes secretos el objeto último de los cuales era que se supiera lo que el Régimen quería mantener en secreto, pero no lo consiguió: que aquellos que creía derrotados no lo estaban y habían decidido continuar su lucha por la justicia social y la libertad.

Esta investigación no pretende ser un trabajo de historia del antifranquismo en nuestro país. En primer lugar, porque mi voluntad ha sido ofrecer algunos ejemplos de las prácticas clandestinas en Catalunya bajo la dictadura, es decir, qué maneras de hacer imponía, cuál era su cultura, en el sentido de conjunto de las tecnologías que ponía en juego. Esto implica que no hay, ni mucho menos, una intención de exhaustividad en cuanto al espectro de las organizaciones políticas involucradas en la lucha antifascista, ni se ha abordado la forma que resistieron la persecución de que fueron víctimas otras minorías que el franquismo consideró peligrosas o despreciables, ya fueran sexuales, religiosas, étnicas... Tampoco se encontrará en las páginas que siguen un recorrido sistemático para todas las variables históricas ni territoriales que presentó la lucha por la democracia en nuestro país.

Ni siquiera se encontrará una preocupación para aplicar un criterio cronológico a la hora de presentar los hechos mostrados como paradigmáticos. Frente a la profusa literatura en el ámbito de la memoria histórica, la singularidad del trabajo que se presenta se encuentra en el hecho de aplicar al estudio de la lucha contra la dictadura franquista enfoques específicamente antropológicos, en la medida en que se enfatizan tanto la dimensión tecnológico-material -las maneras de luchar, sus instrumentos, el “como” de la lucha- como la comparación intercultural, asociada en este caso al secreto en tanto que recurso y código culturalmente pautado

Quede claro, pues, que el objetivo ha sido, en primera instancia, presentar un muestreo tan representativo como ha sido posible respecto a las técnicas de ocultación de un colectivo humano en condiciones de persecución. A partir de aquí, yendo más allá, una contingencia histórica concreta -la de nuestro país bajo el fascismo- nos ha permitido ilustrar, en clave dramática, a menudo incluso trágica, la importancia del papel estructurador que la realidad social asigna a lo que se esconde, el papel que desempeña el secreto en secreto. Porque toda forma de convivencia, siempre y en todas partes, guarda algún secreto del mantenimiento del cual parece que dependa todo. Por eso Robert Frost podía escribir, en uno de sus poemas más citados: “Bailamos alrededor de un círculo y suponemos / pero el secreto está en el centro y sabe”.⁹ Inmejorable imagen: nosotros suponemos; el secreto sabe, y está en el centro. Esta sería, en definitiva, la voluntad principal de la labor realizada: aportar elementos que pudieran alimentar una antropología del secreto. El escenario de la reflexión es nuestra historia reciente, pero podría ser otro, en otro lugar y en otro momento.

Y, al fin, una última consideración. La mayoría de los estudios el escenario o el objeto de los cuales es la etapa franquista -en el campo político y en cualquier otro- tienden a reconocer una frontera clara que delimita su fin con la muerte física del dictador y lo que sobrevino después, lo que se denomina Transición democrática. Esta investigación no pone en cuestión la diferencia clara que hay entre un régimen autoritario, como lo fue el del general Franco, y un sistema que reconoce las libertades formales y que está basado en la representatividad democrática; ahora bien: la forma en que se han desarrollado las últimas décadas, desde las elecciones de 1977, nos ha ofrecido demasiadas muestras que los cambios producidos no han sido ni tantos ni tan profundos como se esperaba. La prueba de ello es que, ahora mismo, el derecho de manifestación es constantemente vulnerado por

⁹ El poema se titula “The Secret Sits” y pertenece al libro *A Witness Tree*, publicado en 1942.

las decisiones y las actuaciones gubernativas; la actividad de ciertas opciones ideológicas se ve impedida legalmente y hay partidos políticos prohibidos y listas electorales impugnadas legalmente; nos llega un goteo constante de casos de detenciones y encarcelamientos arbitrarios, y cada año los informes de Amnistía Internacional han de hacerse eco de maltratos producidos en comisarías españolas y catalanas. El escándalo del terrorismo de Estado es bastante contundente en este sentido: en un contexto formalmente democrático, un número no determinado de personas han sido detenidas y legalmente, secuestradas y finalmente ejecutados por miembros de las fuerzas de seguridad que actuaban siguiendo órdenes de sus superiores. En cuanto a la temática de este estudio, demasiadas personas tienen que ir hoy con cuidado y deben esconderse, pues su actividad política o sindical contra el estado de cosas que padecemos es considerada inaceptable por las autoridades, tanto en Catalunya como en el resto del Estado. Todo ello hace que el contenido de las páginas que siguen no deba interpretarse en clave de un pretérito rebasado y vencido, sino como testimonio de una forma de vivir y sufrir la disidencia política y las relaciones con el poder que desgraciadamente todavía debe considerarse en buena parte vigente.¹⁰

10 “Se calcula que hubo un millón de encarcelados, doscientos cincuenta mil fusilados, quinientos mil exiliados: eso sí que es un genocidio, y aquí no ha pasado nada, y estamos sufriendo las consecuencias porque los derrotados de entonces seguimos siendo los derrotados de hoy”. (Entrevista a Abel Paz, dentro Turisme Tàctic, s. d.).

C. LA CAUSACIÓN DIABÓLICA

Los secretos son aquello que, siendo importante, no se dice, lo que, evocando el título de una famosa colección de cuentos de Pere Calders, podríamos denominar la verdad oculta. Hay muchos tipos de secretos: secretos personales, identidades secretas, secretos de familia, secretos de confesión, archivos secretos, diarios secretos, secretos detrás de la puerta, fondos secretos, documentos *top secret*, secretos dolorosos, códigos secretos, jardines secretos, vidas secretas, secretos de estado, secretos científicos, amores secretos, cajones secretos, códigos secretos, secretos de sumario, secretos mejor guardados, cámaras secretas y, por supuesto, también el “sucio secretito” del que hablaba D. H. Lawrence en *El amante de Lady Chatterley*, “el más difícil de matar”, aquel que el confesor o el psicoanalista intenta averiguar. Secreto es todo aquello que no se debe conocer, todo aquello que el tacto protege, lo que nos gustaría saber ni que sea por curiosidad o por esta forma casi patológica de chismorreos que llamamos morbosidad, el afán por conocer lo que más se nos oculta, probablemente por buenas razones. Las prácticas cotillas más normales, de las cuales la vida cotidiana está repleta, son ejemplos de esta tendencia a saber de los otros más de lo que nos dicen o nos dan a conocer, quien sabe si, como decía Oscar Wilde dijo, como una estrategia para mantener los propios secretos bien protegidos. Todo ello, pudiendo ser inútil, porque al final, como suele decirse, “todo se acaba sabiendo”, o dicho de otra forma, todo secreto es, en parte o totalmente, un secreto público.

Conscientes como somos de esta intromisión, nos protegemos procurando que los demás no se enteren de aquellos aspectos de nuestra biografía personal que podrían ser considerados inaceptables. La consecuencia es una tensión constante entre lo que Michel Foucault (2006 [1976]) llamó, titulado el primer volumen de su historia de la sexualidad, *voluntad de saber*, la necesidad de transparencia y inteligibilidad y la no menos enérgica *voluntad de ocultar*, de esconder, de hacer que haya aspectos imperceptibles de y en nosotros, facetas que, si se supieran, seguro que nos harían mucho más vulnerables. En ciertos casos, porque la información tapada es o se supone delicada, demasiado estratégica para estar al alcance de todos o de la mayoría, y su conocimiento complicaría la seguridad de algunas o muchas personas. En otros, porque resultaría irrevocablemente censurable y haría detestable a aquel que el secreto protege. En el primer caso, el secreto se asocia a lo peligroso; en el segundo, a lo imperdonable.

Imaginemos por un momento un mundo donde todo lo que sabemos, pensamos, planeamos y deseamos fuera inmediatamente y recíprocamente accesible, donde no fuera posible callar, mentir ni disimular. Esta imaginaria eventualidad de un mundo completamente translúcido sería una pesadilla, pues, como ha advertido André Petitot (1997), todas las relaciones sociales se desplomarían. Nuestras interacciones se despliegan en incesantes movimientos de péndulo entre lo visible y lo invisible, traspasando constantemente y en ambas direcciones la membrana que separa el interior del exterior. Membrana a la que Taussig se refiere como *la piel del secreto*, con la inminencia del secreto público en su interior, que anuncia a la vez que esconde (cf. 2010: 78 y 264), poniendo de manifiesto una dialéctica siempre activa entre secreto y revelación, entre confianza y desconfianza, entre certeza e incertidumbre, entre saber y no saber –o mejor dicho, entre saber y saber qué no saber-, con todas las escalas intermedias que recogen el hecho de suponer, sospechar, entrever. Es así que todo el mundo hace de la discreción, de las medias verdades, incluso del engaño, un uso habitual para mantener cierta información reservada, que revelamos de manera selectiva sólo a quienes nos interesa o a quien podemos permitir que la conozca total o parcialmente. En parte porque como escribe José Carlos Rosales (2002: 23), “los secretos existen porque existen los otros, y los otros no admiten lo que somos o queremos ser”, pero también, y especialmente, porque no todo lo que sabemos lo podemos saber, y de saberse que lo sabemos no se podría admitir, ni por unos ni por otros.

Seguramente esta consubstancialidad del secreto como recurso siempre presente en las relaciones humanas no es ajena al resto de las especies animales, que siempre se valen de todo tipo de formas de encubrimiento o mimetismo para preservarse de la mirada de sus enemigos o de sus víctimas eventuales, tal como la etología nos demuestra abundantemente. Desde las ciencias sociales este principio de huida total o parcial ha sido reconocido en sus virtudes estructuradoras a partir del ya referido texto de Georg Simmel (1988 [1908], cf. también Nedelmann, 1994), donde el secreto era definido como un “conocimiento recíproco limitado”, es decir, como expresión de este principio que siempre hace de nosotros, cuando estamos en presencia de otros, *otra cosa*. Y por esta misma razón se puede concebir que lo que es inquietante no es lo que se dice, sino lo que se oculta. Esto es lo que deriva de nuestra naturaleza fragmentaria, de personajes obligados a representar papeles diferentes que nos constriñen a tematizarnos -es decir, a reducir a una imagen parcial y sesgada de nosotros mismos- en cada oportunidad y en función de esta oportunidad. Una forma, en definitiva, de mantener a raya la ambigüedad consustancial a la condición humana y evitar a los demás saber demasiado de todo lo que éramos, somos o

seremos más allá de la situación concreta que compartimos con ellos. Esto implica que hay una parte de nosotros que nos negamos a socializar, que no es convocada a intervenir en cada una de las interacciones en que nos vamos viendo involucrados, en la medida en que descomponemos nuestra personalidad y mostramos sólo algunos rasgos que, siempre organizados de una manera coherente y clara, nos permiten mostrarnos como lo que nunca somos en realidad: una sola cosa. Pasamos el tiempo descodificando lo que los otros nos comunican directa o indirectamente, pero también lo que intuimos que nos esconden - “el secreto del otro” (Wattier, 2006)-, en un juego interminable de sobreentendidos e insinuaciones.

A veces el secreto se puede vivir de una manera más intensa por las consecuencias personales o sociales que se deriven de su desvelo. Es el caso, por razones obvias, de personas marcadas, por una causa u otra, con rasgos conductuales o idiosincrásicos valorados como altamente negativos, pero a menudo invisibles. Nos referimos a individuos un aspecto fundamental de la actividad o la personalidad real o atribuida de los cuales es socialmente reprobado o legalmente sancionado, o ambas cosas a la vez. Se trata de esta figura a la que Erving Goffman (1998 [1963]) dedicó un celebrado libro: el estigmatizado, es decir, aquel cuya relación con el cual suscita algún tipo de ansiedad, resultado de la marca que lleva por algún tipo de rasgo biográfico que hace de él un ser desacreditado. La cuestión del estigma enmarca dentro del ámbito más general de los estudios sobre desviación, relativos a personas y grupos humanos que se supone que no aceptan las normas y se desvían, que tienen comportamientos, sentimientos o ideas intolerables, o que rechazan o no se amoldan al lugar que se les tiene previsto en un determinado organigrama social. El estigmatizado es aquel que detiene o al que se atribuye una diferencia que es -o debería ser- vergonzosa para él, razón por la cual, si no es ostensible, procurará esconderla o camuflarla. Si es compartida y corresponde a una identidad colectiva, los miembros del grupo estigmatizado procurarán encubrir mutuamente, y una parte de su actividad se desarrollará en contextos marginados o abiertamente clandestinos. La condición de estigmatizado sólo tiene sentido no en el contraste, sino como el contraste con otro tipo de personas, que Goffman presenta como “normales”, es decir, aquellas que no expresan ni representan ningún desacato de las normativas sociales vigentes, incluyendo, por supuesto, las establecidas por leyes formales en vigor. Parece previsible que las personas estigmatizadas intenten, si pueden, pasar como normales; es decir, que oculten o procuren disimular las manifestaciones de su “anomalía”, sobre todo si no es sólo reprobada por la mayoría, sino directamente perseguida por jueces y policías.

Estamos hablando de un tipo particular de seres humanos: espías, agentes secretos, proscritos, expresidarios, homosexuales, adúlteros, toxicómanos, portadores de enfermedades escandalosas o contaminantes...¹¹ A todos estos personajes les sería aplicable la percepción de Georges Bataille (1972 [1943]: 29) según la cual “lo que no es servil es inconfesable”. Todos ellos comparten un mismo marcaje, el del ser estigmatizado, motivo por el cual devienen transgresores a tiempo completo. Sin embargo, como nos sugiere Taussig a partir de la idea del mismo Bataille (2005 [1957]) acerca de la transgresión, según la cual el incumplimiento de una prohibición no es el rechazo de las reglas que dan a la cultura humana gran parte de su estructura y densidad,¹² el ser estigmatizado deviene por ello mismo el centro de todas las miradas, y consecuentemente se convierte en una fuente de conocimiento social, de saber lo que no se debe saber, espectador privilegiado de la producción de conocimiento negativo.

Todos ellos tienen que acostumbrarse a hacer del disimulo una virtud y pasan una buena parte de su tiempo escondiéndose de aquellos que interpretarían como imperdonable o punible su parte opaca. Desde una perspectiva *positiva* es lo que Dewerpe (2000: 73) llama “economía moral de la clandestinidad”, en la medida que el afectado por el estigma no tiene más remedio que pasarse el tiempo administrando cuidadosamente con quien comparte esta calidad que causaría rechazo si fuera abiertamente reconocida y con quién no lo hace. Sin embargo, complementando esta apreciación, nos resulta nuevamente de gran utilidad servirnos de Bataille para insistir en la diferencia entre secreto y secreto público - entre vía *positiva* y *negativa*- en esta ocasión a partir del prelude de su exposición de economía general en *La parte maldita*: “Partiré de un hecho elemental. El organismo vivo, en la situación que determinan los juegos de la energía en la superficie del globo, recibe en principio más energía de la necesaria para el mantenimiento de la vida. La energía (la riqueza) excedente puede ser utilizada para el crecimiento de un sistema (por ejemplo, de un organismo). Si el sistema no puede crecer más, o si el excedente no puede ser absorbido por entero por su crecimiento, hay que perderlo necesariamente, gastarlo, voluntariamente

11 A modo de mera curiosidad, reproducimos la lista de ejemplos de desviación que menciona Goffman mismo: prostitutas, drogadictos, delincuentes, criminales, músicos de jazz, bohemios, gitanos, comparsas de Carnaval, vagabundos, borrachos, gente del circo, jugadores empedernidos, homosexuales y mendicantes (1998 [1963]: 165). Se entiende que no es que Goffman considere todos estos individuos como desviados, sino que hace notar, con un cierto grado de disconformidad, que sobre ellos versan una buena parte de los trabajos en sociología de la desviación.

12 Por el contrario la regla que se transgrede queda liberada, con un poder aún mayor al surgir de la violación de la regla la negación insoluble de la negación, cuyo único fin y destino no es la resolución de la contradicción sino su exacerbación (Taussig, 2010: 177).

o no, gloriosamente o, por el contrario, de forma catastrófica.” (1987 [1967]: 57). Con estas palabras, Bataille diferencia el arte del gasto sin beneficio a la economía restringida de la maximización de las ganancias capitalistas. Para Taussig (2010: 105-109) el secreto público es también el ardiente sol del que habla Bataille, en las primeras palabras de *La Parte Maldita*, como emblema del principio del gasto exuberante, porque, a diferencia de otros obsequios que exigen devolución, el sol da sin pedir nada a cambio. El “principio del gasto” de Bataille, de la necesidad de gastar sin ganancias, con gloria o catástrofe, puede considerarse la base del “origen” del secreto público. A diferencia del secreto que sirve de capital de inversión el secreto público debe ser gastado, pues no puede ser invertido.

En definitiva, la vida del ser estigmatizado queda marcada por lo que debe y puede ocultar, lo que los demás o muchos de ellos no saben o no tienen que saber pero saben, lo que inserta el clandestino en una trama de lugares, relaciones y conductas que movilizan afectos y efectos vitales del todo inconmensurables. La interacción con una de estas personas portadora de un marcaje negativo pide un tipo de lenguaje especial, dado que el vínculo no se establece tanto con un individuo en concreto como con lo que se dice, con su reputación, sus atributos o los estereotipos que la afectan. En algunos casos, la persona portadora de un estigma puede controlar la información relativa a esta condición, por lo que este ingrediente peyorativo de su personalidad pase desapercibido, sobre todo cuando no hay elementos visibles que permitan su detección inmediata a partir de su apariencia, el estigma o la marca de un interlocutor. Goffman habla de “perceptibilidad” o “evidencialidad” del estigma para hacer referencia a este diferente grado de ostentación que, en algunos casos, puede permitir al desacreditado mantener oculto lo que socialmente se considera una tara descalificadora. En aquellos casos en que el motivo del estigma sea de carácter delictivo, puede haber funcionarios administrativos especializados en la detección de personas marcadas para hacerles pagar su culpa.¹³ Aquel que es susceptible de una impugnación social o administrativa, si su defecto o desviación de la norma es conocido, aplica diversas técnicas de encubrimiento, confidencialidad y enmascaramiento, que consisten en manejar la información que el resto dispone de él y evitar la detección tanto como sea posible. Es esta capacidad de usar técnicas que abarcan del mimetismo a la mudanza de piel -que tienen parentesco con las empleadas por otras especies animales- lo

13 Goffman hace referencia al caso de los alcohólicos que pueden ocultar su defecto incluso a sus familiares o al caso de los homosexuales, en una época en que todavía eran considerados enfermos o personas desviadas moralmente, mucho antes de que se produjera lo que -de una manera muy elocuente en relación con este trabajo- ahora llamamos “salida del armario”, es decir, abandono de la situación de clandestinidad.

que evita el paso fatal entre la identidad y la identificación (Maffesoli, 2007)¹⁴. Es a partir de aquí que el estigmatizado que consigue mantener oculta o disimulada su condición genera en torno suyo una clasificación de los individuos que lo rodean, clasificación que los jerarquiza en función de su grado de conocimiento del secreto o los secretos de aquella persona, la cantidad de secreto que comparten con ella. A veces, esta información velada sobre quién es alguien hace referencia a la pertenencia -también real o asignada- a alguna asociación que una mayoría social o un gobierno determinado considera extremadamente peligrosa. Se trata de sociedades secretas -no pocas veces puramente imaginarias- a que se atribuyen planes pérfidos, en la medida que este grupo humano minoritario es acusado de ser el culpable de las desgracias que afectan o podrían afectar a la sociedad. Se está convencido de que la expulsión, la clausura, la desactivación o incluso la eliminación física de esta entidad detestable conllevará una mejora en las condiciones de la realidad. Es por ello que se considera fundamental y urgente la detección y el castigo de las personas acusadas de adhesión a estas sociedades tachadas de perversas.

La persona portadora de algún rasgo que la haga desacreditable, sobre todo cuando su estigma no es perceptible a simple vista, pasa buena parte de su tiempo administrando los riesgos a los que está sometida de ser descubierta en cualquier momento. Con este objetivo, divide su mundo en dos partes: un grupo grande, al que no se explica nada, y otro mucho más restringido, al que se confía todo (Goffman, 1998 [1963]: 115). El universo en el que vive el estigmatizado que puede ocultar lo que el haría inaceptable se divide, entre una minoría exclusiva de personas que “lo saben” y el resto, que “no lo saben”, grupo en el que conviene hacer la matización que distingue aquellos que podrían recibir eventualmente la revelación o la transmisión del secreto -cuando se les “confía” - y aquellos otros para los que el secreto debe permanecer a toda costa oculto y que sólo pueden enterarse del contenido como consecuencia de una transmisión indebida -una traición-, una extracción traumática -por medio de la violencia o la coacción, por ejemplo-, una indiscreción involuntaria propia o ajena o la intromisión de un tercero en el círculo mágico que protege el misterio y lo salvaguarda. Esta permanente vigilancia que suscitan el mantenimiento del secreto y la voluntad insistente ajena, que, por el motivo que sea, tiene la intención de

14 Esta referencia a Maffesoli resulta esclarecedora por la diferenciación que realiza entre lo visible y lo conocido, sin embargo referente a la tesis que plantea según la cual existen culturas donde prevalece la claridad / unidad conceptual / identidad, frente a culturas en las que prevalece la oscuridad / vaguedad / identificación, omite el valor de la transgresión que precisamente tomaría más relevancia para el primero de los casos que para el segundo, variable que pone en entredicho la tesis que defiende (cf. Maffesoli, 2007: 241).

descubrirlo y busca hacerlo, es justamente lo que genera aquello que András Zempléni (1996) llama “tensión del secreto”.

A su vez, a la división entre los que “lo saben” y los que “no lo saben” deudora del modelo *positivo* para el que la transgresión –léase, *negación*– aparece como una anomalía, debería añadirse la tercera variable que introduce la *negación*, de la los que “saben que no lo saben”, variable que traduce la división anterior en términos de visibilidad y conocimiento, entre “lo que se ve” y “lo que se sabe”, pues desde la perspectiva que aquí se propone lo relevante es lo que se ve y no lo que se sabe. Dicho de otra manera, difícilmente se puede comprender el universo en el que vive el estigmatizado sin reconocer la posibilidad de que exista una forma especial de ver, una visión que no ve, la cual permite que surga ese conocimiento al que nos estamos refiriendo como conocimiento negativo, el hecho de saber lo que no hay que saber. Michael Taussig (2010: 251) se sirve del testimonio de Roland Berndt (1962) en su trabajo de campo en la sociedad Fore de Papua Nueva Guinea, para señalar esa forma especial de ver a partir de un incidente en el cual se decía que una mujer había muerto por traspasar ese límite visual. La mujer había tenido la mala suerte de ver a dos hombres tocando las flautas sagradas en el bosque y, luego de comentar la experiencia con su padre y con su hermano, los flautistas decidieron matarla. Aún así, explica Berndt, las mujeres arriesgan su vida y ofrecen tener sexo con hombres a fin de echar un vistazo a las flautas que pueden oír pero no pueden ver.

Muchos de los mecanismos de estigmatización que han conocido las sociedades europeas son parientes de aquellos otros que se registran en numerosas culturas exóticas, casi siempre bajo la forma de acusaciones de brujería. Se trata de un mecanismo judicial y punitivo de acuerdo con el cual las desventuras que afectan a un individuo o una familia pueden ser consecuencia de la actuación maligna de un brujo o de una bruja. En este caso, el grupo se presta a la búsqueda del culpable, que suele ser identificado con aquellos que previamente han demostrado conductas anómalas o censurables. La persona denunciada es condenada, y a menudo castigada con el exilio o la muerte, a partir de delaciones o tan sólo a partir de su reputación. La ausencia de pruebas no es ningún obstáculo para la acción punitiva de la comunidad. Es más, la inexistencia de indicios suele ser una prueba más en contra del acusado, dado que los brujos pueden desplegar su astucia para ocultarlos o hacerlos desaparecer. Se trata, en definitiva y como se ve, de una modalidad de la universal figura del chivo emisario o expiatorio. Este principio de causalidad basado en la culpabilización de alguien que de alguna manera ya era considerado antes como indeseable

se expresó en la historia europea a través de los ataques contra ciertas minorías a las que se atribuía una actividad conspiradora para alterar o destruir el orden de la sociedad o sencillamente hacer el mal. Esta recurrencia con que se ha manifestado a lo largo de los siglos la idea fija de delatar y castigar individuos u organizaciones perversas ha permitido hablar de la sociedad europea como una auténtica “sociedad persecutoria” (Moore, 1989), y de su historia como una “historia policíaca” (Poliakov, 1984), maniáticamente preocupada por descubrir los causantes del mal social y señalarlos como agentes al servicio de potencias satánicas. De ahí que Léon Poliakov (ibídem) se haya referido a estos mecanismos de culpabilización como “la causación diabólica”, y Norman Cohn (1994) a sus víctimas como “los demonios familiares de Europa”: templarios, herejes, brujas, gitanos, judíos...

Efectivamente, la historia del mundo occidental ha sido en gran medida una historia de las persecuciones contra minorías etiquetadas como abyectos, la supresión de las cuales se percibe en un momento determinado como urgente con vistas a salvar la sociedad. Es cierto que podríamos encontrar persecuciones contra grupos o individuos disidentes en todas las sociedades y en todas las épocas. Pero también lo es que, después de un periodo de relativa indiferencia ante la pluralidad cultural, religiosa y sexual a lo largo de toda la alta edad media, a partir del siglo XII se inició una virulenta hostilidad contra todo lo que se apartaba los cánones hegemónicos. Esta intensificación de la intolerancia no puede desvincularse de la aparición de Estados fuertemente corporativos, preocupados obsesivamente por la uniformización política y cultural que debería hacer posible la centralización del poder político. El resultado de este cambio de que las instituciones, tanto religiosas como seculares, experimentaron hacia la homogeneidad fueron las primeras cruzadas contra herejes e infieles, la expulsión de los judíos de muchas regiones y los primeros pogromos antisemitas, el surgimiento de la Inquisición, la persecución contra la brujería y un rechazo creciente contra los homosexuales. Desde entonces, la lista de asociaciones malignas, verdaderas o fantásticas, que han sido acosadas -y sus miembros, perseguidos- no ha hecho sino crecer.

La característica básica del objeto de estigmatización -y lo que lo diferencia de otras formas de exclusión, como el racismo o la xenofobia- es que la extrema peligrosidad atribuida a los enemigos sociales contrasta con su casi total invisibilidad -que no desconocimiento, recuérdese que lo importante es lo que se ve y no lo que se sabe-. En efecto, los pretendidos servidores de instancias diabólicas, conjurados para hacer el mal, conspiran desde la sombra y actúan utilizando técnicas sutiles o conocimientos especiales

que resultan de su inspiración demoníaca. Sus actividades consisten en contagiar enfermedades mortales; derrochar propiedades; abandonarse a todo tipo de sacrilegios y profanaciones; secuestrar niños y adolescentes para comérselos, sacrificarlos ritualmente o abusar sexualmente; envenenar el agua de los pozos; apoderarse de la mente de las personas, convirtiéndolas en marionetas sin voluntad; abandonarse a la promiscuidad y el incesto en orgías incontables como poseedores de una sexualidad anómala e insaciable; practicar la magia negra, y, en general, hacer todo lo posible para minar los principios de los que depende la existencia de la sociedad.

Lo que hace sobre manera inquietante toda esta actividad perversa de un grupo demonizado es, como se ha subrayado, la gran invisibilidad de sus agentes. Esta invisibilidad intenta resolverse a menudo haciendo verdad aquella creencia popular según la cual es posible reconocer automáticamente el miembro de un grupo odiado. Esto implica que muchas veces el castigo se aplica sin que el sospechoso haya visto probada su pertenencia a la asociación antisocial, incluso dejando de lado que esta asociación exista realmente. Todo ello resulta indiferente a la mentalidad que estigmatiza. Se cree que el grupo secreto malicioso actúa para destruir el orden social, lo que basta para desatar la persecución y señalar sospechosos de pertenecer a ella para repudiar o castigarlos. Más allá de las cualidades que se atribuyen, pues, a personas o grupos, la base del proceso que estigmatiza se sitúa en el lugar que estos grupos o estas personas ocupan en el orden dominante de representaciones de la sociedad.

Huelga decir que en la España del siglo XX y en la de ahora ha sido un ejemplo bien representativo esta preocupación a señalar la presencia activa de estas minorías satanizada. Además de colectivos humanos ampliamente repudiados por todas partes - como homosexuales, herejes, gitanos o judíos-, la historia de España recoge casos específicos de pueblos malditos, como cagots, vaqueiros, chuetas, maragatos, quinquis y mercheros. Más recientemente, conocemos el ejemplo de la masonería e incluso de la Iglesia católica, ella misma y sus miembros víctimas, en ciertos periodos, del mismo tipo de aburrimento y persecución que tanto habían hecho para desatar contra los otros. En una etapa más reciente hemos tenido el ejemplo no menos significativo del acoso mediático y periodístico contra todo tipo de “sectas destructivas” y, últimamente, contra la imaginaria amenaza islamista, los sospechosos de connivencia con ETA en el País Vasco o, en el nuestro propio país, el etiquetado como “antisistema” de cualquiera que mantenga posiciones de crítica radical al capitalismo. El caso de los “grupos de riesgo” eventualmente considerados

portadores potenciales del virus del sida pone de manifiesto las nuevas figuras que hoy toma el apestado o el leproso. Incluso hemos visto que estas sociedades malignas podían ser imaginadas formando coalición entre ellas como en el caso de la presunta conspiración judeomaçonicomunista por la que el franquismo estaba obsesionado. Ahora mismo, que se le nieguen derechos civiles básicos a personas acusadas de estar “contaminadas” por ETA o cercanas al “entorno” delata la confusión entre persecución política y profilaxis sanitaria. No hace falta decir que el paradigma de malignidad absoluta fueron durante décadas los comunistas, contra los que en muchos países fue desencadenada, tras la Segunda Guerra Mundial, lo que no en vano se ha conocido como “caza de brujas”. En España fue especialmente intensa y agresiva esta fobia contra los comunistas, que eran considerados “los envenenador del alma popular, primeros y mayores responsables de los crímenes y destrucción y que sobrecogen al mundo y han sembrado de duelo la mayoría de los Hogares honrados de España”.¹⁵ Todo el mundo era comunista según las obsesiones represivas del franquismo. No es que los comunistas fueran enemigos del Régimen, sino que cualquier enemigo real o imaginario de los vencedores de la Guerra Civil pasaba a ser clasificado como comunista, filocomunista o “tonto útil” al servicio del comunismo.

A lo largo de todo el mandato de Franco, nunca se dejó de insistir en la amenaza permanentemente activada de aquellas organizaciones e ideologías que habían sido derrotadas en la guerra de 1936-1939, a menudo, en efecto, agrupadas artificialmente bajo la designación “los rojos”. La actividad de estos grupos, mostrados sobre manera como peligrosos, era perseguida con firmeza y de manera obsesiva por las autoridades, y se animaba la población en general a delatar a los signos de su presencia. Militar contra Franco y su Régimen, formar parte de una organización secreta que se le opusiera, era idéntico a actuar al servicio de una potencia maligna que debía ser urgentemente exorcizada de la vida social. Para estos activistas, la parte secreta de su existencia -a veces toda ella- debía ser mantenida oculta. En pocos procesos la trascendencia de la acción es tan grande como cuando el secreto compartido y compartimentado debe circular y debe ser protegido a expensas de la libertad propia o, en determinados momentos, de la vida de uno mismo y la de la resto de los poseedores del secreto. Este fue el caso de miles de personas militantes antifranquistas en Catalunya: catalanistas, comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos...

¹⁵ Boletín Oficial del Estado, núm. 79, 7-I-1937. (En Claret Miranda, 2003: 53).

D. DE LA RESISTENCIA A LA OPOSICIÓN

La existencia de un secreto resulta de la intención que una persona tiene de esconder algo, sobre todo cuando alguien estaría interesado en ver revelado lo que ha sido encubierto. Incluso la relación más íntima exige tanta proximidad como distancia, un conocimiento recíproco y una ocultación mutua. Por lo tanto, el secreto es una parte integral de todas las relaciones sociales, sobre todo porque se sabe perfectamente que estas relaciones se romperían o se verían afectadas si lo que se esconde se llegara a ver. Cualquier intento en esa dirección –la del ensayo de una teoría general y comparada del secreto- no puede dejar de arrancar en el referente fundador de Georg Simmel y su famoso texto publicado con el título de *El secreto y la sociedad secreta*, donde “el secreto significa una enorme ampliación de la vida: ofrece la posibilidad de que surja un segundo mundo, junto al mundo patente que sufre con fuerza la influencia de aquél” (Simmel, 1986 [1908]: 378).

Así pues, el secreto nos remite no a aquello que no se sabe, sino a aquello que se sabe que no se sabe, un secreto mucho más intenso cuando sobre él recae la voluntad de desenmascaramiento: “la intención de ocultar adquiere una intensidad muy distinta cuando frente a ella actúa la intención de descubrir. Produce entonces esa disimulación y enmascaramiento tendencioso, esa, por decirlo así, defensa agresiva frente al tercero, que es lo que propiamente suele llamarse el secreto” (loc. cit.). Hablamos, pues, del secreto compartido, aquello que Taussig denomina un secreto público: “una forma de conocimiento social que se fundamenta en el hecho de saber qué no hay que saber” (2010: 14), o en otras palabras, “aquello que generalmente se conoce pero no puede ser articulado” (ibíd.: 18).

Estamos describiendo dinámicas y lógicas que seguramente son consustanciales al funcionamiento de todas las sociedades humanas y de las que cada contexto cultural e histórico específico estaría en condiciones de ofrecernos ilustraciones. En todas partes, y probablemente siempre, el secreto ha sido un dispositivo encargado de dotar de la elasticidad necesaria la estructura de toda sociedad. Esta es, en definitiva, la conclusión que se desprende del texto de Simmel sobre la ocultación. Ahora bien, en este sentido no deja de ser significativo que uno de los principales desarrollos teóricos, provistos desde la antropología del texto de Simmel sobre el secreto, haya tenido como asunto el mismo que la presente investigación asume como propio, que es el de los imperativos de la

clandestinidad que se impusieron por la fuerza a la oposición antifranquista. Me refiero al trabajo de Julian Pitt-Rivers (1971 [1954]) en los años cincuenta, en el pueblo andaluz de Grazalema situado en la sierra de Cádiz, en una atmósfera social y política marcada por la dictadura franquista.¹⁶ La influencia de Simmel en Pitt-Rivers, puede verse sobretodo en dos aspectos de su trabajo. En primer lugar, debido a que el pasado y el presente del anarquismo en el pueblo aún hacían que buena parte de las relaciones sociales y de la propia organización de la comunidad aparecieran establecidas a partir de conocimientos biográficos y presupuestos morales que ningún habitante del pueblo olvidaba, pero que nunca se explicitaban, pues remitían a ideas la ostentación de las cuales había comportado la muerte y la desgracia de mucha gente del pueblo y que todavía implicaban un grave peligro para cualquiera que fuera sospechoso de profesarlas. El segundo resultado del ascendente de Simmel sobre Pitt-Rivers era directo y le afectaba a él personalmente: la decisión de que el pueblo estudiado fuera un imaginario Alcalá del Río, un nombre falso que permitía, por medio del secreto, proteger a sus informantes de Grazalema de las consecuencias que podrían acarrear ciertas observaciones contenidas en el libro sobre la presencia del anarquismo o el papel de la Iglesia.

Las conclusiones a las que llegaba Pitt-Rivers acerca del secreto y su funcionalidad como dispositivo de estructuración social remitían de forma directa a los presupuestos simmelianos. Al igual que con Simmel, para Pitt-Rivers el secreto y la mentira son esenciales para los procesos sociales y la salud de las instituciones políticas, de manera que el secreto se convierte en el sebo que hace rodar las ruedas de la sociedad. Pitt-Rivers nos presenta un escenario en el que todo queda dividido en mitades dialécticas: “Las instituciones construidas formalmente, controladas por el grupo dominante o el estado, y las actividades en donde el pueblo las rechaza se oponen unas a otras. Las últimas nacen del sistema de relaciones interpersonales dentro de la comunidad y dependen de los recuerdos y las tradiciones culturales del pueblo más que de la palabra escrita. Las primeras deben su existencia a la autoridad delegada a un poder central” (óp. cit.: 200). A ambos extremos corresponde un equivalente opuesto: sanción legal vs burla, negocios declarados vs mercado negro, guardia civil vs bandido, escuelas vs maestros rurales, doctor vs curandero o enfermera vs partera rural por citar algunos ejemplos.

16 En el prólogo a la segunda edición, Pitt-Rivers escribe: “En resumen, el libro puede entenderse como un mero ejemplo del grandioso ensayo sobre los secretos y las mentiras de Simmel”. (Pitt-Rivers, 1971 [1954]: 16)

En esta polarización en mitades, Pitt-Rivers reconoce un espacio intermediario al que llama “ambivalencia” y que identifica con el secreto, cuya función sería la de unir ambas mitades de cada par debido a que no pueden subsistir la una sin la otra, siendo los dos sistemas, al mismo tiempo, interdependientes y opuestos (ibíd.: 201). De esta manera, el secreto se describe como el principio fundamental sin el cual la realidad y la noción de estructura fracasarían, por ser el secreto el que da lugar a las ambigüedades y de ahí a la flexibilidad necesaria para que esa estructura persista. Así pues, cuando Pitt-Rivers nos describe el secreto, nos está remitiendo al presupuesto simmeliano según el cual los secretos enaltecen la realidad.

Para Pitt-Rivers, ambos opuestos son parte de la misma estructura y lo que debe ser explicado es el origen de la tensión y las distintas maneras de resolverla. Sin embargo, y aquí radica la clave que nos sitúa en una u otra dirección epistemológica, Pitt-Rivers dedica todos sus esfuerzos a sostener ese par de opuestos mediante distinciones o contradicciones binarias quedando fuera del análisis ese espacio intermediario imposible de analizar mediante tal procedimiento. Pitt-Rivers reconoce en el secreto la función de permitir que las fuerzas sociales en conflicto coexistan y brinden a esa estructura la elasticidad que necesita para sobrevivir, no obstante, la invocación de este secreto esconde otra clase de secretos dentro de su propio análisis: la oposición estructurada entre binario e intermediario, sin la cual los otros pares de opuestos desaparecerían. En otras palabras, el intermediario, imposible de analizar mediante distinciones o contradicciones binarias, se convierte por eso mismo en el salvador del campo de batalla. No se le puede aplicar el mismo proceso de separación: el análisis es impedido en nombre del análisis. Como señalara Taussig acerca del trabajo de Pitt-Rivers: “la inestabilidad atribuida a la sociedad y a la verdad es rechazada por el propio análisis” (óp. cit.: 84).

Con Pitt-Rivers el argumento del enaltecimiento, paradigma del doble nivel de la realidad, ocupa el lugar de -y por lo tanto impide- el análisis del intermediario. Fijémonos ahora en el análisis que propone Taussig. Si bien Pitt-Rivers considera su trabajo una etnografía del secreto, para Taussig el elemento principal no es el secreto sino la amistad y la forma como ésta se combina con los secretos (ibíd.: 80). La amistad es el amortiguador que permite que el pasado y presente del anarquismo en el pueblo coexistan, del mismo modo que puedan hacerlo el resto de binarios que nos presenta Pitt-Rivers: Ley y corrupción, estado y pueblo, o masculinidad y feminidad por ejemplo. En este contexto, la amistad es sinónimo de ambivalencia y esto ocurre porque se construye sobre la

contradicción de los fines y los medios, magnífico ejemplo de la labor de lo negativo. Por un lado la amistad constituye un fin en sí misma y es desinteresada, pero por otro lado se la puede utilizar como medio para obtener beneficios propios. De esta forma, la amistad -o el secreto público nos dice Taussig- se comporta como la famosa noción de don de Marcel Mauss (1924) que “consolida” gran parte del proceso social que yace en el corazón de lo que generalmente denominamos “corrupción”.

En la España de Franco, el odio a la opresión y la injusticia y la decisión de luchar contra ellas se tradujeron en todo tipo de prácticas de ocultación y disimulo que hacían de la actividad de los antifascistas españoles un constante juego de escondite, en el que ser cogido comprometía la libertad, la integridad e incluso la vida del que era descubierto y la de otros. En nuestro país, recién terminada la Guerra Civil, la lucha con las armas quedó restringida a regiones montañosas, donde los maquis mantuvieron zonas de resistencia armada -sierras del Cadí, Montsec y Montsant y zonas del Alt Empordà, Berguedà, Segrià, la Llitera, Noguera, el Baix Ebre, Montsià...-, aunque podían producirse incursiones en las ciudades, en el interior de las cuales las organizaciones proletarias intentaban reconstruir su estructura a escondidas. La resistencia la protagonizan, separadamente, militantes anarquistas, comunistas y catalanistas, que reproducen las disensiones que habían caracterizado la etapa republicana. En algunos casos, la ocultación no era una experiencia nueva, como en el de la gente del POUM, que ya había pasado a la clandestinidad como resultado de la persecución infligida por la Generalitat republicana. Unas notas del dirigente poumista Manel Alberich ilustran bien el tono de la lucha antifranquista en los años inmediatamente posteriores al final de la guerra. Obsérvese con qué insistencia utiliza el término contacto para hacer referencia a la localización mutua entre clandestinos.

Mayo de 1939. Reunión en Barcelona de un pequeño grupo, entre ellos Ernest Díaz, antiguo dirigente del sindicato de cocineros, y Merced Helada. A partir de aquí, reanudación de contactos individualmente. Encuentros de tres personas como máximo.

Conexión con los compañeros encarcelados a través de sus familiares.

1939/1940. Un importante número de compañeros han establecido contacto. Una parte son antiguos compañeros de dirección en varios niveles: Portela, Rocabert, Estarán, Galo, Sancho, Lladó.

Otoño de 1940. Primera publicación clandestina, *L'Espurna*. Textos redactados en prisión y dedicados a denunciar el proceso y la suerte del presidente Companys, fusilado el 15 de octubre de 1940. Texto redactado en catalán y multicopiado.

1941. Salen dos nuevas publicaciones, *Força* y *Front de la Llibertat*, pero sólo esta última tendrá continuidad hasta el 1944, impresa casi siempre, rara vez multicopiada. Escrita en catalán y castellano.

Varios militantes retornan clandestinamente del exilio y se incorporan a la lucha resistente. Entre otros, Utges, Alberich, Diego Mora y Guitart.

1942. Agitación y combate a través del Frente de la Libertad.

Regreso en invierno, clandestinamente desde el exilio, de los compañeros Josep Pallach y Bellsolleil, con los seudónimos de *Recasens* y *Busquets*, respectivamente.

1943. Año de expansión y reforzamiento del POUM de comarcas y más incremento de contactos con militantes de otras organizaciones antifascistas. El *Front de la Llibertat* sigue siendo la herramienta de trabajo. Detenciones de los compañeros Ramia, Labrador, Sardà, Cerdan y otros.

Reunión de significados militantes. Acuerdo para celebrar una conferencia.

Publicación de boletines de discusión. Se celebra la primera conferencia nacional del POUM en las afueras de Barcelona, en Valldoreix.

Se acuerda publicar *Unitat* anexo a *Front de la Llibertat*. Esta para defender la unidad antifascista, y la primera para impulsar los procesos de unidad socialista y unidad sindical.

Reorganización del POUM sobre bases orgánicas tradicionales.

Elección del Comité Ejecutivo. Son designados David Rey, Pallach, Quique Rodríguez, Pané y Estarán.

Esta conferencia nacional del POUM fecha de noviembre de 1943.

1944. Retorno de formas de organización habituales, con las variantes y precauciones que impone la clandestinidad. Sigue publicándose *Unitat* y *Front de la Llibertat*, en dos ediciones: catalán y castellano. Distribución en Catalunya, Valencia, Castellón, Islas Baleares, Madrid y otros lugares testimoniales como Asturias y Zaragoza.

La relación con los compañeros encarcelados es muy regular. En cambio, en el exilio las relaciones son más complicadas, pero no hemos llegado a perder el contacto.

Por la importancia de la actividad que lleva el POUM hay detenciones escalonadas en Barcelona, Madrid, Tarragona y Girona.

Nuestro compañero y militante del POUM Ángel Helada es asesinado a tiros, a campo descubierto, por las fuerzas de represión del Régimen, en Santa Coloma de Farners. (En Adrohé y Rosa, 2001: 49-50).

Como se sabe, el episodio más destacado de la lucha armada contra Franco una vez acabada la Guerra Civil se produjo en octubre de 1944, tuvo como escenario la Vall d'Aran y tomó la forma de una acción destinada a reconquistar España y restablecer la legalidad republicana. Desde 1939 existían partidas de soldados republicanos que no habían pasado en Francia y que resistían en zonas del Pirineo, sobre todo el gerundense, pero ahora se trataba de una auténtica operación militar. La iniciativa correspondió a la Unión Nacional Española, animada principalmente por el Partido Comunista de España y su homólogo catalán, el Partit Socialista Unificat de Catalunya, el PSUC. Un ejército guerrillero, compuesto por unos 1.500 combatientes bien armados, la mayoría provenientes de la resistencia antinazi francesa, intentaron establecer en Vielha un gobierno provisional que encabezara una revuelta popular en el interior del país. Aunque consiguió ocupar varias poblaciones del valle, el intento de invasión fracasó como consecuencia de la superioridad militar franquista -cazadores de montaña, legionarios y regulares- y se saldó con 588 maquis muertos, según datos oficiales (Vidal Sales, 1976: 318-330, véase también la novela *La alegría de Inés*, de Almudena Grandes, 2010).

La derrota en la Vall d'Aran hizo modificar la estrategia de resistencia armada al franquismo. Ante la inviabilidad de una actuación bélica directa, los comunistas optaron por la constitución de agrupaciones guerrilleras que basaran su acción en los golpes de mano. En este contexto, los militantes del PSUC y de la Juventut Socialista Unificada de Catalunya (JSUC) promovieron la Agrupació Guerrillera de Catalunya. Su zona de actuación en la montaña era la cordillera de Prades y varios valles del Pirineu gerundense, con un centro clave en Manlleu. Serrano (2001: 349-350) describe cómo en la primavera de 1945 una serie de miembros de las juventudes comunistas catalanas, como Eduard Segrià, Juan Arévalo y Francisco Serrat "Cisquet", trataron de organizar un grupo de guerrilla

urbana en Barcelona, pero a partir de mayo comenzaron a caer, y estos tres jóvenes guerrilleros fueron condenados a muerte y ejecutados el 25 de febrero de 1946. El primer intento formal de articular una resistencia guerrillera comunista en Barcelona ya se había hecho la abril de 1945, cuando enviaron a Toulouse un grupo dirigente para que agrupara los guerrilleros que habían conseguido eludir el cerco al que fueron sometidos en la Vall d'Aran, la 1ª Brigada Guerrillera, dirigida por José Moreno. Pero los responsables de este pequeño ejército guerrillero de Catalunya, destinado a practicar la resistencia urbana, fueron arrestados rápidamente.

En 1946, el PSUC hizo un segundo intento de imponer la lucha armada en la ciudad de Barcelona y puso en funcionamiento una nueva Agrupación Guerrillera de Catalunya, integrada por la 1ª Brigada Jaime Girabau y la 2ª Brigada Guerrillera, al frente de la que había Jaume Valls Sardà, y que incorporaba también militantes de la CNT. Durante el 1946 y una parte de 1947 llevaron a cabo una serie de acciones en la capital catalana, normalmente contra los edificios de la Falange y las vías férreas; también atacaron el monumento de la Victoria y asaltaron comercios. La acción más significativa tuvo lugar el 29 de noviembre del 1946, cuando una bomba colocada en la sede de *La Prensa y Solidaridad Nacional*, los periódicos falangistas de Barcelona, ocasionó la muerte de dos trabajadores y de una mujer que pasaba por la zona del atentado. La policía cayó sobre el PSUC y sus organizaciones armadas y políticas con más intensidad que en 1945. Las detenciones masivas no sólo afectaron a las dos brigadas guerrilleras, sino también la infraestructura de todo el partido. Fue la famosa “caída de los ochenta”, en abril de 1947, donde fueron desarticulados no sólo el maquis comunista, sino toda la dirección política del PSUC, el aparato de propaganda y responsables de células importantes como las de la maquinista o Vulcano. Entre los días 13 y 14 de octubre de 1948, tuvo lugar un consejo de guerra contra los setenta y ocho militantes detenidos. El resultado fueron ocho condenas a muerte, cuatro de conmutadas y cuatro de ejecutadas el 17 de febrero de 1949 en el Campo de la Bota: Numen Mestre Ferrando, líder de las JSUC, y Joaquim Puig Pidemunt, editor de *Treball* y responsable de la delegación del Comité Central del PSUC, además de Àngel Carrero y Pedro Valverde (sobre el PSUC y la guerrilla comunista en Catalunya en la inmediata posguerra y hasta la caída de los ochenta, cf. Martín Ramos, 2002). Este periodo de persecución extrema de los restos de los partidos y de los sindicatos de izquierda tuvo también consecuencias catastróficas para el movimiento libertario catalán, agudizadas por las divisiones que se producen en su seno. Para los militantes aún activos de la Confederació Nacional del Treball (CNT), la actividad se centró en salvar personas

encarceladas y otras perseguidas por el Régimen franquista, en muchas ocasiones a partir de la actividad clandestina del interior mismo de las prisiones. Otro factor de debilitamiento del papel de los anarquistas fue el masivo trasvase de militantes hacia el entorno comunista que se produjo entre los exiliados en Francia, muchos de los cuales habían participado en la lucha contra la invasión alemana. Efectivamente, según Juan Manuel Molina, secretario general de la CNT en los años 1944 y 1945. (En Herrerín López, 2004: 57), unos 5.000 militantes anarcosindicalistas se incorporaron a la Unión Nacional, la organización a través de la cual el PCE y el PSUC aspiraban a agrupar bajo su dirección la oposición política al franquismo y que protagonizó la ofensiva guerrillera en la Vall d'Aran en 1944. Muchos de estos anarquistas se añadieron a la guerrilla comunista integrados en una organización propia: la Agrupación de cenetistas de la Unión Nacional (sobre la CNT en la clandestinidad durante el primer franquismo, es fundamental el testimonio de uno de sus protagonistas: Molina, 1976).

En 1952, el panorama de la guerrilla libertaria era desolador. Acosada por las fuerzas de seguridad del Estado y sin medios organizativos sustanciales, las acciones eran el fruto de empresas a cargo de pequeños grupos armados, como Los Maños, Los Anónimos o Talió, o de individuos aislados como Josep Lluís y Facerias, Marcellí Massana, Ramon Vila, alias “Caracremada”, o Quico Sabaté. Ahora bien, estos activistas pronto dejaron de recibir el apoyo del Movimiento Libertario Español y de la CNT. A partir del 1951, la desautorización de la acción guerrillera libertaria en Catalunya es explícita, y es la misma Federica Montseny quien llama “bandolero” Quico Sabaté, que ya había sido expulsado de la organización (Téllez Solá, 1994: 32-45). Marcellí Massana, a su vez, ya había abandonado la lucha armada decepcionado por el aislamiento al que la dirección anarcosindicalista les había condenado, y porque estaba al tanto del hecho de que antiguos camaradas suyos iban diciendo de él que “más que un guerrillero, era un atracador que se estaba haciendo millonario” (Clarà, 2005: 121). La rotura entre Quico Sabaté y Lluís y Facerias en 1956 fue la consecuencia de la decisión de este último de buscar de nuevo el apoyo confederal y aceptar la oferta de abandonar el país con destino a un país latinoamericano, lo que su muerte a manos de la policía impidió en el último momento (Téllez Solá, 2004: 44). La película, *Caracremada*, de Lluís Galtier (2010), aparece en buena medida centrada en la reacción de desencanto y desolación de Ramon Vila ante las órdenes que recibe de la dirección de la CNT de abandonar las armas. Según Serrano:

La fractura que desde 1943 existía en el Movimiento Libertario Español (MLE), entre “colaboracionistas” y “reformistas”, y entre el interior y el exilio, afectó negativamente al desarrollo de la resistencia. [...] Ante la presencia de los grupos armados, la actitud del MLE se limitó hasta 1953 a “entregar armas, documentación y explosivos” a los grupos de acción. No existía una cobertura orgánica y tampoco respaldo teórico para las acciones de sus militantes, que, en la mejor tradición anarquista, practicaban el libre albedrío armado [...]. Los combatientes anarquistas no tuvieron que luchar solamente contra las fuerzas de represión de la dictadura, sino también contra su propia organización. A finales de 1947, solamente el Comité Regional de las Juventudes Libertarias de Catalunya apoyaba la resistencia de inspiración anarquista. El segundo congreso de las organizaciones libertarias, celebrado entre los días 20 y 29 de octubre de 1947 en Toulouse, no sólo se desvinculó todavía más de los movimientos armados sino que, por ejemplo, los delegados enviados por los movimientos de resistencia (José Luis Facerías, Francisco Orobitg “Explorador” y Manuel Fernández Rodríguez) fueron rechazados como tales por los congresistas. En realidad, eran pretextos para marginar a los libertarios armados, y los propios dirigentes del exilio terminaron interiorizando la versión franquista: “eran pistoleros que se reclamaban anarquistas” (Serrano, 2001: 354-355).

Este proceso de ruptura entre los guerrilleros anarquistas y el sindicato que había sido su referencia se producía sin que la represión cesara en ningún momento. Las detenciones, las condenas y las ejecuciones fueron constantes e ininterrumpidas. Un maqui llamado “el Rosset”, Domingo Ibars, expresa, desde su experiencia, el estado de ánimo de los maquis libertarios:

Si querías sobrevivir haciendo de maqui, se debía ser muy riguroso con uno mismo y convertirse en juez implacable de las propias acciones... Y tal como lo pienso te lo digo. Porque me lo he callado demasiado tiempo: algunos de nuestros hombres, como el Sabaté y el Facerías, no supieron equilibrar la vida peligrosa y la vida militante y precipitaron la destrucción del maqui. No importa su heroísmo individual. Ellos hicieron tanto daño como los plumillas de Toulouse, que se creían que podían planificar todo desde la Rue Belfort... El Sabaté y en Facerías, y en Villa el final, hacían una guerra de venganza, ojo por ojo, diente por diente, ellos todavía buscaban los nacionales, los asustaban y no los dejaban dormir en paz. Eran lo peor de las fuerzas del orden, pero, honestamente, matar a un guardia civil no solucionaba nada. Siempre podían enviar más. Entonces no acabaríamos nunca. Ellos tenían refuerzos de sobra. Podíamos estar toda la vida matando guardias

civiles, pero no podíamos acabar con la Benemérita. Y por el camino sólo nos quedaron los muertos, y me revienta que todo aquello fuera una matanza inútil [...]. Si quieres que te diga la verdad, el error más imperdonable fue exponer la mejor gente, los mejores hombres que teníamos, en una guerra que sólo podíamos perder [...]. Y nos convertimos en eso que llamáis, ¿como lo decís?; sí, una generación perdida (Malló, 1997: 214).

Pero no sólo los practicantes de la lucha armada son víctimas de una represión feroz en los años de la inmediata posguerra. Los sindicalistas de la CNT eran igualmente perseguidos con saña. Además de la detención de miles de militantes libertarios acusados de hechos ocurridos a raíz de la revolución de 1936 -muchos de ellos a causa de las delaciones-, tiene lugar la caída del Comité Regional del 7 de septiembre de 1939 (Aisa *et al.*, 2008: 3 y s.); de trece cenetistas de Roda de Ter, el 14 de enero de 1939; de cinco militantes en Santa Coloma de Gramenet, el 1 de marzo; de cuatro más, el 1 de junio; de doce, el 19 de septiembre; de seis, el 21 de septiembre; de seis, el 22 de agosto de 1941, acusados de atracos; la caída del Comité Regional de las Juventudes Libertarias y de cinco militantes más en diciembre de 1944; la caída de una parte del Comité Regional de la CNT de Catalunya en marzo de 1945; la detención de treinta cenetistas el 18 del mismo mes en Barcelona -entre ellos el nuevo secretario de la CNT a nivel estatal, César Broto- y el descubrimiento de la imprenta clandestina de Solidaridad Obrera -con todo, en noviembre ya se edita de nuevo *Tierra y Libertad* en una imprenta de la calle de Mallorca barcelonès-; la detención de más de cuarenta cenetistas en agosto de 1946 -y de nuevo la caída de la imprenta donde se edita *Tierra y Libertad*-, y la detención de más de quince cenetistas en diciembre de 1946. Entre diciembre de 1946 y en mayo de 1947 son detenidos más de dos mil militantes de la CNT en el Estado. Herrerin López (2007: 5) refiere que en la primera década de la dictadura franquista, la CNT había logrado poner en marcha catorce comités estatales. En mayo del 1947, sin embargo, se produce la detención de más de cien militantes de toda Catalunya de la CNT, entre ellos el pleno del Comité Regional catalán de Joan Figueras, varios comités provinciales, federaciones libertarias y sindicatos, y en agosto cae el Comité Regional de las Joventuts Llibertàries de Catalunya. El estallido de varias bombas en Barcelona en mayo y junio de 1949, colocadas por anarquistas -con motivo de la llegada de Franco a la ciudad-, no puede ocultar la situación de precariedad organizativa a que una represión especialmente exitosa en los tres últimos años había conducido el movimiento libertario. Abel Paz explica en los siguientes términos la rotura que se inicia a mediados de los años cuarenta:

Lo que sucede es que, equivocadamente hasta el término de la Segunda Guerra Mundial, la gente, particularmente en Catalunya y en Barcelona, la gente estaba convencida de que, si la guerra la ganaban los aliados, Franco se iría al garete, porque Franco ha enviado la División Azul, ha sido un fascista, y todo esto estimula a la gente en las fábricas para mantenerse y hacer frente al enemigo; por eso hay huelgas, *Solidaridad Obrera* la están tirando clandestinamente, la tiraban a 15.000 ejemplares, aquí [en Catalunya] la CNT contaba con 30.000 afiliados, y las huelgas del textil se suceden, hay un estado de efervescencia enorme porque se confía en que los aliados van a entrar, pero cuando termina la guerra los aliados no entran y así nos quedamos más solos que la hostia, pues es el momento en que... Hay un libro muy bueno que se llama *El fin de la esperanza*, escrito por un chico, Sureda, que el 47-48 se pasó a Francia: ya no hay esperanza, ya todo está resuelto, ya hay Franco para toda la vida. Y luego viene el problema de los maquis. Los maquis se van al monte porque son gente que están perseguidos, pero a los maquis no los ayudó nadie, a los guerrilleros no los ayudó nadie. A los guerrilleros en Francia, Italia, Yugoslavia, los americanos les “parachutaban” armas y munición; aquí no: los guerrilleros tienen que asaltar cuarteles de la guardia civil para llevarse armas y munición y volver al monte otra vez, o sea lo que pasa es que esa gente, como tiene una vida comprometida, se están defendiendo como pueden, pero es una lucha desigual completamente, les pasa lo mismo, es el final, es el epílogo de una revolución en la cual creen, y luchan por ella hasta la muerte. (*Turisme Tàctic*, s. d.).

De nuevo, en cuanto al PSUC, durante los primeros años que siguen la derrota contra el fascismo, las acciones más comprometidas de reorganización y consolidación de su estructura en el interior del país correspondieron a cuadros que, refugiados inicialmente en Francia, el URSS, México, Cuba, Argentina o Chile, volvieron a Catalunya enviados por la dirección en el exilio. En gran parte, la base para penetrar en la sociedad catalana del momento fueron ex militantes que no habían huido, represaliados con condena cumplida o sus familiares. El Comité Central de París del 2 de marzo de 1939, conocido como el “d’Anvers” -donde ya comenzaba el trabajo “de distracción”-, y celebrado prácticamente en retirada, estableció que el PSUC no sería un “partido de emigración” y actuó, desde el principio, con la intención de estar presente en una sociedad catalana vigilada por los vencedores.

En cuanto a los primeros años de la clandestinidad, hay que entender que se venía de un conflicto bélico de casi tres años en los que los comunistas habían logrado una cierta hegemonía. Este PSUC de la posguerra todavía es una organización fuertemente

militarizada y influida por una Internacional Comunista -de la que el PSUC era el único miembro que no representaba una organización estatal- enfocada al combate armado contra el fascismo. Si bien la organización se adaptó a los nuevos objetivos, y sobre todo a las nuevas y limitadas posibilidades, el hecho es que el modelo jerárquico que había funcionado para la guerra también sirvió para la clandestinidad en aquellos momentos iniciales. La confianza en los dirigentes superiores y la aceptación acrítica de las decisiones de la dirección fueron asumidas como un pacto necesario para la supervivencia de la organización ante la dificultad de poder discutir de una manera más participativa. Si bien desde el principio se produjeron escisiones y abandonos, el PSUC era un partido sometido a un centralismo democrático que, dadas las circunstancias, tan sólo se podía dar unidireccionalmente.

Las condiciones no cambiaron sustancialmente hasta bien entrados los años cincuenta. Las ejecuciones políticas fueron cada vez menos generalizadas y más ejemplares. Precisamente Franco presentó el anticomunismo como el mérito principal para su reconocimiento en un momento en que los “rojos”, tras ser perseguidos por los fascistas en la Europa ocupada, fueron nuevamente perseguidos, con más o menos intensidad, en muchos países aliados. Sin embargo, la represión continuó dirigiéndose de una manera durísima contra los subversivos, con la tortura como práctica habitual dentro de las comisarías y las cárceles, con trabajos forzados y a menudo condenas a muerte, a veces conmutadas por cadena perpetua.

A pesar de los golpes, poco a poco se extendió una red de militantes de diferentes organizaciones antifascistas. En el caso del PSUC, si bien los dirigentes eran regularmente descubiertos, detenidos y a menudo ejecutados, los mecanismos de seguridad comenzaron a ajustarse a fin de detener el goteo de detenciones, intentando evitar, en la medida de lo posible, la extensión en cadena. Una estructuración basada en células de pocas personas y con poco contacto entre ellas fue fundamental para crecer regularmente y sin sobresaltos graves. Si la disciplina comunista había permitido que la rigidez de su organización clandestina se sobrepusiera a sus sucesivos despuntes, a partir del 1951, como consecuencia de una de las caídas de la cúpula del PSUC, se establece este nuevo modelo de estructuración secreta que sería una de las claves que tenía que hacer del Partido Comunista, a partir de entonces y hasta la muerte de Franco en 1975, el gran partido del antifascismo en Catalunya. Podemos hacernos una idea de la nueva manera de organización del partido a través de un informe interno relativo a uno de sus sectores, con fecha 30 de

junio de 1951, es decir, veinte días después de la detención de Gregorio López Raimundo y sus colaboradores. En este informe se nos detalla que el sector estaba constituido por el grupo directivo, tres grupos de calle y veinte y cinco grupos, de los cuales dieciocho eran organizados y siete estaban en periodo de organización; veinte de estos grupos eran de fábrica: once en empresas del textil, seis en empresas del metal, uno en una empresa del sector de la madera, otro en una empresa del sector de la electricidad y otro en una empresa dedicada a la óptica. En total, ciento diez militantes, más ciento cincuenta simpatizantes, la mayoría de ellos provenientes de la CNT. El informe también dice que se cuenta con dos estafetas para repartir la propaganda y dos casas como puntos de apoyo para reuniones (Lardín, 2005).

Como ejemplo paradigmático de lo sucedido en todo el país, fijaándonos en la comarca del Bages, la organización de la actividad clandestina del PSUC arraigada en los núcleos urbanos se fundamentó en la creación de pequeños grupos llamados “célula”, con un número de miembros que podía variar pero que en ningún caso llegaba a ser muy elevado: tres, cuatro o hasta seis o siete como mucho. Si se daba el caso, cuando una célula crecía excesivamente, las medidas de seguridad imponían la necesidad de dividirse en dos células más, de modo que, en caso de detención de alguno de sus miembros, se evitara que ésta afectara a un número mayor de militantes. Por este mismo motivo, no sólo era necesario que estas agrupaciones no fueran muy grandes en número, sino también que el conocimiento entre ellas fuera el mínimo posible. Por lo que refiere a su configuración, si bien inicialmente las células se encontraban integradas por antiguos militantes que en algunos casos habían luchado en el frente durante la Guerra Civil, posteriormente, con el relajamiento de la actuación represiva y el auge de la movilización obrera y cultural, la aparición de células se produce progresivamente bajo el cobijo de la especialización: aparecen las células sectoriales, vinculadas a un ramo de la industria como podían ser el textil, la metalurgia o la minería, y al frente vecinal, es decir, a un determinado sector geográfico de la población. En todos los casos, la célula se presenta como la unidad mínima de acción y el engranaje sobre el que se fundamentaba la actividad de las diferentes instancias de la organización, poniéndose de manifiesto una relación jerárquica no exenta de discusión y problemáticas diversas, sobre todo en los momentos más conflictivos y decisivos de la lucha.

Un segundo nivel de organización lo conformaba el llamado “comité”, cuya función era la de poner en contacto las diversas células que se encontraran en su territorio o sector,

al tiempo que garantizaba el contacto con las instancias superiores del partido. De esta manera se procuraba que el conocimiento entre los miembros de cada célula se limitara el máximo posible. Un objetivo que en las poblaciones más pequeñas no se alcanzaba con mucha eficacia.

En los estados embrionarios de actividad clandestina, correspondían a la célula las funciones propias de un Comité Local, debido a que el número de miembros iniciales no era suficiente como para hacer necesaria una división interna. Generalmente, éste era el procedimiento que se repetía en cada población en los momentos iniciales de organización: aparecía una célula de tres, cuatro o cinco personas que se ponían de acuerdo y se distribuían las tareas.¹⁷ El Comité Local, pues, aparecía como la primera expresión de coordinación territorial. Vinculado a las diferentes agrupaciones presentes en el territorio, mantenía relación -o lo que en el argot clandestino se llamaba “vínculo orgánico”- con las instancias superiores de la organización, como el Comité Central, por donde pasaban todas las informaciones referentes a la actividad del Partido en el conjunto del país.

Por lo que refiere a la relación con instancias superiores, en cualquiera de los niveles de la organización, el mecanismo siempre era el mismo: En el momento en que aparecía un ente superior que englobaba más de una población o sector estratégico y garantizaba el vínculo orgánico entre sus ramificaciones, la relación con las instancias superiores se trasladaba también a esta nueva agrupación. Si, por ejemplo, en un momento determinado hay dos organizaciones, una en Sallent y otra en Manresa, con conexión directa con el Comité Central, en el momento en que estas organizaciones se ponen en contacto y formalizan un Comité Comarcal que garantiza la relación entre ellas, la relación con el Comité Central pasa a depender exclusivamente del Comité Comarcal. De esta manera la especialización y la distribución de funciones garantizan nuevamente la reducción al mínimo de los riesgos de una posible caída en cadena en caso de detención.

Las organizaciones clandestinas reproducían el mismo planteamiento que la Orquesta Roja, la red de espionaje más importante en la segunda Guerra Mundial (cf. Giles Perrault, 1967). La premisa principal no era otra que fragmentarse y dividirse en compartimentos estancos frente al enemigo exterior. Veamos cómo se traduce esta constelación.

¹⁷ Como es sabido, estas agrupaciones de número reducido se multiplicaron exponencialmente a lo largo de la dictadura, llegándose a contabilizar centenares de pequeñas confabulaciones. Especialmente elocuente en este sentido es el trabajo de A. González (2002) acerca de la huelga general en Sallent el 1972.

Tomando el primer caso que exponíamos, aquél en que célula y comité local son una misma cosa, tenemos el pueblo de Navarcles¹⁸, donde a principios de los años setenta aparece una agrupación que responde a estas características. Por un lado, se responsabilizaba de la presencia del partido en la localidad y, por otro, mantiene el contacto con el Comité Comarcal, ya formado en aquellos momentos, que al mismo tiempo mantenía relación directa con el Comité Central. Del conjunto de las conexiones entre las diferentes instancias del partido, lo más importante es garantizar el anonimato de la persona que hace de enlace. La información de que dispone un miembro de una célula no es la misma que la que tiene o puede llegar a tener el responsable de la misma, por encontrarse en contacto directo con otras organizaciones del territorio. Se entiende, entonces, que en caso de detención resulte mucho más peligrosa la caída de un enlace que de un militante de célula. Para el caso de Navarcles, la persona responsable de mantener el vínculo orgánico con otras instancias de la organización era Josep Maria Carrillo, quien más tarde sería proclamado primer alcalde democrático de la localidad. Carrillo ocupaba la posición de quien se llamaba “responsable político”, y como tal, asistía periódicamente a las reuniones del Comité Comarcal, en las que informaba de la situación en el pueblo y recogía aquellas consignas que debían ser comunicadas al resto de miembros de la organización en Navarcles.

Otro caso sería el de Sallent. En Sallent, desde finales de los años cuarenta encontramos una célula del PSUC que mantiene su actividad en un estado totalmente embrionario y en unas condiciones absolutamente latentes, pero cuya continuidad está garantizada por el enlace que se produce -una o dos veces al año-, con el Comité Central. Estructuralmente la situación es la misma que la que encontraríamos en Navarcles, y no será hasta la segunda mitad de los años sesenta que esta cambiará, como nos explica Manuel Díaz, miembro de la organización en Sallent desde 1958:

A partir de 1964 se empiezan a hacer reuniones, eran de grupos muy pequeños porque nos dividíamos, hacíamos células de cuatro personas como mucho. Si éramos quince, hacíamos cuatro células, por lo que nos podíamos reunir en una casa y podía ser como un encuentro de amigos. Entonces había el Comité Local, que lo componían un miembro de cada célula, de este modo se pasaba más desapercibido. Tal como nos decían desde arriba, procurábamos que no nos conociéramos ni entre células, era difícil, pero a la hora de

18 Un magnífico trabajo acerca de la historia reciente del municipio de Navarcles nos lo proporciona el historiador Llorenç Ferrer (1998).

actuar, entonces sí que lo hacíamos por células. Nos encontrábamos al menos una vez al mes y si era necesario más, pues lo hacíamos. (Entrevista personal en Sallent, octubre 2007).

Junto con este crecimiento local de la organización en Sallent, el mismo año surgirá el objetivo de crear un comité vinculado a la cuenca minera. En un momento dado, el enlace que viene del Comité Central planteará al responsable político de la organización en Sallent que se haga cargo de la creación de este comité que englobaría las poblaciones de Súria, Cardona y Sallent e incluso se plantea la posibilidad de llegar a las minas de carbón de Fígols y Cercs. Manuel Díaz, responsable político del Comité Local de Sallent en aquellos momentos, trasladó la consigna al resto de miembros y fue ampliamente aceptada. A partir de ese momento, el procedimiento del nuevo comité sectorial sería exactamente el mismo, Manuel Díaz se desplazaría periódicamente a cada pueblo, a excepción de Fígols y Cercs que tuvieron que desestimarse.

Las reuniones eran pisos, yo me reunía con el Comité Local de cada población. Cada población tenía sus células, pero yo sólo me reunía con el Comité Local de cada población. El resto de militantes, yo no los conocía. (Entrevista personal en Sallent, octubre 2007).

En Manresa la situación no es muy diferente. Desde la segunda mitad de los años cuarenta, como ocurre en Sallent, existe un Comité Local formado por un grupo reducido de personas, sin mucha actividad pública, pero que mantienen el vínculo orgánico con el Comité Central. En estos momentos ambas localidades, Sallent y Manresa, sin contacto entre sí, reciben material proveniente de Rumania y, más adelante, una vez la dirección se haya instalado en Barcelona, desde la misma ciudad. En el Bages había habido presencia comunista desde los primeros momentos de la resistencia contra la dictadura. En 1944 había una unidad del maquis –la 153 división, formada por ocho guerrilleros– rondando Manresa, que tenía contacto con los grupos que actuaban en el Montseny, y ya antes, el 3 de agosto de 1943, la policía había detenido a una célula del PSUC en la capital d la comarca. En 1945 existían tres células y otros tantos comités locales, con unos 130 militantes en el Bages. El comité comarcal estaba instaurado en Súria, por la desconexión del grupo de Manresa después de la caída que había casi desarticulado el PSUC en abril de

aquel año. La mayoría de militantes organizados trabajaban en las minas de Suria y había obreros encuadrados en Solsona, Cardona y en fábricas como Labors y, sobre todo, Bertrand Serra, la Fabrica Nova, la factoría textil más importante en España y que sería el centro de la huelga general que conociera Manresa en enero de 1946, una de las primeras registradas en Catalunya bjo el franquismo y en la que la veremos que las mujeres asumieron un papel protagonista. Más adelante, en 1949, luego de otra importante ola de detenciones en abril de 1947, un informe interno del PSUC da cuenta de la existencia de unos 25 militantes organizados distribuidos en la Pirelli, en Nova y en otras empresas textiles de Manresa (Larín, 2007: 64-68).

A pesar de la escasa actividad de la organización en Manresa, en el verano de 1952 se produce una caída en todo el país en la que son detenidos tres miembros del comité de Manresa.¹⁹ No obstante, la organización continuará presente en el territorio y pronto retomará la actividad recibiendo material y distribuyéndolo de nuevo. En 1956, nuevos datos informan de la existencia de células en Manresa, Cardona, Súria y Navàs, en buena medida nutridos con luchadores que van saliendo de la cárcel. A medianos de los años sesenta aparecerá una segunda agrupación formada por gente joven proveniente del sector obrero y cultural. Para esta nueva célula, el vínculo con el Comité Central no vendrá dado por un contacto con la organización, ya presente en la ciudad, sino porque uno de sus miembros, Lluís Maruny, ya formaba parte del partido desde la universidad.

En estos momentos -segunda mitad de los años sesenta-, la situación que se produce en la ciudad de Manresa es causada por la presencia de dos células, que no tienen relación entre ellas, que ni siquiera se conocen y que mantienen relación directa y por separado con el Comité Central pero sin saberlo. El que fuera responsable del aparato de propaganda del PSUC en la comarca del Bages, y miembro de esta nueva agrupación, nos hace una descripción:

Durante un determinado periodo, el partido mantuvo dos vías de contacto con Manresa, una a través del Lluís Maruny y la universidad con nosotros, y otra a través del Rufino, que tenía la estafeta, y la Dolores, que se puso en contacto con el Rufino cuando salió de la cárcel donde estuvo veinte años.

19 Arxiu Nacional de Catalunya. Fons PSUC: 230. Documento impreso en papel transparente, con fecha de 2 de septiembre de 1953 y sello de la Capitanía General de la 4ª Región Militar. Juzgado Militar de E. Y O. A. Barcelona. Para un mayor conocimiento acerca de la represión franquista en la ciudad de Manresa, consúltese el censo de manresanos privados de libertad: *Associació Memòria i història de Manresa* (2012).

Hasta al cabo de un tiempo no se nos dijo quién era uno y quién era el otro. Esto fue así durante la primera etapa, hasta que yo conocí Rufino y entonces pasó la estafeta de Rufino a mí. Fue por una cuestión de seguridad; primero se esperaran a ver cómo funcionábamos y luego nos dieron la información. Sin embargo, no se nos dijo a todos que había este otro grupo, sólo se nos dijo a uno o dos por cuestiones de seguridad.

Lo mismo ocurrió con Sallent, el Comité Central tenía su contacto con ellos y nosotros no lo sabíamos, hasta después de un tiempo no nos conocimos.

En el momento en que ven que en Manresa hay una célula, nosotros, que es capaz de revitalizar el partido, se religa toda la estructura; es cuando nos empiezan a poner en contacto entre nosotros para que reestructuramos la organización y se empieza a renovar. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

La situación que se da en la comarca del Bages a principios de la segunda mitad de los años sesenta, una vez aparece esta nueva agrupación en Manresa, consiste en una serie de formaciones desarticuladas, que no mantienen relación entre ellas, pero sí con el Comité Central ubicado en Barcelona. Nos encontramos con un comité local en Sallent formado por varias células y un comité de la cuenca minera que engloba las poblaciones de Sallent, Cardona y Súria. En Navarcles, todavía no hay ninguna organización, y en Manresa, como señalábamos, existen dos células que se desconocen entre sí.

Rápidamente, la consolidación de la nueva formación manresana comportará el encargo de reestructurar y articular el conjunto de agrupaciones presentes en la comarca. Se entrará en contacto con Sallent y, desde aquí, con Cardona y Súria, y se abrirá una vía de comunicación con la antigua formación que el partido ya tenía en la ciudad. Con el tiempo aparecerán nuevas formaciones en otras poblaciones como es el caso de Navarcles y fruto de estos nuevos vínculos se constituirá el Comité Comarcal que englobará el conjunto de los comités locales.

Junto con el crecimiento estructural de la organización, a medida que el número de militantes aumenta, las funciones de los miembros comienzan a especializarse. De esta manera, así como antes apuntábamos las funciones del responsable político, aparecerán nuevas figuras con el objetivo de agilizar al máximo la actividad de la organización y, por encima de todo, garantizar en lo posible la seguridad de sus miembros. En Manresa, por ejemplo, la primera tarea de la agrupación que aparece en la segunda mitad de los años

sesenta es escoger un responsable político y un responsable de propaganda, más adelante aparecerá el responsable de organización cuando ésta disponga de un número suficiente de células. En cuanto a las funciones designadas para cada uno de los cargos, mientras el responsable político mantiene el vínculo con las instancias superiores, el responsable de organización hace lo mismo pero con el resto de agrupaciones presentes en la ciudad. Es decir, siguiendo un orden jerárquico, el responsable político se dirige hacia arriba de la pirámide y el responsable de organización en horizontal y hacia abajo. Más adelante aparecerá también el responsable de finanzas.

Las figuras que hemos presentado para el caso de Manresa las podemos encontrar en los comités locales de cada población. En cada uno de ellos estas figuras compartían un mismo espacio de encuentro en las reuniones de comité, pero cada una se ocupaba de su ámbito y según establecían las normas de seguridad no preguntaban nada salvo lo estrictamente necesario. Dentro de cada comité local el responsable de organización conocía a los diferentes responsables políticos de cada célula que había en su población, pero estos no eran conocidos por el responsable político del comité local, que sí conocía el enlace proveniente del Comité Central. A partir del momento en que se constituye el Comité Comarcal, éste dispondrá de un responsable de organización que mantendrá el contacto con los diferentes responsables políticos de los comités locales de cada población, y de un responsable político que mantendrá el vínculo con el Comité Central del partido, y relevará de tales funciones a los responsables políticos de los comités locales.

Otra muestra del funcionamiento de la organización nos lo ofrece Lluís Maruny con relación al sector de la universidad. Para ello nos relata los hechos extraordinarios del estado de excepción de 1969, de los cuales fue testigo y protagonista por ser el responsable político del partido en la Universidad de Barcelona. Como veremos, el sistema de funcionamiento era el mismo que para la comarca, con la diferencia que aquí no se trataba de poblaciones, sino de facultades. La estructura sería la siguiente: la universidad estaba organizada por facultades, cada facultad tenía sus células y el correspondiente Comité de Facultad -el equivalente del Comité Local-, las facultades se relacionaban a través del Comité de Estudiantes -el equivalente del Comité Comarcal-, que a su vez estaba en contacto con el Comité de Barcelona y desde aquí directamente con el Comité Central.

Yo, como responsable político de la universidad, claro, vi caer mucha gente, cerca de 100 militantes o más. Entonces cada día hacía recuento del partido para saber a quien habían

pegado y al que no. Esto era sagrado, había habido más de una bronca seria porque un tío no estaba por haber ido con su novia. El militante que no aparecía se daba por hecho que estaba detenido y, por tanto, se ponían en marcha todos los mecanismos que tocaba. El recuento lo hacíamos como una cascada, es decir, en la universidad estábamos agrupados por células de facultad, que podía haber más de una si en una facultad había muchos militantes, el Comité de Facultad, que era otro grupo, el Comité de Estudiantes, el Comité de Barcelona y entonces ya directamente el Comité Central. Esta era la escala jerárquica. Yo, en aquellos momentos, era el responsable del Comité Universitario, el responsable dentro del Comité de Estudiantes, por tanto, toda la universidad pasaba por mis manos, y yo cada día tenía que dar cuenta al Comité de Barcelona de las novedades. Esto era normalmente por teléfono entre los militantes de la célula, simplemente llamar y dar señales de vida. Si alguien no llamaba en una hora determinada se ponía en marcha el mecanismo como si estuviera detenido. Esto durante todo el período de estado de excepción, cada día. Por teléfono cada uno tenía que ponerse en contacto con su responsable, el responsable de cada facultad se ponía en contacto con el Comité de Estudiantes, cada Comité de Estudiantes se ponía en contacto conmigo y entonces yo hablaba con el Comité de Barcelona, no recuerdo si era con el Comité de Barcelona o era directamente con el Comité Central. Esto quiere decir que cada día, a media tarde, ya tenía toda la lista. Con el Comité de Estudiantes nos veíamos una vez a la semana, lo hacíamos por grupos, deberíamos ser una docena de militantes, porque normalmente éramos un militante por universidad, no de todas, pero de casi todas. Los tres o cuatro que recogíamos información hacíamos una cita en un punto concreto, que cada día cambiaba y donde no nos encontrábamos nunca todos juntos. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, junio 2007).

Algo tenían en común anarquistas, comunistas o militantes de organizaciones catalanistas, como Esquerra Republicana de Catalunya o el Front Nacional de Catalunya, que participaron en la resistencia antifranquista: la brutal represión de un régimen político que practicaba sistemáticamente el terrorismo como forma de control sobre la sociedad y que no tenía escrúpulos a la hora de aplastar los restos de lo que había sido el movimiento obrero y revolucionario en Catalunya. Debe hacerse una idea de lo que fue para las personas con ideas revolucionarias y transformadoras de la sociedad soportar esa clase de bajada a los infiernos que suponía vivir el día a día bajo una dictadura fascista, represora, pero también ávida aún de venganza contra los que se habían atrevido a hacer frente al levantamiento del 36, reforzada primero por su alianza con el fascismo y el nazismo, y,

después, por la Guerra Fría como baluarte contra el avance comunista. Para aquellos que optaron durante un cierto periodo por la lucha armada, la situación era la de una guerra, con emboscadas, ataques por sorpresa, golpes de mano y, por parte de la policía y la guardia civil, un acoso implacable que se traducía en trampas, infiltración de confidentes, pago de traidores, delaciones, torturas a los detenidos, juicios sin garantías y ejecuciones legales y extralegales.

Sólo se podía ser o haber sido enemigo del fascismo en la sombra, escondido en el secreto. El miedo hizo -lo sabemos- que algunos decidieran literalmente desvanecerse, esfumarse, “desaparecer del mapa”, y hacerlo no por la vía del exilio o uniéndose al maquis, sino permaneciendo escondidos, sin salir a la calle, en algunos casos hasta finales de los años sesenta del siglo pasado. Fue el caso, acordaros, de los llamados “topos”, personas que habían habilitado un escondite en su casa y que sus vecinos estaban convencidos de que habían muerto o habían marchado (Torbado y Leguineche, 2010). En este marco, la actividad militar, pero también la política y sindical, contra el franquismo implicaba un serio peligro de muerte. Era vital entonces, en el sentido más literal de la palabra, saber guardar, proteger y esconder el secreto que suponía la pertenencia a la organización clandestina. Como indica Carmen Cebrián en su monografía sobre el PSUC, los militantes de organizaciones clandestinas durante la dictadura habían de generar y recibir una intensa confianza entre personas a menudo desconocidas o con un conocimiento del todo parcial: “Cuando un militante acudía a una cita con un dirigente o con otro militante sucedía que ambos se ponían plenamente en manos el uno del otro” (Cebrián, 1997: 53).

Muchos episodios podrían darnos una idea de lo que era vivir la tensión de los luchadores armados revolucionarios y de cuáles eran las consecuencias de haber sido descubierto por la policía o los confidentes en tu escondite, en un establecimiento público o caminando por la calle. A Alejandro Matos, responsable de la reorganización del PSUC en Barcelona, lo detienen por haber cometido la temeridad de elegir para alojarse una pensión de la calle de Santa Ana, en pleno centro de Barcelona. Estamos en febrero de 1940. Su caída forma parte de una batida de que fueron víctimas otros camaradas suyos, cinco de los cuales fueron condenados a muerte; y dos, ejecutados. La noche del 24 de enero del 1946, en una fonda de la calle de la Cera de Barcelona, cenan los libertarios Manuel Martínez y Francisco Marín con su compañera Francisca González. Los sorprende la policía; la mujer lanza una granada que hiere sus propios compañeros y varios policías.

El desencadenante de la ya mencionada “caída de los ochenta” es otro ejemplo del precio que hay que pagar por el mínimo descuido. En cierto momento de abril de 1947 se hace necesario habilitar un automóvil para las acciones de la Agrupación Guerrillera de Catalunya. Uno de los maquis, Ángel Carrero, comete la temeridad de llevar personalmente un coche robado para que lo pinten en un taller, y es denunciado por un empleado, que lo confunde con un delincuente común. Esta detención arrastra otras, entre ellas la del aparato central de propaganda y la de Pedro Valverde, responsable político. Una serie de casualidades precipitó nuevas caídas hasta que, el día 5 de abril, la policía política irrumpe, pistola en mano, en el piso donde se escondían los militantes. Muy probablemente, la cadena de caídas fue debida al hecho de haber desobedecido un principio básico de seguridad como era el de mantener en todo momento una rigurosa compartimentación y segregación entre instancias de la organización (Meroño, 2005: 68-69).

No es necesario ser miembro de un pequeño ejército secreto para que la policía o la guardia civil te caigan encima fatalmente. El mero activismo político o sindical es también castigado duramente. El 20 de mayo de 1947, Germán Estévez y otros cenetistas son capturados ante un estanco del paseo de San Juan, esquina Trafalgar. Caen también comités provinciales, federaciones, sindicatos... En total, más de cien detenidos. El 13 de junio del 1948, un policía infiltrado delata la ubicación de un encuentro clandestino en la esquina de las calles Talleres y Valdonzella. Muere a tiros el anarquista Ramón González, pero sus acompañantes consiguen huir. Uno de ellos, José Cazorla, alias “Tom Mix”, se refugia en casa de Pere Adrover, donde el doctor Josep Pujol le cura de las heridas. Semanas después, el 26 de julio, otro de los fugitivos, Raúl Carballeira, se suicida cuando estaba acorralado por la policía, en su barraca de Montjuïc.

El 18 de noviembre de 1944, el guerrillero Tomás Tortajada es detenido por la policía cerca de la plaza de la Universidad, tras herirlo de un disparo en una pierna. Parece que una nota anónima la había delatado. Más de treinta militantes comunistas fueron detenidos como consecuencia de esta caída. El 28 de febrero de 1949, Quico Sabaté huye de la policía, que lo esperaba a él, a su hermano y dos compañeros más en la puerta del Cine América en el Paral·lel, tras matar uno de los agentes. El guerrillero vive un episodio similar en marzo de 1956, cuando ha de escaparse por la carretera de Montjuïc tras dar muerte a uno de los agentes que la había reconocido a la altura de las Drassanes. En el Hospitalet de Llobregat, la madrugada del 9 de marzo de 1949, la policía se presenta en la calle General Sanjurjo, 40 de la Torrassa, donde duermen Josep Sabaté y José López Penedo. Sabaté

consigue huir, pero su compañero, muy grave, es detenido, mientras que en el enfrentamiento muere un policía. También en la Torrassa, en un enfrentamiento en su casa con la policía, muere Miguel Barba Moncayo, ante su hija y su mujer. Poco después, el 17 de septiembre, Josep Sabaté -hermano de Quico- es descubierto por la policía en la calle de Trafalgar, consigue matar a uno de sus perseguidores, pero, herido, debe esconderse en una farmacia de la calle de San Benito y acaba muriendo cuando lo trasladaban a un hospital. El 21 de octubre de ese año caen abatidos por los disparos de la policía Víctor Espallargas y Pepe el Largo en la calle de Vila y Vilà, y Francesc Martínez Márquez, del grupo Tres de Mayo, en la barriada del Clot. En el bar La Mina de Oro, el 17 de agosto también de 1949, en la calle de Sant Pau de Barcelona, caen varios militantes libertarios, entre ellos el Facerias. A lo largo de los días siguientes cayeron un total de treinta y nueve compañeros suyos. La policía espera el momento adecuado para la emboscada final. Pensamos en César Saborit, del grupo guerrillero Los Maños, sorprendido por una emboscada de la policía cuando viaja en un trolebús que hace el trayecto Meridiana-Santa Coloma, a la altura de la plaza de Tetuán, el 19 de julio de 1951. O el Facerias, muerto en medio del paseo de Verdum de Barcelona, después de haber sido acribillado por la policía, el 30 de agosto de 1957. La guardia civil acaba abatiendo su pieza más preciada, Quico Sabaté, muerto por un miembro del sometent al cruce de la calle Major con el de Santa Tecla, en Sant Celoni, un día de enero de 1960.

Este puñado de casos, tomados casi al azar entre muchos otros, nos da una idea del precio que se pagaba a las ciudades por haber sido víctima de las delaciones o de las propias imprudencias. En las zonas rurales, las condiciones de vida de los que se esconden en la montaña no son menos duras, y están llenas de peligros, no sólo para ellos. La guardia civil detiene familias enteras, incluyendo hijos pequeños, para obtener información de los escondrijos del maquis. Los detenidos son torturados, y algunos son ejecutados sin contemplaciones. Es el caso de los dos tíos abuelos de Marcel·lí Massana, Constantí y Oriol Guitó, encontrados en el camino de la Colonia Soldevila en Balsareny en 1949. También son detenidos y ejecutados Domènec Sardans y su esposa Ramona Rosa, por un supuesto apoyo a la guerrilla en Castellnou de Bages. El 14 de noviembre de 1949, las fuerzas policiales detenían José Puertas, José Bertobillo y Joan Vilella, también acusados de colaborar con el Massana. A Bertobillo y a Vilella les aplicaron la ley de fugas cerca del puente de Vilada, la madrugada del 14 de noviembre. Junto a su cuerpo había el de Puertas, que probablemente ya había muerto antes víctima de las torturas que le infligieron en el cuartel.

En los primeros años de vida clandestina, más que valorar a priori si la persona estaba en disposición de recibir el secreto -porque se trataba básicamente de individuos que ya habían formado parte de organizaciones políticas en los períodos de legalidad-, lo que se le valoraba realmente era la confianza en el hecho de que no lo revelaría bajo ningún tipo de presión. Incluso se tenía en cuenta no sólo la sospecha de delación, sino también la de haber incurrido en conductas o situaciones que hubieran podido poner en peligro o hubieran podido motivar la caída de miembros y estructuras de la organización a las manos de la policía. Así, las normas impuestas por la vida clandestina representaron un modelo de sacrificio y de contención. Como explicaremos más adelante, la estrategia de supervivencia consistía básicamente en no llamar la atención y, por tanto, pasar tan desapercibido como fuera posible. En las mismas normas de seguridad se explicita que, a fin de evitar que la casa “se queme”, es decir, que sea descubierta-, la conducta general deberá ser la del inquilino ejemplar, sin crear escándalo ni ruidos, procurando no llamar la atención.

Los comportamientos considerados inapropiados no son criticables en sí mismos - aunque, en momentos de lucha, a menudo existe una crítica moral a los comportamientos “frívolos”-, sino que lo son porque ponen en peligro toda la actividad clandestina. Podemos encontrar referencias a militantes con comportamientos poco sensatos, como en este documento interno del PSUC:

En su letra anterior hablabais de dos que se emborrachan y armaron alboroto en un tranvía. Ya sabemos quienes son, ya que son venidos de Francia y aquí hay quien los conoce. Son elementos de fuera y que son también del P.; no comprendemos cómo han hecho esto. Aquí se daban vergüenza de decirlo, pero habíamos imaginado quiénes eran ellos y al fin lo han confesado. Aseguran no haber dado ningún nombre a pesar de haber sido duramente golpeados, lo que creemos. Se les ha hecho una buena crítica por los c. que los conocían y, según su comportamiento aquí y vuestras nuevas, veremos si los controlamos.²⁰

A pesar de todas las prevenciones que se tenían a la hora de seleccionar los militantes para la lucha clandestina, si bien sólo se elegían los más concienciados y comprometidos, podía ser inevitable que se terminaran incorporando individuos atraídos por un tipo de vida aventurera y cargada de riesgos. Las conductas derivadas de este tipo de adhesiones podían

20 Fondo del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. Manuscrito, 1947. Caja 407.

desencadenar golpes represivos que a menudo implicaban, por lo menos en los primeros diez años de la dictadura, la caída e incluso el asesinato de compañeros. De esta manera se entiende que “las detenciones del Centro se deben a tres causas esenciales: los restos de los viejos aparatos; la participación en el ANDFD, y la alegría y la taberna”.²¹

El último de estos elementos quizá represente con exageración los factores que hay que rehuir para una correcta acción clandestina: “la alegría”, entendida como la falta de contención, y la “taberna”, como espacio de relajamiento incompatible con el estado de tensión permanente que significa la clandestinidad. En otro documento interno del PSUC, fechado mucho más tarde, se continuaba remarcando que esta exigencia de comportamiento sensato no respondía a una cuestión de carácter moral, sino a una estrategia indispensable en las circunstancias extraordinarias en que la lucha política se desarrollaba:

Un simple conocimiento superficial de la línea ha resultado en muchos casos condición suficiente para ingresar en nuestras filas. Incluso criterios válidos en otras circunstancias, como la actuación legal, no son válidos cuando es preciso guardar todavía la clandestinidad organizativa del p. Así, por ejemplo, no tienen cabida en la organización regular aquellas personas que no demuestren la suficiente discreción y seguridad en su trabajo. Debemos recordar que si bien el concepto de p. de masas no es nuevo, sí lo es la experiencia que estamos realizando de p. de m. en la clandestinidad.²²

A medida que nuevas generaciones se iban integrando en una organización clandestina antifranquista, cada militante valoraba meticulosamente, paso a paso, quien se podía invitar a incorporarse al activismo político, a quien se podía confiar un secreto en el que se dejaba la piel y la libertad de quien lo poseía y de un número difícil de determinar de corresponsables. Ante la obligación de extender la lucha, de ampliar las bases de la organización y de penetrar en el máximo de espacios sociales, la asociación secreta debía mostrarse, después de valorar cuidadosamente la idoneidad del momento y del sujeto ante el que aparecía. ¿Cómo se podía llegar a la conclusión fiable y segura, a partir de los

21 Fondo del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. *Informe sobre la situació del partit*. Mecanografiado, 1948. Caja 407.

22 Fondo del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. *Cuestiones actuales de organización*. Mecanografiado.

fragmentos de personalidad a través de los cuales se presentaba, que un interlocutor podía ser depositario de una información tan vital?

El secreto -la pertenencia a la sociedad prohibida- se recibe con todo su peso de una sola vez. Ingresar en la organización clandestina, o bien recibir de una persona la confesión cómplice de formar parte, representa incorporar una dosis importante de tensión en una relación humana y cargar el otro con una gran responsabilidad, dado que a partir de entonces “ya lo sabe, está al corriente”, y puede convertirse, voluntaria o involuntariamente, en un confidente o bien ser como mínimo inculpado como encubridor de un criminal, que es en definitiva aquello en que una dictadura acaba convirtiendo sus disidentes. La clandestinidad es un ejemplo magnífico de lo que Marcel Mauss llamaba “un hecho social total”, un rasgo de la vida colectiva en el que se encuentran reunidos todos sus caracteres principales, y el momento en que la organización prohibida se presenta a un individuo implica hacerlo pasar a un nuevo estado respecto del cual, aunque no conlleve la incorporación, no se puede dar marcha atrás. Una vez implicado, la decisión que se tome, sea cual sea, comprometerá la misma persona y aquellas con quien comparte el secreto recibido. No en vano, hay que insistir, sólo el hecho de conocer la existencia de militantes clandestinos coloca a una persona al margen de la ley, a menos que se decida actuar como un delator.

Las motivaciones y las formas de contacto con la estructura oculta de la organización son de todo tipo, de acuerdo con la situación. Tienen en común que constituyen, para el depositario o receptor de la revelación, una especie de signo de puntuación biográfico, tras el cual su vida quedará vertebrada por lo que tendrá que decidir ocultar y compartir o bien descubrir. Por otra parte, el poseedor y emisor podrá aliviar la presión que implica saberse perseguido, en la medida en que, a partir del momento en que revela su condición proscrita, comparte la fuente de su ansiedad, pues ya no será único a saberse en peligro. La comunicación del dato oculto (“Soy un militante clandestino; estoy en peligro. Ahora tú también lo estás”) supone un acto que aúna un doble compromiso: compromete el revelador, el cual, asumiendo el padrinazgo del receptor de la información, se juega la credibilidad y la confianza futura del resto de los compañeros, y compromete el depositario que deberá responder a la responsabilidad que se le ha otorgado -quizás sin desearlo-, o bien de la manera que se espera -convirtiéndose en miembro o, cuando menos, en cómplice pasivo-, o bien convirtiéndose en una amenaza.

El fin de la autarquía económica y el reconocimiento internacional, hacia el final de la década de los cincuenta del siglo XX, provocaron cambios importantes en el Régimen y también en las maneras de hacerle frente. Por un lado, siguiendo Rodríguez Tejada (2002), podríamos decir que termina la fase de resistencia, que era como una continuación de la Guerra Civil por parte de los militantes -muchos de los cuales lo habían hecho- y que era guiada por la confianza en que todavía era viable evitar la consolidación de la dictadura. Por otro, arranca la etapa de oposición, en el que la dictadura se daba por estabilizada y el objetivo era derribarla; todo ese era el objetivo de los jóvenes que no habían conocido directamente la guerra del 1936-1939. Este nuevo escenario implica una reestructuración importante de las estrategias de los antifranquistas: la lucha armada es desactivada y reducida a una actividad residual y deslegitimada, y adoptan una serie diversificada de formas de acción política destinadas a desencadenar movilizaciones de masas, que involucren sectores tan amplios como sea posible de la población, ya sea en los centros de trabajo o educativos o, más adelante, en los barrios.

El imperativo del secreto obliga a mantenerse en las catacumbas, pero las apariciones en escena son ahora más frecuentes y más descaradas. Conviene continuar escondidos, pero el precio de asomarse ya no es tan elevado como en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Se sabe que caer en manos de las fuerzas represivas implica perder el trabajo, la libertad y en no pocos casos la integridad física a consecuencia de las torturas sufridas en comisaría, pero ya es improbable un final trágico en cualquier cuneta o ante un piquete de ejecución -desde el 1952 ya no se fusila nadie en el Camp de la Bota. Ahora se imponen otros estilos de acción y otros vehículos de expresión. Incluso se ve posible reaccionar contra la represión desatando movimientos de solidaridad con las víctimas.

E. LA INCORPORACIÓN A LAS ORGANIZACIONES CLANDESTINAS

La incorporación a una sociedad secreta -y las organizaciones antifranquistas lo eran durante la dictadura- sólo puede darse por una toma de conciencia singular. No se trata de añadir a un proyecto de futuro concreto, ni de contribuir a una causa que se considera justificada y urgente. Más allá de los contenidos de su ideología explícita y del papel específico que tenga en una fase u otra de la historia social de un país, la asociación clandestina implica ser y saberse conjurado en un núcleo selecto y especial de individuos que asumen una tarea extremadamente delicada y peligrosa, pues resulta de una impugnación global del universo social en que se mueven y que consideran fundamentalmente corrupto e injusto. En cuanto a la resistencia antifranquista, cabe recordar que fue protagonizada por grupos implicados en una lucha que no sólo se sostenía contra un régimen político dictatorial, sino que también se hacía, y sobre todo, contra un sistema económico como el capitalismo, asociado en el imaginario de estos grupos en formas casi abstractas de maldad que había que vencer. Los revolucionarios que en Catalunya lucharon contra Franco estaban comprometidos al mismo tiempo en favorecer un cambio radical de la sociedad y en esforzarse por la construcción de un mundo nuevo. Su horizonte no es sólo derribar un determinado régimen político dictatorial, sino una estructura del mundo aberrante. La toma de conciencia de esta situación, la perentoriedad de superarla a través de una revolución, era a menudo idéntica a una revelación gradual o repentina, seguida de una conversión -muchas veces intuitiva, sin formalización ideológica sólida-, y motivaba, en muchos rasgos, una búsqueda iniciática del núcleo de elegidos que había asumido la tarea en cierto modo sagrada de la redención de la sociedad.

De ahí la búsqueda del grupo de élite -la vanguardia que prepara el camino de los nuevos tiempo-, toda rodeada de peligros, y que se inicia a tientas, a través de aproximaciones prudentes, inseguras y desconfiadas..., y que culmina en el descubrimiento de los lugares y las personas ocultas. El iniciado deberá incorporarse a la médula de la conspiración y lo hará con las características propias de lo que la etnología religiosa llama “ritos de paso”, protocolos de tráfico que implican un cambio radical en la vida del individuo que asume el nuevo estatuto de conjurado, y que incluyen la asignación de un nombre nuevo: el nombre de guerra. Los testigos que se reproducen a continuación muestran este proceso, con la diversidad de motivaciones y de maneras de tomar contacto

con el secreto, es decir, con la existencia -conocida, pero sin lugar ni rostros hasta entonces- de una actividad política clandestina bajo el franquismo.

En este contexto, los mecanismos de reconocimiento mutuo de los conjurados secretos son idénticos a los que se registran en cualquier modalidad de comunicación oculta entre miembros de sociedades secretas, los cuales deben aprender a detectarse los unos a los otros por medio de signos emitidos en un código que sólo una minoría de personas puede reconocer e interpretar. La etnología clásica nos ha provisto de un buen número de ejemplos de sociedades iniciáticas que utilizan formas de comunicación y lenguajes secretos de uso exclusivo para los iniciados de determinadas agrupaciones, la actividad de las cuales permanece total o permanentemente opaca a la resto de los miembros de la sociedad (cf., por ejemplo, Leiris, 1994 [1948]; Jaulin, 1983 [1967]; Mallart, 1992, o, para una perspectiva general, la Fontaine, 1984). Más cerca, otro ejemplo de la forma en que se utiliza este código de reconocimiento mutuo, hecho de señales que sólo el otro miembro de la organización oculta puede percibir y responder, sería el que han utilizado los francmasones, para remitirnos al ejemplo que Erving Goffman sugiere para referirse a la cautelosa revelación por medio de la cual dos miembros de lo que él llama una “sociedad íntima” se dan a conocer mutuamente (Goffman, 2006b [1.975]: 538).

La premisa en la que Goffman nos sitúa como punto de partida establece que en la vida cotidiana, en la que los individuos habitualmente no aparecen como adscritos a ninguna sociedad secreta, y donde, por tanto, se descarta la posibilidad de revelar una afiliación inexistente, se desarrolla un proceso más delicado y sutil. Se entiende que los individuos no conocen las opiniones de las personas con las que comparten tiempo y espacio. En estas situaciones ordinarias en que cada uno es más bien un enigma total o relativo para el otro, se produce, de una manera casi automática, una especie de sondeo mediante el cual cada uno va revelando al otro -y infiriendo del otro- puntos de vista u opiniones que sugieren una determinada forma de pensar que en principio se supone que pertenece al dominio privado. El proceso no tiene que ser por fuerza explícito, sino gradual, por aproximaciones o tanteos, a la manera de dos púgiles que se estudian mutuamente antes de pasar al ataque. Esta lógica forma parte de lo que, desde el interaccionismo simbólico, Harvey Sacks (2000) llamaba la “máquina de hacer inferencias”, que permite a los individuos obtener información implícita de aquellos con los que interaccionan y convertirse, como insiste en hacernos notar Goffman, biógrafos unos de otros.

En el caso que nos interesa, los militantes secretos, o sencillamente aquellos que, sin estar organizados, compartían opiniones prohibidas, podían ir descubriendo indicaciones tranquilizadoras de la persona con la que se encontraban, indicaciones que podían ir abriendo paso a la certeza de que esa persona era, primero, “de confianza” y quizás, más adelante, “uno de los míos”. Joaquim Horta y Massanés, editor y poeta que entró a militar en el PSUC en 1953 para organizar con otros compañeros la primera célula de Cultura tras la Guerra Civil, explica que en la imprenta de su abuelo, donde trabajaba desde los catorce años, había trabajadores anarquistas y comunistas, pero también adictos al franquismo: los primeros callaban. Uno de ellos se llamaba Gujeda, y sólo con el tiempo descubrió que en realidad se trataba del cenetista capitán Burillo, que había combatido en el frente del Ebro: “Era muy buen hombre. Él me contaba muchas cosas que yo escuchaba con los oídos bien abiertos, me hablaba mucho, y yo lo escuchaba todo, pero hasta más tarde no entendí qué significaba todo lo que me decía ni el sentido que daba a las condiciones de vida de los trabajadores” (comunicación personal de Gerard Horta). Goffman establece los pasos de este proceso cuando nos invita a imaginarnos individuos que sólo van abandonando un poco sus precauciones, esperando que el otro les demuestre que están fuera de peligro; una vez obtenida esta confirmación, pueden abandonar un poco más sus precauciones, siempre con cuidado de no arriesgarse más de la cuenta. Al expresar cada paso de la admisión de sus opiniones en términos ambiguos, el individuo está en condiciones de detener el proceso, de abandonar su fachada en el preciso momento en que no obtiene confirmación de su interlocutor, y entonces puede llevar a cabo su última revelación, relativa en este caso a una identidad propia que está seguro, o casi seguro, que el otro comparte.

Una de las variedades, entre los casos considerados, es especialmente sencilla y previsible: viejos militantes clandestinos de otras regiones de España, que a menudo han conocido detenciones y la prisión, y que llegan a Catalunya para trabajar. En poco tiempo se producen las primeras manifestaciones de esta comunicación oculta de la que hablábamos. Una serie de indicios, muchas veces sutiles, permiten que los participantes en una organización secreta se reconozcan entre ellos. Puede ser un conocimiento biográfico de los antecedentes del recién llegado al pueblo, en el barrio o en la fábrica, pero también pequeñas pistas que se van desgranando en el transcurso de la relación cotidiana y que pueden tomar la forma de comentarios de apariencia irrelevante. Puede ser bien representativo el caso de José Torralbo en Sallent, viejo militante comunista que, tras años de prisión, fue uno de los responsables de la organización del PSUC en la comarca del Bages a finales de los años sesenta.

Justo al lado de nuestro domicilio en la Carretera nº. 12, 2º. piso, estaba el economato de potasas donde estaba de encargado Manuel Díaz Valverde; con él cogimos una buena amistad a través de que un cuñado de él era muy buen amigo del marido de mi cuñada Juana, que también ya se había casado. Por este mismo conducto él se enteró de que yo venía de la cárcel y esto le dio la confianza para decidirse a decirme que él también era comunista y estaba en el partido; este fue mi primer contacto con la organización después de salir de Burgos.

La vida de partido que yo había hecho antes y la que había hecho en el penal no tenía nada que ver con la que yo me encontré aquí. Esta era una organización pequeña en un pueblo pequeño, donde era más difícil moverse, eran un grupo de hombres organizados que recibían propaganda y hacían reuniones, era una organización que ya tenía la tradición y la experiencia de sus divisiones internas; cuando yo llegué todavía no estaban superadas del todo, ni se superaron nunca, al contrario, se agudizaron más.

Como en montones de localidades, esta se limitaba a mantener la banderiza, recibir el material y aceptar algún ingreso casual como el mío. Pero tenían dos cosas que eran fundamentales: un enlace con el Comité Central que asistía a las reuniones periódicamente, y una estafeta de propaganda, la cual conocían muy pocos. Esta era una medida de seguridad totalmente acertada.

Después de varias reuniones, en la montaña al lado del canal, en lo alto de la Rampiña, Manolo y yo coincidimos en que había que dar salida a la calle al partido, había que sacar propaganda, hacerse notar. Sallent se convirtió en el punto de apoyo en la comarca, a través de Manolo. Desde Sallent se conectó con los primeros camaradas que darían forma a las primeras agrupaciones de la comarca, después de la de Manresa, como Súrria, Cardona, Balsareny, Navàs. Estos contactos se realizaban a través de Manolo.

En una reunión del Comité Local, Jordi, el enlace de Barcelona, le planteó a Manolo la necesidad de que él se encargara de controlar a todas estas localidades y que dejara la responsabilidad del comité a Ricardo o a mí. Él decidió que fuera yo el responsable político desde aquel momento.

Las reuniones las realizábamos en nuestros domicilios particulares, a veces los domingos o días festivos las hacíamos en la montaña, nos íbamos por separado y así pasábamos más desapercibidos. Había una situación en el comité que era la falta de gente joven, savia nueva; tanto Manolo como yo éramos conscientes de eso, había que intentar atraer a gente joven.

Él tenía en el economato un joven llamado José Antonio Hinojosa, serio, prudente; él empezó, porque se le encargó la captación de gente joven para crear las juventudes comunistas. Y poco tiempo después tenía reunidos a un grupito, con chavales como Genís, Modesto, Cazorla, y algunos más. Como responsable de ellos me pusieron a mí. (Entrevista personal en Sallent, junio del 2008).

Una vía quizás más frecuentada es la de aquellos que se incorporan al secreto a partir de una revelación, que ya hemos dicho que puede ser gradual o repentina, y en el que puede tener un papel fundamental un personaje introductorio que induce a cambiar la forma de ver el mundo. A veces es el militante quien detecta inquietudes políticas en un vecino, un amigo o un compañero de trabajo y decide ponerle él mismo lo que son a la vez pistas y pruebas en su camino hacia la incorporación a la organización: pistas que van atrayendo al candidato hacia el núcleo de la sociedad secreta y pruebas que aseguran que la impresión recibida del posible nuevo miembro es correcta. Conviene garantizar que la invitación a incorporarse a la militancia sea aceptada incondicionalmente por el captado. De nuevo José Torralbo, nos ofrece un ejemplo de la prudencia que exige el proselitismo político clandestino.

Un día saliendo del trabajo me encontré en la calle una octavilla, había llovido y estaba pisoteada, pero tuve la curiosidad de saber qué era, me agaché, la cogí y cuál no sería mi sorpresa al ver que estaba firmada con el anagrama del P.C.E. Me la guardé y pensaba, “pues existe”: ¿pero cómo encontrarlo?

Unos meses después me puse a trabajar en la Plaza de Castilla, en un edificio de la Editorial Católica, donde coincidí con un paisano mío, un hijo de Bartolomé Caballero, muerto en la guerrilla. También había allí trabajando un hombre que tenía un ojo de cristal, se llamaba Ignacio Pascual. A la hora de la comida nos quedábamos allí reunidos en el tajo y las conversaciones para sorpresa mía giraban todas hacia la izquierda, y no tardé en descubrir que había más de uno que había estado en la cárcel. Luego, un día me volví a encontrar una octavilla allí en la obra, fui y se la enseñé a Ignacio, la cogió con mucho cuidado la leyó y me dijo que aquello era de los comunistas, y que tuviera mucho cuidado de hablar con nadie de aquello, porque era muy peligroso. Esto lo comenté con mi paisano Juanito, el hijo de Caballero, que se mostró muy interesado. Otro día en el capazo de la herramienta me encontré otro papel pero éste era más grande, hablaba de la situación de los trabajadores, de los salarios y de la próxima huelga de la construcción. Aquello se ponía

interesante, se la enseñé también a Ignacio y le dije que la había encontrado en su capazo de la herramienta y que aquella hoja estaba muy nueva y la tinta estaba fresca, en principio no dijo nada pero al final me dijo que la había puesto él, que si quería leer papeles de aquellos él me traería alguno, pues tenía un amigo que se los daba, pero tenía que tener mucho cuidado. El ya conocía parte de mi historia, yo se la había contado, esto le merecía una confianza, así que poco a poco me fue pasando material para leerlo y más tarde para repartirlo, cosa que hacíamos mi paisano y yo. (Entrevista personal en Sallent, junio del 2008).

En 1947, Enric Pubill tenía diecisiete años. Un monitor del grupo scout donde participaba le ofreció ingresar al PSUC. Durante dos años participó en diferentes actividades de agitación y propaganda hasta que cayó en 1949. Su participación en el partido supuso el paso por la siniestra jefatura de Vía Laietana y las habituales sesiones de tortura que allí se producían, más un juicio en consejo de guerra que acabó con el cumplimiento de diez años de prisión entre el penal de Burgos y la Modelo de Barcelona.

La lucha clandestina viene motivada por otras cosas. En mi caso por mi padre, que luchó por la República y después ya no lo vi más. Otra circunstancia fue el hecho de no tener otra forma de asociación. O eras de Falange o ibas dentro de un club deportivo, que eran permitidos, como fue mi caso. Entonces ya practicabas una forma de rechazo al Régimen, de enfrentamiento a la institución juvenil de aquella época, que era la Falange. Esto poco a poco te iba condicionando, porque estás en contra de aquella forma de vida que te ha hecho daño, crees que hay otra vida más justa, otra forma de gobernar más justa que había dado una serie de libertades. Hasta el momento en que enlazas con el movimiento clandestino...

Lo que me captó a mí para entrar en la JSU sabía que mi padre estaba exiliado, que el 18 de julio había salido a la calle y que yo era completamente contrario a Franco y la Falange. Que hice los primeros pinitos de estar en contra del Auxilio Social. Con esta trayectoria me propusieron ingresar y me explicaron lo que era la JSU. La conversación iba del nivel político y de cómo respondías a diferentes preguntas. No fue de repente. Era un análisis de tu comportamiento. Tuvimos muchos enfrentamientos -los scouts- con los falangistas. Una vez fuimos a la Rambla de Catalunya, que nos habían robado la bandera del agrupamiento, y fuimos con los machetes dispuestos a entrar en el local de la Falange y hacer un destrozo. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 46).

El testimonio de Pubill evidencia que el criterio que permite habilitarlo como militante viene dado por la información que su conducta destila. Su actitud de rebeldía, su hostilidad hacia la Falange y la OJE, son indicios que permiten a los militantes ya integrados -siempre atentos a posibles “fichajes”- entender que se encuentran ante un candidato seguro para recibir el secreto e incorporarse a la organización. También cuentan los datos conocidos de la biografía familiar y de las amistades de la persona. Ahora bien, el proceso nunca es brusco: se analiza el comportamiento, se discute sobre política con el nuevo militante potencial, etc. De forma gradual se evalúa la capacidad del aspirante para recibir y compartir el secreto, un secreto, sin embargo, que no puede ser revelado con toda su trascendencia, sino de golpe. El candidato es todavía cercano al estado del no iniciado y necesita ser probado y educado, hasta poder conocer todos los fines de la asociación y ser admitido en su centro. Los escalones que es obligado a subir antes de su incorporación definitiva sirven para proteger el corazón de la organización, aislarlo del exterior, en un grado que excede lo que produce el pleno ingreso, por lo que el miembro no probado todavía no tiene mucho para revelar, y se crea, mediante revelaciones graduales, una esfera de protección elástica, por decirlo así, lo más íntimo y esencial de la asociación, dentro del secreto que rodea la totalidad. Esta profilaxis actúa a la manera de un territorio intermedio que protege más eficazmente la sociedad secreta que el dualismo radical entre los que son completamente dentro y los que son completamente fuera. Al servicio de esta ubicación de umbral entre los de dentro y los de fuera de la asociación secreta antifranquista encontraríamos la figura aún no del todo orgánica del simpatizante y la disposición de grados de afiliación inferiores a la célula, como lo fueron más adelante, en grupos como Bandera Roja, los llamados círculos.

El caso de Joan García Tristany mantiene paralelismos con el de Pubill. Fue detenido cuando cayó Pubill, aunque no se conocían. Pasó un mes en Vía Laietana y cumplió siete años de condena entre Burgos y la Modelo.

Yo conecto cuando aún no tenía diecisiete años con un grupo de intelectuales del partido. Soy ex alumno del Instituto Francés, y un profesor, los sábados por la tarde, daba clases de conversación en francés en una salita que le habían dejado en el Ateneu Barcelonès. La literatura ha sido uno de mis hobbies, y allí empecé a trabajar con un profesor que era del partido. En ese momento, por amistades del barrio, yo tenía cierta relación con las Juventudes de Falange. Me miraban un poco de reojo porque se lo olían. Estuve dando

información hasta que el partido me dijo que lo dejara, porque ya me habían llamado la atención un par de veces cuando me hacían una comedia de interrogatorio.

Conecté con la JSU por arriba; había una delegación de la comisión ejecutiva de la JSU y me conectaron. La primera entrevista que hice fue bajo el reloj de la universidad, que era un lugar muy adecuado para conectar. Me preguntaron de qué zona era y me llevaron hacia la agrupación de Poblenou. Aún no había terminado la Segunda Guerra Mundial y eran doscientos militantes, cifra que no se había alcanzado ni durante la guerra. Yo tenía aspecto de estudiante, con gafas, y siempre iba con libros. Trabajaba, y al salir hacía trabajo político. Esto significaba llegar a las doce de la noche.

Sabía que eran del partido, porque yo tenía estas tendencias. Mi padre me había proporcionado un ejemplar del Manifiesto Comunista. Empezabas a hablar con la gente; te veían como respirabas; empezabas con literatura... Trabajar en la clandestinidad te da un cierto sentido, y normalmente siempre aciertas (a veces no, porque la policía estaba al caso). En ese momento la mentalidad del partido era muy militarizada. Se trabajaba mucho en compartimentos estancos. Sin embargo, las medidas de seguridad no se tomaban como se debían tomar. Muchas veces se confiaban y daban pistas a la policía.

Estuve un tiempo ayudando este grupo. Una vez, tuve que ayudar a un aviador y lo acompañé hasta el consulado americano.

Un día este grupo de intelectuales decidió que yo no haría nada con ellos y que tenía que ir con las Juventudes. Yo no conocía antes ninguno de los doscientos militantes. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 47).

Desde la coincidencia en un ambiente intelectual al margen de la ortodoxia franquista, se analizaba la conducta del candidato potencial. Se empezaba hablando sutilmente de literatura o de cualquier otro tema potencialmente indicativo, hasta que se llegaba al convencimiento de que se podía confiar en el interlocutor como camarada. Pero la afinidad ideológica no era suficiente. Con García Tristany también conectaron miembros de la organización que vieron en él las virtudes y las capacidades de un buen militante.

García Tristany hace notar que la actividad clandestina era, en aquellos momentos de la inmediata posguerra, poco eficaz en el aspecto propagandístico. Tanto Pubill como García Tristany fueron cooptados, y este acto fue para ellos la primera noticia de la existencia del PSUC en la clandestinidad. El trabajo clandestino se desarrolla en unos niveles de ocultación que difícilmente permiten llegar al grueso de la población. Ni siquiera

muchos de aquellos que se consideraba que tenían condiciones para formar parte tenían conocimiento de las acciones y las opiniones de los opositores al franquismo, ni de la existencia activa de las organizaciones en las que se encuadraban.

Tito Márquez ya pertenece a otra generación de militantes clandestinos. Su organización -en este caso el PSUC- se encontraba en plena expansión en la década de los sesenta. El contacto se dio porque proviene de un pueblo, Montilla, con una larga tradición comunista. Su hermano se incorporó a la militancia hacia el año 1959 o 1960. El documento interno *Un comunista después del paso por comisaría*, que relata en primera persona la caída de Simón Sánchez Montero, le sirvió como referencia y ejemplo. Contactó por primera vez con el Partido Comunista de España en su pueblo, del que tuvo que huir, después de estar un año en la cárcel de Córdoba, para iniciar nuevamente el proceso de encontrar el partido -ahora el PSUC- en Catalunya.

El primero que me toca es mi hermano. Mi hermano, aunque estaba casado, es el que me lo plantea. Y de tan rigurosamente que me expuso las cosas, me acojonó, el tío. Tantas medidas de seguridad me quiso meter en la cabeza que pensé que era demasiado difícil. La cuestión es que no llegué a ingresar. Luego me dejaron, veían que yo era rebelde, hacía las huelgas campesinas... Al poco tiempo, un compañero, un camarada de allí, se empezó a pegar a mí y me trabajó de un modo más suave. Ahí ingresé.

En un pueblo era muy difícil no conocerse; lo que no sabías era quién estaba organizado con quién. Como yo era el hermano de Márquez, y como había sido considerado uno de los máximos dirigentes de Córdoba, a mí me dijeron que no me comunicara con nadie. Yo estaba vigilado.

Mis padres no sabían nada de lo mío ni de que su hijo se había tenido que ir. Había familia a la que se le podía decir y había familia a la que no. No por nada, sino por no comprometerlos.

Vine a Hospitalet. Tenía la dirección de un camarada de Montilla con el que había coincidido en la cárcel. Como era un ex preso y el partido estaba muy mal por las caídas, había una lentitud tremenda. Me llevó a ver a un paisano que era el que tenía contacto con el partido. Después conocí a otros compañeros. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 48-49).

A Márquez, en un primer momento, las prevenciones que le plantea su hermano le disuaden de incorporarse al partido. Se le descubre como militante, aunque deja en suspenso la posibilidad de comprometerlo a él en una participación activa. Una revelación de este tipo, que, como mínimo, requiere complicidad y reserva, sólo es posible en relaciones de absoluta confianza. La relación familiar entre hermanos puede ser un ejemplo, sin duda, pero otras relaciones de parentesco del mismo grado -entre hijos y padres, por ejemplo- pueden no ser tan seguras. Ya hemos indicado que la recepción no es neutral, obliga a posicionarse y a plantear la gestión de la información. Hemos visto como el simple conocimiento ya compromete; constituye, pues, una especie de accidente o punto fundamental de inflexión en una relación humana. Según el testimonio de Márquez, en ese momento los comunistas eran muy numerosos en su pueblo de origen. Cuando la disidencia es más extendida, el abrigo y la seguridad que ofrece el medio cotidiano es mayor; la ocultación, más segura, y la vigilancia gubernamental, más difícil. Sólo rompiendo este estado de complicidad por medio de traiciones y sobornos, los poderes pueden penetrar la capa protectora que salvaguarda la actividad clandestina.

La situación de Ángel Rozas es más sorprendente. Partía de un inconformismo que él valora casi como innato, aunque animado por su extracción social y la de su familia. Esta rebeldía le conduce a buscar el núcleo de activismo político clandestino en una búsqueda dilatada en el tiempo. Su singular figura -su estatura es, más o menos, de 1,20 m- la hace una persona fácilmente detectable. Si la clave de la clandestinidad es la capacidad de mantener la discreción, a Ángel le es imposible pasar desapercibido. Para él, la calle y la multitud no son lugares en los que pueda camuflarse. Para ello debe exiliarse ya en los años setenta:

Nací en un pueblo de Almería. Mi padre murió y yo empecé a trabajar en las canteras de mármol, que eran la base fundamental de aquel pueblo. Fui de arriero, con el borriquillo, descargaba las comidas y llevaba cántaros de agua para los trabajadores de la mina. La guerra mundial fue fatal para muchísima gente, y perder a mi padre, encima, representó la miseria total. Vivíamos en un cortijito. [...] Si se moría un cerdo, siempre era el tuyo, nunca el del dueño. [...] Mi hermana servía en Barcelona. Llegué aquí a los once años. Un tío mío había venido y estábamos en su casa. Luego alquilamos una habitación, de *rellogaos*. Éramos catorce o quince; dormíamos sobre una manta, un montón. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 49-50).

El relato de cómo llega a la organización es la historia de una larga persecución detrás de la “epifanía” de la organización oculta.

Yo no tenía ni idea de nada. Mi pueblo era un lugar relativamente tranquilo, en el que no habían pasado grandes cosas durante la guerra. Tampoco hubo grandes represalias cuando terminó. De chaval vivía cerca de la plaza Sanllehy. ¿Qué salidas teníamos los adolescentes? No había muchos medios. Nos reuníamos en la iglesia de Cristo Rey. Una vez al mes se hacía una asamblea y se hablaba sobre temas de todo tipo. [...] Entonces moría mucha gente de tuberculosis. Un día salió la conversación de por qué moría tanta gente. En esas asambleas se empezó a discutir sobre eso. Las dirigía un religioso, pero no un cura. [...] Yo tenía un familiar que estaba en un pabellón de tuberculosos. Lo iba a visitar cuando podía. Yo para ayudarle recogía papeles, alpargatas y todo lo que pillaba y lo llevaba al traperero y con los cuatro reales que me daba compraba e intercambiaba novelas. En el mercado de San Antonio o en un mercado que hubo muchos años en Atarazanas. Eran novelas de aventuras. Y esas novelas se las llevaba y así se entretenía [...]. Cuando se discutió el tema en esa asamblea, el muchacho ese que nos llevaba dice que se moría mucha gente de tuberculosis porque los chicos estaban inmersos en el pecado. A mí me pareció que eso era una estupidez. Y dije: “No estoy de acuerdo con eso. Mire, yo voy a San Pablo todas las semanas y esa gente no sabe lo que es un trozo de pan blanco; un vaso de leche, imposible; un bistec, ni lo sueñe [...]”. Todo esto es consecuencia del hambre que hay...”. Yo trabajaba, y cuando salía del trabajo, por la tarde, veía al muchacho que llevaba el grupo pegándose el lote con una chica. Y le dije: “Si eso fuera así, tú ya te habrías muerto”. Le sentó como un tiro y me echó de allí, acusándome de comunista. Me dijo: “Tú tienes ideas comunistas”. Yo por entonces no tenía ni idea de qué era el comunismo, pero pensé que si preocuparse por estos problemas era de comunistas, yo quería saber más.

Nos juntábamos un grupo de cinco; yo no conocí más. Íbamos a una granja de pollos, gallinas y tal del Baix Llobregat. La granja la regían una pareja joven que eran sobrinos del dueño de la granja. El dueño era un hombre ya mayor que había hecho la guerra. Allí nos juntábamos; allí almorzábamos con una bota de vino y los que tenían experiencia daban sus explicaciones. Yo no tenía ninguna [...]. De vez en cuando traían un periódico de la CNT. Así pasaba una semana, otra semana [...]. Yo decía, me parece bien, todo esto está muy bien, pero ¿ahora qué?, ¿qué hacemos ahora? Yo trabajaba en una fábrica de abrasivos, en Les Corts. A través de un compañero, conocí a un antiguo dirigente durante la guerra que acababa de salir de la cárcel. Un día un compañero de trabajo me dijo: “Hay una señora con un niño que han venido y mi madre les ha alquilado una habitación, y tiene al marido en la cárcel y está a punto de salir”. Este amigo y yo

hablábamos a menudo de las injusticias que pasaban. Le dije que me parecía interesante hablar con ese hombre y le pedí que me avisara cuando saliera. Al cumplir la condena salió y yo fui a hablar con él. Al principio el tío estaba muy mosqueado. Nos pusimos de acuerdo mi amigo y yo para pedir trabajo en nuestra empresa para este hombre, y al cabo de tres o cuatro meses logramos que entrara a trabajar. Este hombre me presentó a otros amigos suyos. Era un anarquista, pero un tío muy honesto. Él no quería volver a la cárcel; había pasado diez años. Era una gran persona. Vio las ganas que yo tenía de hacer cosas y dijo: “Mira, yo voy a hacer una cosa”. Hicimos una buena amistad.

Un día vino a casa para ver los libros que yo tenía, casi todos de teóricos del anarquismo, de Proudhon, de Kropotkin y tal, que los había comprado en las barracas esas de libros viejos de la Rambla o en el mercado de San Antonio. Ese hombre me dijo: “Mira, tú no tienes madera de anarquista”. Yo en la cárcel conocí a un muchacho que era comunista con el que hacíamos *comuna*, un grupo de solidaridad para compartir y mejorar la calidad de la comida en prisión, y te lo voy a presentar. Me lo presentó, un tal Rius de Hospitalet, que había estado en el Grupo de los 80. Conocí a su familia. Y con este chico ya empezamos. Dijimos: “Coño, pues tendríamos que organizarnos”; entonces él buscaba a los que conocía, familiares, amigos, gente del trabajo, ex detenidos que colaboraran, y así montamos nuestra primera base del PSUC. En esos años empecé a pasar sin mi hermana. Era la primera vez que vivía en una casa con agua corriente y luz eléctrica. Compré una radio y aquello fue la salvación. Me tragaba la Pirenaica y recogía las orientaciones que daba. En la Pirenaica escuché que había que estar en el sindicato vertical para orientar a la gente, a la clase obrera. Me presenté en mi empresa y fui elegido por unanimidad y así salí enlace sindical. Como yo buscaba mejorar la condición de los trabajadores, en el vertical les cayó muy bien y me propusieron salir en las elecciones para vocal provincial y, cuatro meses después, para vocal nacional. En cuatro días me metía para vocal nacional en el Estado español. Luego me propusieron para procurador en Cortes del tercio sindical en Madrid, hablo ya del año 1958 [...].

Este chico era de los que habían condenado a menos de este Grupo de los 80, el expediente este donde fusilaron a Puig Pidemunt y a Numen Mestre por la juventud, a Ángel Carrero y a Valverde... Fusilaron a cuatro. Eran ocho los condenados a muerte; pero fusilaron a cuatro y conmutaron a cuatro. Le pusieron un año porque lo único que hizo fue cotizar. Este chico –ya muerto– se llamaba Ramón Rius Muns. Este chico vivía entonces en la Torrassa, cerca de mí. Cuando fuimos a verle se entusiasmó porque cuando cumplió condena nadie había ido a verle, ni él tampoco había buscado el contacto. Y así fue como empezamos a organizar el partido. Él estaba dispuesto enseguida a hablar, tenía un hermano más joven, la mujer también había participado, tenía una serie de amigos que se

juntaban un domingo y hacían una paella y comentaban y tal..., pero no estaban organizados en ningún sitio. Y así fue como empezamos. Entonces decidimos: bueno, pues vamos a organizarnos. Pero no tenemos contacto con el partido, no sabemos dónde está el partido. Yo siento la Pirenaica por las noches, y lo que aconsejan hacer es lo que deberíamos hacer. Yo he salido enlace sindical y me he presentado por mi empresa porque he sentido en la Pirenaica que había que estar ahí. Y así empezamos a organizar el partido sin tener contacto con el partido dos años largos. La huelga del 1951 fue el revulsivo que nos empujó a hacer cosas. Hacíamos octavillas; las tirábamos en la empresa; organizamos células del partido. Llegamos a tener ciento y pico de hombres y mujeres organizados en células de dos y tres personas. Como una tela de araña. Yo escuchaba, a pesar de los ruidos, las orientaciones de la radio. Compraba las imprentillas que vendían para los niños y letra a letra hacia las composiciones. Entonces ya éramos comunistas, funcionábamos como células comunistas aunque no teníamos contacto con el partido.

Mientras tanto, en plan clandestino, yo seguía con mis amigos, reuniéndome, sábados, domingos. Les explicaba que estaba trabajando en el interior del sindicato, con los trabajadores. Cacé a varios de ellos. Íbamos organizando el PSUC en la clandestinidad orientados por la Pirenaica. Las reuniones eran en el campo, en los pinos, en Collserola – cerca de “los cojones de Porcioles”, así se llamaban–, un depósito de agua que había en la montaña. Allí leíamos impresiones y tal. Ya venía algún chaval que estudiaba, otros de la Escuela Industrial. Encontré gente de la universidad, uno de medicina [...]. Montamos una célula en la universidad. Habíamos montado células en Maquinista, en Olivetti, en varias fábricas textiles. Llegamos a tener ciento y pico de hombres y mujeres organizados. Lo hacíamos orientados por las consignas de la radio. Aunque no teníamos contacto con la dirección en el extranjero, para nosotros éramos el PSUC. Tirábamos octavillas firmadas y todo. El PSUC de verdad sí tenía gente en esas empresas y encontraban nuestras octavillas y decían: “Hostia, estos son de la policía, mucho cuidado que estas las tira la policía”. Y algunos amigos con bastante sentido común negaban que fueran obra de la policía: “Si dicen lo mismo que nosotros”. Se preguntaban: “Pero ¿quién son esta gente?”.

Yo, por la radio, pillaba las orientaciones, pero como las interrumpían para que no se sintiera, pues se me escapaban cosas. Daban dos o tres sesiones distintas, de media hora. Entonces yo intentaba coger siempre las orientaciones dedicadas a los trabajadores. Me quedaba con una parte y me quedaban en blanco otras que se me habían escapado. Total que yo para completar el texto buscaba lo más razonable que encajase con lo que decía después y lo que decía antes. Y claro, no eran las mismas octavillas que tiraba el partido. Escuchaba la radio por la noche. Les cerraba la puerta a mi hermano, a mi cuñado, cerraba la puerta de mi madre y la niña para que no se despertaran, y bajito, así bajito, escuchaba.

El contacto empieza cuando en la empresa en que yo trabajaba tuvieron que hacer unas estanterías para poner las herramientas. Entonces vino un carpintero que trabajaba enfrente, en la Travessera de les Corts. Al cabo de un tiempo un pobre diablo de la empresa, una especie de chivatillo de los patronos que a mí me respetaba mucho, me dijo un día: “Mira este hombre, se llama Santiago. Es muy buena persona. Hemos vivido mucho tiempo en la misma escalera en la calle La Forja. Y ese hombre tiene unas ideas así como tú”. Creo que estuvo en la cárcel detenido. Pues a ver, entonces me pegué yo a Santiago y le dije: “Oye, ¿cómo podríamos charlar, que tengo que contarte un par de cosas y tal?”. “Yo *plego* a las siete.” “Pues yo también. Nos vemos en la puerta, ¿no?” Había al lado un jardincillo. Allí nos juntábamos, nos sentábamos en un banco y charlábamos. “Yo tengo unos amigos y tal.” Nos encontramos en Travessera de les Corts y Vallespir. Había un grupo escolar ahí. Nos encontramos en la puerta del jardincillo aquel y dije: “Yo estoy buscando porque..., este que trabaja conmigo, Baltasar, me ha dicho que usted estuvo detenido, estuvo en la cárcel y tal... y es que yo busco a los comunistas porque hay que hacer algo, hay que hacer cosas...”.

El tipo me vio con tantas ganas que me dijo: “Bueno, yo no sé mucho de esto porque ya hace tiempo..., pero si quieres seguimos hablando. Yo estuve en aquella época. Pero luego nada más”.

¡Claro!, el tío estaba en activo. ¿Sabes? Era muy prudente, muy prudente. Claro, no podía abrirse de cualquier manera. Pero le daba una cierta confianza que yo me abriera así y que supiera donde trabajaba, que no era un infiltrado, en todo caso podía ser imprudente en cuanto a hablar. Y así fue como empezamos. Al cabo de por lo menos seis meses me tuvo ese hombre. Nos veíamos por la tarde, charlábamos de todos los problemas, las cosas y todo. Y un día al despedirse me dijo: “Esto que te doy te lo guardas y que no te lo vea nadie, sobre todo ten mucho cuidado”.

Me lo guardé en el bolsillo. No había llegado a lo que es el campo del Barça, donde entonces no había nada, y me escondí allí y miré: “Hostia, ¡el *Mundo Obrero!*”. En aquel papel biblia. Lo plegué, lo guardé, me lo llevé a casa, me encerré en el váter, y a leer el *Mundo Obrero*. Estaba loco de contento. Entonces a la noche me fui a ver al Rius y le dije: “Ya lo he encontrado... ¡Si este tío me da el *Mundo Obrero* es que es del partido...!”.

El [ejemplar del] *Mundo Obrero* tenía como mucho un mes, era reciente.

Con ese hombre ya empezamos y me dijo: “Bueno, yo te voy a presentar a un camarada que es mi responsable”. Montamos una cita en los jardincillos aquellos que hay en la puerta de la Diagonal, en Palacio Real. La idea que le vendió a su responsable es que yo era un chico que hacía cosas en la empresa donde trabajaba, que tenía muchas

inquietudes, [que] seguramente debía de tener un par o tres de amigos, que *sentían* la Pirenaica y que querían entrar en la organización. Que es lo que yo le había dado a entender. Lo que no sabían era que nosotros éramos ciento y pico, que estábamos organizados y que teníamos células en la Olivetti, en la Maquinista, hasta en la universidad. Cuando supieron eso el responsable se echó las manos a la cabeza y dijo que él no lo podía autorizar, que tenía que autorizarlo el Comité Central. Tardó seis meses más en venir y me dijo que montara una reunión con algunos responsables de los grupos. Dijo que haríamos un día de campo; nos fuimos a Martorell, donde habíamos ido en alguna ocasión, y allí lo hicimos. El responsable que vino fue Víctor –Napoleó Figuerola–, que venía de Francia y era miembro del Comité Central. Entonces ya ingresamos en el partido; empezamos a trabajar, recibimos los materiales, montamos una estafeta y así empezó el desarrollo de nuestro grupo. Era el 1954. Tuve conocimiento de que esto había pasado con más grupos. Por ejemplo, Cipriano [García]. Nos encontramos por primera vez en Terrassa y nos conocemos en el primer congreso del partido en la clandestinidad en Francia. Se daba con grupos orientados por la radio o por algún viejo comunista que se había quedado cortado, pero seguía trabajando. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 50-54).

En el extenso relato de Ángel, aparecen varios aspectos relevantes. Lo más interesante nos permite comprobar que no sólo los represores deben investigar para llegar hasta la organización clandestina. No sólo es complicado el contacto orgánico con las organizaciones clandestinas, sino que incluso aquellos más predispuestos a formar parte no tienen conocimiento ni de sus acciones ni de su existencia. Este hecho nos aproxima al papel más bien testimonial de la lucha clandestina durante buena parte del franquismo. La cadena de contactos y las puertas que debían traspasar hasta que se abría la definitiva señalan que la ocultación y la reserva que hay que guardar afectan a los posibles nuevos miembros. En sus intentos por descubrir dónde se podía contactar con el partido, y ante la falta de avances, llegaban al punto de constituirse por su cuenta en organización del partido, sin contacto orgánico con la organización real. Por otra parte, la sospecha, la cautela, las medias verdades, las amenazas, las insinuaciones..., son filtros utilizados hasta que se puede otorgar una confianza plena. Aunque se perdía intensidad y tensión, este principio de jerarquización en los niveles del secreto llegó hasta los últimos momentos del franquismo, cuando aún era necesario establecer diversos grados de participación en el secreto. Lluís Maruny nos informó sobre el funcionamiento de la escalera de acceso a la información del PSUC en la Universidad de Barcelona en la segunda mitad de los años sesenta -rostros, nombres, lugares...-, un organigrama que habría permitido clasificar los

militantes en función de lo que sabían o no sabían, siguiendo un esquema que recuerda los diferentes grados de iniciación de cualquier sociedad secreta, a la manera, por ejemplo, de la francmasonería.

La universidad estaba organizada por células de facultad, y un Comité de Estudiantes (que era el comité de la universidad). El Comité de Estudiantes estaba en contacto con el Comité de Barcelona. El responsable del Comité de Estudiantes iba al Comité de Barcelona, al igual que el responsable del Comité de Barcelona iba al Comité de Estudiantes. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, marzo de 2007).

Cada persona tiene que atravesar varias fases de aproximación hasta ser un miembro pleno de la organización secreta antifranquista. Miquel Izard nos ofrece un buen ejemplo de este proceso. Primero hay las señales iniciales, los indicativos dispersos y fragmentarios que advierten a los que de alguna manera ya estaban predispuestos a encontrar esta nueva certeza. En 1953, su padre, farmacéutico, le matricula en la Facultad de Farmacia para que siga sus pasos. Allí encuentra un ambiente muy diferente del que había marcado su infancia y su primera juventud en el seno de una familia católica ferviente y en la escuela de los escolapios. Escucha por primera vez hablar de política y queda impresionado por algo que oye decir tal cual a un compañero de facultad, Jaume Ciurana, que fue de seguida impulsor del movimiento scout y fundador de la revista *Cavall Fort*. La frase no podía ser más contundente: “Franco es un asesino”.

De pronto irrumpe con toda su evidencia un aspecto de la realidad que hasta entonces ha sido encubierto: la existencia de una represión brutal que, desde la ocupación del país por las tropas franquistas, ha llevado a la cárcel o ante el pelotón de ejecución miles de personas. Izard se aficiona a la lectura y se va convirtiendo en alguien “con inquietudes”, lo que en aquellos momentos se conoce como una persona “de ideas”. En 1955, Miquel Izard se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. A las pocas semanas de comenzar las clases, comienza a participar en las asambleas que fomenta el SEU, el Sindicato Español Universitario, falangista, que no ha podido evitar ser convertido en un foro de debate y de cuestionamiento del Régimen. Se trata de reuniones relativamente libres, en las que se puede hablar de política casi abiertamente y a las que asisten estudiantes ideologados, con la supervisión de catedráticos que, más que vigilar,

participan en las discusiones. Izard empieza a “detectar” -este es el término que él mismo utiliza- compañeros de facultad que parecen sostener un discurso más consistente y de quien “se huele” -siempre para emplear sus propias expresiones- que están comprometidos en “alguna cosa más”, y que es la existencia de una trama organizada de personas dispuesta a actuar sobre la realidad para transformarla. Presentimiento de que lo que se busca está. Un primer contacto lleva a otro, y a otro, y a otro, hasta que el enrolamiento en la organización clandestina se produce. Primero es la NEU, la Nova Esquerra Universitària, la organización estudiantil del FLP, el Front d’Alliberament Popular, el “Felipe”. Enseguida conoce otros compañeros de facultad que parecen más solventes en el plano teórico y más eficaces en la acción. Cita el futuro historiador Ramon Gabarrou, Marcel Planes, los poetas Feliu Formosa y Joaquim Marco..., y es de su mano que Miquel Izard se integra, en 1957, en la organización del PSUC en su facultad. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 55).

En el caso del PSUC, tomando como ejemplo Ángel Rozas, primeramente alguien es comunista porque le han dicho que sus ideas son de comunista. El valor que da a sus planteamientos y en las cuestiones que considera importantes le incita a buscar más sobre aquellos que, por lo que le dicen, tienen opiniones similares a las suyas y están dispuestos a hacer algo. Los libros y la radio lo sitúan más cerca de las ideas, pero necesita las personas. En segundo lugar, es comunista porque conoce comunistas y se organiza con ellos como comunista. A raíz del contacto con uno de los ochenta condenados y la consiguiente constitución de una organización clandestina que sigue las consignas del partido, Rozas siente que forma parte del proyecto. “Entonces ya éramos comunistas”, dice. Y, finalmente, es comunista porque pertenece al Partido Comunista. La comunión no es completa hasta que no se tiene una vinculación “orgánica”, como se dice en la jerga militante. “Ya lo hemos encontrado.” La puerta del miembro del partido que apenas conoce lo llevará a ampliar el grupo de camaradas que puede reconocer como tales, lo introduce directamente en un engranaje del que forman parte miles de personas ocultas que, como desde ahora mismo, hacen una doble vida llena de ocultaciones y disimulos. Aún más: contacta con un movimiento histórico e internacional de personas que “hacen cosas” en la línea de lo que él cree que se debe hacer. Formar parte significa sentirse fuertemente comprometido, especialmente en condiciones de clandestinidad, cuando la vinculación se hace más intensa cuanto más importante es lo que está en juego y más se juega uno en la partida.

Si nos fijamos, en los relatos reproducidos hasta ahora podemos ver varias formas de topar con la organización clandestina. En los tres primeros casos, lo que se produce es una cooptación. A unos sujetos que reúnen un cierto tipo de características objetivas se les invita a participar en las tareas del partido. Haciéndolo, el militante que invita a formar parte de la organización se revela como tal, se quita la máscara, renuncia a la disimulación. En el caso de Ángel Rozas el proceso es en dirección contraria, y lo que se produce es que, ante su entusiasmo, es el partido el que se le oculta. El empeño para conectar con la organización podría ser el de un posible infiltrado -una persona que entra en la organización para actuar a favor del enemigo-, pero la cautela con la que es progresivamente tratado acaba por habilitarlo. Saber de la organización secreta -incluso sin militar en ella- convierte el depositario de la información en una persona que deberá ocultar algo permanentemente, porque expone a la represión y la tortura, e incluso, en función de su implicación, al menos en una determinada etapa del franquismo, a poner en peligro su propia vida.

El celo con el que se guarda el secreto de la participación conspiradora contra el franquismo dificulta, como hemos dicho, la incorporación de nuevos conjurados. La administración de las revelaciones -a quien se comunica o no la pertenencia a la organización- es un elemento fundamental que afecta a la vida “civil” o “normal” de los militantes. Hay que recordar que el cumplimiento estricto de las normas de seguridad obliga a no revelar la doble vida -”normal” y “secreta”- ni a las personas más próximas. Esto, en el caso de los militantes “legales”, los que tenían una vida normalizada, con un trabajo y una familia, era mucho más difícil de mantener. Pubill llevaba a cabo las acciones clandestinas lejos de su barrio, siempre de noche, de modo que cuando llegaba a casa casi era de madrugada; y con este modus operandi prácticamente cada día, lo que implicaba que su familia estaba convencida de que era un juerguista abandonado a la vida bohemia.

A pesar de que se pudieran dar las condiciones de confianza suficientes para comunicar a alguien el secreto de la militancia clandestina, a menudo la confidencia no se producía para que esta persona cercana no tuviera que compartir el peligro que se corría con la misma intensidad. Es el caso de la familia de Márquez, en concreto de la madre, que, a pesar de tener todos sus hijos militantes, no sabía nada. En el caso de García Tristany, sí lo comunicó a su padre, que ya estaba sensibilizado ideológicamente, pero no recibió el visto bueno: “Mi padre sabía mi militancia y sufría mucho. Mi padre intentó controlarme y me dijo que si a las diez no estaba en casa no cenaría, ya menudo me quedaba sin cenar.

También le pasaba materiales. Era muy difícil esconderlo”. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 57). Son numerosos los testigos que manifiestan unas mismas circunstancias:

Yo no explicaba nada a la familia, siempre me inventaba algo. Más adelante, mi mujer empezó a saber qué es lo que estaba haciendo. Yo no lo decía a mi mujer porque si lo hubiera sabido podría haberle pasado algo. Me transformó en una especie con un hermetismo total, incluso formó mi carácter. (Entrevista personal con Isidre Solà en Navarcles, 2008).

En la vida cotidiana entrar en el Partido suponía tener que dedicar mucho tiempo, tener muy poca vida propia, porque antes el sábado también se trabajaba y los fines de semana los dedicabas a esto también, a las actividades, a pensar... esto influía mucho en tus relaciones personales, el secreto vivía contigo, ni tu familia sabía que milita en un partido de izquierdas. Yo recuerdo a mi padre que decía: “Estos niños, que nos van a meter en un lío”, y mi madre que decía: “Bueno, si no nos permiten ellos quién nos va a meter”. Como si fueran un poco cómplices de lo que nosotros pensábamos, pero no, no!, el secreto, ni a la familia. (Entrevista personal con Rosario Ramos en Manresa, 2007).

Eso sí es verdad, de mentiras piadosas lo sabíamos hacer mucho. Nos teníamos que montar muchas mentiras, pero no sólo con la familia, sino con mucha gente, con la pareja, con todo el mundo. Nos las inventábamos porque teníamos que buscar muchas coartadas. Teníamos una doble vida, la vida normal de un joven que juega a fútbol, que hace deporte, que se va a bailar, que escucha música y que se va de excursión, pero luego teníamos otra vida por detrás, y es que a parte de todo eso, pues nosotros teníamos una vida clandestina, secreta. Claro, eso te hacía tener la imaginación de buscar coartadas que nos cubrieran, por tanto, éramos unos expertos en decir mentiras, en disimular las cosas con mucha sutileza, porque en el pueblo... el pueblo es pequeño y se controlan mucho tus movimientos. (Entrevista personal con Jose Antonio Hinojosa en Sallent, 2007).

Tan terrible era el valor del secreto que, para compartirlo incluso con la pareja, la prudencia debía ser extrema. Eran muchos los matrimonios en que ambos miembros eran militantes de una organización clandestina. Más allá de la afinidad personal, es difícil

compartir la vida con un clandestino o clandestina. Si no se es camarada político, se debe elegir una pareja con la que se pueda compartir el conocimiento de la militancia del uno o del otro. Si no es así, es difícil evitar que el compañero o la compañera lleguen a conclusiones equivocadas a propósito de la vida oculta de su pareja. Ángel Rozas explica: “La mayor parte de las veces las familias no tenían ningún conocimiento de las actividades clandestinas. Hubo problemas con mujeres que creían que sus maridos, que salían por la noche hasta tarde, estaban liados en alguna cosa, ¿me entiendes? Yo a los jóvenes les decía: “Las familias, cuanto menos sepan, mejor; si pasan miedo, que pasen miedo, pero que tengan confianza en vosotros”. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 57).

Si este principio de discreción para con la propia familia era difícil para los militantes que mantenían una doble vida -una legal y otra clandestina-, las relaciones y los contactos fuera de la actividad perseguida eran absolutamente vedados para los miembros a tiempo completo. Los dirigentes que venían del exilio no podían comunicarse con parientes ni amigos. Esto suponía tener que evitar y huir tanto de los enemigos que los buscaban como de los amigos que, si los encontraban accidentalmente y los interpelaban, aunque fuera con un breve gesto de saludo, ponían en peligro su misión. Seguramente nadie olvidaba que el maquis anarquista Jaume Parés, “El Abisinio”, había sido abatido en la Travessera de Gràcia de Barcelona, en mayo de 1946, justo cuando salía de visitar a su hermana. A menudo, como relata Gregorio López Raimundo en su autobiografía, las personas queridas reconocían el perfil, pero optaban por no dirigirse al militante, conscientes de la situación en la que se encontraba. La dureza de vivir una circunstancia como ésta, en que te das cuenta que las relaciones personales han quedado literalmente prohibidas, queda reflejada en este relato:

Hacia las diez, en Layetana –plaza del Ángel–, tomé el autobús de Horta, semivació a esa hora. Subí a la parte alta –entonces los autobuses tenían dos pisos– y me senté hacia el centro, al lado del pasillo, lugar en el que me parecía más difícil que me viese desde la calle algún conocido. Acabábamos de cruzar Urquinaona cuando sentí que un pasajero avanzaba por el pasillo del autobús hacia los asientos delanteros. Me coloqué un poco más a la derecha para no estorbarle el paso, y al volverme a girar hacia el pasillo nuestras miradas se cruzaron. Era mi hermana Eloísa. Me quedé petrificado. Ella palideció, pero no se detuvo; siguió hasta los asientos delanteros, avanzando lentamente, como si estuviese aturdida, y parecía dudar dónde sentarse.

Finalmente lo hizo a la izquierda, en un lugar desde el que me pudiese ver disimuladamente volviendo la cabeza. Yo la miraba como hipnotizado, agarrotado por la emoción y por la duda sobre qué debía hacer. No nos habíamos visto desde el 26 de enero de 1939.

Eloísa me reconoció al instante. Lo aprecié en sus ojos y en su gesto. Pero no se detuvo, porque adivinó que estaba clandestino y que debía dejarme la iniciativa. Decidí que descendería en el paseo San Juan, antes de que ella se levantara para bajar del autobús, lo que supuse haría al llegar a Rosellón-Cerdeña, donde según me había contado Paco seguía viviendo, junto con mis padres, después de casarse. Ver a mi hermana a tres metros de distancia, aunque fuese de espaldas, me conmovió de tal modo que estuve dudando en continuar hasta Horta para contemplarla unos minutos más. Pero cuando el autobús se paró en el semáforo de la calle Lauria, antes de cruzar la Diagonal, Eloísa se levantó y avanzó lentamente por el pasillo. Estaba blanca como el papel y hacía esfuerzos para no llorar. La abracé con los ojos y ella me miró como rogándome que la siguiese. Mientras Eloísa bajaba la escalera, el autobús había cruzado la Diagonal y llegaba a la parada de Rosellón, frente a la Casa de les Punxes. Me quedé en el lado de la ventana y vi que se quedaba en la acera como si esperase descendiera detrás de ella. Pero el autobús arrancó y dejé de verla.²³

Para López Raimundo, como para tantos militantes clandestinos, era fundamental evitar personas queridas o conocidas en cualquier lugar público. Si el encuentro se producía, era indispensable desviar la mirada o evitar cualquier gesto que delatara el mutuo reconocimiento. Se requería mucho carácter para administrar, si se daban, situaciones de este tipo; incluso llegado el momento de máxima proximidad, el momento justo del cruce, había que mantener con firmeza la indiferencia fingida. Esta experiencia era más dura cuanto más cercana era la persona que había que obviar, aquella con la que, en situaciones normales, el encuentro habría implicado en muchos casos el abrazo o el beso.

Más tarde, una vez la represión rebajó su brutalidad, estas restricciones con relación a la familia se relativiza. Los últimos años del franquismo, cuando la actividad era más abierta y pasaba por ampliar al máximo la base social de las organizaciones todavía clandestinas, con la perspectiva de que dejaran de serlo tarde o temprano, los parientes eran invitados a

23 En una entrevista, López Raimundo ya había hecho alusión al sufrimiento personal que le suponía este tipo de paradoja dolorosa que implicaba la proximidad física de sus queridos y la obligación de mantenerse alejado (cf. Vinader, Martí Gómez y Ramoneda, 1976: 104-105).

incorporarse a la militancia, que se volvía cada vez más “doméstica”, mucho más cotidiana, en un ambiente general que favorecía un nuevo estado de ánimo colectivo. Uno de los responsables de la estructuración de los comunistas en el Bages, José Torralbo, lo describe de la siguiente manera:

Recuerdo que una de las máximas del partido en la clandestinidad era que a los primeros que había que convencer y captar para el partido era a nuestra propia familia. Si ella no estaba convencida y no estaba de nuestra parte, difícilmente podríamos confiar en ella en una situación como la que vivíamos de clandestinidad. No tuvimos ningún problema: todas las mujeres y cuñadas y cuñados, por supuesto, respondieron afiliándose también al partido. De ahí salió la idea y la propuesta de incorporar a Juan y a Paco a la dirección. El hecho de estar todas las familias en el mismo juego hizo posible establecer unas relaciones más estrechas, más íntimas; se hizo más extensiva la complicidad, incluso favorecían el trabajo de relacionar a todos los militantes con sus familias también en actos en los que participábamos todos, incluso con nuestros hijos, como eran las salidas al campo. Uno de los lugares favoritos eran los lagos de Súrria. Se cumplían dos objetivos. Uno, hacer asambleas de toda la organización, con la presencia incluso del enlace del Comité Central, que por entonces ya era Linares. Otra, potenciar la convivencia de toda la familia comunista y, claro está, un día de campo con tiempo bueno; pasar un día en el campo con nuestros hijos y compartir meriendas incluso con simpatizantes era de agradecer. (Entrevista personal en Sallent, junio del 2008).

En los últimos años del franquismo, la oposición al Régimen se convirtió en una constante ambiental. Amplísimos sectores de la sociedad escondían cada vez menos su antipatía hacia la dictadura y generaban espacios de libertad o, cuando menos, de relajamiento de los principios que habían regido la vigilancia militante. En las fábricas, la incorporación masiva de militantes de los sindicatos clandestinos, especialmente de CCOO, al aparato sindical oficial; en el entorno religioso, los seminarios, las parroquias, las asociaciones confesionales, los scouts; los barrios, las asociaciones de vecinos; los institutos de bachillerato y en las universidades, grupos y grupúsculos que respondían al crecimiento, en toda Europa occidental, de las opciones políticas a la izquierda de los partidos comunistas, sobre todo después de la revuelta de Mayo del 68 en Francia, la proliferación de las influencias contraculturales provenientes de los Estados Unidos, la popularidad de ciertas producciones culturales catalanas en la literatura y la música (como la Nova

Cançó)... Todo ello generó un nuevo clima social que permitió que los contactos y las incorporaciones se produjeran de una manera más fluida, con dosis cada vez menores de tensión, ya que lo que estaba en riesgo era mucho menos: una detención, torturas y malos tratos que, salvo algunos casos, nunca serían los que habían sufrido los militantes políticos terminada la Guerra civil, juicios ante el Tribunal de Orden Público y sólo en algunos casos ante los tribunales militares... Como el eventual precio que habría que pagar por la actividad clandestina era menos severo, la afiliación a organizaciones prohibidas se hizo habitual, incluso previsible, en determinados microclimas sociales que en la primera mitad de los años setenta ya empezaban a denominarse *prògres*.

Lluís Maruny, manresano, estudiante de ingeniería en Barcelona a mediados de los sesenta, narra cómo se producían de manera “natural” las incorporaciones a grupos perseguidos:

Yo antes ya había vivido todo el rollo progre [...]. Los cuatro gatos que teníamos este tipo de inquietud en Manresa nos conocíamos todos; las relaciones eran muy endogámicas. Claro, éramos el grupo de amigos, nos encontrábamos informalmente, hasta que nos dejaron un local, en el Círculo Artístico, donde podíamos charlar con más intimidad y libertad. En ese momento estaba haciendo primero de Ingenieros. Participaba en las asambleas, y salí consejero de curso. Pero quería ir poco a poco; el primer año estuve a la expectativa. En la universidad enseguida conectabas con el PSUC; de todos los amigos de la Escuela de Ingenieros, los que tenían más prestigio eran del PSUC. El año siguiente, en septiembre de 1965, ya fui a la reunión de la célula de Ingenieros. De Manresa no había nadie; yo era el primero. La entrada al PSUC vino de una manera natural; quien intervenía, quien decía las cosas más sensatas, con quien te identificabas más, era la gente del PSUC. Yo tenía claro que quería hacer una opción política, y el PSUC era el lugar ideal. Yo era muy hablador, intervenía mucho, a veces preguntando, y, claro, llamaba la atención. Era uno de primero que cuestionaba lo que decía el jefe de quinto, claro. Entonces hubo uno de segundo o de tercero que me dijo: “Oye, tío, tú lo que quieres es vidilla; la vidilla es el PSUC, ven y ya está”. Pues fui un día a su casa y ya está. Ya estaba. Era natural. (Entrevista personal en Manresa, marzo de 2007).

La complejidad de los roles sociales se despliega al mismo tiempo que las constantes pruebas de su fragilidad. Nuestro saber de los demás, y el que los demás tienen de

nosotros, es siempre, por definición, fragmentario, incompleto. Siempre intentando que los demás nos tomen como aquello, no que somos, sino que pretendemos parecer. Petitot (1997) ha establecido las tres reglas básicas de este juego. En primer lugar, la capacidad de revelar o de ocultar deliberadamente representaciones mentales por naturaleza invisibles; en segundo lugar, la capacidad de distinguir entre una versión de los acontecimientos considerada como verdadera y una versión falsa deliberadamente presentada a otro, y, en tercer lugar, la capacidad de respetar las convenciones sobre cuál es la raya que no podemos traspasar a la hora de obtener de los otros transparencia y legibilidad. Hacia los tres años de edad tomamos conciencia de que los adultos no podían leer nuestros pensamientos y empezamos a entender la importancia de controlar nuestra espontaneidad. Pronto aprendimos a disimular, a mentir, el valor estratégico de las medias verdades y los dobles lenguajes, la importancia de manejar las grietas que se abren en el lenguaje y que nos permiten escondernos cartas en la manga. Desde entonces es posible que no hayamos hecho más que proteger nuestros secretos, pivotando en torno a los diferentes artimañas que nos lo permiten: el disimulo, la mentira, la ocultación.

Otra aproximación en esta dirección la encontramos en los desarrollos teóricos que han enfatizado lo que se denomina la “tensión del secreto” (Zempléni, 1996) o “tensión de la profanación” (Canetti, 1994 [1960]), para referirse a la necesidad que experimenta el secreto de ser revelado y ocultado. He aquí la clave de la eficacia fascinadora de toda iniciación, como bien explicaba Jean Baudrillard (1997 [1981]: 77): toda seducción requiere el secreto, al menos la convicción de que alguien lo posee, se lo calla o lo esconde. Callar es un poder. Significa que se tiene la fortaleza suficiente para resistir los múltiples estímulos exteriores que inducen a hablar, pero esta contención que el silencio implica está cargada de una especie de exhibicionismo u ostentación. Como dice Ronald Barthes (1989 [1977]: 197) refiriéndose a las pasiones ocultas, el que esconde algo siempre acaba diciéndonos, de una forma u otra: “Sabéis que os estoy ocultando algo”. Esta seducción por el secreto es una constante que aparece en todos los testimonios a los que se ha tenido acceso. José Antonio Hinojosa nos contaba como su padre, desde la casa donde vivían en la colonia minera de la Botjosa, Sallent, escuchaba la Pirenaica, y como esta ocultación generaba una atracción difícil de evitar:

Mi padre escuchaba la Pirenaica y se escondía mucho. Teníamos una barraca en el patio y él ponía la radio allí. Mi madre tenía mucho miedo, porque en las colonias las puertas están muy cerca de la acera y siempre teníamos la sospecha de que lo podían

escuchar, porque la Pirenaica tenía muchas dificultades para escucharse y teníamos que poner el volumen alto.

También venían amigos de mi padre. Mi padre tenía cuatro o cinco amigos que habían sido represaliados, y eran del mismo territorio de Andalucía, ya se conocían de épocas de la guerra. Y mi padre, lo que hizo es que el patio donde teníamos gallineros y conejos, adyacente a esto, puso una barraca. Y recuerdo que puso cartones para insonorizarla. Y entonces se metían allí y ponían la Pirenaica. Algunas noticias de Sallent ya salían en aquella época.

Esto, a mí, en aquella edad, que ya debería tener entre ocho y diez años, aquello me hacía sospechar, "Pero, ¿qué escuchan?". Yo empecé a escuchar a escondidas y llegó un día que mi padre se dio cuenta de que yo me ponía a escuchar desde fuera, y dijo: "No escuches desde fuera, ya puedes pasar a dentro con nosotros". Yo quería estar con ellos. A mí me hacía mucha gracia que se pusieran con el del Franco, ponían muchas canciones de protesta. (Entrevista personal en Sallent, marzo 2008).

Incluso cuando las medidas de seguridad no lo imponían, el juego del secreto, de su ocultación y su revelación, se utilizaba de manera recurrente. Como escribía Justo Navarro (2002: 36), precisamente para referirse a la memoria de su incorporación a una organización clandestina en las postrimerías del franquismo: "Manteníamos en secreto la relación que nos unía, pero la única cosa que nos unía era el secreto sello de la organización. Lo que nos unía era ese halo: el humo del secreto". Magnífica imagen del paradigma del doble nivel de la realidad que promueve el secreto. Una muestra de este "humo" nos la ofrece Dolors Plata cuando se refiere a conversaciones que mantenía en el instituto, en Manresa, con algunos compañeros y una parte del profesorado.

En el instituto tenía una profesora, la Margarita Martínez, con la que los delegados de curso intentábamos reivindicar y sacar temas. La Margarita, que era del PSUC, hacía que hablásemos mucho, era profesora de Formación del Espíritu Nacional y ella, claro, no podía decir lo contrario de la asignatura, entonces nos hacía charlar mucho, nos hacía reflexionar. Podíamos hablar de determinados eventos con segundas y terceras. Era fantástico, cuando estábamos a solas también hablábamos algo así, en secreto, siempre hablábamos un segundo lenguaje porque era interesante, no podíamos decir que éramos del PSUC, pero lo sabíamos. (Entrevista personal en Manresa, enero 2007).

A pesar de que las medidas de seguridad exigieran lo contrario, la realidad era que cuanto más se sabía, más se quería saber. La seducción por el secreto no hacía sino incrementar la voluntad de acercarse a todo aquello que aún quedaba oculto. Lluís Maruny nos relata su experiencia en la universidad:

Corrían muchos rumores para saber quién era el jefe, quien era el tío del Comité de Barcelona que conectaba con la universidad.

En ese momento, antes de la Caputxinada, el partido eran los restos de la Guerra Civil y de la clandestinidad de los años cuarenta y cincuenta. Por ejemplo, estaba el Roman, Roman era un personaje mítico. Era el tío que desde 1951 garantizaba el funcionamiento del Partido en Catalunya, era el responsable de organizaciones del Partido. Claro, nadie lo había visto pero todo el mundo hablaba del Roman. Idealizaba, pero desde los jóvenes hacíamos mucho cachondeo, porque, claro, para nosotros eran abuelos. Tenían un funcionamiento muy clandestino, porque se jugaban la piel y entonces esta cosa de la clandestinidad era mítica. Cómo se montaban las citas, cómo se lo hacían, no? Pero todo esto era reservado para los cuatro gatos que lo sabían, los demás no entrábamos en contacto. En las reuniones, se hablaba en serio, pero fuera, hacíamos coña.

Claro, estaban los responsables al Partido, los rígidos, digamos, la cosa de aquellos de la época. Y en el caso de la universidad, los intelectuales, claro, para nosotros Manuel Sacristan era Dios.

Todo el mundo quería saber quiénes eran los jefes, todo el mundo quería saber cosas para hacerse el entendido. Sabíamos que nuestro responsable se veía con el Comité de Estudiantes, y claro, saber quién era el Comité de Estudiantes era información privilegiada, todos íbamos de culo para saberlo. Siempre había quien estaba más enterado de todo. Y los que estaban en el Comité de Estudiantes también seguían este juego, todavía más, porque eran los que tenían más información. Quizás podías ir a una reunión, por ejemplo, del Comité de Facultad donde venía alguien del Comité de Barcelona, y el hecho de saber quién era ese que venía del Comité de Barcelona quería decir que habías subido de escalafón. Había esta necesidad de conectar. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, junio 2007).

Es en esta dirección que Baudrillard (óp. cit.), relacionando secreto y seducción, concluye que el gran secreto consiste en que no haya ningún secreto: coquetear con el secreto, y a veces, ocultar que no hay secreto, que todo es un farol, porque la eficacia del secreto, efectivamente, sólo consigue su poder en la medida en que no sea dicho, por lo que la perdurabilidad de su eficacia depende de que detrás del misterio no haya ningún misterio. Como nos señalaba José María Carrillo con relación a Isidre Solà, el gran impulsor de la primera célula comunista en Navarcles, a pesar de llevar bastantes años de inactividad debido a su detención en 1952, había aprendido a insinuar, a transmitir el misterio, a pesar de que –o debido a que- éste no existiera.

Isidre jugó uno de los papeles más importantes porque ya había sido encerrado en la cárcel. Él no se arrugó nunca, pero siempre estuvo muy al tanto de lo que la experiencia le había mostrado. Él fue uno de los que siempre iban presionando, pero claro, con una vista, con una veteranía que te da la experiencia. El Isidre fue uno de los que fundó el Partido aquí en Navarcles. Claro, él iba por libre, iba a Barcelona, tenía contactos con mucha gente, estaba siempre con algún tipo de conexión. Él lo insinuaba, pero muy poco. Siempre trataba de llevar el agua a su molino, le veías que tenía una tendencia muy clara, siempre te explicaba salidas que hacía, después, con el tiempo, a veces decíamos que seguramente en algunas de estas salidas no se habría encontrado con nadie. (Entrevista personal en Navarcles, abril 2008).

Una clara muestra de la importancia que esta técnica conspirativa tuvo dentro de las fábricas y empresas de la comarca, mucho antes, incluso, de que se organizaran los conocidos sindicatos, nos la ofrece Rosario Ramos en relación a la Fàbrica Nova de Manresa:

A algunas les explicaba que leía el *Mundo Obrero*, que había escuchado no se qué... pero no les decía nunca como me llegaba la información. Me hice un círculo, un grupo de gente con el que hablaba de otras cosas. Yo les decía: "Después te diré tal cosa", y esa persona me pedía: "¿Pero cuando, cuando?", Y decía: "¡Espera, espera!". Claro, entonces esa persona tenía ganas de saber algo que tú no le podías explicar pero a la que te acercarías en cualquier momento. (Entrevista personal en Manresa, mayo 2007).

Por tanto, lejos de la perspectiva del secreto en tanto que mecanismo de ocultación y de transmisión, aquella con la que anteriormente habíamos denominado el secreto como “el núcleo duro de la cultura” (cf. Padullés, 2009, 2010, 2012), nos encontramos con una realidad que lejos de asemejarse a una cuadrícula estructurada, recuerda más bien, parafraseando a Michael Taussig (óp. cit.: 69) una realidad tipo queso gruyere, “con formas imprevistas y agujeros irregulares en el medio de prolijas superficies, paseos en montaña rusa a través de los carnavales del ocultamiento y la revelación, que se alimentan de la intensa ambivalencia de la ceguera activa”.

La cuestión es que tal “dureza”, solamente se puede presentar a costa de omitir datos importantes. En este sentido, por lo que refiere a las entrevistas que pude realizar personalmente, puedo decir que toda norma descrita por un informante, iba acompañada de la correspondiente coletilla, según la cual, en una u otra ocasión, aquella misma norma tan sagrada era incumplida, transgredida. Y en este punto aparece una pregunta central para nosotros: ¿qué importancia tiene esta transgresión del secreto? Si bien en ocasiones anteriores ésta había sido relegada al cajón de sastre de las insensateces, siendo constantemente ignorada, qué pasaría si por el contrario la pusiéramos en el centro de nuestro análisis.

F. EL SECRETO COMO MECANISMO DE TRANSMISIÓN

La estructura interna de cualquier sociedad secreta se encuentra fuertemente compartimentada, ritualizada, distribuyendo fronteras, tantas como relaciones se produzcan. Vale la pena detenerse a pensar sobre esta importancia concedida al nombre o la cosa secretas, elementos de un lenguaje en cierta medida sagrado, las claves del cual no son accesibles más que a una minoría elegida. Es lo que hoy llamaríamos password o clave, que permite el acceso a una información especialmente delicada o estratégica. El secreto, como la muralla, pide un salvoconducto para poder pasar. El sentido del santo y seña es justamente el de permitir atravesar un río o una frontera, pasar de un dominio ordinario a otro extraordinario. Se trata de entrar en el secreto como espacio y tiempo segregado del resto.

La adopción de alias o identidades falsas representa manipular lo que en una situación normal es el soporte básico de la identidad: el nombre -he aquí el sentido del rito de nominación que acompaña el nacimiento de las personas a las sociedades-, lo que más se usa y lo que es más fácilmente alterable. El alias o nombre de guerra es una forma de designar a una persona que asume este otro epíteto en contextos de secreto compartido y para evitar que, en caso de detención, los militantes capturados puedan dar, bajo tortura, la filiación de sus camaradas de organización. Manuel Delgado relata cómo, en las cenas de viejos militantes del Comité Bandera Roja o de la Juventud Comunista de Catalunya, sorprendía ver como no pocos asistentes desconocían el nombre de compañeros o compañeras con los que habían mantenido muchas veces, a lo largo de años, relaciones profundas, incluso íntimas. En un momento dado, los mejores amigos, los que podían haber sido incluso amantes, conocían el nombre real de personas estimadas, “*Visconti* era el Manuel; *Tita* era Roser; *Carmen* era María; *Guille* era el Joan Anton...” (comunicación personal). En bastantes ocasiones, los viejos amigos o amigas no renunciaban a seguir interpelándose con los apodos que, en nombre de las vivencias compartidas, continuarían siendo los “auténticos”, aunque no los oficiales, es decir, los que figuraban los respectivos documentos de identificación.

Aprender a callar y conocer el mínimo imprescindible fueron las premisas que permitieron las organizaciones clandestinas durante la dictadura llevar a cabo su actividad al amparo de la vigilancia policial y de sus confidentes. Décadas después de la muerte del

dictador, los testigos con los que se ha trabajado presentaban serias dificultades a la hora de organizar unos eventos vividos, pero de los que a menudo faltaba la partitura. Cada uno tenía su fragmento, sus recuerdos llegaban hasta un punto, pero no podían ir más allá sino a partir de otros compañeros de militancia. Una clara muestra de lo que Maurice Halbwachs nos quería decir cuando se refería a la memoria colectiva, por contraposición a la memoria histórica, pero esta vez radicalizada por las mismas condiciones de la organización de la que formaban parte. En la mayoría de los casos, el universo paralelo que se engendró a escondidas continuó oculto con la legalización de las organizaciones políticas. La premisa “no preguntes” había dejado de ser premisa y se había convertido en hábito; tanto fue así que treinta años después de su desaparición como sociedad secreta, han sido necesarios numerosos reencuentros para poder reconstruir entre unos y otros aquel universo secreto.

En las memorias de quien era responsable de la falsificación de documentos del PCE, Domingo Malagón, expone como el día de su boda, años después de la finalización de la dictadura y en un momento de reencuentro de antiguos militantes, los presentes en la sala se extrañaron una vez el oficiante dijo en voz alta su nombre y el de su mujer, dado que éste no había sido el mismo para todos. Malagón había tenido para cada uno de ellos un nombre diferente que no había llegado a descubrir nunca. Podríamos encontrar tantos casos como este como militantes hubieran. Emili Martínez, hijo del último alcalde republicano en Manresa, nos contaba que su hermano, Manuel Martínez, y su amigo y compañero de escalada, Ramon Majó, entraron a formar parte del PSUC y él no se enteró hasta un par de años después. En Navarcles, Secundí Soldevila nos explicaba una situación similar con relación a los miembros también del PSUC, con los que compartía espacios de militancia cultural, pero de los que desconocía la militancia política.

Para el uso sistemático de nombres de guerra o alias, el objetivo no era otro que establecer una barrera que protegiera la identidad de aquellos que ocupaban posiciones intermedias dentro del sistema de posiciones dadas. El nombre de guerra o alias podía ser utilizado dentro del mismo grupo o célula, pero en la medida en que sus miembros mantenían relaciones en común fuera del ámbito de la militancia política, el uso de alias se iba perdiendo, con los consiguientes riesgos que ello podía comportar.

En buena medida, el uso de nombres de guerra viene determinado por las características demográficas de la población. En el caso de Sallent, por ejemplo, con una población pequeña y muy concentrada, el uso de nombres de guerra se utiliza en un

principio pero va perdiendo sentido a medida que los militantes comienzan a entrar en contacto entre sí y mantienen relaciones fuera de la actividad clandestina. Sólo una figura lo conservará, el responsable del Comité Local. Esta persona, debido a los contactos que debe mantener con otras poblaciones, utilizará siempre el nombre de guerra a la manera de un cortafuego que evita que dos zonas boscosas puedan contagiarse en caso de incendio.

Cuantas más responsabilidades tenía un militante, es decir, cuantas más conexiones pasaban por sus manos, más se esforzaba en mantener oculta su identidad. Éste es el caso, por ejemplo, del enlace que venía del Comité Central y que mantenía el contacto con las diversas poblaciones de la comarca del Bages. Rosario Ramos nos lo expone claramente:

Yo conocía los que estábamos en la célula de Manresa, pero tardé mucho en saber quién era la persona que venía de Barcelona. Sabíamos que era “el hombre de la boina”. Nadie sabía su nombre, aquí era un señor que siempre llevaba boina... Todo el mundo lo conocía como “el hombre de la boina”, pero, además, no podíamos asignarle otro nombre. Yo no sé cómo iba a otro pueblo, si iba con boina o iba con sombrero, pero aquí le decíamos “el hombre de la boina”. (Entrevista personal en Manresa, mayo 2007).

El uso de alias no se produce de la misma manera en todas partes, aunque encontramos una constante en el caso de aquellas personas que ocupan posiciones intermedias. Según en qué poblaciones, como Navarcles, el uso de nombres de guerra era inexistente. La presencia de una sola célula, junto con el hecho de que el vínculo orgánico con el resto de la organización se producía por una sola vía, y el hecho de que buena parte de la actividad de la organización local pasaba por la movilización interna sin llegar a provocar el conflicto dentro del pueblo, sino apoyando a otras movilizaciones que se producían en la comarca del Bages, hacen comprensible la tranquilidad de sus miembros. Ahora bien, no sucede lo mismo en el caso del responsable del Comité Comarcal. Como nos explica Josep Carrillo, responsable político del Comité Local de Navarcles:

No utilizábamos nombres de guerra nosotros, sólo era para la gente que venía de fuera, como la gente de Manresa. Recuerdo el Paco, le decíamos así, después supe que era el Francesc Padullés. A pesar de ir a un par de reuniones en Barcelona, nunca utilicé el

nombre de guerra, aunque había unas medidas de seguridad bastante estrictas. (Entrevista personal en Navarcles, abril 2008).

El extremo opuesto lo encontraríamos en una población como Manresa, donde el incremento exponencial de la militancia conlleva que se recurra de forma sistemática al uso de nombres de guerra. Emili Martínez, que entraría a formar parte del Comité Local como responsable de finanzas, nos describe la situación en la que se encontraba:

Yo había llegado al punto, cuando entré y llevaba las finanzas, que había gente que conocía pero que no sabía su nombre; ponía Alfonso, yo sabía quién era Alfonso, pero no sabía su nombre. (Entrevista personal en Manresa, febrero 2008).

Otro caso es el de la adopción no de un nombre falso, sino de una identidad falsa. No es la misma cosa. Adoptar un nombre distinto al que figura en la documentación y ser conocido con este nombre es sencillamente ocultar un dato vital. Cambiar de identidad no es sólo alterar el nombre propio, sino el conjunto de la vida; entonces la persona que se esconde se ve obligada a cambiar no sólo de nombre y apellido, sino también de lugar de nacimiento, de profesión, incluso de aspecto físico, como sucede en el caso extremo de aquellos que, huyendo de sus perseguidores, pueden someterse a una operación de cirugía estética que transforme su rostro. En la comarca del Bages, el uso de identidades falsas fue empleado en aquellas ocasiones en que uno de los militantes tenía que viajar al extranjero. Éste fue el caso de Francesc Padullés, o de Lluís Maruny en un viaje a París para una reunión con la dirección del partido, como responsable de la universidad una vez finalizado el estado de excepción de 1969.

Tanto el seudónimo como la falsa identidad tienen en común que actúan en calidad de barreras protectoras de una verdad personal (quién eres, cómo te llamas, a qué te dedicas, qué has estudiado, de dónde vienes...) que se quiere preservar de forma absoluta - en el caso de la identidad falsa- y de una manera parcial -en el caso del alias-. En el primero de los casos se trata de mantener al margen -el origen etimológico de la palabra secreto- la identidad personal que soporta un conspirador, ya que se encuentra en juego la propia vida o la libertad. En el caso de los alias la barrera tiene como función proteger todos los que la

emplean y conocen el efecto contaminante que puede suponer el hecho de que los represores descubran la identidad real de alguno de ellos.

Esto mismo vale para la contraseña como palabra u objeto clave que permite identificar aquel que “es en el secreto”, distinguirlo de todos aquellos otros que no comparten el proyecto oculto y peligroso. Una palabra o una frase pronunciadas en un intercambio comunicacional aparentemente banal permite que los clandestinos que no se conocen se reconozcan. Quizá alguna señal particular, como una determinada manera de picar la puerta, como explica Malagón: “Cuando me visitaban, tanto Celada como posteriormente Ramón, utilizaban una contraseña que me permitiera su reconocimiento antes de abrir la puerta. Aún la recuerdo: dos toques seguidos –pum, pum–, los más naturales y corrientes, y a continuación unos sobeteos muy suaves sobre la superficie de la puerta, como si fuera un gato el que quisiera entrar; esta última maniobra era tan imperceptible que sólo teniendo el oído pegado a la puerta era posible percibirla”. (En Asenjo y Ramos, 1999: 124).

Un determinado libro o periódico o cualquier otro objeto permiten indicar la presencia de aquel que te espera o de aquél al que se espera en una cita secreta, y funcionan a la manera de un salvoconducto. El sentido del santo y seña es justamente el de permitir atravesar un río o una frontera, pasar de un dominio ordinario a otro extraordinario.²⁴ Es entrar en el secreto como espacio y tiempo segregado del resto. Referente a la noción del otro, Derrida escribe: “El inédito surge, se quiera o no, en la multiplicidad de las repeticiones. [...] Lo que cuenta es el trayecto, el camino, la travesía, en una palabra, la experiencia”. Derrida hace referencia al concepto hebreo shibboleth, que significa “río”, “ribera”, “espiga de trigo”, y también “contraseña”. El shibboleth confiere el derecho a pasar una frontera, es el equivalente de un visado o de un pasaporte. También tiene el valor diferencial, a veces discriminatorio, de un secreto compartido. Marca y signo de reconocimiento de un “entre sí”: “El secreto no es algo, un contenido que habría que

24 Una confusión a la hora de utilizar esta tipo de salvoconducto que es la consigna, puede dar pie a situaciones que pueden llegar a resultar cómicas. Miguel Núñez explica: “Cuando salgo de la cárcel es el 1968, y me hacen ir a Francia. No se si has oído hablar de Luis Salvadores, un abogado majo. Y yo tengo una anécdota con Salvadores preciosa, porque nos dan una cita para ir a Francia, y se confunde. Llegamos a la Seu d’Urgell, que teníamos que encontrarnos con el que venía de Francia a recogerlos, nos damos la consigna, empezamos a andar, y cuando estamos andando Salvadores dice: “¿Dónde vamos?”. “Eso digo yo, ¿dónde vamos?” “Pero, ¿tú no eres el que viene a recogerme?” “No.” “¡Coño!” Nos habían dado la consigna equivocada, y estábamos dos que teníamos que ir allí sin el que tenía que llevarnos”. (En Rúa Fernández, 2003: 200).

ocultar o guardar para uno mismo. Otro es secreto porque es otro. Yo soy secreto, estoy segregado como otro. Una singularidad, ésta, por esencia segregada” (Derrida, 2000).

Acerca del nombre secreto o de uno de los nombres, su ocultación ha sido una práctica bien extendida entre los humanos a lo largo de la historia y el ancho de las culturas. En el capítulo XXII de la versión abreviada de *The Golden Bough*, sir James Frazer (1981 [1922]: 290-310) recogía un puñado de ejemplos de nombres tabús en diferentes sociedades antiguas o exóticas. Puede que lo que se esconda sea el nombre de una persona concreta, viva o muerta, pues el nombre la identifica -es decir la dota de singularidad, la individualiza- asociándola a una palabra escrita y a un sonido, lo que implica que el conocimiento del nombre implica un eventual dominio sobre su portador. Todos podemos tener presente la importancia crucial del nombre secreto de Dios en las tradiciones judía e islámica²⁵ en el primer caso, en la base de todas las variantes del mito del Gólem, y, en el segundo, en toda la teología en el entorno del gran Nombre, en el que se resume la esencia oculta de Dios, con textos preciosos escritos sobre el tema por al Gazzali o Ibn Arabi. Se trata de lo que, según Martin Buber, se esconde detrás del subterfugio con el que el Señor responde a Moisés cuando éste le pregunta cómo se llama: “Soy lo que soy”. Es el nombre arcano de Qaholom que Borges imaginaba escrito en la piel de un jaguar cautivo y la revelación del cual permitiría a Qaholom, último sacerdote de su pirámide, ahora destruida, ser todopoderoso y liberar a su pueblo. El nombre secreto que Isis consigue que Ra le revele. Esto mismo valdría para las ciudades, como queda ilustrado en el conocido caso de Roma y el nombre secreto que la tutelaba, tal y como Martos Casquero (1992: 296-300) documenta en su exégesis de los comentarios de Plutarco al respecto. Se entendía que si alguien poseía el nombre secreto de Roma, poseía Roma, porque, también en el caso de una ciudad, saber el nombre de algo es dominarla. Como reconocía Borges en su poema “Alguien sueña”, el nombre secreto de Roma era su auténtica muralla.

En el contexto de la Dictadura franquista, el secreto no había sido un recurso sólo para las organizaciones políticas que ejercían desde la clandestinidad. Rosario Ramos, militante del PSUC en Manresa desde la segunda mitad de los años sesenta, nos recordaba como trabajadora de la Fábrica Nova de Manresa, fábrica que conoció la primera huelga general durante la dictadura en 1946 y que provocó la **visita** urgente del dictador a la

²⁵ Resulta inevitable aludir aquí a la evocación que hace el gran especialista en mística judía Gershom Scholem de su amigo Walter Benjamin, en una obra que incluye el análisis de las dos versiones del Agésilau Santander, un texto de carácter autobiográfico escrito por Benjamin en Ibiza en 1933, el tema es su lucha contra el ángel y sus nombres secretos (cf. Scholem, 2004).

ciudad (cf. García, 2005), de que manera las mujeres que allí trabajaban se nutrían de un lenguaje secreto con el que se contaban películas, al tiempo que inventan otras nuevas. Un lenguaje que sirvió también para llevar a cabo muchas de las acciones de protesta que se protagonizaron. Muchedumbres de mujeres sumidas en el eco de los telares desarrollaron lenguajes propios que se extendían y diversificaban a lo largo de las salas y los pasillos, refugiándose en el movimiento de la hilandera o las esquinas del batán donde se abría y limpiaba el algodón, pudiendo anticipar en el momento más inesperado cualquier incidencia, imprevisto o contingencia fortuita. Vistazos, gestualidades mimetizadas con el movimiento propio de la actividad, alertaban y transcurrían de telar en telar recorriendo largas distancias antes de producirse el hecho acerca del que se alertaba a las demás. La llegada de un inspector podía ser resuelta en cuestión de segundos, antes de que éste atravesara el patio de la fábrica, permitiendo que las más jovencitas se escondieran de su mirada, con la complicidad del director de la fábrica y sus seguidores, los cuales sufrirían a su vez esta compleja red de comunicación dispuesta a ser reactivada en cualquier momento.

Dentro de la fábrica había mucho ruido, en una nave quizás había más de cien telares, y entonces nosotros para hablar utilizábamos un lenguaje de signos. Yo sabía hablar con signos, además, teníamos conversaciones, sabíamos explicar películas y novelas de las que se escuchaban por radio.

Un signo era, por ejemplo, la primera persona que veía el encargado, pues tiraba una bobina de forma que la gente viera que la bobina se arrastraba por el suelo o te tocaba los pies. Si era una maza, que se decía, quería decir que había alguien ajeno, que había que estar alerta, tenías que correr más o tenías que ocuparte de que no hubiera ninguna máquina parada.

Estos signos los aprendí fácilmente viendo como lo hacían las otras, si tú ves lo que hacen y sabes lo que quiere decir, pues entonces vas deduciendo y copiando. No tardé mucho en aprender a comunicarme con signos, quizás unos meses.

El problema era la gente de confianza de la empresa, siempre había gente que se quería ganar la confianza de la empresa, y la manera de hacerlo era haciéndose chivato, diciendo lo que hacían los demás, desde sí una no había hecho algo que tenía que hacer, o si dos se entendían entre ellos. Todos sabíamos quiénes eran los chivatos, de estos, te habías de esconder más que los encargados. A estos no les tirabas la bobina para avisarles. Esta gente eran capaces de explicar lo que veían y lo que no veían. (Entrevista personal en Manresa, mayo 2007).

El lenguaje secreto que utilizaban en la fábrica no era sólo una técnica de ocultación de cara a poder reducir la actividad laboral, esto se puede deducir como la consecuencia más inmediata. Lo que escondía de verdad era la configuración de una red de socialización, la formación de una sociedad que, con razón, también podemos llamar secreta, dispuesta a reactivar cuando fuera necesario la solidaridad entre sus miembros.

Derrida pone de manifiesto a partir de Lévi-Strauss (1993 [1959]), donde dos niñas nambikwara disputan porque una de ellas revela el nombre verdadero de la otra “esta prohibición es necesariamente derivada respecto de la tachadura constituyente del nombre propio en lo que hemos denominado la archi-escritura, vale decir en el juego de la diferencia. Porque los nombres propios ya no son más nombres propios, porque su producción es su obliteración, porque la tachadura y la imposición de la letra son originarias, porque no sobrevienen en una inscripción propia; porque el nombre propio nunca ha sido, como apelación única reservada a la presencia de un ser único, más que el mito de origen de una legibilidad transparente y presente bajo la obliteración; porque el nombre propio nunca ha sido posible sino por su funcionamiento en una clasificación y por ende dentro de un sistema de diferencias, dentro de una escritura que retiene las huellas [traces] de diferencia, ha sido posible la prohibición, ha podido jugar, y eventualmente ser transgredida, como vamos a verlo. Transgredida, vale decir restituida a la obliteración y a la no-propiedad de origen” (Derrida, 2005 [1967]: 142). Como nos advierte Jacques Derrida, el juego de la denuncia a que se acaban abandonando las niñas nambikwara, la gran exhibición de lo "propio", no consiste en revelar nombres propios, sino en levantar el velo que oculta una clasificación y una pertenencia, la inscripción en un sistema de diferencias lingüístico-sociales, "quién eres tú en realidad", que toma presencia precisamente no por su ocultación sino por su revelación, su transgresión: “su producción es su obliteración”. Magnífico ejemplo del secreto público y la labor de lo negativo.²⁶

Esta misma circunstancia se produjo en la publicación de mi primer trabajo acerca de la resistencia antifranquista en la comarca del Bages (Padullés, 2010). En él, únicamente hay un informante que se resiste a dar su nombre. Se trata del que fuera responsable del aparato de propaganda comarcal. Sin lugar a dudas estamos ante un secreto público, pues su identidad es bien conocida, no sólo por haber protagonizado la caída del aparato en 1975, sino porque son numerosas las publicaciones impresas y digitales que lo recuerdan.

26 Se comprenderá aquí la definición que Taussig propone para lo sagrado: “Toda definición de lo sagrado debe considerar el secreto público que da presencia a la presencia mientras se burla de ella” (2010: 265).

¿Entonces, porqué esconderse? He aquí la magia del secreto público y la labor de lo negativo, la revelación a partir de la ocultación. El poder fetichista del secreto público. El poder del desenmascaramiento de crear misterios.

Nos encontramos con lo mismo cuando Pitt-Rivers en la primera publicación de su trabajo, en 1954, no revela el nombre del pueblo ni de sus informantes así como no da a conocer sus materiales sobre religión y anarquismo. Este secreto nos será revelado en el prefacio de la segunda edición de 1971. La primera respuesta que se nos antoja, y como ya se ha apuntado anteriormente acerca de este secreto, la encontraríamos en el estado policial del régimen de Franco en el momento en el que estaba llevando a cabo la investigación. No obstante, el secreto que guardó Pitt-Rivers sobre el nombre del pueblo y la identidad anarquista ilustre no era ningún secreto. El mismo Eric Hobsbawm (1983 [1959]: 117) cuatro años después de la primera publicación del trabajo de Pitt-Rivers, daría cuenta de ello en una nota a pie de página donde no sólo revelaba el nombre y su condición sino que además afirmaba que ésta era conocida como tal en toda España. En otras palabras, no era un secreto sino un secreto público, de ahí que Taussig afirmara al respecto: “puedo concluir que el libro de Pitt-Rivers no es una explicación etnográfica del secreto, como dice que es en retrospectiva, sino que utiliza las discusiones acerca de los secretos para inventar un secreto de algo que (aparentemente) no lo es” (óp. cit.: 86-87).

Sin obviar el apasioante panorama que nos dibuja el juego de la ocultación y la revelación, el caso es que las normas de seguridad se proponían limitar la extensión, el conocimiento y la circulación del secreto más allá de lo que se consideraba imprescindible. Máscaras, alias, códigos, contraseñas y disfraces tenían como objetivo básico poner una barrera entre la apariencia y la realidad. No se trataba sólo de un conjunto de precauciones que debía llevar a cabo un individuo para no ser descubierto, para minimizar los indicios de una actividad ilegal; era también, y sobre todo, una pauta de comportamiento que regulaba las relaciones de los miembros de la organización. Se trataba, en definitiva, de un reglamento, un orden compuesto de rutinas y pautas de actuación, todas basadas en la certeza de ser vigilados o de poder serlo en cualquier momento. El testigo de Jose Torralbo resulta muy significativo en este sentido: “Hay algunos vicios que todavía conservo de la clandestinidad. No puedo ir sin reloj, no puedo llegar tarde a ningún compromiso sea cual sea, y no puedo ir sin un bolígrafo en el bolsillo, esto es algo que no puedo evitar y si tengo que esperar, me pongo tan nervioso como entonces.”. (Entrevista personal con José Torralbo en Sallet, junio del 2008)

Las comunicaciones corrían el peligro de ser interceptadas, por lo que se recomendaba hablar por teléfono todo comportándose siempre como si una tercera persona escuchara la conversación. Las precauciones eran ineludibles y obligaban a prevenciones poco comunes. Por ejemplo, girarse para comprobar que no se llevaba “cola”; la espalda quedaba siempre como un punto ciego que no podía ser controlado. Contra la convención o el hábito de no girarse atrás, aquellos que se sentían vigilados tuvieron que crear una técnica de control regular de todo lo que era cercano pero no visto. Algunas de las emboscadas de la policía para capturar opositores se producían por el hecho de no tener en cuenta estos principios de prudencia. Las comunicaciones escritas también tenían que mantener la característica principal de cualquier actividad clandestina; en todo momento había que dar la impresión de que se estaba haciendo otra cosa. A modo de ejemplo, véase estos encabezamientos de cartas, aunque el desarrollo del texto a menudo no podía rehuir de ser más explícito.

Barcelona, 23 de mayo de 1962

Queridos amigos,

Continúo visitando las bellezas turísticas más destacadas de la ciudad. Al mismo tiempo, procuro visitar algunos industriales para ver si conseguimos introducirnos en el mercado.²⁷

No muchas cosas puedo decir, no podemos quejarnos del negocio, pues tiende a crecer y todo hace prever que tomará un gran Desarrollo. Ya hemos podido instalar otras sucursales; estamos haciendo las gestiones para incorporarlo. En fin, todo de cara.

Daniel, 5-6-62.²⁸

O éste, aún más críptico:

El 1 encontré a 2 y al día siguiente a 4. El lunes me vi con 2 y 3 toda la tarde en condiciones para charlar tranquilamente...

27 Fons del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. Manuscrit, doc. 405.

28 Fons del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. Manuscrit, doc. 405.

En relación con la tarea principal de 4, la semana próxima será decisiva en cuanto a saber si se podrán obtener resultados inmediatos o si no podrá hacerse más que seguir con los contactos bilaterales para lo cual la presencia de 4 ya no será tan necesaria. Por esto estoy de acuerdo con su posición, la que os expone, de continuar en la brega hasta el 27, si no se ve una perspectiva de relaciones más continua.

Jordi, 2 de juniode 1962.29

A veces se transmitían mensajes codificados, como lo hacían los dirigentes comunistas del interior encarcelados para comunicarse con los mandos de su partido en el exterior. Miguel Núñez cedió al Arxiu Nacional de Catalunya una excelente colección de más de seiscientos de estos documentos escritos en clave.

Y ahí están todas las cartas de Burgos, que ese es un tesoro inmenso, porque a Burgos llegaban los detenidos de toda España, y del 1958 al 1968 yo tengo todos los documentos. Escribíamos en clave absolutamente imposible de descifrar. Era una clave sobre la base de un libro que tú tenías, y otro libro que tenían los demás. A no ser que cogieran ese libro, no había forma, porque tu decías por ejemplo 17, la página 17; 3, era el tercer renglón; 20 era la letra 20 de ese renglón, pero la letra 20 de ese renglón era la “a”. Después tu hacías otra con otra “a” y era la página 24, la línea 15, la letra 3 que era “a”. No había forma..., porque cuando se repite una cosa se puede identificar con la ley de combinaciones, pero eso no hay ni Dios. O tienes el libro o no hay fórmula. Eso lo mandábamos, en París se traducía, porque tenían el libro, y lo leían cinco personas: Santiago Carrillo, Claudín, López Raimundo, Semprún. Tomaban sus notas para hacer la respuesta [...] y se quemaban esas cartas. Pero he aquí que uno no cumplió con la disciplina, y no las quemó; han llegado a mis manos, y son un tesoro. (En Rúa Fernández, 2003: 197).

Si bien el texto escrito era utilizado como mecanismo de difusión, no pocas veces había sido utilizado también, rompiendo con las normas de seguridad, para recordar cuestiones relevantes para uno mismo. Manuel Díaz, miembro del Comité Local del PSUC en Sallent, nos recordaba la importancia que había tenido el hecho de no tomar actas en las reuniones del Comité Local. José Antonio Hinojosa, responsable de las Juventudes

29 Fons del PSUC. Arxiu Nacional de Catalunya. Manuscrit, doc. 405.

Comunistas en la misma localidad, nos relataba uno de los incidentes, como tantos otros que vivieron muchos de los militantes:

Recuerdo un día que fuimos Silvestre y yo a lanzar octavillas, resulta que yo llevaba unos apuntes con mis anotaciones de reuniones que había tenido. Entonces, para ir a tirar las octavillas metí estos apuntes debajo de la alfombra del asiento de delante del coche, y cuando acabamos de lanzar las octavillas se me metió en la cabeza que cuando las habíamos lanzado yo había lanzado mis apuntes también y entonces me preocupé mucho y fuimos a recorrer toda la calle otra vez. Yo ya no me acordaba que cuando volvíamos de Manresa, después de recoger las octavillas, los había puesto debajo de la alfombra. Y ya nos ves paseando por todo el pueblo buscando los apuntes. Al final me fui para casa y hasta el día siguiente no me acordé de que estaban debajo de la alfombra del coche de Silvestre. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Los sustos no fueron pocos, no era extraño que se guardaran anotaciones y, incluso, que de tan bien guardadas luego no se recordara ni dónde estaban. En alguna ocasión, en los registros llevados a cabo por la Brigada Político Social en pisos particulares, se habían descubierto materiales que ni el mismo militante recordaba haber guardado. La premisa era clara, no guardar nada en casa, y en caso de tener que hacer alguna anotación había que hacerlo de la manera más ininteligible e incomprensible posible. El mismo Hinojosa nos ejemplificaba diferentes estrategias de anotaciones crípticas.

Los apuntes que nos hacíamos siempre eran unos apuntes que no se ajustaban a la realidad, por ejemplo, los números de teléfono siempre eran en forma de cuentas, en sumas y restas. A lo mejor poníamos noventa y tres, sumábamos dos números más y luego le restábamos el resto, entonces yo sabía que esta suma y esta resta hacían un número, sólo importaban los sumandos o los restandos, los resultados no importaban. O a veces, también poníamos algún número en un sitio, otro número en otro y luego tenías que acordarte de dónde estaba cada número para tenerlo todo entero. Esto iba bien hacerlo con los libros, en una página ponías una parte de un número y en otra página otra parte. Incluso lo hacía también en los armarios, las estanterías, encima del armario, allí escribía los números y a veces el nombre de guerra al lado. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Cualquier documento, acta, revista u objeto que se pudiera identificar con la resistencia antifranquista constituía un peligro potencial que debía ser protegido. Si se trataba de una revista, se podía consultar y luego pasarla a otro, pero en ningún caso quedarsela para uno mismo. La consigna se aplicaba con eficacia en el caso de la documentación de archivo, la cual sólo se depositaba en el archivo del aparato de propaganda, pero no ocurría lo mismo con el contingente de documentos, libros, revistas y objetos diversos destinados a la propaganda y difusión de la actividad clandestina. El responsable del aparato de propaganda en la comarca se refiere de la siguiente manera:

Había un criterio, y era no tener nada, éste era el criterio. Entonces, todo lo que se pudiera tener significaba tener con muy poca consideración el papel de la policía o la Guardia Civil. Por mucho que se escondiera, éstos habían estudiado para descubrir todo lo que hubieras escondido. A pesar de ser conscientes de ello, todos teníamos cosas en casa. Un lugar que recuerdo era, por ejemplo, en la parte trasera de la lavadora, sacabas la tapa trasera de la lavadora y lo ponías debajo. Cosas así, pero de todos modos eran cosas muy infantiles, porque cualquier registro que habían hecho te desmontaban la lavadora y te desmontaban la casa entera. (Entrevista personal en Manresa, 2008).

A veces el mecanismo para esconder pasaba por “esconder sin esconder”, como en el caso que nos contaba Manolo Díaz:

Nunca había escondido nada, si tenía que guardar algo lo ponía en un cajón. Yo tenía la mentalidad de pensar que si venían y me hacían un registro, diría que lo había cogido de la calle y lo quería leer. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Hacer como si aquello no fuera con un mismo había sido una técnica muy utilizada, pero a menudo el grueso de documentos, revistas, libros y objetos diversos que se podían llegar a almacenar era tal que había que buscar otros espacios. En estos casos, según nos relatan los testigos, a veces se utilizaba el desván del piso donde vivían los padres o los huertos ubicados fuera del pueblo o ciudad. Dos testigos nos ponen un ejemplo.

Yo, el lugar que tenía para esconder cosas era la barraca del huerto. Tenía un sobretecho donde guardaba todo. Recuerdo que hubo un tiempo en el que abrieron todas las barracas un par o tres de veces y había sido la misma Guardia Civil. Yo allí guardaba revistas y sobretodo acuerdos de conferencias, declaraciones importantes que tuve en alguna guía para explicar a la gente, acuerdos del Comité Central.

En casa también guardaba cosas, algunas debajo de una baldosa que dejé despegada cuando hice el suelo. La baldosa estaba en el patio, en la pared debajo del lavadero, bueno, no era una, eran tres juntas. Me acuerdo que se lo dije al paleta, que no me las pusiera, y él me preguntó que si iba a guardar el dinero allí, claro, yo le dije que no, que era porque quería hacer alguna cosa, quizá poner un armario pequeño. Pero cuando se lo dije ya había puesto el cemento, entonces cuando se fue piqué la pared e hice el agujero. Pero bueno, había infinidad de sitios donde esconder cosas. En la barraca del huerto era donde más tenía. Cada uno tenía sus escondites, por ejemplo, la Juana lo metía en los agujeros de los tochos. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Los libros los encontrábamos en Francia, en el Ruedo Ibérico. Y mi padre, que tenía un huerto en Chup, allí los enterrábamos. Los envolvíamos con plástico y los enterrábamos. En casa no, nunca, sólo en épocas más cercanas. (Entrevista personal con Rosario Ramos en Manresa, 2007).

Las normas de seguridad eran estrictas y señalaban que no se dejara nada en casa, lo que, como explican los mismos testigos, nadie cumplía; de ahí muchos de los disgustos que había habido en los registros, en todas partes encontraban cosas.

Las instrucciones de seguridad tendían a proteger el secreto a partir de la mentira y la negación de todo lo que se sabía. Negar la existencia de reuniones; inventar una coartada y mantenerla a toda costa; negar que se conozcan las personas de quienes te hablan o el texto del material que se reparte; ocultar la matrícula del vehículo, etc. La misma organización imposibilitaba a los militantes el acceso a datos internos, para que en caso de detenciones sólo se pudiera llegar a las personas con las que tenían un contacto más próximo. Los militantes de base conocían entre dos y cinco personas que constituían su grupo inmediato. Había que saber lo mínimo de las personas con las que más intensamente se compartía la aventura de la lucha, si era posible siquiera el nombre de guerra. Ningún detalle más: ni domicilios, ni puestos de trabajo, aunque menos nombres reales. La realidad a menudo

demostraba que estas condiciones no se cumplían y provocaban detenciones en cadena difíciles de detener. Se daba por supuesto que estos principios de actuación eran infalibles y que, por tanto, las caídas se daban siempre por haberlos desobedecido. De esta manera se produjo la caída consecutiva de los grupos de Pubill y García Tristany, que en principio estaban poco conectados entre sí:

Nosotros, en verano, con los responsables de sector como si dijéramos, nos reuníamos con uno de la dirección e íbamos a la playa, en Badalona. Bajábamos de vuelta; yo, generalmente, no lo hacía en Espronceda; iba hasta el final y volvía. Un sábado vi a mi madre que iba con los cestos, bajé para ayudarla y enfilamos hacia Espronceda. Lo que provocó nuestra caída: [mi madre] cantó como una calandria, dijo lo que sabía y lo que no sabía. Le preguntaron por mí, y dijo que me había visto por allí. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 78).

Las normas de seguridad que utilizaron las organizaciones clandestinas iban dirigidas a limitar la extensión, el conocimiento y la circulación del secreto más allá de lo que se consideraba imprescindible. Desde esta perspectiva, máscaras, alias, códigos, contraseñas y disfraces tendrían como objetivo básico establecer una barrera entre la apariencia y la realidad. No se trata sólo de un conjunto de precauciones que debe llevar a cabo un individuo para no ser descubierto, para minimizar los indicios de una actitud considerada subversiva, es también, y sobre todo, una pauta de comportamiento que regula las relaciones de los miembros de la organización. Se trata, en definitiva, de un reglamento, un orden compuesto de rutinas y pautas de actuación.

Dentro de las organizaciones políticas clandestinas, todo contacto entre miembros de la organización ubicados en instancias separadas seguía los mismos procedimientos. José Antonio Hinojosa nos relata un encuentro en Barcelona con el objetivo de crear una agrupación de las Juventudes Comunistas en Sallent:

Yo tenía que ir en tren a Barcelona, bajarme en plaza Catalunya y esperarme al lado del quiosco con una determinada revista, creo que era *Cambio 16*, que tenía que llevar bajo el brazo. Me dijeron que la comprara en el quiosco de Barcelona, que no la trajera desde Sallent, y que me esperara en el quiosco con la revista en la mano, que se viera.

Entonces, en ese momento yo tenía que esperar que viniera un chico rubio con el pelo rizado, con un nombre de guerra que ahora no me acuerdo, y que también traería la misma revista bajo el brazo. Entonces, él tenía que acercarse a mí y decirme: “Hola, ¿qué tal? Mi nombre es (...). ¿Te llamas Julián?” Y entonces yo me tenía que ir con él. (Entrevista personal en Sallent, marzo 2008).

Josep Maria Carrillo, en un encuentro en las afueras de Manresa:

Recuerdo que asistimos a una reunión de la Asamblea de Catalunya que se hizo en el Bages, una reunión clandestina pero multitudinaria, no recuerdo el año pero debería ser hacia el 1972. Era un lugar apartado de Manresa, ahora no recuerdo cómo se dice, pero es un santuario muy conocido aquí en el Bages. Recuerdo que para ir había un contacto en la entrada con una guitarra, que era la contraseña que todo estaba bien, en fin, había gente de Manresa, gente de Barcelona, y de ahí de Navarces fuimos unos cuantos. (Entrevista personal en Navarces, abril 2008).

Rosario Ramos, en Manresa:

En la primera reunión de marxismo que fui yo, antes de organizar el grupo del PSUC, yo fui a la cita con Manuel Martínez y teníamos que encontrar un señor que llevaría unos calcetines de lana blancos muy gruesos y una *Codorniz* a la mano -una revista de la época. Teníamos que ir cerca de la estación, el señor vendría caminando como si viniera del tren, ¿no? Como llegó a Manresa, no lo supimos nunca. Coincidió con la llegada de un tren. De dónde venía el señor, no lo sabíamos. No sabíamos cómo se llamaba, ni lo supimos nunca en la vida. Nosotros teníamos que acercarnos al señor y decirle: “¿Qué hora es?” Y entonces la respuesta era que vendría con nosotros donde fuera. Esto debería ser en 1965. Entonces aquel hombre venía con nosotros como si lo conociéramos de toda la vida y íbamos los tres sin coche, a pie, desde la estación hasta el Pueblo Nuevo, en el piso de Ramón. (Entrevista personal en Manresa, mayo 2007).

Y la misma Rosario Ramos, esta vez en la Fàbrica Nova de Manresa:

Yo leí el primer Mundo Obrero en la Fàbrica Nova, me llevaba un señor que se llamaba

Mariano. Este señor era fontanero, se paseaba por toda la fábrica haciendo mantenimiento. Iba con una cesta y una gorra. Yo debería tener 16 o 17 años, en 1960 o 1961.

No sé de dónde le llegaban ni como, pero este hombre leía el Mundo Obrero, que era una revista de cuatro hojas ciclostilada. Él me lo dejaba en una estantería, que luego yo también utilicé para dejar libros, una estantería sobre la cisterna del inodoro. Era un lugar donde entraba todo el mundo, claro, pero a nadie se le ocurría. Él ya sabía dónde tenía que dejar, no estaba dentro de una bolsa de plástico, porque no había, sino a las maderitas que quedaba un poco dentro de la cisterna pero que aunque se Tibe de la cadena no se mojaba.

El sistema siempre era el mismo, si él pasaba por el pasillo, y pasaba la cesta por mi lado, quería decir que me había dejado el Mundo Obrero en el baño. Una vez la había leído el volvía a dejar allí y él lo recogía y lo dejaba a otra persona. El sistema con el que le dejaba a los demás, yo no lo sé. (Entrevista personal en Manresa, mayo 2007).

La contraseña como palabra u objeto clave que permite identificar a aquél que “está en el secreto”, y distinguirlo de todos aquellos otros que no comparten el proyecto, abre la vía de comunicación y permite la ocultación. Su uso aparece de forma sistemática cuando el contacto se produce entre individuos que no se conocen, de manera que permite su reconocimiento, pero también como medida de seguridad, como indicador de ausencia de peligro. De esta manera, el uso de claves de paso permite proteger la relación entre los miembros de la organización.

Las medidas de seguridad para garantizar la circulación y el contacto entre los miembros de las organizaciones clandestinas a menudo se veían alteradas por circunstancias inesperadas. El mayor peligro de toda organización era la apertura de nuevas vías, grietas, entre el exterior y la misma organización. Como hemos visto, la contraseña o clave de paso respondía a la necesidad de garantizar la apertura de vías de comunicación seguras, pero no siempre se podía tener todo controlado. Como anécdota, un miembro de las Juventudes Comunistas en Manresa, Martí Padullés, nos relataba un incidente con el responsable entonces del Comité Local en Manresa.

Recuerdo un día que Lluís me pegó una bronca. Yo, entonces, como miembro de las JJCC, nos encontrábamos en el Comité Local del PSUC. Y yo, un buen día, en la carretera de la Bonavista, claro, yo era un crío, tenía diecisiete añitos, no tenía muchas más, y lo saludé

cuando él subía al autobús, y él no me dijo nada. Y en la próxima reunión que tuvimos, al cabo de quince días, pues me dijo que de que nos conocíamos. Me dijo que él y yo no teníamos ningún tipo de relación, que yo estaba en una fábrica, él en otro lugar, que no éramos familia. Claro, era verdad, él era el responsable del Comité Local de aquí Manresa. (Entrevista personal en Manresa, febrero 2007).

Una situación más complicada nos explicaba José Antonio Hinojosa en relación a la población de Sallent:

Tuvimos un riesgo muy grande en cuanto a la inmigración. Resulta que la gente que había emigrado al extranjero, allí sabían que había una organización del PSUC en Sallent, que eran fulano y fulano. Y cuando venían aquí a ver a sus familiares pues explicaban lo que sabían. ¿Qué pasaba? Allí en Francia, en Alemania, había una actividad política y la gente que venía de fuera sabían más de lo que sabían la gente de aquí. Claro, ellos venían de una democracia y podían hablar, pero nosotros estábamos en la clandestinidad, incluso habían traído algún Mundo Obrero que salían cosas de Sallent, lo habían pasado por la frontera y venían aquí y lo enseñaban, claro, entonces tenías que decirles algo, que entendieran que aquí había mucho riesgo.

Claro, en el *Mundo Obrero*, por ejemplo, salía que en Sallent había una organización y que había aportado cincuenta mil pesetas. Claro, la gente que estaba en el extranjero que era de Sallent, que aquí a lo mejor no se hubieran enterado de la película, pues allí hacían asambleas de inmigrantes españoles o catalanes y decían: “Pues en Sallent hay una organización que ha aportado tanto dinero”, porque lo veían en el *Mundo Obrero*. Claro, ellos decían: “Ostia! ¿Y quién son estos? ¿Y cómo puede ser que estén organizados así, si nosotros no lo pensábamos?”. Pues entonces les decían hay un tal fulano, a veces la misma familia les decía: “Mi cuñado está en el Comité Local de Sallent”. Y entonces, pues, cuando venían le iban a buscar. Y claro eso era muy peligroso. De esto también nos ocupábamos desde el Sistema de Espionaje, teníamos que estar siempre controlando. (Entrevista personal en Sallent, marzo 2008).

Las normas de seguridad remarcaban una línea tendente a proteger el secreto a partir de la mentira y la negación de todo lo que se sabía: en caso de reuniones negar que hubieran existido, inventar una coartada y mantenerla a toda costa, negar que se conoce a las personas de las que te hablan, conocer el texto del material que se reparte y ocultar la

matrícula del vehículo serían sólo una pequeña muestra de ello. En definitiva, no dar ninguna pista que llevara a la intromisión de elementos ajenos a la propia organización. Lluís Maruny nos relata su experiencia en uno de sus pasos por comisaría:

A mí me cogieron tres veces, por suerte fue en manifestaciones que no había habido incidentes graves. Pero, bueno, podía pasar de todo. A partir de 1967, desde la Caputxinada en adelante, podía ser dos o tres veces por semana que había manifestaciones. Y cuando te detenían, la mayoría de veces ibas allí, uno por uno te cogían la documentación, y sin muchos objetivos. Una de esas veces, a la Concha y a mí nos engancharon. Nosotros pensábamos que no pasaría nada, porque habían detenido mucha gente a la vez, si sólo hubiéramos sido tres, nos habrían tocado los cojones. Bueno, entonces me llaman a declarar a mí, y el poli tenía sobre la mesa la revista del PSUC de la universidad, que ese mismo día se había tirado. Me piden el nombre, el carné, que qué hacía allí, claro, yo les digo que estaba paseando con mi novia, con la Concha, que yo no sabía nada. Y me dice que yo la estaba mintiendo, que la estaba engañando porque había habido un compañero mío, un detenido, que había dicho que yo había escrito el editorial de la revista. Y era verdad, que yo la había escrito, pero claro, de todos modos voy negarlo, me salió instintivamente. Dije que había visto esta hoja porque la habían tirado en la facultad, pero que no tenía ni idea. Y ya no insistió. Primero, sí me dio un susto, pero lo se lo inventaba. Por suerte no era un día peligroso, diferente habría sido si se hubieran tirado piedras, o como a veces que no sabes por qué, aleatoriamente un día decidían ponerse serio. Entonces, si querían podían retenerte tres días, y mientras estabas allí dentro, podían hacer lo que quisieran, tenían impunidad total. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, junio 2007).

A veces, sin embargo, el recurso de la mentira y la negación era inviable, en estos casos, la persona quedaba marcada, y tenía que medir con precisión qué contactos establecía con el resto de miembros de la organización. El mismo Lluís Maruny nos expone la situación que vivió durante el estado de excepción de 1969:

Yo el 1966-1968 estaba en el Comité y aquel año, o aquel verano, no sé cuando, entre mayo y octubre de 1968, quizás noviembre, no sé, yo me hice cargo, fui responsable político del PSUC en la Universidad, porque había habido una escisión muy grave, había habido un

frente. Entonces, con el estado de excepción de 1969, en las primeras detenciones aparezco como responsable político del PSUC en la Universidad. Entonces sí que me voy y me desconecto totalmente de Manresa. De hecho, en esa época yo ya no iba a Manresa, claro, no podía ir. Fui alguna vez, porque me convenía, pero muy poco, e iba a casa de mis suegros, no me movía por la ciudad. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, junio 2007).

En estos momentos las medidas se extreman, la persona podríamos decir que se encuentra contaminada, la persecución de la que es objeto conlleva que su sola presencia ya sea un peligro para la organización. Lluís Maruny nos cuenta el periplo que le tocó vivir.

Lo primero que tuve que hacer fue cambiar de domicilio, ir a un domicilio supuestamente seguro, pero que, claro, que te la tenías que buscar tú, entre amigos que no fueran militantes activos, o en todo caso que no fueran muy destacados. O, por ejemplo, que hubieran terminado la universidad el año anterior. Si alguien no encontraba un lugar, el partido te buscaba uno, había gente que se dedicaba a eso, que su tarea única era disponer de refugios para un caso determinado, por ejemplo, antiguos militantes del PSUC que no hacían ni reuniones, pero tenían su casa, que era una casa segura. Lo que te dejaba la casa no podía ir a manifestaciones, no podía ponerse en riesgo. Yo fui a casa de la Concha para que ni ella ni su hermana no estaban identificadas, hasta que supimos que realmente me estaban buscando a mí, entonces sí que tuve que marchar de casa de la Concha, el mismo partido m' lo ordenó. Entonces me las busqué yo mismo. Una de las primeras casas que fui fue la de Montse Roig y Albert Puigdomenech. Pero, claro, tenías que ir cambiando, cada semana o cada dos semanas máximo tenías que cambiar. Otro lugar fue en casa de una compañera, que su padre era un empresario, me parece que era el único empresario que había en el PSUC. Estuve escondido hasta octubre, cuando me tuve que ir a la mili, no podía evitarlo, si no iba, me tenía que ir a Francia, yo estaba acojonado pero es que la alternativa era exiliarme en Francia. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, junio 2007).

Durante los primeros años del franquismo, ser descubierto suponía casi inevitablemente la pérdida de contacto con la organización y el abandono de cualquier

actividad clandestina, como nos relata Isidro Sola, vecino de Navarcles detenido en 1952, tras pasar cerca de un año en la cárcel modelo de Barcelona.

Cuando salimos de la cárcel es cuando en el exterior el PSUC cambia la estrategia, por cierto, muy bien hecho, que ya lo deberían haber hecho desde el principio. Pero entonces nosotros no nos volvemos a organizar, porque había confidentes en cada pueblo, tantos que no te lo puedes imaginar. A partir de entonces me dedico a poco, abandono la actividad política pero mantengo una cierta actividad porque la gente de izquierdas de Navarcles sentía simpatía hacia mí. (Entrevista personal en Navarcles, abril 2008).

Esta situación, sin embargo, se va relajando con el paso de los años, sobre todo desde principios de los años setenta. A menudo la pérdida del anonimato no conlleva la pérdida del vínculo con la organización, aunque desde entonces se pasa a ser objeto de presiones constantes por parte de las fuerzas represoras.³⁰ Éste sería el caso de buena parte de los miembros de los comités locales de Sallent y Manresa en los últimos años del franquismo. Entre la participación en los debates de Cineclub, el protagonismo que se adquiría en las luchas sindicales, y el currículum de detenciones e interrogatorios que se iban acumulando, el militante clandestino dejaba de serlo en buena medida. Sin embargo, el secreto seguía estando presente, el vínculo orgánico con las diferentes instancias de la organización continuaba pidiendo su protección. Y más aún, el secreto cumplía una última función: como al principio, actuaba como mecanismo de protección, pero en última instancia, y como siempre había sido, no dejaba de perder sus virtudes estructuradoras en orden a la conformación de círculos sociales de resistencia dispuestos a ser reactivados en cualquier momento.

30 Un ejemplo paradigmático lo encontramos en las detenciones que se produjeron el otoño de 1975 en Manresa. (cf. *Associació Memòria i història de Manresa*, 2010). También Marc Viader, abogado laboralista ubicado en Manresa, nos ofrece interesantes testimonios (cf. Viader, 2007)

G. LA OCULTACIÓN DEL SECRETO

La policía está en todas partes. Todo el mundo permanece permanentemente vigilado. Ni un solo movimiento, ni una sola actividad están a salvo de aquellos que todo lo ven y todo lo saben, que escrutan la vida cotidiana a la espera de que el mínimo señal indique la presencia de un actor o de una acción ilegal contra el Régimen. Es la concreción del modelo panóptico de sociedad, como lo concibió hace más de dos siglos Jeremy Bentham, y que Georges Orwell concretó dramáticamente en el Gran Hermano de 1984. En esto consiste la premisa superior y básica de toda dictadura. En la canción “T’he conegut sempre igual que ara”, Raimon narra un encuentro casual con quien al principio de los años setenta era el secretario general del PSUC, Gregorio López Raimundo: “Alerta vivos, yo sé que si cayeras / tantos años, muchos años, demasiados años te pedían. / Entre los ruidos de los coches de la calle / y de la gente que ajetreada pasa, / he visto muy claro que son muchos los que luchan / y que como tú calladamente trabajan”.

La letra advierte de cuál debe ser el estado natural del militante clandestino: la alerta permanente, la invisibilidad y el silencio de aquellos que se atrevían a desobedecer las órdenes oficiales de sumisión absoluta. Se trata de una vigilancia constante e incansable, que es el único mecanismo de defensa ante la omnipresencia policial, la vigilancia de la cual hace del control político una especie de medio ambiente, un clima presidido y determinado por unos agentes gubernamentales que se presentan y actúan a la manera de una entidad espectral. Esto es lo que permite a Jacques Derrida -sin duda uno de los grandes filósofos del secreto (cf. Morote Serrano, 2007) -aproximar el término alemán *Gespenstische*, que quiere decir “espectral”, “fantasmal”, al de *Geist*, “espíritu” en el sentido también de “doble fantasmático”: “La policía se vuelve alucinante y espectral porque lo ocupa todo: está en todas partes, incluso donde no está”. La dictadura, nos dice Derrida refiriéndose al nazismo, tiene por esta causa, por su esencia de poder como violencia, una esencia espiritual (Derrida, 1997a: 84).

No hay que olvidar en qué términos se produjo y cuáles fueron las dimensiones de la represión que los vencedores de la Guerra Civil ejercieron sobre los derrotados, y las repercusiones que en Catalunya tuvo la Ley de Responsabilidades Políticas, firmada por Franco en febrero de 1939, pocos días después de la caída de Barcelona. Hasta octubre de 1941 se habían abierto 125.286 expedientes, y unas 200.000 personas sufrieron las

consecuencias de esta ley hasta su derogación en 1945 o, mejor dicho, hasta el cierre de todos los expedientes abiertos en noviembre de 1966 (Casanova, 2002). En este contexto, la persistencia de un grupo clandestino se relacionaba directamente con la capacidad de permanecer oculto. El negativo de esta voluntad era la intención de las autoridades gubernativas que se combatían de iluminar todos los espacios en los que esta ocultación era posible y obtener el máximo de información de las personas y de las acciones de los grupos clandestinos. Durante el franquismo, las funciones policiales se encontraban en manos de la policía, la guardia civil y otros cuerpos auxiliares de seguridad, como los municipales, los vigilantes nocturnos o serenos, los guardias forestales... También existieron algunas organizaciones específicamente dedicadas a la represión política como el Servicio de Información Militar (SIM), los servicios represivos de la Falange y grupos parapoliciales como el explícitamente autodenominado ronda antimarxista o los miembros de la Guardia de Franco, civiles armados dispuestos habitualmente a cualquier cosa. Además, el somatén asumió la tarea para la que fue restaurado por las autoridades franquistas en 1945 con el nombre de Somatén Armado: colaborar con la guardia civil en su guerra contra los maquis. Recuerde el papel fundamental que tuvo este cuerpo parapolicial en la emboscada que costó la vida a Quico Sabaté en la estación de Sant Celoni, el 5 de enero de 1960 (cf. Téllez Solà, 1992; Eyre, 2000; Marimon et. al., 2009: 20-27). Fue un miembro del somatén, Abel Rocha, quien mató al guerrillero y, una vez muerto, continuó disparándole al rostro hasta hacerlo irreconocible.³¹ En la tarea represiva de estos cuerpos policiales o paralelos, se podría añadir la red que constituía el clero secular, que hacía de las parroquias centros de información y vigilancia permanentemente activados y siempre dispuestos a colaborar para delatar vecinos poco o nada adictos al Régimen.

Las funciones de control y vigilancia, sin embargo, no se acababan con las acciones de los funcionarios de policía y sus auxiliares civiles o eclesiásticos, sino que implicaban toda la población, corresponsabilizada a velar por el nuevo orden establecido en 1939.

31 Quizás hay que recordar aquí que la aventura del enigmático retorno de Quico Sabaté a Barcelona, después de diez años de inactividad, fue el tema de la novela de Emeric Pressburger *Killing a Mouse on Sunday*. La obra fue llevada al cine por Fred Zinnemann, en 1963, con el título *Behold a Pale Horse*. El guerrillero era interpretado por Gregory Peck, y su antagonista era el oficial del guardia civil, encarnado por Anthony Quinn, tras el que era fácil reconocer la figura del comisario Eduardo Quintela, el jefe de la Brigada Político-Social, obsesionado al lo largo de los años con su captura. La película no se pudo estrenar en España hasta 1979, con el título *Y leyó el día de la venganza*. Otra película se inspiró igualmente en la figura de Quico Sabaté: *Metrallera Stein*, de José Antonio de la Loma (1974). Esta y otras referencias cinematográficas son pertinentes en orden a mostrar cómo las condiciones de la acción clandestina son representadas de manera más o menos adecuada a la realidad, pero siempre en alguna medida ilustrativas de un determinado clima sociopolítico y de la manera de desarrollarse una determinada actividad secreta.

Consecuencia directa del mismo terror, del resentimiento y la venganza de un conflicto cruento que acumuló todo tipo de agravios personales, o bien por la misma necesidad de subsistencia en los difíciles años de la posguerra, una parte importante de la ciudadanía se puso al servicio de la práctica de la delación. El anarquista Abel Paz lo contaba en una entrevista en Turismo Táctico:³²

La represión del 39, aquella fue terrible, aquí no paraban las patrullas de asesinos, todas las noches no se oían más que tiros en Barcelona en la calle: le pegaban cuatro tiros a un tío y lo dejaban desangrándose allí en la cuneta. Y aquí todo se organizó, aquí en los barrios cuando se ocupó Barcelona, en los barrios, en la calle, se pusieron altavoces y una mesa, y había policías y militares sentados a la mesa, y por los altavoces se llamaba a los vecinos: “Si hay algún vecino que conozca a algún rojo y quiere denunciarlo, aquí estamos”. Y mucha gente que ya eran rojos ellos, ya habían denunciado a alguno y era como una especie de purificación, pues denunciando se salvaban. Eso duró los quince primeros días, ahí en la mesa estaba sentado el cura, el sacristán y todo cristo, y los vecinos, unos se denunciaban a otros, muchos iban directamente al paredón, otros a la cárcel...

El delator podía hacer su acto desde la militancia o la identificación política con el Régimen. En otros casos, en efecto, sujetos sospechosos ante el Régimen o familiares suyos podían conseguir por esta vía –la de la colaboración con la policía- una rehabilitación definitiva o momentánea. También podían hacerlo simplemente para conseguir algún favor material y hacer méritos ante las autoridades franquistas. Muchas veces esto suponía la obtención de un empleo; algunas, incluso, la del mismo puesto de trabajo que estaba ocupando el delatado. Era terrible que el confidente fuera un miembro de tu propia organización, a veces incluso un amigo íntimo. El 9 de enero de 1950, el grupo guerrillero anarquista Los Maños cayó en una trampa, en el que su cabeza, Wenceslao Giménez, fue herido gravemente y se tomó una cápsula de cianuro para no ser detenido. Poco después caían a manos de la policía política dos miembros del grupo y su enlace. La causa de esa caída había sido la delación de Niceto Pardillo, un componente del grupo. Mucho peor era cuando la delación partía de personas que habían sido muy cercanas, incluso queridas. Una mujer de Vilafranca del Penedès narraba cómo, en los primeros momentos una vez terminada la guerra, la denuncia podía provenir de la antigua amada.

32 Turisme Tàctic (s. d.). “Entrevista a Abel Paz”, dentro www.tacticaltourism.org.

Mi tío tenía una novia que vivía en la calle de la Fuente, así que le pidió a mi madre que le dijera que estaba en casa para que pudiera venir a encontrarlo. Parecía contenta de verlo, pero no lo debería estar tanto porque enseguida vinieron a mi tío. Después supieron que ella le había denunciado... A su propio novio! Él se entregó para evitar que descubrieran mi papá, porque ella no sabía que mi padre estaba escondido también en mi casa. A mi tío lo pusieron en el calabozo que había en el Ajuntament de Vilafranca. Pasados tres o cuatro días, me encontré en la calle con esta chica. Aunque no sabíamos que había sido ella quien lo había denunciado, y yo, pobre de mí, le dije que suerte que no habían cogido también el papa. Ella me dijo: “Tu padre también está en tu casa?” Y al día siguiente lo vinieron a buscar. Fue mi culpa, claro, yo era muy pequeña y no sabía nada. (En Moreno Claverías, 2006: 109-110).

En algunas ocasiones, la confusión entre personas ordinarias y agentes de la policía o al servicio podía llegar a ser absoluta. Ya no se trataba de que ciudadanos “normales” pudieran ser potencialmente confidentes, sino que a menudo podían ser policías o guardias civiles jubilados -los porteros de muchos centros de enseñanza o de fincas urbanas lo eran,³³ o incluso agentes en activo que no es que estuvieran llevando a cabo misiones de vigilancia, sino que sencillamente estaban pluriempleados. El caso de los taxis era bien emblemático, porque el conductor podía ser él mismo un policía ejerciendo otro trabajo. Miguel Núñez explica el cuidado que había que tener:

En una ocasión, sobre todo en citas nocturnas, pues cogía un taxi. Pero descubrí que entonces la organización no lo sabía... Voy a subir a un taxi; está con las luces apagadas, libre, lo paro, y salen dos polis. Nos enteramos de que la BPS [Brigada Político-Social] por la noche iba en algunos taxis. Como yo iba bien documentado, a mí no me pasó nada, pero aprendimos una cosa que no sabíamos. Luego, cuando estuve en Burgos y estaba

³³ Así, por ejemplo, las porterías de las fincas nuevas levantadas por el Instituto Nacional de la Vivienda o la Obra Sindical del Hogar en el barrio de Trinitat Nova, o las del Grupo La Paz, en la década de los sesenta, fueron sistemáticamente asignadas a miembros de la policía, la guardia civil o la Falange. También hay que resaltar que, durante la inmediata posguerra, se priorizó el acceso a las porterías a mutilados o viudas del ejército franquista. Sin embargo, hay que relativizar la percepción homogénea de la figura del portero como sistemático informante de la policía, ya que en muchos casos se produjeron las circunstancias contrarias: la de porteros republicanos o genéricamente antifranquistas que ocultaban a la policía determinada información sobre el vecindario (cf. Bestard, 2006: 18-36).

encargado de recibir a la gente que llegaba de toda España, y hablar con ellos de cómo había sido la detención, las torturas, lo que sabía la policía, lo que no sabía, los métodos que utilizaban... en todo eso aprendíamos nosotros, porque la policía aprendía de nosotros para buscarnos y nosotros aprendíamos de ellos para eludirlos. Y de esto no tenían ni puñetera idea. Cuando Gregorio López Raimundo, que venía algunas veces, en una reunión especial dijo: “Yo cojo un taxi por las noches”, yo le dije: “Pues estás arreglado; te van a agarrar en cuanto llegues”. (En Rúa Fernández, 2003: 189).

Había oportunidades en que ni siquiera era posible averiguar de dónde había partido la delación. Todas las personas a las que se había confiado el secreto traicionado resultan de la más absoluta confianza. Saber cuál de ellas es el agente doble es un motivo de desesperación. El anarquista Diego Camacho, alias Abel Paz, expresaba así la angustia de no saber cómo una determinada información secreta y altamente peligrosa había podido llegar a la policía y desencadenar su detención en 1942:

Nuestra casa era el último portal de la calle. Al entrar en él vi que con la portera había dos individuos. Pero tampoco extrañé el hecho porque la portera solía recibir a paisanos o familiares, siendo aquel día festivo.

Vivíamos en el cuarto piso y ascendimos la escalera diciéndole yo a Ana que bajaríamos pronto si deseábamos ir al cine, como habíamos planeado. Recuerdo que ella me dijo que hubiésemos podido ir directamente sin necesidad de pasar por casa.

Al llegar al rellano nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado las llaves, y como su madre era sorda, pero sorda de verdad, pulsamos el timbre a fondo. Pero esta vez la puerta se abrió enseguida. La casa estaba a oscuras. Penetramos, la puerta se cerró detrás de nosotros con fuerza. La luz se encendió y nos vimos encañonados por las pistolas de tres individuos que tiraron de mí hasta conducirme al comedor, en donde se encontraban dos tipos más. Allí estaban Andrea, su hija y su madre, las tres sentadas en sillas.

Habían registrado la casa poniéndolo todo patas arriba. Dos de los policías aún empuñaban la pistola sin dejar de apuntarme. El que parecía ser el jefe de ellos me preguntó dónde ocultaba las armas. Le respondí secamente que allí no había ninguna.

Me esposaron con las manos a la espalda. Tiraron de mí y, a trompicones, me hicieron bajar la escalera. Escoltado, los cinco policías me condujeron hasta la Travessera, donde nos aguardaba un coche celular.

Desde que entré en el coche hasta que este paró en la estación del Norte, fui devanándome los sesos pensando a qué causa obedecería aquella detención. Mi domicilio solamente lo conocía Víctor. ¿Había sido detenido? Pero en caso de que su detención se hubiese producido, no comprendía la razón por la cual se había visto obligado a señalar mi presencia en Barcelona. Me encontraba a oscuras, pero frente a una insoslayable realidad: la policía me tenía en sus manos. Intenté conservar la mayor sangre fría posible y esperar a ver por dónde asomaba el peligro para soslayar sus efectos. (Paz, 2000: 32).

En estas circunstancias, lo importante era saber dónde se había producido el fallo, por imprudencia propia o por delación ajena. El domingo 16 de diciembre de 1962, Pere Ardiaca y otros dirigentes del PSUC son detenidos al salir de una reunión en un piso de la plaza de Santa Eulalia de Barcelona. Más tarde son detenidos otros responsables políticos comunistas. Era prioritario establecer cuál había sido el factor estratégico que actuó como aliado de la policía política.

Algunos días después fue trasladado a la cárcel Modelo, donde el partido consiguió hacerle llegar una carta en la que se decía: “Necesitamos que nos hagas llegar el relato minucioso de los hechos, incluso de cómo se preparó la reunión, donde se celebró, etc., y la descripción de todos tus movimientos el día 16. [...] Aclarar esta cuestión es del máximo interés para ti y para nosotros. [...] Es necesario que encuentres un medio de comunicarte con nosotros y de explicarnos lo ocurrido. Otros camaradas han sacado escritos de la cárcel en papel de fumar, metiéndolos en el dobladillo de una toalla que se saca a lavar. Si no encuentras otro mejor, debes ensayar ese procedimiento.

En efecto, había que averiguar cómo la policía llegó a enterarse de la reunión y, sobre todo, de saber cuánta parte de la organización llegó a descubrir. La “Social” nunca actuaba sin antes vigilar atentamente a los militantes señalados y conocer a sus contactos. El PSUC clandestino era una espesa telaraña de la que, si se tiraba de un hilo, cabía la posibilidad de deshacerla como ya ocurrió en los años precedentes. De manera que la dirección se hacendó en reconstruir la caída, obteniendo informes del Comité de Intelectuales, de los abogados Josep Solé Barberà y August Gil Matamala y de los mismos camaradas detenidos. Todos los indicios apuntaban a dos pistas. La primera, que la policía controlaba los movimientos de Ramírez desde que detuvo, algunos meses antes, a un militante conocido como “El Viejo”, con el que aquel mantenía un contacto. “El Viejo” sabía de la existencia del piso de la plaza de Santa Eulalia como lugar de reuniones

clandestinas, y el Comité Ejecutivo consideraba “posible que dijese algo” a la Brigada Social. La segunda pista, sostenida por la mujer de Ramírez, apuntaba a una tal “Isabel”; se trataba de una militante de los años de la guerra que entró en contacto con Ardiaca en junio de 1962 y que vivía en la misma finca donde se produjo la reunión del 16 de diciembre; por su condición de antigua exiliada de la URSS venía siendo vigilada por la policía, que tuvo buen juego en descubrir los movimientos que se producían en el mencionado piso. Si bien la dirección nunca supo realmente la verdad, sí sabía lo más importante: que la “caída” terminó con las detenciones de Gutiérrez Díaz y Luengo, y que la policía no pudo llegar a más camaradas. En suma, el zarpazo había sido duro, pero no trágico como en otras ocasiones. Ahora lo urgente era ayudar a los detenidos. (Pala, 2009: 74-75).

El militante clandestino sabe que la vida cotidiana es una trampa permanentemente activada. Las paredes no hablan, pero escuchan. Cada mirada de un desconocido puede ser indicativa de una delación inminente. La policía está en todas partes, ciertamente, y este “en todas partes” ya funciona como un sistema de alerta siempre a punto para detectar la actividad transgresora. Esto fue así, aunque con una intensidad decreciente, hasta las postrimerías del franquismo. En la fase de oposición al franquismo, es decir, una vez dejada atrás la de resistencia, tal como hemos visto las nuevas condiciones políticas y las posibilidades de llevar a cabo una agitación capaz de desencadenar movilizaciones masivas hacen inevitable que la clandestinidad se relativice y se haga compatible con actuaciones públicas. Los militantes secretos se convierten en personajes públicos cuando encabezan una protesta en su barrio, cuando animan una asamblea estudiantil o cuando arengan sus compañeros de trabajo. Esto hace que la tarea de la policía política sea más fácil, en la medida en que no hay que descubrir los activistas, básicamente porque los activistas actúan, dan la cara. Son detectables no sólo con la ayuda de confidentes o colaboracionistas, sino porque ellos mismos se encargan de hacerse notar. Todo dirigente sindical, de barrio o estudiantil de seguro que debe ser también -la policía lo sabe- miembro de una organización proscrita. Seguirlos, vigilarlos, no perderlos de vista es una tarea que los represores franquistas hacen de oficio. En estos casos, no tiene ningún sentido preguntar cómo es que la Brigada Social o el Servicio de Información de la Guardia Civil saben dónde están y qué hacen los militantes de partidos o sindicatos prohibidos. Vicente Andreu, obrero de la construcción, miembro del PSUC y de CCOO, describe bien una de esas situaciones mediante la cual el militante clandestino toma conciencia de que la policía sabe siempre dónde está y qué está haciendo.

Fue algo que no se puede explicar, hay que vivirlo. Muchas veces tenías que salir corriendo porque veías a la político-social y sabías que iban detrás de ti. Te tenías que esconder, como ocurrió un día al compañero Julio Chacón y a mí. Aquel día estábamos haciendo pintadas, y justo cuando acabamos, en la estación de la Renfe, tuvimos que salir corriendo hasta Pardinyes porque nos perseguía un furgón de la policía. Hasta que nos pillaron. Todo esto ocurría con frecuencia y era un riesgo. Además, ellos siempre estaban informados de nuestras acciones. No sé muy bien cómo, pero lo sabían. Supongo que no tenían otro trabajo que seguirnos a todas horas. Aun así, nosotros teníamos que repartir octavillas, teníamos que informar a la clase trabajadora y comunicarles que el movimiento obrero no paraba nunca. Otro tema interesante, aparte del reparto de octavillas, fueron los piquetes que se formaron y que iban informando a los trabajadores de cómo estaba la situación. Un dato importante fue cuando en la calle Sant Antoni, en unas obras que se estaban haciendo, trabajaba un compañero. Nos reunimos allí para hablar sobre una movilización a nivel nacional que organizaba CCOO. Estábamos, entonces, planteando la creación de piquetes que fueran por el resto de obras informando a los trabajadores. Nuestra sorpresa fue cuando, al salir de allí, vimos por la calle del cine Fémina, y por las otras dos calles de los alrededores, a la guardia civil desplegada por los rincones, con las metralletas en la mano y diciéndonos que teníamos que meternos dentro del coche que llevaban para trasladarnos a la comisaría. Estando dentro del vehículo, por la radio que tenían, escuchábamos: “Va Antonio Chacón, va Julio, etc., pues venga, bajar por abajo”. (En Gallego y Marín, 1996: 161).

Ahora bien, en ningún momento de la historia del franquismo la confidencialidad no deja de ser un elemento fundamental de supervivencia del grupo. Al principio las conexiones entre los militantes quedaron reducidas a las que eran indispensables. En estos casos era claro y compartido el principio prescriptivo que de ninguna de las maneras no había que ir más allá de satisfacer los requerimientos de una mínima coordinación. Es más, el enemigo podía ser un camarada, incluso un amigo. Los seres humanos son débiles, y el dinero de una recompensa o la presión ejercida con amenazas a los familiares podían hacer que la policía obtuviera aliados inesperados en el mismo entorno del militante, no sólo entre sus amigos, compañeros de trabajo, familiares o vecinos, sino también en su mismo entorno político, supuestamente protegido por el secreto. Todo ello podía generar un universo paranoide, hecho de desconfianza y de sospechas mutuas, en el que todo el mundo podía ser un infiltrado. El cenetista García Oliver (1978: 59) mantenía que “siempre fui desconfiado. La vida clandestina desarrolla la desconfianza hasta convertirla en un

sentido. Procuré darle un aspecto inocuo a mí vida en Barcelona... “. Este universo paranoide abarcaba el conjunto de los que participaban. A. T. Vassiliev, último jefe de la policía zarista, escribía:

Ocurría, además, un fenómeno psicológico que se presentaba casi con regularidad en los colaboradores secretos. Estos se hallaban en continuas relaciones, tanto con la policía como con los revolucionarios. Esta situación, nada natural, influía perniciosamente en sus nervios. La traición de que sin cesar hacían objeto a sus propios correligionarios y que no pocas veces conducía a su encarcelamiento o a su destierro, pesaba sobre las conciencias de esas gentes, mientras que por otra parte siempre temían ser desenmascarados o asesinados por los revolucionarios. (En Gracia, 1999: 7).

Efectivamente, allí donde hay clandestinidad hay delación. En la biografía de Santiago Malagón, uno de los especialistas en falsificación de documentos del PCE, podemos leer:

Cierto día Solana entró llorando en el chalet. En la cara llevaba dibujado el pánico. Se metió en su habitación y se tiró encima de la cama boca abajo. Marcela también estaba hecha puré. ¿Qué había pasado? La dirección le había retirado la confianza y, por tanto, quedaba apartado de su responsabilidad. Al parecer, los jefes recién llegados no aprobaban el tipo de relaciones que mantuvo Solana durante la ocupación alemana.

A todos se nos antojaba esa acusación un tanto rebuscada y extraña, pues el trabajo de Solana consistía precisamente en relacionarse con todo tipo de gente; para eso pertenecía a los Servicios de Inteligencia de la Resistencia. En la frontera, que fue el lugar donde Solana operó, se confundían todos los servicios especiales, era como jugar a ver quién cazaba a quién: de tal guisa que el informador más eficaz necesariamente tenía que ser también el más osado. ¿Cómo lograr eso? “El Cojo” (sobrenombre de Eusebio) se movió por donde tuvo que moverse y andaba listo. París aún no había sido liberado de los alemanes y sobre algunos de los que más les habíamos sufrido ya se cernía un nuevo enemigo. La sombra de la duda era tan alargada como la de un zepelín.

Alguien tenía mala conciencia y para curarse en salud se puso a buscar sospechosos de contagios burgueses. Con estas reflexiones no pretendo ni sentar cátedra histórica ni ser

fiscal de nadie, pero lo cierto es que aquellos días ocurrieron cosas que daban motivos para sospechar de todos y de todo, incluida por supuesto nuestra dirección, pero no sólo... Continuaban las detenciones de los sucesivos camaradas que la dirección enviaba al interior del país, por lo que había que suponer que había mucha infiltración en el partido aprovechando la apertura que sucedió a la liberación de Francia y sobre todo a raíz de la creación de Unión Nacional. [...]

Aquello era sólo el preámbulo del chaparrón que se avecinaba. La tormenta se desencadenó con toda su virulencia cuando Pilar Soler, la compañera en España de Jesús Monzón, llegó a Francia, después de haber conseguido escapar a la redada que dejaría a Monzón fuera de combate en la fratricida batalla que comenzaba a librarse. A Pilar le instalaron, ¡cómo no!, en el chalet donde estábamos.

En el libro de G. Morán *Miseria y grandeza del PCE. 1939-1985* se relata eso: “Cuando se enteran (se refiere a la dirección del partido en Francia) de que Jesús Monzón ha sido detenido en Barcelona, la dirección sospecha que se ha dejado detener para no comparecer ante la dirección del partido. Pero se tranquilizan cuando logra llegar su compañera, Pilar Soler. La dirección la retiene en un chalet de las afueras de Toulouse (era el nuestro), donde soporta durísimos interrogatorios de Carrillo, el joven Claudín y Ormazábal –según confesión propia– para que acepte denunciar la auténtica naturaleza de la conducta de Monzón, que es un traidor. Ella prologa otros interrogatorios a los antiguos colaboradores de Monzón en Francia, como los dos Manueles, Azcárate y Jimeno”.

La cuestión es que aparecer ella y ordenar Santiago que desalojáramos aquello fue un todo. Cualquiera que hubiera tenido relación con el equipo de Monzón llevaba consigo el estigma de la sospecha. Azcárate, Jimeno, Solana... Otero, el administrador del taller, también fue apartado, y por fin, junto al de otros muchos camaradas, también apareció mi nombre; también pasé a ser sospechoso. Aquello no tenía ni pies ni cabeza; comunistas tan vinculados a la resistencia, como Nieto, Celada, Lucas, Lacalle, a su regreso del campo de concentración de Buchenwald, donde, no contentos con sobrevivir, pusieron en marcha la organización clandestina del partido en el campo, se encontraron con la tremenda sorpresa de ser investigados y sancionados. Los informes se llenaron de nombres.

No llegaron a echar abajo lo del taller porque habría sido tanto como quedarnos sin nada, pero lo que se refiere a la seguridad, con la mayoría de los compañeros de Le Patriote diseminados en distintos hoteles, era imposible controlar el tipo de relaciones que podía mantener cada uno de ellos, ¿quién bebía?, ¿quién se iba de la lengua?, etc. Se había roto el blindaje que podíamos tener en nuestra aislada concentración del chalet, y ese era un riesgo tan innecesario como de imprevisibles consecuencias. (En Asenjo y Ramos, 1999: 246).

A pesar de todas las precauciones, a menudo las normas de seguridad no podían evitar las detenciones. Así que alguien se enteraba de la caída de miembros de la organización se daba la voz de alarma a todos aquellos que habían mantenido contactos con los detenidos para que no frecuentaran los lugares habituales de encuentro y, si fuera necesario, se ausente de casa y del trabajo hasta que los detenidos pasaran en prisión y los abogados pudieran hablar con él y leer las declaraciones. Con todo, antes de llegar a la prisión, había que recorrer un largo y difícil camino por las salas de interrogatorio. Como ha subrayado Manel Risques (2002), la tortura no era sólo, bajo el Régimen franquista, una mera técnica para la obtención de información, sino una auténtica institución, un elemento inherente y natural al mismo sistema policial de la dictadura. Caer en las manos de la Brigada Político Social implicaba tener que verse las caras con individuos como Eduardo Quintela, encargado de organizar la policía política en Barcelona a partir del 1939, o sus sucesores en el cargo, los no menos temidos Pedro Polo y los hermanos Antonio Juan y Vicente Creix.

Había algo que no se podía perder de vista a la hora de tomar conciencia de lo que te esperaba si eras detenido. Sabías que te esperaba la tortura, pero que no te cabía el consuelo de pensar que te ibas a enfrentar con monstruos sádicos o psicópatas. Al contrario. Quienes te iban a martirizar para obtener información o simplemente para que les contarás a tus camaradas de lucha a lo que se arriesgaban si no cejaban en su rebeldía. Los torturadores eran, ante todo, funcionarios, empleados públicos que llevaban a cabo lo que para ellos era una labor administrativa como cualquier otra. Llevaban una vida familiar normal, se relacionaban con el mundo de una forma natural, como cualquiera, como tú, con gustos y aficiones no muy diferentes a las tuyas. Un testimonio de hasta qué punto el policía especializado en la represión política podía considerar su trabajo como un servicio público nos lo da la carta que escribe el odiado comisario Antonio Juan Creix, cuando, en 1974, redacta una carta de queja a sus superiores, que le sancionan por una pequeña corruptela sin tener en cuenta la brillantez de su contribución a la paz social. En su argumentación no emplea el argumento de la venganza personal, acaso justificada por haber sido él mismo torturado por la policía política republicana en Barcelona, cuando fue detenido en agosto de 1938, sino la lista de sus éxitos profesionales.

Desalojo del Convento de los Capuchinos de Sarrià donde estaban encerradas 450 personas del Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios de Barcelona, políticos de varias tendencias, y otros enemigos del Régimen.

Desorganización manifestación de curas en La Vía Layetana, ante Jefatura, para entregarme una carta a mí, por la detención de un estudiante comunista amigo del cura Dalmau Oliver, párroco de Gallifa y tantos hechos que sería pesado mencionarlos.

Todo ello me valieron felicitaciones de la Superioridad y las naturales preocupaciones y desasosiegos a mi esposa e hijos. Durante muchos años fui Jefe del grupo Anti-comunista sustituyendo al Sr. Polo y en el año 1963 fui nombrado, sin ser todavía Comisario, Jefe de la histórica Brigada Político-Social de Barcelona, desempeñando el cargo durante 5 años, en el transcurso de los cuales, tengo a gala decir que la ciudad vivió con tranquilidad, tanto política, como laboral y estudiantil, realizándose importantes servicios que motivaron esta paz. (En Batista, 2010: 165).

Ser detenido implicaba aplicar las estrategias que debían poner en marcha los detenidos para pasar el trance -trágico, en muchos casos- sin delatar a los compañeros. Estos auténticos protocolos de actuación respondían a todo lo que los militantes habían aprendido sobre el comportamiento en comisaría, un aprendizaje que en un primer momento no iba más allá de algunos consejos de otros militantes. Con el paso de los años, este conocimiento se fue ampliando en base a las experiencias de los detenidos, que se recopilaron en folletos y otras publicaciones de las mismas organizaciones secretas y que se convirtieron en un valioso instrumento en la lucha contra la represión. Dentro de este proceso dialéctico -represión-análisis-conocimiento antirepresivo- sobresale la labor realizada por los militantes políticos encarcelados en el centro penitenciario de Burgos durante la década de los sesenta. Las experiencias personales estudiadas por los reclusos de ese centro -entre ellos, Miguel Núñez- se resumieron en un documento interno del PCE y del PSUC destinado a la formación de los militantes y que sirvió de base para la edición de *No quiero hablar. El deber de los comunistas frente a la policía y los tribunales franquistas* (1963), de López Raimundo.

El argumento esencial que se expone en el libro de López Raimundo es que no es la tortura lo que hace hablar a los detenidos, sino la pérdida de moral y el olvido que la lucha debe continuar en la comisaría. En este documento se aborda la cuestión de los militantes que, como no fueron capaces de soportar las presiones y las torturas policiales, terminaron

delatando sus compañeros. La contundencia y la claridad de la condena no permitía ningún tipo de comprensión hacia el delator: “El comunista que se doblega ante la policía pierde, al menos temporalmente, su condición de miembro del partido, defrauda la confianza de cuantos le conocen y se descalifica para jugar un papel dirigente en la lucha del proletariado y de todo el pueblo por un porvenir mejor” (López Raimundo, 1963: 4).

Ahora bien, no todo el mundo compartía este criterio tan rígido. Sin ir más lejos, los mismos camaradas comunistas de la prisión de Burgos que recogieron la documentación para que López Raimundo escribiera su opúsculo, no dejaron de sostener que cuando alguien fallece en la comisaría el único culpable es el torturador; aun así, la dirección no reprodujo ninguna comprensión hacia el delator en esta publicación. A pesar de compartir los objetivos de la dirección -veremos más adelante que nos dice que “por un lado se entiende, porque la organización ha de tender a que nadie hable”-, uno de los artífices de este libro, Miguel Núñez, no veía con buenos ojos las maneras de llevarlo a la práctica: “El que era bueno y se la ha jugado, y luego cuando lo cogen falla, es porque le han sometido a algo que no quería hacer, la prueba de que no quería hacerlo es que ha estado haciendo otra cosa. Entonces la obligación de las organizaciones y de sus compañeros es recuperarlo, no es condenarle [...]. Toda persona que ha sido magnífica y que por lo que sea no ha podido salir adelante merece el cariño y el respeto de todos”. (En Rúa Fernández, 2003: 200).

Entre las publicaciones de instrucciones sobre el comportamiento a seguir en la comisaría, también hay que destacar la edición de breves biografías de dirigentes comunistas que se habían destacado para salir airosos de los interrogatorios policiales, como Simón Sánchez Montero, el mismo Miguel Núñez o Horacio Fernández Inguanzo. El objetivo del PCE de socializar entre la militancia las actitudes consideradas ejemplares en los interrogatorios no era otro que ayudar a mantener alta la moral en las durísimas condiciones de la clandestinidad. “El partido no era tonto y sabía que el comportamiento de una persona de esas para nosotros era un alimento moral de primer orden”, explicaba Ángel Rozas. (En Delgado, Horta y Padullés. 2012: 79). A modo de ejemplo, en la biografía del dirigente comunista asturiano Horacio Fernández Inguanzo se relata qué respondió cuando el comisario le amenazó diciéndole que podría salir satisfactoriamente de la comisaría según su comportamiento: “Horacio les responde que no es la primera vez que pasa por comisaría, que siempre salió satisfecho de su comportamiento y esta vez sucederá igual, pues no dirá nada. Lo que haga la policía para él no cuenta, sino su voluntad” (Segundo, 1969: 13).

Tras la detención, el arrestado es conducido a comisaría donde se le somete al acto casi ritual del fichaje. “Estar fichado” implica perder el privilegio y la protección del secreto, haber sido total o parcialmente desenmascarado para siempre. La policía ya sabe quién eres, qué haces y dónde encontrarte. Tu filiación, tu fotografía y tus huellas forman, a partir de ese momento, parte de un archivo donde permanecerás para siempre. Ahora ya eres una mujer o un hombre “con antecedentes”. Ya sabes que si te vuelven a pillar los policías te darán el trato especial que merecen sus “conocidos”. No olvidemos que los archivos y los dossiers son la clave a través de la cual la burocracia administrativa ejerce su dominación. Lo hace a través de lo que Max Weber designa como “saber de servicio”: conocimiento exclusivo o secreto profesional del funcionario, datos exentos de control externo que han sido obtenidos por medio de relaciones de servicio con las personas administradas y que son relativos a hechos concretos determinantes de su conducta y que son después “depositados en expediente” (Weber, 2002 [1922]: 1100). En este caso extremo -la detención ha sido, no lo dudamos, una relación de servicio entre un funcionario y un administrado, como lo será la tortura que reciba a comisaria- toda la documentación producida por la presencia del arrestado en los locales policiales pasará a incorporarse al conocimiento de que la policía almacena a propósito de los enemigos o eventuales enemigos del poder.

Una vez interrogado y fichado el detenido, la violencia se convertía en el eje principal de los interrogatorios policiales. Con la tortura se trataba de obtener la confesión de culpabilidad del detenido y, sobre todo, información sobre otros activistas y otras actividades antifranquistas. Pero los propósitos de los torturadores aún iban más allá de la obtención de confesiones y delaciones; también había un interés complementario para derrotar políticamente y moralmente al detenido. Michel Foucault apuntó la síntesis entre la obtención de pruebas y el enfrentamiento entre víctima y torturador cuando observó que la tortura no sólo busca obtener una determinada información hasta entonces secreta, sino una victoria sobre el adversario el resultado es una especie de “producción ritual de la verdad” (Foucault, 2009 [1975]: 47). En este sentido, la tortura se corresponde plenamente con a la noción de la labor de lo negativo, la *negación* como producción de verdad, de conocimiento social. Para Foucault, la verdad no puede ser analizada por una disciplina tal como la dialéctica o la semántica, simplemente porque la verdad no está en el mismo nivel que la lógica o los significados, sino que más bien se remite a un análisis de la relación de poder. Entenderíamos así la verdad como el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder.

Todo depende, en última instancia, de los sistemas de enunciados de poder, cuya tarea es decidir qué es lo verdadero y qué no lo es. El poder, según el autor de *La voluntad de saber*, se caracteriza por dos funciones principales: por un lado, la exclusión; y por otro, la engendración. En cuanto a la exclusión, el poder tiene la propiedad de negar, de prohibir, de excluir, de ocultar. Mientras que en la engendración el poder produce, y, en efecto, una de las cosas que produce es la verdad.

Dejando de lado el ansia policial para desentrañar la red organizativa de la oposición política, ¿cómo se concreta este deseo de victoria moral e ideológica sobre un adversario detenido, desarmado y totalmente inofensivo? Miguel Núñez nos lo cuenta en sus memorias: “Con la violencia, la tortura y el terror ejercido contra ellas y, a veces, incluso, contra sus seres más queridos, buscaban hacer del valiente, en el sentido más humano, un cobarde aterrorizado; hacer del más generoso un egoísta que sólo pensase en librarse de su tragedia personal; hacer del fraternal y solidario con sus compañeros de lucha un traidor que les denunciase, que les vendiese; en suma, lograr que la persona digna y ejemplar se convirtiese en un ser indigno y humillado” (Núñez, 2002: 105).

En el ámbito físico, las formas de tortura iban desde las palizas sistemáticas hasta métodos más sofisticados, como la “cigüeña” o la “bañera”.³⁴ A uno de los monstruos que engendran las dictaduras, en este caso Antonio J. Creix, notorio torturador de la Brigada Político Social en Barcelona, que fue enviado tres meses a Estados Unidos en 1958 para un curso de adiestramiento antisubversivo, Miguel Núñez le oyó decir: “Aquí vienen los americanos, que si las corrientes eléctricas... Como el palo no hay nada”. Debemos tener presente que la máquina represora del Régimen aplicaba, en buena medida, los mismos principios de regulación que la justicia penal de la época clásica: “El Sospechoso, como tal, merecía siempre un determinado castigo; no se podía ser inocentemente objeto de una sospecha” (Foucault, 2009 [1975]): 48). Esto implica dos cosas: la transmutación en muchas ocasiones de la presunción de inocencia por una presunción de culpabilidad, y, del mismo modo que sucedía en el siglo XVIII, la conversión del cuerpo del interrogado durante el suplicio en punto de aplicación del castigo y de obtención de la verdad.

Ante esto, los torturados debían tener presente lo que tantas veces habían escuchado de otros compañeros que habían pasado por situaciones similares: “aguantar”, con el

³⁴ La “cigüeña” consiste en mantener, durante largos ratos, el detenido esposado por las muñecas por detrás de las rodillas, dejándolo en una posición realmente dolorosa. La “bañera” pretendía transmitir a la víctima la angustiada sensación de la asfixia, arrodillándose con las manos esposadas a la espalda y sumergiendo la cabeza en el agua (Batista, 1995: 13).

consuelo de que “los primeros golpes duelen. Después ya no”.³⁵ Ganar tiempo se convertía en el objetivo que había que alcanzar, dentro de un combate político que había cambiado de escenario –de la calle a la sala de interrogatorios-, pero en el que nada debe darse por perdido: “Si no hablaré, las fatigas, las cansaré, las venceré”.³⁶ Ángel Rozas nos decía: “¿Cuál es la batalla que hay que librar ahí? La batalla de cerrarte en banda, de no entregar a ningún camarada tuyo, de no dar nada que les favorezca a ellos [...] y defender lo que antes has defendido a través de las octavillas; lo defiendes ya a pecho descubierto”. (En Padullés et al, 2012: 81).

Dentro de las estratagemas empleadas por los torturadores, destacaban prácticas como las preguntas “a bocajarro”, sin dejar apenas responder al interrogado y buscando desconcertarlo. En estos casos, la consigna era no decir nada, ya que “quien mucho habla se pone en disposición de decir todo lo que sabe”,³⁷ o dicho de otro modo: “Por muy bien buscada que esté la historia o la respuesta que invente el “buen chico”, la policía le descubre un fallo, una prueba de que el buen chico está mintiendo, lo que le lleva éste a acercarse más a la verdad y, finalmente, a confesar la verdad misma” (López Raimundo, 1963: 6). Otras tácticas policiales trataban de ganarse la confianza del detenido, con el clásico recurso al “policia malo” y el “policia bueno”. El policia que hacía de bueno era aquel que se presentaba como un mal menor, o incluso como un protector del prisionero ante la crueldad de su compañero “malo”, y usaba frases como “estos tíos son muy brutos”,³⁸ o se refería a un hijo de la misma edad que el del detenido o a cualquier cosa que pudiera hacer pasar como más “humano” que su oponente en la comedia. En los documentos del PSUC se advierte de este tipo de engaño: “Si eres católico, también ellos lo son; si luchas por la libertad, dicen que las parece justo; si es por una acción obrera, ellos son hijos de obreros”.³⁹

Cuando la tortura física no producía los resultados deseados, la policía solía pasar a una nueva fase dentro de este combate desigual. Hablamos de la tortura psicológica, encaminada a romper moralmente al detenido. Se trataba de aislarlo del resto de los compañeros y de hacerle olvidar los motivos de su lucha. Una de las maneras de conseguirlo consistía en promover el enfrentamiento interno, con ejemplos genéricos como

35 Medidas de seguridad [1970], pág. 5.

36 *Ibidem*.

37 *Ibidem*.

38 *Ibidem*.

39 *Ibidem*, pág. 6.

““Ellos” tienen ideas diferentes a las tuyas, ¿cómo es que colaboras con ellos?”.⁴⁰ En otros casos concretos, como la detención de Ginés Martínez en 1971, dijeron: “¿Vas a perder el trabajo; tú, aquí, aguantando, y en París fulano, tú responsable, está tomando café alegremente”. Otra fórmula la encontramos en la experiencia de Miguel Núñez, cuando el detestado jefe de la Brigada Social, Creix, en un momento dado puso sobre la mesa la declaración de Emili Fàbregas y le dijo: “Mira, pobre ingenuo, así se comportan ante la policía los dirigentes del partido que vienen de la URSS “(Núñez, 2002: 113-114). Fàbregas, enviado por el Comité Ejecutivo con la misión de sustituir a Núñez mientras éste era operado de una hernia en París, había sido detenido al final de enero de 1958. Su detención supuso una caída masiva que arrastró unos sesenta camaradas suyos, un auténtico desastre atribuible a su declaración durante los interrogatorios y a la gran cantidad de documentos escritos que le fueron intervenidos. No deshacerse de los papeles comprometidos contradecía una de las más elementales normas de seguridad, como lo recordaba uno de los documentos de su partido: “Cae más gente en manos de la policía por agendas y notas con números y direcciones que nos encuentran encima o en casa, que por la propia investigación”.⁴¹

El objetivo de la policía presentando la delación de un militante, sobre todo si era un miembro de la dirección, o poniendo de manifiesto evidencias de la participación del detenido en la lucha política clandestina, no era otro que transmitir la impresión de que ya lo sabían y que él se había quedado solo. La “receta” para estas ocasiones era, ante todo, mantenerse impasible -la policía observaba atentamente, hasta con la ayuda de psicólogos, cualquier reacción espontáneamente- y, a continuación, negarlo todo, aunque no fuera creíble: “Niega incluso lo evidente. Tu letra no es tu letra. El de la fotografía no eres tú, sino alguien que se parece “.⁴² En el caso de Núñez, su respuesta fue tajante: “Tú no tienes vela en este entierro. Cuando se reúna el Comité Central ya lo discutiremos” (Núñez, 2002: 114).

Otra de las prácticas habituales para doblar la fuerza de voluntad de los represaliados era el cotejo, que consistía en poner el detenido cara a cara con un compañero que ya había hablado y que le había delatado. Ante las acusaciones de un compañero de militancia se instaba a mantener la firmeza de convicciones y no modificar la declaración, pasando

40 *Ibíd.*, pàg. 7.

41 *Ibíd.*, pàg. 2.

42 *Ibíd.*, pàg. 6.

incluso a la ofensiva: “Si tú te mantienes firme, empezará a avergonzarse, hará sus afirmaciones con menos fuerza, dudará, y hasta es posible que se retracte”.⁴³

Los interrogatorios -con las correspondientes torturas- solían cerrarse con la firma de la declaración final de los detenidos. Llegados a este punto, se recomendaba no bajar la guardia y asegurarse de que la declaración final reflejara exactamente las posiciones defendidas durante los interrogatorios. Demasiado a menudo, detenidos que se habían mantenido firmes ante los golpes y las coacciones, acababan firmando -por descuido o desinterés- declaraciones inculpatorias hacia ellos u otras personas. Aunque luego fueran desmentidas ante el juez, estas declaraciones eran utilizadas para desmoralizar otros detenidos. Una vez firmada la declaración final, los detenidos pasaban a manos de los tribunales; unos tribunales donde los atestados elaborados por la policía en comisaría constituían la base de la instrucción judicial y de la acusación fiscal. No debemos olvidar que la represión y las torturas no se detuvieron con el fin de la Guerra Civil; en concreto, se calcula que 53.500 personas aproximadamente, a lo largo de los últimos años del Régimen, sufrieron la represión del Tribunal de Orden Público (TOP), sin contar todas las que continuaron sufriendo procesos militares, más los expedientados y expulsados académicos, los despedidos del puesto de trabajo, quienes fueron objeto de multas administrativas o los detenidos sin juicio (Águila, 2001: 238). El TOP juzgó un total de 1.697 personas, detenidas o nacidas en Catalunya, la inmensa mayoría jóvenes entre diecinueve y veintidós años, con un porcentaje muy mayoritario de militantes de CCOO y del PSUC (Tébar, 2010). En el ámbito de este trabajo, sólo hay que recordar que en 1976 los setenta y seis miembros del Comité Central del PSUC sumaban más de un centenar de años de prisión (López Raimundo, 1976).

Sin embargo, la extensión de la lucha antifranquista permitió a la oposición disfrutar de una mayor cobertura social para sus acciones.⁴⁴ La movilización popular y la solidaridad de los ciudadanos durante los años setenta constituyeron un verdadero paraguas contra los golpes represivos de una dictadura moribunda y, justamente por ello, especialmente peligrosa. Las palabras de Miguel Núñez respecto son tan sencillas como aclaratorias:

43 *Ibíd*em, pàg. 7.

44 Para comprender el alcance del entramado social a que hacemos referencia, pueden ser de gran utilidad las palabras de Palmira Domènech, responsable de propaganda del PSUC: “Había gente que luchaba, como podíamos ser nosotros, y había gente que más o menos estaba metida en movimientos vecinales, no en partidos políticos; pero a la hora de la verdad no se sabía donde comenzaban las asociaciones de vecinos y donde terminaba el partido; estaba todo mezclado”. (En Rúa Fernández, 2003: 189).

“complicidad siempre había habido, pero en los setenta mucha más”. Para centrarnos en el caso del PSUC, la eficacia de las medidas de seguridad, determinantes para la vertebración de un tejido social antifranquista -Comisiones Obreras, asociaciones de vecinos, movimiento estudiantil, plataformas unitarias...-, ayudó que desde 1962 el partido no sufriera ningún golpe policial que hiciera tambalear la estructura organizativa. Toda una victoria sobre la represión fascista. Sin embargo, como hemos podido comprobar, no hay nada infalible. Sólo hay que recordar una anécdota de Miguel Núñez en una pensión, en la que se produjo un momento de complicidad. Allí un viajante dijo a Miguel Núñez: “Joven, usted debería ser comunista”, a lo que un sorprendido Miguel respondió: “¿En qué se basa usted?”. El hombre concluyó que “es el único que se lee los discursos de Franco” (Mayayo., 1986: 17).

Si toda presencia y capacidad de actuación de las organizaciones clandestinas se basaba en permanecer ocultas y escamotear la información incluso a los propios miembros, se entenderá que la delación fuera el elemento de rechazo principal. El chivatazo, delatar, irse de la lengua, en efecto, era considerado un hecho ignominioso para el que caía y una traición para el resto. No se trataba de los testigos comprados o extorsionados de alguna manera para convertirlos en confidentes. No poder resistir las torturas -reflejadas en las diligencias policiales con el eufemismo “hábil interrogatorio”- y confesar ante la policía suponía una grave decepción, aunque con el paso de los años hubo un margen de mayor comprensión y las consecuencias fueron menores para los que se vieron afectados por la declaración de un detenido que se había derrumbado ante la policía. Las consignas de la clandestinidad preparaban los militantes para aguantar las torturas, si procedía, sin confesar nada relevante, sabiendo que hablar te iba a servir de nada, como lo testimonia Rossend Dalmau, que refiere el caso de un muchacho de las JSU de Mataró que, detenido a mediados de 1950, sucumbió a las presiones de la policía para que diera información a cambio de un mejor trato y luego recibió el más severo por parte de la policía y los jueves (Colomer i Rovira, 2007: 33)

Los relatos de cualquier persona detenida por su militancia política y su paso por el cuartel de la guardia civil o la jefatura de Vía Laietana demuestran con toda la crudeza que los cuerpos represivos no escatimaban medios a la hora de intentar conseguir la información sobre quién era y qué función tenía el detenido en la organización, a quien conocía, quien era el dirigente, etc. Ángel Rozas nos ofrece un testimonio de valor sobre cómo se producían las detenciones:

A la vuelta de uno de los viajes a Madrid se produce mi detención, en el año 1958. Estaba introducido en el Sindicato Vertical y estaban a punto de hacerme procurador, el equivalente a diputado. El gobernador civil, Acedo Colunga, puso a los líderes sindicales de vuelta y media. [...] Me hicieron tres careos con el hombre que me entregó. La policía lo tenía en el último piso sobre una manta en el suelo. Él era un tiarrón, pero estaba hinchado y deshecho. Me cogieron de los pelos:

–¿Qué?, ¿es este?

–Sí.

–¿Y ahora qué dices?

–Pues lo que venía diciendo: este hombre, en las condiciones en que me lo habéis puesto, le decís que diga que ha matado a su madre y dice que sí. Yo a este hombre no lo conozco, no lo he visto nunca, no sé quién es –dije yo. Lo apreciaba mucho yo a aquel hombre. (*Plora.*)

En el año 1960 me vuelven a detener y me llevan a Burgos. Allí estaba el hombre que me había entregado dos años antes. Le cayeron quince años. Los dirigentes me pidieron que le ayudara. Yo dije:

–Aquí en el penal yo le ayudo en lo que sea. Aquí somos dos presos. Ahora, el día que salga él y salga yo, si tenemos que trabajar juntos, hablaremos antes. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 85).

Rozas no se extiende demasiado en las torturas que sufrió, pero no puede dejar de transmitir el recuerdo de la brutalidad con que se trataba a los detenidos políticos.

Cuando estás detenido, en la comisaría, estás cara a cara con tu enemigo, y es allí donde tienes que defender tus conceptos. Y lo mejor es cerrarte en banda. No hablar nada de nada. Yo hoy lo noto en los brazos, en los tendones. En el año 1958, estuve veintidós días incomunicado a base de palizas. Tres palizas diarias. En la Vía Laietana, en el número 43. En el año 1960 estuve dieciocho días más. Había armarios con vergajos de todos los tipos (un vergajo es la picha de un buey disecada y forrada con piel). También había alambres fuertes, duros, acerados. Había sogas de esparto; bien mojada, no te dejaba morados. Había muchos métodos. Te *enmanillaban*, te ahogaban. Se juntaban ocho o diez en un corro. Uno, una patada; el otro, con el vergajo... Hasta que perdías el conocimiento. Luego te echaban

un cubo de agua y te bajaban a la celda. Al cabo de tres o cuatro horas te volvían a subir otra vez. Unos pudieron aguantar; otros no. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 85).

Las biografías de Gregorio López Raimundo o de Sebastián Piera ofrecen el testimonio de estos padecimientos que esperaban los detenidos. La evidente parálisis facial que le quedó a Miguel Núñez como secuela de los malos tratos en comisaría es la prueba de una resistencia heroica, que hizo que los mismos torturadores lo tomaran como ejemplo de fortaleza y voluntad, hasta el punto que ante un interrogado que pretendía hacerse el valiente podían ponerse en marcha el: “¿Tú quién te crees? ¿Miguel Núñez? “. Muchos otros no pudieron demostrar la misma voluntad de resistir el dolor y la angustia. Garcia Tristany nos explicaba:

[Dependía del] grado de resistencia que tuvieras para no decir que Tal vivía aquí o allá. En esto de la tortura, cuando te has acostumbrado a las primeras palos, hay un principio y un fin. Cuando empiezas, el dolor es muy grande, pero hay un momento que tienes una serenidad, que, aunque te mataran, ya no dirías nada. Pasar de un punto a otro es muy duro. Yo conozco caídas que, al llegar, un compañero les dijo: “Señores, yo ya sé cómo tratan ustedes y ya pueden empezar. No les voy a decir nada”. Cada vez que lo llevaban [en la sala de interrogatorios] se lo llevaban desmayado. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 86).

Las organizaciones clandestinas llegaron a editar auténticos manuales para soportar las torturas, que preparaban ante el dolor de los primeros golpes y aclaraban que, si no se hablaba, los siguientes golpes serían menos dolorosos. Todo el mensaje procuraba hacer entender que la clave era callar y negarlo todo si la coartada no era eficaz. En estos documentos queda reflejado el conocimiento de las tácticas policíacas para hacer hablar, incluso más allá de las palizas: la presión psicológica, el enfrentamiento con las personas que realmente o supuestamente habían confesado, la promesa de dejar de golpear si se admitía una parte de la acusación, la amenaza de hacer correr el rumor de que el detenido era un colaboracionista, con lo cual quedaría desacreditado ante amigos y camaradas. En estos manuales siempre terminaba recordando que toda información que los policías pudieran obtener suponía un paso atrás en los avances del movimiento que se formaba parte. Los manuales de seguridad lo planteaban con claridad: “Piensa que tu debilidad lleva

prisión para ti y para otros. Si hablas, abres ante ti un largo periodo de vergüenza y prisión. Si hablas, hundes tu vida. Si no hay estado de excepción, sólo tienen setenta y dos horas para hacerte hablar. Gana una a una.”

En este sentido, el testimonio personal de Miguel Núñez, con una dilatada experiencia de detenciones, torturas y encarcelamientos, resulta capital:

En una emisión de televisión me preguntan: “¿Las torturas cómo eran?”. Y yo digo: “¿Cuándo?”. Y me dice: “Eso es humor negro”. No, no es humor negro. En los años cuarenta, hasta el 1945-1946 es una cosa: te matan a palos, o te sacan a una cuneta y te fusilan. A mí, cuando me cogen en el 1939, me llevan a un local de Falange en vez de comisaría, y como había sido comisario político, gente que no me conoce me dan de palos hasta hacerme polvo y envían mi ropa a mi casa. Mis padres creen que me han matado. [...] Luego, del 1949 al 1950 y tantos, se produce un cambio, empiezan a perder influencia los tipos de la Falange, y empieza la influencia del Opus. Entonces en esa época, en general, dan mucha leña, pero salvo casos muy concretos como el de Grimau, los fusilamientos son menos y las torturas también. Pero en cada caso es una cosa distinta. Con las mujeres se ensañan mucho. A mí, hay dos momentos en que me detienen sin que nadie lo sepa, y en ese momento la cosa es muy dura. Me cuelgan de un brazo en el tubo de la calefacción, y entonces una tortura física y además psicológica es que te ponen una silla a la que llegas con los pies, pero llegas inclinándote con la punta de los pies. Eso en poco tiempo te destroza la columna vertebral. Yo eso no lo toleré porque ya lo conocía; entonces patada en la silla y colgado como un jamón. Cuando ya saben que Radio París y Radio Londres han dado que estoy detenido, que estoy allí, entonces ya las cosas cambian. Porque en esa época no quieren aparecer como que están asesinando a gente, porque ya les han reconocido en las Naciones Unidas, han vuelto los embajadores. Y como enseguida, además, empiezan a ocuparse de mí, en el Consejo de Guerra viene el secretario de la Asociación de Juristas Democráticos Internacionales, viene el dirigente laborista que luego fue el presidente de Amnistía Internacional [...].

La primera parte es cuando cogen a un responsable. “Este [lo] sabe todo, que nos diga quiénes son los militantes en todas las zonas, en toda Catalunya; en este caso, la relación con el exterior, domicilios de Francia.” Quieren conocer todo lo posible; es el elemento esencial de la lucha policíaca en ese terreno. Pero hay otro en el que yo insisto mucho. En la lucha contra la dictadura, contra cualquier régimen de dictadura –sea la Rusia soviética, sea aquí, sea la Alemania nazi–, de todas las armas que pueden emplearse contra la dictadura como atentados, como bombas... Estoy completamente seguro, porque lo he

vivido: el arma principal a la que más temen estos regímenes es a la persona en sí misma, sin armas ni hostias.

Tú imagínate una persona que está viviendo [...] en una dictadura. Que estás estudiando, tienes tu familia, tienes tu porvenir... Hace falta ser muy valiente, sabiendo quiénes están enfrente, para ponerte a trabajar clandestinamente, sabiendo lo que te juegas; te pueden matar, te pueden torturar. Hace falta ser valiente, pero no sólo eso: tienes que estar dispuesto a sacrificar muchas cosas. Tienes que ser generoso, te juegas tus estudios, tu trabajo. [...] Te juegas la seguridad de tu familia, y el disgusto a la familia. Al mismo tiempo no puedes vivir sin la solidaridad de la gente que te rodea. Es decir, hay una persona que es valiente, generosa, inteligente para librarse de todas las trampas policíacas, fraternal, solidaria..., eso es un peligro terrible para cualquier régimen de opresión, es el instrumento más terrible, si hay mucha gente de esa el régimen se va a la mierda.

La actitud policial no es sólo pegar para que digas. El problema es que, si eres valiente, en la tortura te tengas que convertir en cobarde, que tengas miedo; si has sido generoso, te conviertas en egoísta, que pienses en ti, en lugar de pensar en los demás; si eres solidario... Es decir, anular todas esas virtudes a las que tanto pueden temer y que tan necesarias son hoy, y en cualquier circunstancia. [...] Yo recuerdo que le causó una impresión tremenda al Creix, cuando me dijo: “Bien, ya has caído; te tenemos aquí”, y yo le digo: “¿Cuánto ganas?”. Y eso es un choque tremendo, porque el tío está esperando ejercer su superioridad sobre ti, tú eres el que no tiene nada, estás jodido y te tienen allí, y él es el que lo tiene todo en la mano. Pues no. Entonces coge un cabreo muy grande y me dice: “¿Qué importa lo que gane?”. Y al final me dice cuarenta o cincuenta mil pesetas, y digo: “¿Sabes cuánto ha ganado el Banco de Bilbao este año? Te están estafando, te pagan muy poco para lo que haces”. Parece una gilipollez, pero es medirte y demostrar que tú eres superior. Te puede costar la vida, sin dudar, pero si eso lo has asumido sabes que eres superior.

Eso es una de las cosas más importantes que yo he aprendido, y esa es la que yo me encargo ahora en todas partes a donde voy de contar; ese elemento es clave. [...] El ser humano no ha nacido para que le torturen, y a veces falla. Por ejemplo, Oliver. A Federico le están torturando desde las siete de la tarde hasta las nueve de la mañana. Ya no aguanta más. [...] El que era bueno y se la jugado, y luego cuando lo cogen falla, es porque le han sometido a algo que no quería hacer, la prueba de que no quería hacerlo es que ha estado haciendo otra cosa. Entonces la obligación de las organizaciones y de sus compañeros es recuperarle, no es condenarle. Yo recuerdo que como me veía obligado a hablar con tanta gente que había hablado y que estaban desesperados...

La policía trata de aislarte, que te sientas solo; estás rodeado de una gente que te pegan, que te gritan... [Quieren] que pierdas de vista al resto de tus compañeros, lo que estás haciendo, tus ideales. Que sólo entiendas los golpes y los gritos. Yo siempre les decía a los que habían hablado: “[Imagínate que] te están pegando en una habitación igual que en la que te han estado pegando, pero en vez de cuatro paredes, tiene tres, y una que da a un patio de butacas, en un teatro, donde están todos tus amigos, tus compañeros, tu familia. Y te dicen: “¿Dónde está Pepito?”, y Pepito está mirando a ver qué dices. ¿Tú hablarías? Yo no hablaría”. Esa fuerza es la que hay que sacar. En definitiva: si haces una lucha en cualquier momento histórico, el tema fundamental es que comprendas lo que estás haciendo, sientas esa necesidad, y en función de eso luches y trabajes.

Las cosas son imprevisibles, [...] porque depende del torturador y el torturado. Entre ellos se establece una dialéctica muy compleja, en la que en ningún caso es igual. En el caso del Creix, por ejemplo, como era un tío bastante bestia, era el que decía: “Aquí vienen los americanos, que si las corrientes eléctricas... Como el palo no hay nada”. O, por ejemplo, [con] otro tipo de gente como Polo o Quintela, o posteriormente Conesa y algunos otros, hay que medirse de diferente manera. Uno quiere engañarte, otro quiere asustarte y acojonarte sobre todo, lo demás no importa. Uno, un torturador, sabe lo que quiere y adónde va, y otro quiere romperte y se acabó, y que tu estés hecho una piltrafa y lo que él diga pues ya está.

Cuando me detenían, incluso me apartaban de los camaradas y muchas veces me ponían en el lugar donde había presos comunes; pero los presos comunes de esa época, en general, como el que me ayudó a mi tanto, El Ratón, pues era gente que estaba en ese mundo a causa de la tragedia, porque se habían quedado sin padres... Pero esa gente, la que podríamos denominar “los presos sociales”, me contaban que en general el trato con ellos era el de estas otras bestias. Un tal Carlitos, por ejemplo, que hasta los otros policías tuvieron que intervenir para que no matara a golpes a un muchacho que había robado una cartera. Pero no era tanto porque hubiera robado una cartera, sino porque era un sádico; parece que este tío se corría pegando a la gente, tenía orgasmos. Porque todos los regímenes dictatoriales engendran a monstruos; cuando se utilizan sistemas de este tipo, eso influencia y termina degenerando. (En Rúa Fernández, 2003: 189).

La resistencia de los detenidos llegó hasta la propia vida en el caso de los condenados a muerte que finalmente fueron ejecutados y que podían haber conmutado la pena si se hubieran avenido a colaborar y a convertirse en delatores. Para la organización secreta, quien se descubría más de lo que era comprensible era automáticamente excluido; de

hecho, la sospecha de haber hablado más de la cuenta tras el paso por comisaría ya suponía ser apartado y expulsado. La pérdida de confianza se basaba en la incapacidad de mantener el secreto a costa de lo que fuese. Muchas veces, la misma persona, consciente de que “había fallado”, se autoexcluía para no enfrentarse a sus compañeros. Esta marginación derivaba de un principio imprescindible según el cual no se podía permitir que la tortura convirtiera los militantes detenidos en confidentes. Ahora bien, dirigentes políticos como Miguel Núñez tenían otra visión sobre la responsabilidad última en la denuncia de un camarada, o incluso un amigo:

Durante la época de la lucha armada, para cada agrupación había una documentación para discutir y leer. Era una situación muy difícil. Yo recuerdo uno de esos folletos, en que había cosas terribles. Hay que tener mucho cuidado con la historia, porque según las circunstancias, si lo analizas en frío y no te situas allí... Por ejemplo, las guerrillas que estaban situadas en base tenían un combate, herían a uno, caía y no se lo podían llevar. Entonces en los folletos se decía que había que matarlo antes de que lo cogiera el enemigo, o había que dejar que lo mataran, porque la guardia civil lo cogía y lo destrozaba hasta que decía: “Pues están, esta gente, en [tal sitio]...”. Era peligrosísimo. Es lo que a mí me costó más cuando discutimos todas estas cosas en el penal de Burgos: “Está muy bien, todo ser humano..., pero, joder, este tío habla y a tres nos fusilan, ¿cómo vas a perdonar eso?”. Hombre, si le ves a él, exclusivamente, como el culpable de eso, pues no le puedes perdonar; si te olvidas de que lo han torturado, que lo han machacado, que ha dejado de ser el que era, que han hecho que sea otro, entonces tienes que verlo de otra manera.

Yo, desde Burgos, con la ayuda de mis camaradas, hacemos una documentación, y en esa documentación hablamos de esta cosa que yo defendí. Tuve la suerte de llegar a Burgos con una aureola de que era un tío cojonudo y tal, porque de no haber sido así... Y eso me permitió defender todas estas ideas. La idea de que, cuando pasa algo como que un camarada estupendo, una persona estupenda, se convierte en un delator, es el torturador el culpable. Eso está en el documento, que yo con otros camaradas hacemos, y sale de Burgos. ¿Cómo lo reproduce la dirección del partido? Todas las recomendaciones bien, pero todo aquello que puede significar una comprensión hacia el delator, hacia la persona torturada que habla, no está. Hay que aguantar aunque te maten, y si te han matado, bien, y si no te han matado, eres un cabrón. Claro, por un lado se entiende, porque la organización tiene que tender a que nadie hable, pero no. Yo estoy convencido de que eso no contribuye a hacer mal, sino a hacer bien. [...] Cuando en el estado de excepción me buscan, Creix va a buscar a Oliver para que me denuncie otra vez, y había un amigo delante que trabajaba con

él que escuchó lo que le dijo Federico: “Mira, Creix, no se dónde está Miguel y no puedes saber cómo me jode no saberlo, porque Miguel es mi amigo, y ahora, aunque me mataras, no te diría donde está”. (En Rúa Fernández, 2003: 190).

Hay que hacer una matización importante. El trato en comisaría no es el mismo para todos. La policía política no aplica el mismo protocolo a todas las personas que caen en sus manos, porque sabe que, en efecto, no todo el mundo es igual. Cuando captura personalidades culturales destacadas o hijos de “buenas familias”, los malos tratos pueden ser prescindibles, sea por una cierta preocupación por las eventuales repercusiones que se puedan producir o porque se considera que los detenidos -jóvenes estudiantes- no son peligrosos y ni siquiera merecen ser considerados demasiado en serio, a diferencia de los militantes del movimiento obrero, que sí constituyen un factor de inquietud para el Régimen. Esta es la impresión que recibe Miquel Izard cuando es detenido como consecuencia de la Caputxinada, el 11 de abril de 1966. Recuerda perfectamente el escalofrío que le provoca que el policía que los vigila en los calabozos de la jefatura de Via Laietana, llenos de detenidos, les diga: “Si dependiera de mí, les dejaría pasear por aquí, pero yo con los de la Político-Social no quiero saber nada. A veces, según como me bajan la mercancía, yo no se la cojo”. Pero la relevancia de algunos de los detenidos es toda una garantía de que no habrá tortura. Es más, recuerda que la policía hizo intervenir un notario para que diera testimonio de que ninguno de ellos había sufrido ningún tipo de maltrato durante su estancia en la prefectura (Delgado, 2010: 78). La venganza policial vino después, pasadas unas semanas. El 26 de abril se celebraba una asamblea en la Universidad de Barcelona. El rector, García Valdecasas, llama a la policía, que entra brutalmente al recinto para desalojar a los reunidos. Al cabo de algunos días, el 6 de mayo, la Brigada Social detiene en sus domicilios varios estudiantes, acusándolos de ser los instigadores de lo que se presenta como una grave alteración del orden público. Uno de ellos, Joaquim Boix, es brutalmente torturado en Via Laietana.

Las mujeres reciben una consideración especial. En la última fase del franquismo, las vejaciones sexuales y las violaciones han desaparecido de los protocolos de actuación represiva contra ellas, pero no por eso se deja de poner cuidado a humillarlas. El testimonio de una joven simpatizante del Partido del Trabajo en Cornellà, detenida en una manifestación en 1975, es elocuente:

En la celebración del Primero de Mayo de 1975 me detuvieron a mí y a otra chica para ir a una manifestación en Cornellà. Imagínate, allí, que estaba muy vigilado porque había un movimiento obrero muy fuerte, dos catéteres de ahí que no sabíamos ni dónde íbamos, sin el DNI y con una bandera comunista... Nos agarraron, nos tuvieron en la comisaría de Via Laietana y después en Hospitalet. Nos hicieron un interrogatorio entre cinco o seis policías, y todo por una bandera roja que llevábamos... En nuestras reuniones a veces hablábamos de las cosas que te hacían si te cogían, y todo fue como nos lo habían contado. Lo negabas todo y te pegaban. Pero, más que el mal físico, lo peor era que quedabas humillada. A las mujeres que detenían nos acusaban también de ir a la cama con cualquiera. Había el desprecio político y el de género a la vez. (En Moreno Claverías, 2006: 136).

De todos modos, aunque el paso por la comisaría y por la prisión se hubiera producido obedeciendo la máxima de no decir nada comprometedor, este paso ya suponía una separación de la organización clandestina y sus contactos; estafetas y lugares seguros quedaban “quemados”, no aptos para la vida secreta. En este caso caía la máscara, y desde ese momento la invisibilidad de que se disfrutaba gracias al anonimato ya no era posible. El relato de la manera como Ángel Rozas llegó a contactar con el partido confirma que una de las víctimas de la “caída de los ochenta” había quedado desconectada y que fue a partir del encuentro con Rozas que comenzó a reconstruir nuevos contactos políticos. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 91). En general, esta separación es asumida de forma voluntaria y supone un cambio de estatus de la persona. La actividad más común tras el paso por la cárcel -las condenas por hechos políticos solían ser muy altas- era la solidaridad con los presos y los expresos, asignándoles tareas consideradas legales incluso durante el franquismo, o la retirada temporal que en muchos casos fue definitiva y en otros llegó a los umbrales de la normalidad. La condena completa convertía de nuevo al que lo había sufrido en un personaje “legal”, pero altamente vigilado, el cual debía abstenerse de dar señales que pudieran evidenciar el restablecimiento de alguno de sus vínculos políticos. El caso de Rozas -para quien, dadas sus características físicas, la discreción, el disimulo y el disfraz eran imposibles- es de los más paradigmáticos: una vez encontrado y desenmascarado, el descubrimiento era permanente. Las relaciones externas a la organización evidenciarán, más que ningún otro factor, la situación de la persona descubierta una vez reingresado a la sociedad después de la detención o el cumplimiento de la condena. La doble vida ya había sido descubierta, y la ocultación no se podía sostener. Solían ser las personas con las que se mantenían relaciones de vecindad las que

modificaban el trato con el liberado. Ya no podían permanecer indiferentes ante el vecino o conocido a quien había sido arrancada la máscara, y se mostraba ante los demás como lo que había tratado de ocultar. En este contexto, las personas del entorno que habían ignorado la vida secreta de la persona fijada manifestaban una forzada indiferencia, si no hostilidad, odio o desprecio, pero también no pocas veces señales discretas de simpatía y solidaridad.

En efecto, esta era una de las paradojas de la clandestinidad antifranquista. Se vivía en un secreto que nadie sabía, pero que muchos intuían -o sabían pero no reconocían-. La actividad clandestina se desarrollaba entre una red de sobreentendidos y complicidades sobrevenidas. Cualquiera podía ser un confidente de la policía, pero también cualquiera podía ser un aliado insospechado. En marzo de 1958 se produce la ya referida detención masiva de militantes del PSUC, incluyendo su dirección. Miquel Izard recibe el encargo de ocultar varios dirigentes del partido que han conseguido escapar hasta que camaradas franceses vengan a recogerlos para pasar la frontera. Además, hay que preparar para ellos pasaportes falsos. Este tiempo de espera lo pasan los fugitivos -entre ellos Marcel Plans, que fue después el responsable de las emisiones en catalán de La Pirenaica- en la casa que los padres de Miquel tienen en Sant Vicenç dels Horts. Allí permanecen enclaustrados, procurando no dar señales de vida. Uno de ellos, sin embargo, sufre una infección y se hace indispensable ir a una farmacia para comprar medicamentos. En esta incursión en el exterior, los militantes ocultos no pueden resistir la tentación de entrar en la cafetería de la estación para tomarse un cortado. La persona que los atiende tras la barra se acerca a ellos en un momento dado y les dice en voz baja y en tono de complicidad: “Ustedes aquí tienen un amigo a la orden. Pueden contar conmigo para lo que sea “. Nadie en el pueblo no tenía que saber que se escondían fugitivos de la policía franquista, nadie lo sabía, pero muchos lo sabían. Quizás todo el mundo. (Delgado, 2010:: 85). De nuevo una de las paradojas de la clandestinidad. A veces, como en este caso, el secreto podía ser de dominio público, un secreto público tal como Michel Taussig (2010 [1999]) designa aquel que todo el mundo conoce, pero que nadie puede reconocer que conoce ni debe hacerlo.

La revelación de la militancia no siempre se producía de una manera traumática. Ya se ha analizado cómo se administraba el secreto en los ámbitos más íntimos, sobre todo en las primeras etapas de la dictadura. A veces la confidencia se daba hacia personas que las normas de seguridad no consideraban del todo fiables. El caso más habitual de este tipo era el de parejas no siempre estables, hombres o mujeres con los que se llegaba a establecer

una relación intensa, pero no del todo institucionalizada. Algunos de los entrevistados admiten haberse revelado a algún pretendiente. A partir de este momento, cuando ya no se tiene el convencimiento de mantener el secreto, el control se pierde completamente y no se sabe hasta dónde puede llegar el riesgo que ello implica.

Probablemente, para los jóvenes, ser militantes supone imbuirse del carácter audaz y aventurero que se asocia a la vida clandestina. El secreto actúa también como un patrimonio y un valor que ensalza la personalidad. Pero esto lleva en sí una contradicción: lo que se reserva y se esconde a los demás adquiere justamente en la conciencia de los demás una importancia particular; el sujeto destaca justamente por lo que oculta. Esto prueba no sólo que la necesidad de destacar socialmente puede utilizar un medio en sí contradictorio, sino también que el secreto está, aparentemente, en las antípodas del adorno, es decir, de lo que se exhibe para atraer las miradas de los otros. En cambio, no pocas veces el secreto adorna, y su posesión -real o sólo atribuida- es un atributo que genera admiración o envidia. En este sentido, resulta tentador caer en un punto de vanidad y descubrir tu personalidad escondida a una persona que se quiere seducir, como el personaje de Juan Marsé en *Últimas tardes con Teresa*, el Pijoaparte, que se hacía el interesante ante las chicas que le atraían y les decía que militaba en el PSUC, aunque no era cierto. Quien hace una confidencia sabe que esta confesión tiene siempre efectos seductores sorprendentes. El escritor argentino Rodrigo Fresán describe de la siguiente manera la confidencia: “Las palabras a media luz que se susurran provocando un ligero aunque perceptible aumento en la temperatura corporal de quien las recibe; el inédito giro conspirativo de las pupilas de quien las confía” (Fresán, 1994: 17).

Toda esta variedad de maneras de comunicar el secreto son, a la vez, vías para descargar o aliviar la tensión que supone mantenerlo. Después de todo, el secreto de la implicación clandestina es de la misma naturaleza que el resto de los secretos, y quizás es cierto que todos experimentan una tendencia innata a ser revelados. Rodrigo Fresán, de nuevo, escribía: “La única y auténtica función del secreto, se sabe, es la de dejar de serlo. La de soportar de mala gana un breve período de incubación para estallar, sin demora, con el esplendor enfermo de fuegos artificiales” (1994: 18). Elias Canetti coincide en esto cuando nos hace notar como “el secreto tiene algo de explosivo” (Canetti, 1994 [1960]: 309-310). Este estallido es justamente la revelación, que implica una manera brusca de descargar esta tensión, o bien porque alguien se siente forzado a ello, o bien porque no soporta mantenerla más tiempo.

Esta característica del secreto podría representar un debilitamiento de las normas de seguridad y, en consecuencia, un aumento de la vulnerabilidad de la organización secreta, sino su quiebra. No obstante, si atendemos a las tres localidades del Bages estudiadas en profundidad, vemos que es una característica común a todas ellas, el hecho de que la identidad de los militantes del PSUC y la de los acérrimos al régimen, con o sin cargo en él, era recíprocamente conocida. Para el caso de Sallent, la explicación de José Antonio Hinojosa acerca de las medidas de seguridad que se utilizaban para las reuniones de célula culmina de la siguiente manera:

Generalmente el que tenía el piso lo que hacía era que antes de que llegáramos se daba una vuelta. Y había habido veces que no nos habíamos podido reunir porque por lo que sea habías visto a la Guardia Civil o a algún personaje.

Si no se podía hacer la reunión, de alguna manera el que tenía el piso salía de su casa y se ponía en un sitio que sabía que por ahí íbamos viniendo y avisaba de que se suspendía la reunión. Generalmente, algo sospechoso podía ser que una pareja de la Guardia Civil estuviera en una esquina y a lo mejor nos estaba controlando. O que en un momento determinado viéramos a alguien que era forastero, que iba de paisano y que parecía ser una persona sospechosa, que podría ser un policía o algo. En Sallent también teníamos un grupo de la Guardia de Franco, que eran los confidentes de la policía. Los conocíamos a todos y generalmente ellos también empezaban a conocernos a nosotros. (Entrevista personal en Navarles, marzo 2008).

Esta afirmación en apariencia inocente, que se presenta al final, y como si no tuviera ninguna importancia, la pude escuchar en cada una de las entrevistas que realicé. Unos y otros se conocían, sin lugar a dudas. El que fuera responsable político del Comité Local de Manresa, Francesc Padullés, me explicaba hasta qué punto la relación entre militantes y policía podía alcanzar cotas de extrema incredulidad. Como cuando se pasó toda una tarde dando vueltas por Manresa en autobús, porque le perseguía un policía secreta, jugando el gato y al ratón, sin ninguna otra finalidad que el propio juego. Incluso el mismo responsable del aparato de propaganda, al relatar los procedimientos más seguros por los que establecía contactos con otras poblaciones, olvidaba reconocer -queriendo o sin querer-, que ni tan si quiera en esos casos la ocultación era perfecta.

La distribución de la propaganda por la comarca se hacía a través de unas citas, era bastante regular, se quedaba un día a un lugar, que solía ser el mismo, generalmente eran bares. Yo llevaba un paquete dentro de una bolsa de la compra, y la pasaba al contacto.

En el caso de Sallent había ido yo y habían venido ellos, principalmente el Aurelio. Y en Navarcles había ido a una casa, en casa del Villa y otras veces había venido él en Manresa, también con el coche de línea. Con él también lo habíamos hecho en un bar de Navarcles, porque era un bar en el que no era extraño que él estuviera, no era extraño para la gente de allí, entonces entrabas, decías: "Hola, qué tal, no qué... ", tomabas un café hablabas un rato y cuando ibas hay dejabas el paquete. Era algo muy natural todo ello, no era algo escondida, sencillamente no hablábamos de la maleta, tenía una vía natural . (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

Esta es la versión del que fue responsable del aparato de propaganda comarcal. A diferencia de otros informantes, en su caso se producía un énfasis especial en relación al secreto y sus cualidades revolucionarias. Una devoción que le impedía reconocer, en toda su magnitud, las dimensiones del secreto público. Conversando con un antiguo miembro de la Guardia de Franco, precisamente de Sallent, me explicaba de qué manera utilizaban los bares para controlar los movimientos subversivos que se pudieran dar en la población, poniendo al descubierto la ineficacia de la estrategia planteada por el responsable del aparato de propaganda.⁴⁵

Si tú eres de Sallent y estás en el bar y ves alguien que viene de Manresa, y que está tan amigo en el bar, con alguien con quien no se han visto nunca, pues claro, coges, te vas al chivo y se lo cuentas, éste y éste tienen tendencias comunistas, entonces los vas siguiendo y vas cogiendo información. (Entrevista personal en Sallent, mayo 2008).

45 Lo que se quiere decir con esto, no es que el secreto fuera ineficaz. Era eficaz, sólo que no era un secreto sino un secreto público. El mismo que permitiría afirmar a Temma Kaplan (1985: 72) en su ensayo sobre la historia del anarquismo en España que de no ser por el rol fundamental que cumplieron los secretos y las conspiraciones en el comienzo del movimiento anarquista, éste nos resultaría hoy cómico (cf. Eugenia, 1993).

Si nos olvidamos del conocimiento mutuo que existía entre uno y otro bando, ciertamente puede imaginarse la presencia de mundos paralelos. En otras palabras, si entendemos el secreto como secreto, es decir, si lo tomamos “en serio” –y no como un secreto público-, tal y como exige la tensión de la profanación, se nos presenta la fetichización del secreto como algo oculto y trascendente, ideado por humanos pero trascendente a ellos, aquello que Canetti denomina “la ley virtual del secreto”. Prestemos atención al testimonio de José Antonio Hinojosa, teniendo presente que se trata de una descripción “en serio” acerca del secreto. Pero al mismo tiempo, pensemos en el hecho de que tanto los militantes como los lugares de encuentro que estos utilizaban eran conocidos por la policía franquista.

El local de Jesús Pazo era un lugar bastante público, porque su mujer se dedicaba al transporte de mercancías. Hacía de mensajera aquí en Sallent, cogía el tren e iba a Barcelona. Justo en la entrada del local, en la esquina de la calle Nueva con la calle del Cuerpo, le decíamos "el control", porque había una piedra en la pared y la gente se sentaba allí y el control era un lugar de muy tráfico de personas. La gente, siempre que tenía que ver a alguien, se juntaban allí a hablar de cualquier tema. Era donde la gente se encontraba y partía la charla. Se decía abiertamente: "quedamos en el control", porque era el punto más céntrico del pueblo. Pues aquí había una cobertura porque era un lugar muy público y porque la mujer del Jesús Pazo hacía de mensajera del pueblo. El Jesús Pazo, que era del Comité Local, era cazador y la Junta de cazadores la tenían en este local, donde también trabajaba su mujer. Era un local de planta baja. Claro, el hecho de que nos reuniéramos muchos cazadores, con la cobertura, porque, claro, tienes que pensar que en aquella época hacer política antifranquista en un pueblo era muy complicado, porque la gente nos conocemos mucho. Y la gente, quieras o no, cuando entras o sales de una casa la gente lo comenta. Pues teníamos que tener excusas muy bien montadas. ¿Qué pasaba? La condición era que yo tenía que hacer socio de la sociedad de cazadores, Manuel Díaz también y Jesús Pazo ya era cazador de por sí. Al final también habíamos ido de caza. El Pazo ya le gustaba, a Manuel Díaz también, y yo también me incorporé a la caza. Me dejaron una escopeta de aquellas de calibre muy pequeño. Y luego, pues había algún otro que asistía que no era cazador, pero ya teníamos la cobertura que aquello era un lugar donde se discutía de caza y además era un lugar de mensajería, por tanto, entrar y salir era algo bastante normal. Hasta que al cabo de un tiempo comenzaron a sospechar que hacíamos algo más que ir a cazar.

(...) Había otros, porque las cosas se comienzan a complicar, porque resulta que muchas reuniones las hacíamos en domingo, o algunas reuniones eran un poco tarde. Entonces, en el local del Pazo también era un poco complicado, porque entrar a las diez de la noche y salir a las doce, claro, pensábamos que no siempre teníamos que utilizar ese local, porque se iba a ver demasiado, entonces cambiábamos y utilizábamos la barbería del Pedro Díaz. Allí utilizábamos un truco, nos metíamos en la barbería como si nos fuésemos a pelar. ¿Qué pasaba? Que cuando él cerraba nos quedábamos dentro. Y para salir el Pedro Díaz se ponía en la puerta, miraba a la calle y tal, e íbamos saliendo de uno en uno. Las reuniones las hacíamos en unos habitáculos que tenía detrás de la barbería.

De alguna manera siempre buscábamos una excusa. Las reuniones del Comité Local de las JJCC eran más fáciles de hacer que las de la gente mayor, porque nosotros siempre buscábamos una excusa. Si teníamos una excursión, pues entonces poníamos los papeles encima de la mesa. Nos habíamos reunido en mi casa, en casa del Genís Sabater, casi siempre en casas particulares. A los padres les decíamos una excusa, lo de la excursión o lo que fuera. También alguna vez habíamos ido a algún otro sitio, recuerdo una temporada que el Genís estaba en un grupo musical y también habíamos hecho algunas reuniones en el local donde ensayaban, en el Sindicato Vertical, donde en el piso de arriba habían dejado un local para ensayar, y luego él, como tenía la llave, pues nosotros íbamos y a la hora de cerrar pues se hacía un poco el ronco y nos quedábamos solos. (Entrevista personal en Sallent, marzo 2008).

De las palabras del mismo informante, aún si no supiéramos que el conocimiento entre bandos era recíproco, se desprende, pues, que en ningún caso se trató de mundos paralelos. Afirmaciones como, “la gente nos conocíamos mucho”, o “se iba a ver demasiado”, dan cuenta de que saber, se sabía. De ahí que la clave no era que no se supiese, sino que se supiese sin saberlo. He aquí el quid de la cuestión que permitía que el secreto no se destruyera. Si alguna cosa no se permitía, no era que se hicieran cosas a escondidas, lo que no se permitía era que ese “a escondidas” no se enseñara. Dicho de otro modo, se permitía el secreto a condición de que no lo fuera.

La clave se encuentra en que la actividad clandestina se solape con la misma actividad que ya se produce de por sí. Esta “técnica de camuflaje” se utiliza de forma persistente a lo largo de la lucha clandestina, y llegará a alcanzar cotas de una radicalidad sorprendente,

como en el caso de la asamblea fundacional de las Comisions Obreres Juvenils de Catalunya, que se organiza desde la comarca con un éxito rotundo.

La Asamblea Fundacional de las Comisions Obreres Juvenils de Catalunya se montó desde Manresa a las Torres de Fals. Se hizo ir toda la juventud caminando desde la estación de Renfe de Manresa hasta Fals. Claro, en fila india había treinta, cuarenta, cien personas por la carretera. Algunos fueron con autocar, otros caminando.

Esto fue a finales de los sesenta, en principio, se tenía que hacer en Terrassa, por el Vallès, por un bosque, pero parece ser que estaba muy controlado por la Guardia Civil y se decidió buscar un lugar apartado del cinturón industrial de Barcelona. En ese momento creo que la Guardia Civil aún no estaba al acecho, además había todo un movimiento de scouts y cosas de estas arriba y abajo, excursionistas, las rutas de la juventud. Era el momento de los *kumbaias* y pienso que no tomaron ningún tipo de sospecha precisamente por eso, era algo que se hacía bastante en Manresa y, en cambio, no era tan normal hacerlo en Terrassa o Sabadell; es decir, la idiosincrasia era diferente. (Entrevista personal con el responsable del aparato de propaganda comarcal en su casa, marzo 2008).

La actividad clandestina se desarrollaba bajo el cobijo del secreto público. Se alimentaba de la intensa ambivalencia de la ceguera activa. ¿Pero, esto es todo? Michael Taussig se sirve de una historia que le contó Ángela Giral, para poner de manifiesto el comentario que hizo en su momento el historiador hispanista estadounidense Stanley Payne (1987: 399) donde analiza la actitud favorable del dictador Franco frente a la corrupción, “el lubricante necesario de un sistema que tenía la ventaja de comprometer a muchos con el régimen y vincularlos a él.” De manera que la corrupción, por el hecho de ser una parte más de la cotidianidad y por actuar como proveedora de secretos públicos a todo nivel, en palabras de Taussig “compromete a las personas de un modo epistemológico y emocionalmente complicado” (2010: 93).

La historia que toma de Ángela Giral presenta enormes similitudes con los episodios vividos en la comarca del Bages. La historia se centra en una escuela mixta, donde cada vez que llegaba el inspector para realizar su visita de rutina el director lo invitaba primero a tomar un café, momento que aprovechaba para presionar un botón escondido y alertar al profesorado para que cuando llegara el inspector a las aulas encontrara a niños y niñas en

aulas separadas: “mientras bebían el café simulaban no escuchar el chirriar de los muebles y las pisadas apresuradas en el piso de arriba” (loc. cit.). Transcurrido un tiempo, el inspector vería aulas con niños por un lado, niñas por el otro, la maestra al frente del aula y en medio de ellos una cortina separándolos. Maravillosa imagen que da cuenta del poder de la simulación y del secreto público, los sostenes del régimen. Victoria para el colegio, victoria para la resistencia, y según Payne, victoria para el lubricante que utilizaba Franco para la corrupción que vinculaba a las personas con el sistema.

Esta escena, encaja a la perfección con la relatada por Rosario Ramos acerca de la Fábrica Nova de Manresa. El trabajo infantil, teóricamente, no estaba permitido, no obstante, la realidad, como se sabe, era otra. Pero más importante aún era el hecho, también conocido, de que los inspectores sabían perfectamente que en las fábricas textiles trabajaban niñas pequeñas. Rosario Ramos era una de ellas. He aquí el lubricante de la sociedad de que nos hablaba Stanley Payne: la corrupción, el secreto que se esconde detrás de otro secreto. No estamos hablando de una realidad que tapa a otra para ocultarla. Quedar comprometido con la función lubricante del secreto público, nos da cuenta de hasta qué punto no se trata de una guerra de ideologías contrarias o de puntos de vista, sino de una guerra que trata de confundir la realidad.

H. CARTOGRAFÍAS OCULTAS

La vida urbana implica una manera específica de establecer los contactos entre sus practicantes que la hace especialmente idónea para la actividad clandestina, en la medida que está en gran medida hecha de contactos superficiales entre extraños, que se suceden ininterrumpidamente a lo largo de la jornada. La indiferencia mutua con que tienden a tratarse en público los habitantes de una ciudad sirvió para desarrollar, aunque se vivía en un ambiente de vigilancia generalizada por las autoridades gubernativas, una actividad desafiante contra el Régimen. En las grandes ciudades, los espacios públicos urbanos conforman un universo de extraños entre sí, y la reserva y el distanciamiento que caracterizan las relaciones entre desconocidos en la ciudad son la protección principal de que se valen los resistentes. En su ensayo sobre el secreto, Georg Simmel (1988 [1908]) ya subrayaba esta posibilidad que la ciudad ofrecía para la ocultación y el camuflaje, en la medida que permite guardar el secreto de los asuntos privados en el centro de la información que en todo momento emerge y circula por las grandes ciudades.

Estas posibilidades que la gran ciudad ofrece para la ocultación eran y son conocidas y explotadas por los “profesionales” de la clandestinidad, es decir, por aquellos que viven entregados de manera exclusiva a la lucha política contra Franco. El mismo Gregorio López Raimundo, que, a pesar de ser uno de los dirigentes más buscados por la policía, comandó la organización clandestina del PSUC en el interior durante diferentes períodos, entendió perfectamente la protección que la ciudad y su vida facilitaban a los proscritos, unas aliadas con las que no se podía contar en los ambientes rurales o en ciudades y pueblos más pequeños, en los que ser un desconocido podía convertir automáticamente a alguien en un sospechoso.

Por ahora –dijo Carrillo– no nos proponemos reorganizar la Brigada Girabau ni formar ninguna otra unidad guerrillera urbana en Catalunya. Pero sí se proyectaba constituir una agrupación guerrillera con una de sus bases a unos cincuenta kilómetros de Barcelona, que supondría la misión de dar protección al responsable de la delegación del C. C. Las sucesivas caídas de direcciones del PCE en distintas zonas de España habían llevado a la decisión de instalar a los responsables de las mismas en la montaña, protegidos y ayudados por los guerrilleros. La experiencia estaba dando buenos resultados, por lo que se proyectaba extenderla a donde fuese factible. Opiné, a bote pronto, que quizá había zonas

de España en que ese sistema fuese el más conveniente, pero que aplicarlo a Catalunya sería un error. Barcelona reunía condiciones mucho más favorables para la acción clandestina que cualquier otro lugar de España. El número de habitantes, el volumen y la diversidad de su población flotante, su cosmopolitismo, la hostilidad mayoritaria hacia el régimen, la casi inexistencia de falangistas, ex combatientes, ex cautivos, etc., tan abundantes en otras ciudades españolas, hacían posible que un comunista con nombre y papeles falsos, si cumplía las normas de la clandestinidad, pudiera mantenerse indefinidamente en Barcelona. Mi experiencia de casi dos años lo demostraba. Lo peligroso para el responsable de la delegación del PSUC en el interior no era vivir en Barcelona, sino los contactos políticos que estaba obligado a tener con personas que podían estar vigiladas por la policía, o que en el caso de que fuesen detenidas y torturadas diesen a la policía la posibilidad de proceder a detenciones en cadena hasta llegar al responsable.

Carrillo me replicó que, en las zonas en que se estaba aplicando este sistema, las entrevistas del responsable se hacían en la montaña, lo que garantizaba su seguridad y la continuidad del trabajo del partido. El aislamiento en la montaña –agregué– ha de hacer muy difícil que los responsables puedan ejercer su función de dirección política. Los paseos por la calle, las conversaciones en la pensión a la hora de las comidas con las dos familias en que me apoyaba, me ayudaban tanto como los contactos políticos a tener una idea de la situación en el país y de su evolución. (López Raimundo, 1995: 13-14).

Otro ejemplo lo podemos encontrar a partir de la similitud, y en muchos momentos coincidencia, entre la persecución de los luchadores clandestinos en España y los pogromos a los que se vieron sometidos los judíos en la Europa de los años cuarenta. Más allá de ser perseguidos, también se encuentran coincidencias en las estrategias compartidas de ocultación de ambos grupos o de cualquier otra minoría estigmatizada. Jean Esteve (2000), que analiza el proceso de resistencia de los hebreos del territorio francés de Toulouse, llega a conclusiones similares sobre las diferentes circunstancias de acuerdo con la opción de ocultación en esta región. Cuando han de esconderse, algunas familias deciden hacerlo en ambientes rurales. Como indica Esteve, esta elección supone que, en un lugar donde todos se conocen, la noticia de la llegada de una familia de inmigrantes se extiende en poco tiempo. La única ventaja detectada de esta opción radica en el encuentro, cara a cara, con los funcionarios encargados de las detenciones, los cuales, lejos de la presión directa de sus superiores, en algunos casos podrían optar por negociar e incluso vender la alerta de su detención. En cuanto a los que decidieron esconderse en la ciudad, lo hicieron por las ventajas ya mencionadas: la ciudad permite difuminarse en el anonimato, ser un

desconocido más y actuar con documentos falsos, reduciendo en él los contactos a lo indispensable.

Durante la década de los cuarenta, cada vez que se montaba una estructura clandestina del PSUC, era descubierta. Decenas de dirigentes fueron fusilados, y un número mayor, torturados y condenados a largas penas de prisión. En 1947, la organización en el interior prácticamente estaba desmantelada debido a la ya mencionada “caída de los ochenta” y de las condenas y las ejecuciones que se derivaron. Si las normas de seguridad ya aconsejaban recurrir a la calle como lugar para hacer contactos políticos, los años posteriores a esta derrota la observancia de este principio se convirtió en fundamental, porque no se tenía ninguna certeza sobre cuáles podían ser los lugares conocidos y vigilados por la policía a partir de los seguimientos y las declaraciones de los detenidos. Todos los lugares utilizados hasta entonces quedaron “quemados”, y los únicos espacios relativamente seguros fueron aquellos en los que la presencia de uno o varios extraños no se notaba. Estos fueron los territorios favorables para el encuentro y la acción políticas. Hay que decir, sin embargo, que estos ámbitos del anonimato, pensados para mantenerlo, no lo eran de una manera permanente. Las calles y los lugares públicos también podían convertir en sospechosa la sola presencia de una persona adulta por la noche o durante el horario laborable, por no estar en casa por la noche o en el trabajo en horario laboral. Por eso las horas de ocio y los fines de semana eran los momentos en que la actividad política clandestina en espacios públicos se desarrollaba de manera prioritaria.

Muy diferente fue el papel de la resistencia armada en zonas rurales, como la mayoría de las partidas de maquis en España y también en Catalunya. Hemos visto antes cómo los guerrilleros emboscados -en el sentido literal del término- tuvieron que dedicarse exclusivamente a hacer incursiones relámpago en núcleos habitados: llegar, actuar y marcharse. Si su simple existencia sirvió de ejemplo para muchos, la posibilidad de ejercer una actividad propagandística y de agitación era escasa, y, en el largo período de la dictadura, tener un contacto con el exterior y discutir la realidad con otras personas fue difícil. Si bien los maquis actuaron en las zonas rurales hasta bien entrados los años sesenta, las guerrillas urbanas -esencialmente formadas por anarquistas- no sobrevivieron a la década de los cincuenta, después de continuas detenciones y desarticulaciones. Finalmente fueron disueltas y nunca más reorganizadas, en la medida en que se entendió que el trabajo político, la agitación y la propaganda eran instrumentos más eficaces en unas ciudades que intensificaban su proceso de crecimiento y en las que el carácter de despersonalización de

las relaciones humanas podía cobijar mejor la lucha clandestina. Es en la ciudad donde se puede disfrutar de la capa de protección que permite el anonimato, el elemento central en el que se basa el juego entre represores y perseguidos. La policía pretendió combatir esta posibilidad de ocultación justamente desactivando el efecto refugio de este anonimato. La vigilancia, la presencia en la calle, las preguntas indiscretas, la obligación a identificarse, la delación, el soborno... En este contexto, era importante callar, no ofrecer pistas que revelaran la personalidad oculta.

En el local de la barbería de Pedro iban camaradas, simpatizantes y gente que no nos quería ni en pintura. Por las tardes, después del trabajo, se reunían allí Aurelio y Ricardo, que leyendo la prensa hacían su tertulia, en la que a veces había algún que otro camarada. Esto no era negativo si se hubiera hecho con la suficiente prudencia y responsabilidad como para no poner en peligro la seguridad del partido, algo de lo que el compañero Aurelio carecía. Su vehemencia a la hora de discutir le hacía perder en ocasiones el sentido de la responsabilidad y se ponía en peligro a él y a la organización. Esto se lo había yo criticado a él muchas veces. Ni Manolo ni yo asistíamos a ese tipo de reuniones. Yo pasaba todos los días por el economato, charlábamos unos momentos y después me marchaba, por el mismo motivo. No interesaba que nos controlaran demasiado tiempo juntos. Pero esto también fue motivo de que ellos nos lo tomaran como un gesto de rechazo hacia ellos, cuando en el fondo lo que tratábamos era de evitar situaciones que pudieran poner en peligro nuestra seguridad. Eran escenas que se repetían cada día. Parecían calcadas unas de otras. Ricardo leía el periódico; al mismo tiempo lo comentaba utilizando un vocabulario revolucionario y al mismo tiempo subido de tono, y si había algún sitio donde poder golpear fuerte con el puño, un gesto muy habitual en él, mejor. Y Aurelio, que era un fiel seguidor de las tesis de Ricardo e incluso muy influido de su carácter autoritario, se enardecía y se disparaba, y entonces, si alguien no lo paraba, se convertía en un problema. Esto le sucedía en cualquier parte donde surgiera la discusión, en la barbería o en el bar. En infinidad de ocasiones yo le he tenido que llamar al orden. Cuando esto ocurría lo que hacía era reírse, quitándole importancia al problema, como una chiquillada. La verdad es que, en el fondo, él ya era un poco niño. (Entrevista personal en Sallent, junio del 2008).

Especialmente los clandestinos a tiempo completo -hoy los llamaríamos “liberados”-, aquellos que se perseguía por su responsabilidad en la organización o por su actividad estratégica, tuvieron que extremar las cautelas, con lo cual se agudizó la búsqueda de

información sobre el funcionamiento y el tipo de relaciones posibles en la ciudad. Ante los medios de control centrados en descubrir las actividades clandestinas, la discreción era el instrumento que permitía hacer un trabajo duradero sin ser detenidos. Las normas de la clandestinidad recomendaban reducir el número de contactos a lo que era imprescindible. A la hora de buscar un alojamiento que no levantara sospechas, el análisis anticipado de los peligros potenciales se llevaba a cabo de una manera exhaustiva. Había que limitar la exposición al mínimo para evitar ser reconocido por los enemigos, pero también por los amigos e incluso por los mismos camaradas. En caso contrario, se podía poner en peligro la seguridad de la estructura clandestina. La ocultación y la administración del secreto, como veremos más adelante, eran los criterios principales en orden a garantizar el éxito de los objetivos establecidos.

Desde allí voy a una de las direcciones, en la parte alta de la calle Mayor de Gracia. La casa tiene muy buen aspecto, pero está en una zona en la que todavía hay mucho tráfico y temo que pasando en el tranvía o desde la acera de enfrente, donde hay un comercio, alguien pueda reconocerme al entrar o al salir de la casa. Me voy, pues, a la segunda dirección, situada en la calle Teodora Lamadrid, que comienza en la plaza Núñez de Arce y desemboca en el paseo de San Gervasio, casi sin ningún tráfico y excelentemente situada. El emplazamiento me parece tan bueno que me decido a entrar. (López Raimundo, 1995: 53).

Un lugar para vivir resulta un espacio que, por la frecuencia con que se ocupa, es potencialmente muy peligroso para aquel que se esconde. En el relato de López Raimundo se menciona la forma de evitar los lugares demasiado de paso. La recurrencia diaria de entradas y salidas hacen del domicilio el lugar más frágil. Se escogen lugares apartados, sin tráfico, pero nunca callejones sin salida. Miguel Núñez nos lo explica:

Andaba por muchas zonas de Barcelona, porque no era conveniente estar demasiado en un sitio, porque entonces la gente empezaba a conocerte. Tanto es así que en la época que estuve por arriba de Lesseps, cuando llega la legalidad y entonces yo me presento a diputado, y aparecen mis carteles, me dice el hombre a quien le compraba los periódicos cuando estaba allí: “Yo ya sabía que usted era comunista o algo así”. “¿Y eso?” “Hombre, usted llegaba y compraba cinco periódicos todos los días. Eso no lo hace nadie”. Metía la

pata sin darme cuenta. Había vivido fundamentalmente en la periferia, por ejemplo en Nuestra Señora del Coll, en la zona del paseo Maragall, estuve en dos o tres sitios de la zona del parque Güell, en algún momento en Pueblonuevo.

Estaba viviendo entonces Muntaner arriba. Por ejemplo, en ese momento estaba con una familia que eran los porteros, y que tenían una habitación y me la alquilaban, pero no sabían nada de mí. O cuando estuve en Fontana, ahí estuve en una pensión, pero no eran pensiones declaradas. Era una señora viuda que tenía tres hijos, y me dijeron: “Esta señora alquila una habitación”.

El sistema que yo he utilizado mucho, en mis diferentes épocas, incluso en la época guerrillera, época anterior al 1943, 1945... Yo llego a Barcelona en el 1943, corriendo desde Madrid, y me quedo aquí ya porque encuentro una acogida estupenda. La primera persona que me acoge es el editor fundador [Josep] Janés, de la editorial Janés [...]. El sistema que yo he utilizado siempre es que vivo en un sitio que no esté declarado, que no pueda ir por ninguna razón la policía, sobre todo eso, mujeres que están solas, familias pequeñas que tienen una habitación para ayudarse un poco. Entonces en esa casa tengo, pues, unas veces el rosario, o las obras de José Antonio, eso es lo que hay por ahí por si la gente de la casa intenta... Luego conocí a unos que me dijeron: “Estuvimos a punto de echarte de casa porque dijimos: “falangistas, no queremos aquí”“. Me iban a echar por lo otro, pero como me portaba bien y pagaba religiosamente, pues nada. Y entonces tenía otra casa cerca donde tenía todos los papeles, que sólo iba allí a trabajar y a pasar las horas hasta las citas y todo eso. No llevaba nunca nada encima. Les hicieron la puñeta a ellos y a otros por esa manía de llevar todas las cosas apuntadas. Yo jamás he llevado nada; cuando me cogieron no llevaba nada más que la documentación esa de oficial de las milicias universitarias [...].

Y luego las citas, con las que durante bastantes años evitamos que nos cogiesen. Una casa donde vivías, muy discreta, en la que no tenías nada; otra donde tenías los papeles, que era una gente muy segura que no participaba en nada, que estaba metida en la organización [...]. Esa gente se apartaba del trabajo clandestino y se dedicaba sólo a tener mis papeles, que además estaban escondidos. Generalmente se hacía una doble pared o se hacía un fondo de armario o se hacía alguna cosa de este tipo, donde se dejaban escondidos los papeles siempre que yo no estaba en la casa, y los sacaba para trabajar [...]. Yo trabajaba en una habitación de la casa, con un despacho, una camita, una mesa... Allí nunca me reunía con nadie.

Y luego, por otro lado, por ejemplo, cuando vivía en Fontana, entonces las citas las hacía arriba de Muntaner, cerca de Sarriá. Cerca, para ir andando, pero alejado del lugar por si me pasaba algo. Así pasó que, cuando me detuvieron en el 1958, no habían encontrado

nada, no sabían dónde vivía, y Creix me dijo: “Pero si vamos a averiguar donde vives, ¿por qué no me lo dices?”. “Coño, porque mientras lo buscáis no hacéis otra cabronada, y además cuando lo encontréis no habrá nada.” “Pues si no hay nada, ¿por qué no nos lo dices?” “Por eso.” Cinco o seis policías se dedicaban a buscar dónde vivía, y yo sabía que allí no había nada, “pues os jodéis y trabajáis en eso”. Ese era un sistema. Otro, por ejemplo, cuando vivía por el paseo Maragall. Tenía una casa donde vivía, que era una pequeña calle cerca del paseo Maragall. Yo salía de la casa, llegaba al paseo Maragall, y allí había una floristería, y en esa floristería de Valentín Hernández tenía yo los papeles. Y luego las citas las hacía hacia la avenida de Montserrat. (En Rúa Fernández, 2003: 200).

Como vemos, las actividades contra el Régimen, que requerían inexcusablemente un local para hacerse, debían responder a criterios de discreción y seguridad. Esto obligaba a hacer una división entre locales para hacer reuniones y locales que había que mantener “vírgenes”, destinados sólo a esconder gente en ocasiones especiales. Este tipo de locales “inocentes” son los que utilizó a lo largo de los años de clandestinidad Miguel Núñez. Por un lado, Saltor, el nombre de guerra que más utilizó, acostumbraba a vivir en pisos no declarados -de los que la policía no tenía ninguna razón para sospitar-, mediante el alquiler de una habitación a una familia o una viuda sin ninguna conexión con la organización; por otro, guardaba los papeles y hacía trabajo político en otro piso, donde residían militantes del PSUC.

Una experiencia particular es la de los hermanos Palmira y Ramon Domènech, que, entre 1962 y 1970, fueron responsables del aparato central de propaganda. El dispositivo era ubicado en su casa, muy cerca de la cárcel Modelo de Barcelona, en la calle Provenza, número 39. Estas personas vivían sometidas a una doble clandestinidad: la propia del partido y otra en su seno. Como explica Palmira Domènech: “[La normativa] era tan estricta que no podías ni decir la profesión que tenías, aparte del nombre de guerra, como todo el mundo. No se sabía ni que éramos hermanos”. (En Rúa Fernández, 2003: 201). Sólo tres personas de la máxima dirección del PSUC, entre las que se encontraba el secretario general, Gregorio López Raimundo, y el responsable de organización, Josep Serradell “Román”, conocían la ubicación y la composición del aparato central de propaganda. La tarea clandestina de Ramon Domènech consistía en recoger cada domingo los clichés enviados desde Francia en una estafeta situada en una pañería de la calle de Lope de Vega, en el Poblenou de Barcelona. Una vez multicopiados, ambos hermanos los llevaban en paquetes o maletas en las respectivas citas y encuentros para distribuir el

material. Este último era uno de los momentos más delicados de su labor, dado que exigía no perder nunca la calma en situaciones de eventual emergencia. Por otra parte, fuera del tiempo dedicado al aparato de propaganda, tampoco podían ir a las manifestaciones ni a los actos de protesta, ya que hacerlo suponía un riesgo demasiado grande. De hecho, contrariamente a otros aparatos de propaganda clandestina, Palmira y Ramon Domènech no cayeron nunca.

El aparato de propaganda de una organización era el territorio de clandestinidad por antonomasia. De este, dos elementos claves merecían especial atención: la máquina de escribir y el aparato de reproducción, desde el precario mecanismo manual de la vietnamita hasta las multcopistas más modernizadas. La persona responsable del aparato de propaganda en la comarca del Bages que a partir de los años setenta produciría y distribuiría el material que se repartiría por toda la comarca, lo ponía de manifiesto:

La máquina de escribir era un elemento muy importante, era tan importante casi como la multcopista. Estaban en lugares diferentes. La persona que tenía la máquina de escribir no sabía dónde estaba la multcopista, de hecho, no era ni del partido, era un colaborador que estaba dispuesto a hacer este trabajo. (Entrevista personal en su casa, 2007).

Ramon Majó nos explicaba los riesgos de utilizar una máquina de escribir propia, que no fuera la que el partido tenía dispuesta para esta función:

Recuerdo perforar algunos clichés en mi casa aunque fuera peligroso, porque había la idea de que la alineación exacta de las letras no era igual en ninguna máquina y, por tanto, en caso de registro, podían determinar si habían sido perforados con la mía. (Entrevista personal en su casa, 2007).

Y es que, sin duda alguna, la actividad más importante, si no la única en determinados períodos, fue la agitación propagandística, sobre todo en las primeras décadas de la resistencia antifranquista organizada en la comarca, debido a las dificultades con que se encontraban los clandestinos a la hora de hacer aflorar la lucha que se llevaba a cabo. Entonces, la actividad política se limitaba a los encuentros regulares de los miembros de las células, a menudo sin ninguna otra ocupación que jugar a cartas en el bar, y a la

distribución de propaganda proveniente del exterior. No será hasta la segunda mitad de los años sesenta, junto con la reaparición del movimiento obrero, cuando se iniciará un proceso de agitación propagandística vinculado a los conflictos que estallaban en las mismas poblaciones de la comarca.

El vecino de Navarcles, Isidro Solà, nos explicaba que desde la segunda mitad de los años cuarenta la propaganda llegaba directamente desde el extranjero. Desde Rumanía pasando por Francia, llegaban a Catalunya las primeras revistas ciclostiladas. Posteriormente, una vez el aparato de propaganda central del Partido se ubica en el interior, la documentación proviene directamente de Barcelona. Ésta fue la función de los hermanos Domenech, Palmira y Ramón, ambos responsables entre 1962 y 1970 del aparato central de propaganda, ubicado en su casa y muy cerca de la cárcel Modelo de Barcelona, en la calle Provença, 39.

La propaganda constituye el primer paso hacia la visibilidad en público de la presencia de una oposición antifranquista. A medida que las organizaciones presentes en el territorio van tomando forma y se consolidan, se empieza a editar material propio con referencias a conflictos locales, pero hasta que esto no sea así, dos elementos claves serán los que mantendrán el vínculo orgánico con la organización, permitirán hacer visible, aunque sea con mucha prudencia, la presencia de la organización. Estos son la disposición de una estafeta y el mantenimiento de un enlace. José Torralbo, proveniente de la lucha clandestina en Madrid en los años cincuenta, nos comentaba su llegada a Sallent tras pasar unos años en la prisión de Burgos.

La vida de partido que yo había hecho antes y la que había hecho en el Penal de Burgos no tenía nada que ver con la que yo me encontré aquí. Esta era una organización pequeña en un pueblo pequeño, donde era más difícil moverse, eran un grupo de hombres organizados que recibían propaganda y hacían reuniones. Como en montones de localidades, la actividad se limitaba a mantener la banderiza, recibir el material y aceptar algún ingreso casual como el mío. Pero tenían dos cosas que eran fundamentales: un enlace con el Comité Central que asistía a las reuniones periódicamente y una estafeta de propaganda, la cual conocían muy pocos, esta era una medida de seguridad totalmente acertada. (Entrevista personal en Sallent, noviembre 2007).

La estafeta era el espacio físico donde se depositaba el material de propaganda proveniente del exterior. En un primer momento, en los años cuarenta y cincuenta, encontramos dos estafetas en la comarca del Bages, una en Sallent y otra en Sant Vicenç de Castellet. Ésta última hasta 1952, momento en que se produce una caída importante que afecta a tres miembros del Comité Local de Manresa y a la persona que se hacía cargo de la estafeta de Sant Vicenç. Tras esta caída, la estafeta se traslada a Manresa, donde se mantendrá en las mismas manos hasta finales de los años sesenta, momento en que aparece la nueva agrupación del PSUC y crea su propia estafeta. De modo que, durante un período de tres años, encontramos en Manresa dos estafetas, hasta que por cuestiones de seguridad se elimina la que se había mantenido desde los años cincuenta y se centraliza todo el material en la nueva ubicación, que dependerá de la nueva formación local.

En cuanto a Sallent, esta localidad conservará su estafeta sin demasiados problemas, manteniendo contacto con un enlace proveniente del Comité Central y a partir de la segunda mitad de los años sesenta distribuyendo la propaganda por el resto de poblaciones de la cuenca minera. Esto es así hasta que, en un momento determinado, a raíz de la formación del Comité Comarcal, se centraliza la recepción de materiales en Manresa, de modo que toda la propaganda que debía ser distribuida por la comarca se recibe en Manresa y de ahí se distribuye por las otras poblaciones. Manuel Díaz se refiere a esta primera estafeta que encontramos en Sallent, en la tienda de Ca l'Espelt:

El Mundo Obrero, Nous Horitzons y todo eso, aquí llegaba un par de veces al año. Más adelante, cuando fui responsable del Comité Local, supe que la estafeta estaba en uno que reparaba radios, el Espelt, en la calle Obispo Valls, ahora hay un veterinario. Hasta entonces yo no supe dónde estaba la estafeta, aunque formaba parte del Partido. (Entrevista personal en Sallent, octubre 2007).

Posteriormente la estafeta se traslada al economato de las minas de Sallent aprovechando que allí trabajaba Manuel Díaz, y donde era fácil que el contacto con el enlace pasara desapercibido por un simple comerciante. Una vez se produzca la centralización de la recepción de materiales provenientes de Barcelona a Manresa, a partir de 1969, la estafeta del economato se convertirá en el punto de recepción de los materiales

desde Manresa. José Antonio Hinojosa, que trabajó junto a Manuel Díaz en el economato, nos cuenta cómo era:

En el economato teníamos un lugar donde guardábamos cosas, habíamos tenido un archivo allí. Teníamos un pequeño chiringuito en el sótano, metido debajo de la escalera y poníamos unas cajas de vino delante para que no se viera. Allí teníamos mucha propaganda, porque la gente se la llevaba con la compra. Antes de estar ahí, se repartía desde Ca l'Espelt, después en el economato y en la barbería de Pedro también. (Entrevista personal en Sallent, marzo 2008).

El responsable de la recepción de materiales en Manresa nos describe cómo se producía esta recepción y cómo, desde allí, se distribuía por el resto de la comarca:

La estafeta era el punto de llegada de materiales provenientes de fuera de la comarca. Era un piso particular, era mi casa, pero era un piso en el que yo no conocía a la persona que venía. El mecanismo era el siguiente: se dio una dirección y la llave del piso en el enlace que teníamos del Comité Central, con el detalle de los días y de las horas que no habría nadie y la indicación del lugar donde debía dejar paquetes: armario, cama, nevera, etc. La persona que llevaba los materiales, antes de entrar, llamaba desde la calle y si alguien respondía daba una excusa y volvía otro momento. Hasta que no estaba seguro de que no había nadie dejaba nada. Era una medida de seguridad para no conocer ni el aspecto físico del enlace. Desde aquí se distribuía a los militantes los materiales que llegaban -*Mundo Obrero*, *Treball*, *Unitat*, *La Veu del Camp Català*, *Nuestra Bandera*, *Nous Horitzons*- por todo Manresa a través del Comité Local, y por todo lo que era la comarca. En un principio había otras estafetas en la comarca a las que ya les llegaba desde el Comité Central y, posteriormente, a partir del 1969, se centralizó todo lo que venía de Barcelona a Manresa para no tener que hacer tantos viajes con paquetes del Comité Central. Entonces yo sí lo llevaba hacia Súria, Cardona, Sallent, Navarcles, San Vicente, etc., donde estaban las nuevas estafetas para el recibimiento del material que yo los llevaba. En Manresa la estafeta se cambió un par de veces por seguridad, hasta que el volumen de material era tan voluminoso, y teniendo en cuenta que esta persona venía en tren y tenía que cargar todos los paquetes, que se decidió que sólo se llevarían los clichés y se harían aquí Manresa las copias, con un aparato mejor que el que teníamos hasta entonces, esto fue a partir del 1971. Habíamos editado el *Mundo Obrero*, *La Veu*, etc. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

La propaganda se acabará editando en Manresa y distribuyendo por toda la comarca. Esta nueva situación se produce gracias a la formación de un aparato de propaganda propio. El primer aparato de propaganda en condiciones desde que se había iniciado la resistencia antifranquista dos décadas atrás. En Sallent, desde 1964, se habían editado algunas hojas locales con una vietnamita, pero rápidamente la edición y distribución de materiales se traslada a Manresa, que termina asumiendo el grueso de la propaganda que se produce en la comarca, ya sea del PSUC, de las Comisiones Obreras, de la Asamblea del Bages⁴⁶ o de otras agrupaciones que aparecerán bien entrados los años setenta, como el PSAN o la Comisión de Promoción Política, en un contexto de clara efervescencia antifranquista. El responsable de lo que acabará siendo el aparato de propaganda de toda la comarca nos explicó el proceso desde su inicio, empezando con técnicas muy rudimentarias hasta acabar disponiendo de una multicopista eléctrica.

Con cola de pescado se hacía una gelatina y entonces se picaba a máquina un papel de calcar. Entonces, este papel se ponía sobre la gelatina, y podías hacer un máximo de ocho o diez copias, hasta que la tenías que volver a poner en un bote, dentro una olla para calentar y volver a empezar. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

De esta manera se elaboraron las primeras octavillas en Manresa, poco después se utilizaría la vietnamita: cuatro maderas con una tela de seda fina o directamente con el mismo cliché, que enganchaba con cuatro chinchetas, con un rastrillo de goma se ponía la tinta por la parte trasera del cliché y se rascaba, hoja por hoja. Los clichés se guardaban entre dos periódicos, de manera que éstos absorbían la tinta y se podían volver a utilizar si era necesario.⁴⁷ El aparato de propaganda se convirtió en un auténtico taller de artesanía.

Hasta después de mucho tiempo no dispusimos de una multicopista. Mientras el aparato de

⁴⁶ Un trabajo del historiador O. Lujan (2011), nos presenta la actividad llevada a cabo por la Asamblea del Bages, un órgano creado por el PSUC con el objetivo de aglutinar bajo un mismo paraguas las diferentes opciones políticas que afloraron a partir de los años setenta.

⁴⁷ Una descripción detallada de cómo se fabricaban y se usaban las vietnamitas, la encontraréis en el relato que varios militantes del PSUC de Badalona -Juan Gómez, Teresa Buigas, Miguel Guerrero... - de finales de la década de 1960 hicieron a Ferrando Puig (2010: 320-322). Véase también los primeros capítulos del testimonio de Luis Puigercús, un militante del FRAP de Tarragona a principios de los 70 (Puigercús, 2009).

propaganda era una especie de taller de artesanía y una estafeta donde recibíamos los materiales que nos enviaban desde el Comité Central. La primera herramienta de que se dispuso fue una máquina de escribir portátil Olivetti comprada fuera de Manresa. Los materiales propios se elaboraron con una vietnamita, pero primero se utilizó, aunque muy poco, la gelatina a base de cola de pescado sobre la que se dejaba un rato un papel de calcar previamente picado a máquina, sólo daba para unas 10-12 copias y había que volver a fundir la gelatina. La serigrafía se utilizaba para hacer carteles con letras grandes o dibujos. Se utilizaron dos técnicas: dibujando a mano directamente el negativo sobre la seda con pintura opaca, y pintando la seda con una emulsión sensible a la luz sobre la que s'insolava un fotolito. Con estas técnicas se fabricaron ceniceros, pegatinas, pósters, octavillas. Y con procedimientos fusora por cera perdida se fabricaron insignias del PSUC y de Comisiones Obreras. Interveníá mucha gente, desde el que hacía los dibujitos, lo que dibujaba directamente sobre los clichés, otro golpeaba a máquina el texto que tenía que haber, hasta que pasa por dos o tres manos y entonces se imprimía. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

El aparato de propaganda fue conformando un mapa de colaboradores: dibujantes, picadores de clichés, suministradores de papel, tinta, espráis:

Del núcleo del aparato de propaganda había varias patas: estaban los colaboradores que no eran del Partido y los suministradores de materiales que tampoco lo eran, estos nos proporcionaban papel, tinta, clichés, etc. Sabían que era, pero en todo caso no eran del Partido, era una red de colaboradores. E incluso era importante que estuvieran alejados de toda actividad, de Comisiones Obreras, del Partido, etc. Los contactos con estos colaboradores los tenía yo. Ellos tenían una tienda y yo iba, yo tenía la seguridad de que no dirían nada. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

La ubicación del aparato era un aspecto clave, como nos explica Ramón Majó, primer responsable político del Comité Local de Manresa:

Los primeros años del aparato se estableció en lugares muy diferentes. La falta de un local adecuado obligaba el traslado a menudo del aparato cada vez que olía un peligro de localización, esto lo hacíamos de noche y en ocasiones en la espalda de algún militante. Yo

sólo recuerdo algunos lugares donde había ido para hacer alguna tirada especialmente en momentos difíciles pero intensos, como el estado de excepción de 1969, cuando se tiraron más de 20.000! o por el Proceso de Burgos, a golpes de vietnamita. La ubicación, pues, era variada e incluso móvil. De todos modos, poco a poco todo lo que giraba en torno del aparato fue mejorando, tanto en seguridad como en logística, como en especialización y en calidad de materiales y máquinas. Esta etapa manual y heroica culminó con el robo de una multicopista eléctrica grande y moderna en el Seminario de Vic, sin que recuerde exactamente qué año fue. A parte del aparato en sí, que confeccionaba básicamente octavillas, también, gracias a compañeros artistas, se confeccionaban tiradas de pósteres y otros elementos de propaganda. (Entrevista personal en Manresa, octubre 2007).

La multicopista eléctrica supuso toda una revolución, ya no era necesario que alguien estuviera presente, se podía dejar sola en funcionamiento, como señala el responsable del aparato:

La que cogimos en Vic era eléctrica, fue toda una revolución, la podías dejar sola que fuera tirando. Esta se montó en un local de la calle Montserrat, paralelo a las Escodines, encima del piso de un municipal. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

Una de las ubicaciones donde se instaló el aparato de propaganda fue en el Carrer Nou, con las correspondientes medidas para su ocultación:

En el piso de la calle Nou, que era como un gallinero, allí había un tabique, por donde nadie podía entrar, y allí había un ciclostil, pero no lo sabía nadie, sólo la persona que lo usaba. Nadie más. La persona que lo utilizaba no entraba por ninguna puerta, era un ático y él tenía una manera de entrar pasando por el tejado y entrando por una ventanilla. De la célula, sólo lo sabía la persona que lo usaba y otro, pero el resto no sabíamos donde estaban las máquinas. El de las máquinas era sagrado. (Entrevista personal en su casa, marzo 2008).

Para el caso del aparato de propaganda, bien podríamos considerar que no existen períodos suaves o clandestinidad blanda, éste reunía el conjunto de la actividad que se

llevaba a cabo y se convertía en el motor de la organización, su caída podía conllevar la caída de toda la organización, e implicar el desmembramiento de redes de solidaridad tejidas durante años. No en vano, el aparato de propaganda era considerado el corazón de la organización, con su latido alimentaba ilusiones y materializaba reivindicaciones.

Hay que tener cuidado a la hora de elegir lugares adecuados para una actividad clandestina. Evitar las porterías y los vecinos representaba evitar las explicaciones. Cuando se lleva permanentemente una máscara, por mucha confianza que se deposite en la buena ejecución del papel asumido, ponerla a prueba siempre es un riesgo. Los lugares de paso también eran percibidos como peligrosos, ya que entre los peatones podía haber, igualmente disimulados, igualmente confundidos con la multitud, los enemigos o incluso los amigos que podían derrochar la ocultación. “La puerta de entrada daba directamente a la calle, por lo que no tenía portería ni el riesgo de coincidir con otros vecinos al entrar o salir. Un pasaje no tiene, además, tránsito de paso, lo que eliminaba la posibilidad de que un conocido nos viese entrar en la casa desde un coche o un autobús. Era, por tanto, un lugar óptimo desde el punto de vista de la seguridad.” Miguel Núñez (2002: 312-313) nos ofrece un retrato bastante preciso de lo que implicaba esta conciencia del espacio público, las prácticas diarias y las técnicas que las hacían seguras para los clandestinos a mediados de los años cincuenta: “Yo utilizaba el sistema de filtro, consistente en fijar las citas en calles no demasiado largas ni concurridas. Cada uno de los clandestinos entraba por una punta de la calle, por su derecha, y el otro por la otra punta, también en su derecha, a la hora en punto. Cambiar de acera significaba que el encuentro no debía realizarse, por la razón que fuese. En tal caso, se acudía una hora después a la cita de seguridad que siempre nos dábamos con las mismas precauciones; y si no se encontraban se daba la voz de alerta a la organización”.

En sus memorias, Jordi Solé-Tura (2000: 99) relata un ejemplo de aplicación de esta norma de seguridad en las citas en público, en este caso haciendo referencia a una cita previa, en el verano de 1957, para ir a una reunión con Núñez en una casa particular, caminando por el paseo de la Bonanova: “el sistema era muy sencillo: la cita no era nunca estática y nos encontrábamos caminando, él en una dirección, yo en la opuesta, en una calle determinada; normalmente por la parte alta de Sant Gervasi. Esto permitía, en teoría, saber si las cosas estaban claras o había o no moros en la costa. Si alguno de los dos faltaba a una cita, se repetía el día siguiente. Si tampoco funcionaba, todo se dejaba correr o había que empezar de nuevo”. En ese caso, la medida tuvo los efectos proverbiales de evitar una

caída, porque Núñez no se presentó, lo cual era un indicio -finalmente confirmado- que había sido detenido. Como se ve, la misma calle ya es, a pesar de las ventajas, un lugar de peligro. Se producen delaciones, traiciones, detenciones y al acecho siempre activado los vigilantes.

Este tipo de prácticas fueron más habituales en los meses siguientes a la victoria de los fascistas por personas que, habiendo pertenecido a los grupos ilegalizados, necesitaban una rehabilitación. Uno de los responsables del grupo de Enric Pubill, sentado en una terraza de la Rambla de Mataró y acompañado de la policía, señalaba todos los transeúntes que reconocía como miembros del PSUC. “Normalmente, si yo te captaba a ti, tú sabías donde vivía yo y yo sabía dónde vivías tú, pero los otros no lo sabían, donde vivía yo y donde vivías tú. Entonces imagínate que yo soy una persona de la dirección y que a ti te tengo mucha confianza y te voy llevando a toda una serie de lugares, y te presento gente de Mataró y gente de Vilanova y la Geltrú, y llega el momento de la caída. Yo, policía, te cojo, te llevo y te asiento en un bar y te digo: “Nada, no te preocupes, que a ti no te pasará nada. En la Rambla de Mataró, por ejemplo. Claro, pasa un: “Oh, ese!”. Entonces aquel conecta con otra persona, ya reconoce otra, y tirando del hilo.” (Asociación Catalana de Expresos Políticos, 2001: 151).⁴⁸

Hemos visto que la lucha contra el poder franquista no era sorda, pero sí muda; no era ciega, sino practicante ininterrumpida de miradas de reojo. Y he aquí la gran paradoja. Sabemos que el secreto está en las fuentes mismas de cualquier forma de poder, sobre todo, o al menos de manera más descarada, en el dictatorial. En este sentido, Canetti vuelve a tener razón cuando nos recuerda que el secreto ocupa la médula misma del poder (Canetti, 1994 [1960]: 430). De hecho, nos dice Canetti, el prestigio de las dictaduras es debido a que se les concede la fuerza concentrada del poder, es decir, la relación entre el número de aquellos que afecta y el número de aquellos que guardan (Canetti, 1994 [1960]: 437). Es más, como Michel Foucault nos recuerda, el poder sólo resulta tolerable en la medida que enmascara una parte fundamental de su funcionamiento y de los mecanismos que lo hacen posible. No es que este principio sea un requisito para que los poderosos puedan ejercer su control, sino también para que los sometidos asuman su propia subordinación, pues les sería del todo inaceptable un poder completamente cínico, es decir

⁴⁸ En la película *Las 13 rosas*, de Emilio Martínez Lázaro (2007), se escenifica esta técnica, relativa en este caso a la desarticulación de una célula de las Juventudes Socialistas Unificadas en Madrid, en agosto de 1939. una de las militantes detenidas es obligada a pasear por la calle, simplemente. La policía se limita a seguirla y detener todas las jóvenes que se le dirigen para saludarla.

que se empeñara en hacer creer su total transparencia (Foucault, 2006 [1976]: 105). Ahora bien, como que el secreto está en el centro de un orden político cualquiera, como que el poder que lo posee lo tiene como su tesoro máspreciado y -nunca mejor dicho- mejor guardado, el secreto también caracteriza el núcleo central de cualquier impugnación del poder. Por eso toda lucha contra el poder y por el poder también trabaja a partir de esta posesión y de este ejercicio de otro secreto: el suyo. Todo aquel que vigila siempre es vigilado por otro que asoma, y quien vigila también lo hace en secreto. La dictadura se ejercía desde el secreto concentrado de un poder despótico, pero, a ras de suelo, un pequeño ejército de desconocidos y desconocidas lo desobedecían y conspiraban en contra. Lo hacían respondiendo a una misma lógica: la del silencio, la de actuar desde las sombras.

I. EL PARAGUAS DEL DISIMULO Y LA *NEGACIÓN*.

Para un militante secreto, el simple hecho de salir a la calle le exponía a un riesgo. Es por ello que los documentos internos se encargaban de recordar a toda la militancia, como podemos leer en las hojas ciclostiladas de un opúsculo anónimo titulado escuetamente *Normas de seguridad*, que circulaba entre los militantes antifranquistas en la clandestinidad: “El hábito no hace al monje pero lo delata”, con la qual cosa “si se lleva el pelo largo, barba, etc., se puede ser “sospechoso”.⁴⁹ La literatura nos permite ilustrar este tipo de conductas basadas en la discreción absoluta y la adopción de un aire anodino. Así, Víctor Mora escribe en *Els plàtans de Barcelona*: “El hombre del Comité Central era de estatura media, más bien calvo. Con su bigotito y su gabardina no muy nueva (con un *Mundo Deportivo* que le salía del bolsillo) era un hombre que pudo ser cualquier cosa (obrero, dependiente, tendero, oficinista...) en cualquier lugar. Resultaba difícil que en la calle, o en ningún otro lugar público, alguien pudiera llegar a fijarse de una manera especial" (Mora, 2007: 51).

En condiciones que podríamos considerar normales, las personas que participan en esta vida social que se desarrolla en las aceras de calles y plazas, miran y son miradas de una manera discreta -la mirada directa se considera ofensiva y es contraindicada en relaciones entre desconocidos- o de reajo, siempre para verificar de una manera casi automática que no hay ningún motivo de alarma o inquietud, que nada de lo que pasa alrededor no es especialmente revelador y que todo transcurre dentro de los parámetros de lo que es previsible. Cualquier estridencia, y cualquier paso en falso a la hora de mantener los rituales de reserva y distanciamiento entre extraños, podía desencadenar la alerta entre los copresentes, especialmente la de aquellos que, en la España franquista, tenían como tarea fundamental detectar ilegalidades: los policías y sus confidentes fijos o eventuales. Son ellos los que tienen como misión detectar cualquier indicio que indique la presencia, en un escenario donde predominan el anonimato y la indiferencia mutua entre los peatones, de un individuo cuya identidad oculta lo hace merecedor de persecución y castigo. Es fundamental, en consecuencia, no llamar la atención, abstenerse de cualquier acción que pueda revelar que se es parte -por modesta que sea- de un plan para derribar la dictadura. Por lo tanto, de lo que se trata es de disimular, y de disimular que disimulas para no caer en lo que pueda parecer un aire furtivo. No ofrecer señales de culpabilidad, parecer “natural”.

⁴⁹ *Normas de seguridad* [1960], pág. 2.

Se ha recordado que una gran parte de los clandestinos de los primeros años del franquismo, sobre todo los liberados -como los enviados al exilio por las respectivas direcciones a fin de mantener la organización en el interior-, volvían después de un período de ausencia menudo de hasta diez o doce años. Una década en la que el paisaje había cambiado mucho: los colores y las caras, los acentos, los ornamentos públicos, los nombres de las calles, las preocupaciones de la gente, las diversiones, los modos de relacionarse las personas... En definitiva, había cambiado todo lo más o menos tangible que se conoce y domina para poder actuar sin tropiezos en la convivencia cotidiana. Los militantes sabían y comprendían muy bien que había un manual de instrucciones para poder pasar por un nativo perfectamente integrado. De su camuflaje y su disolución entre la multitud dependía gran parte del éxito de su empresa. En una sociedad tan intensamente vigilada, cualquier despiste podía convertirse en una actitud sospechosa.

El militante clandestino lleva hasta las últimas consecuencias el valor de la mundanidad, sociabilidad indeterminada que niega toda centralidad, capacidad para usar técnicas que van del mimetismo a la mudanza de piel, impostor crónico, exiliado de sí mismo para evitar el paso fatal entre la identidad y la identificación. Obsérvese cómo se producían los traspasos de propaganda para su distribución entre el colectivo obrero de Manresa:

Si CCOO decidía hacer una hoja, entonces esto se pasaba al Comité Local del PSUC, me llegaba a mí y entonces yo, a través de los mecanismos, los colaboradores que tenía, se hacía y lo acabábamos distribuyendo. El mecanismo era éste, un mecanismo circular.

Cuando había una hoja, pues entonces al Comité Local yo les decía el día que lo tendría a punto y al que le correspondía ya le decía: “Tal día estará”. Entonces simplemente aparecía allí, ya estaba el día y la hora. Toda la calle, detrás de la Guardia Civil, eran talleres mecánicos. Lo hacíamos o las siete de la tarde o las diez. Si estaba a las siete aprovechábamos que plegaban los trabajadores de los talleres y si no iba bien quedaba a las diez que era cuando plegaban los trabajadores de la Fábrica de las Agujas. Siempre tratábamos de hacer el traspaso en un momento en que hubiera mucho movimiento de gente arriba y abajo.

Yo tenía una relación natural con estos talleres, yo era trabajador del metal y con otro trabajador del metal era con quien hacía el enlace, que era siempre la misma persona. Con este hacíamos una cita y le pasaba las hojas que llevaba en una bolsa como la de ir a

trabajar para llevar la ropa o el desayuno. Lo que hacía era darle la bolsa o un intercambio de bolsas. A partir de aquí, ellos se lo distribuían.

Claro, la persona a quien hacía el traspaso no era un trabajador de la zona, él era el contacto de las Comisiones Obreras, aprovechábamos esa zona porque era un buen lugar. Quizás en la Fábrica de las Agujas no entraba propaganda porque no estaban organizados, pero era importante hacerlo allí por la seguridad que nos daba. Entonces esta persona llevaba la propaganda y hacía la distribución con los contactos que tenía. (Entrevista personal en su casa, 2007).

El itinerario que seguía una hoja o octavilla desde que se acordaban los contenidos hasta que se distribuía, implicaba una complejidad de recorridos. El anterior testimonio nos mostraba que estas hojas se hacían llegar a la persona referente del movimiento obrero. El mismo testigo nos expone las peripecias a que se veía obligado durante el breve período en que el aparato de propaganda estuvo ubicado en Santpedor, lejos de Manresa, por cuestiones de seguridad.

Durante mucho tiempo los desplazamientos hacia Manresa los hice a pie, de noche, por la vía. El problema era que el volumen de papeles era muy grande y como lo llevaba con la mochila, se notaba mucho. Entonces no iba por la carretera, iba por la vía y, así, en cualquier momento podía tirarlo y salir corriendo. Y había ido también de día, pero el problema de ir con un vehículo era el peligro de tener un accidente en cualquier momento, yendo a pie en principio no había ningún elemento de sospecha, era más seguro ir a pie que ir con vehículo. (Entrevista personal en su casa, 2007).

Esta misma persona utilizaba el recorrido propio de su lugar de trabajo para la distribución de propaganda:

Mi trabajo era ir por diferentes talleres y fábricas haciendo trabajos de mantenimiento y en todas partes donde iba dejaba propaganda, octavillas, hojas, algún *Mundo Obrero*, cosas de estas. Podía dejar alguno en el comedor, si en las taquillas había un agujero también ponía alguno dentro. Claro, tenía la posibilidad de dar vueltas, de moverme arriba y abajo, no como una persona en plantilla de la empresa que tiene que estar al pie de la máquina. No

podía hacer grandes repartos. También había dejado dentro el lavabo, encima del inodoro para que entonces alguien se la leyera. Los inodoros eran el lugar más indicado, porque eran el lugar que estaba más lejos de las vistas de la gente como podían ser los vestuarios, que estaban más controlados. (Entrevista personal en su casa, 2007).

Para el caso de Navarces, utilizar un bar no suponía un riesgo excesivo, pero para una localidad como Sallent, donde había una presencia bastante arraigada de miembros de la Guardia de Franco, los bares no siempre aparecían como la mejor opción. Los militantes de Sallent, conscientes de esta situación, y conocedores de quien eran estas personas vinculadas al régimen franquista, improvisaron más de una vez el lugar de encuentro. Un miembro de la Guardia de Franco en Sallent nos explicaba cómo utilizaban los bares para controlar los movimientos subversivos que se pudieran dar a la población. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

La actividad ordinaria en contextos públicos en buena medida es una especie de coreografía de la que la materia prima son los cuerpos y las miradas de los presentes. En principio, en condiciones que podríamos considerar normales, las personas que participan de esta vida social ciertamente singular, el escenario son las aceras de calles y plazas, miran y son miradas de manera discreta o de reojo, siempre para verificar de manera casi automática que nada resulta especialmente revelador y todo transcurre dentro de los parámetros de lo previsible. Cualquier estridencia, pero también cualquier paso en falso puede desencadenar la alerta entre los copresentes, especialmente aquellos que tienen como tarea fundamental detectar ilegalidades: los policías y sus confidentes fijos o eventuales. Lluís Maruny, en una de las situaciones más complicadas que vivió, nos explica cómo se salió:

En mayo de 1971 acababa de aterrizar del servicio militar como quien dice, cuando me pasó otra anécdota. Se estaba preparando la Primera Asamblea de Catalunya, la fundacional. Había que mirar que todo fuera bien y había que asegurar un servicio de seguridad. De modo que me pidieron que me hiciese cargo de controlar la emisora de la policía, a partir de un receptor, para ver si había movimientos extraños que pudieran poner en peligro la Asamblea. El día fijado, a primera hora de la mañana, ya estábamos un grupo en la iglesia donde se tenía que hacer el encuentro. Antoni Gutiérrez Díaz era el jefe de toda la organización, me dio el receptor y me instalé en una habitación situada en el

campanario de la parroquia de Cristo Rey, en la calle Martí Molins, junto la avenida Meridiana, en Barcelona.

Creo que la reunión debía iniciarse a las doce del mediodía, tenía que ser un sábado o un día festivo, pero no debía de ser domingo, porque no podía coincidir con las misas.

Desde las diez y media se habían iniciado las citas para ir recogiendo todos los asistentes y llevarlos al lugar previsto, que muy pocos sabían, y una buena parte de los cuales no estaban muy acostumbrados a la clandestinidad.

Hacia las once y cuarto, después de un buen rato de escucha rutinaria, no parecía que esperaran nada extraño, pero de repente, escucho un mensaje advirtiendo la central de policía de movimientos extraños en una plaza y enseguida comunicando detención de algunas personas. Inmediatamente fui a buscar al Guti y le pregunté si aquella plaza era un punto de encuentro previo a la asamblea. No dudó ni un minuto y puso en marcha todo el mundo para avisar a los que ya estaban en camino que cambiaran de rumbo y se volvieran a casa y sacar a los que eran dentro de la iglesia. Me pidió quedarme un rato más escuchando la radio para ver si había otras detenciones. Enseguida fue evidente que toda la policía estaba movilizada y venían hacia la parroquia. Volví a comunicar con el Guti y decidimos que debía abandonar la iglesia.

Entonces yo tenía que coger la radio y llevármela. Cuando salí con la radio envuelta con papeles de periódicos, un paquete que me parecía que cantaba mucho, todos los alrededores de la iglesia estaban rodeados de policías y vehículos. Pasé miedo, claro, pero puse cara de buen chico inocente y me encaminé con calma hacia el interior de la barriada y no hacia la Meridiana. No me pasó nada. Pero Luis M. Xirinacs, explica que él y otros dos se tuvieron que quedar seis horas escondidos dentro de la iglesia antes no pudieron salir. No hubo más repercusiones, porque no debían conseguir saber qué era lo que se movía alrededor de aquella parroquia. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, 2007).

José Torralbo, en otro momento, antes de ir a vivir en Sallent, se encuentra en una situación bastante parecida a esta, con el añadido de que se vio obligado a compartir unas palabras con la misma policía. En este caso se había producido un error de coordinación, y por la zona donde debían hacer el lanzamiento de octavillas ya había pasado otro grupo de militantes antes. Este hecho supuso que Torralbo y su compañero se encontraran en medio de una calle llena de octavillas, con la policía que ya había llegado, y ellos dos con las chaquetas llenas de propaganda.

Nos quedamos de piedra cuando vimos a una pareja de la Guardia Civil que estaba en medio de la calle, contemplando como revoloteaban todos aquellos papelitos, nosotros hicimos lo mismo, sin dejar de andar, mirando al cielo, pasamos a su lado, les dimos las buenas noches y con el miedo en el cuerpo, dimos la vuelta a la primera esquina que encontramos y empezamos a tirar papeles más que aprisa. Ya más tranquilos, nos fuimos como si nada, pero poco después vimos a un grupo de policías que estaban viendo como flotaban aquellos papeles que el viento había llevado hasta allí y haciendo comentarios sobre los locos que lo hacían, nosotros nos sumamos a los comentarios y así quedo la cosa. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

En la ciudad, un protocolo mal observado -no saber a quién y cómo se pagaba el trayecto del tranvía si cambiaba el sistema- o el desconocimiento de la actualidad (las noticias del fútbol, las estrellas taurinas del momento, las películas de éxito, los neologismos, la jerga popular) podían hacer aparecer el ignorante como un excéntrico. Así, pues, la intención era explícitamente la contraria: voluntad firme de pasar como fuera por un “cualquier” o, en palabras de Ovidi Montllor, por “uno entre tantos”.

Gregorio López Raimundo menciona como una tarea fundamental la lectura habitual de la crónica taurina o deportiva, los cotilleos y los rumores relativos a los famosos, la actualidad cinematográfica, etc., todo de cara a tener material de conversación con el resto de los huéspedes de la pensión o los compañeros ocasionales de un vagón de tren, de un ascensor. Conversaciones poco comprometedoras con el fin de romper la tensión de los silencios. En este sentido, la clandestinidad produjo observadores y costumbristas de primer orden. La actividad imitativa de lo que hacía, pensaba y decía “la gente”, de la que tenían que hacer gala los clandestinos llegados del exterior, los convertía en metódicos etnógrafos urbanos. Aprendían a observar minuciosamente cada episodio, por irrelevante que pudiera parecer, de las actitudes y los comportamientos sociales. Todo con un doble objetivo: adoptar modos discretos y conocer mejor las personas a las que debía dirigirse la agitación política. Esta observación participativa, sin embargo, no carecía de desajustes y situaciones incómodas -como toda tarea etnográfica, por amateur que sea-, en un entorno dramático siempre deficientemente codificado: “Volvíamos a un país que se había transformado en nuestra ausencia, y hasta en el hablar andábamos algo despistados. Ni que decir tiene que había que aprenderse montones de cosas que eran hasta infantiles; de las películas que se habían hecho, del fútbol, de los toros, de los sucesos de los que la gente hablaba” (Sendrós, 1993).

Como ya se ha señalado, durante mucho tiempo la calle fue la protección de los clandestinos, el espacio desde el que podían conspirar. Pero también era un espacio vulnerable, en el que la seguridad completa no existía nunca. Los miles de ojos dispuestos a delatar, sumados a las múltiples instituciones encargadas profesionalmente de combatir la subversión, suponían un peligro que se encontraba en aquellos lugares donde se desarrollaba la actividad clandestina. Para los profesionales del camuflaje y el escondite, también conocidos en el argot interno del PSUC como los “de la delegación”, la precaución debía ser una constante que debía presidir cualquier actividad. Se trataba de personas la existencia de las que era conocida por las fuerzas represoras y que eran buscadas obsesivamente. Ni siquiera los familiares y los amigos de estas personas no sabían nada de su vida en la ciudad. Si se detectaba la presencia, se ponía en peligro su ocultación y la integridad física de los seres queridos que se negaban a delatar. El clandestino absoluto, por tanto, tenía que esconderse tanto de sus amigos como de sus enemigos. Asumir una identidad falsa significaba mantener a toda costa la lealtad al personaje creado. Esta coherencia dramática exigía recursos biográficos y conocimientos que permitieran comportarse como si el clandestino fuera aquel por quien pretendía pasar.

Como documentación tenía la cédula (equivalente entonces al actual DNI), el salvoconducto del último viaje y un carnet del Colegio de Licenciados de Filosofía y Letras de Zaragoza, este con fotografía, a nombre de Pablo Campos (no recuerdo el segundo apellido), nacido en Zaragoza en 1917. Mi historial incluía que pertenecía a una familia de campesinos acomodados, con tierras de cultivo y casa residencial a unos diez kilómetros de la capital aragonesa. Mi madre había muerto a finales de los años veinte y mi padre se había vuelto a casar tres años más tarde. Por todo ello, desde que empecé a estudiar el bachillerato, vivía habitualmente en Zaragoza capital con una tía, hermana de mi padre. Me había licenciado en Historia y después trabajé en un instituto de segunda enseñanza. Había venido a Barcelona a trabajar en mi tesis doctoral, que preparaba sobre el Rey Católico y su tiempo, lo que me obligaba a hacerlo, al menos durante un año, con documentos del Archivo de la Corona de Aragón, con sede en Barcelona. (López Raimundo, 1995: 41).

La descripción pertenece a la falsa personalidad de Gregorio López Raimundo, que, para facilitar la interpretación del personaje en todo momento, mantenía algunas coincidencias con la persona real, pero también muchas diferencias. Este personaje era el

que se desarrollaba y se relacionaba con todo lo que no respondía a las actividades no vinculadas con la actividad política, para las que tenía que utilizar otra máscara. Como el resto de los dirigentes “ilegales”, que habían entrado en el país con papeles falsificados, lo que se interrelaciona con los vecinos y los propietarios de la pensión es su disfraz. El mantenimiento del personaje suponía una gran tensión interpretativa. El mismo López Raimundo explica la liberación que le supuso, una vez detenido, entre barrotes, poder hablar con la familia como quien realmente era y no como si fuera Pablo Campos.

En estos casos, el personaje máscara es el que circula por la calle intentando pasar desapercibido entre el resto de los transeúntes. La simulación incluye la necesidad de hacer ver que lleva una vida normal, lo que le obliga a pasar mucho tiempo paseando por la calle o en lugares públicos, antes de volver a la pensión o en el domicilio, en un horario convencional. Las salas de cine con sesión continua eran lugares especialmente útiles para esconderse y hacer pasar el tiempo. Pablo Campos iba diariamente: le era muy útil para tener un tema de conversación sin riesgo.

Los dirigentes ilegales buscaban el abrigo de la multitud y el mimetismo con la normalidad cotidiana. No llamar la atención ni levantar una curiosidad excesiva eran clave para no revelar lo que realmente eran, lo que hacían y estábamos dispuestos a hacer. Cuanto más numerosos eran los individuos con los que coincidían, más difícil de identificar eran y más desapercibidos podían pasar. Como recuerda López Raimundo (1995: 185): “Para entonces ya había comprobado que donde se reunía mucha gente, como en el campo de fútbol de Les Corts o en la barriada de Gracia durante las fiestas, el peligro de encontrar a algún conocido era mínimo”. Por el contrario, la falta de personas a su alrededor lo situaba a la intemperie, era más posible que las miradas de los fiscalizadores recayeran en él -lo que era casi descartable en compañías multitudinarias-. López Raimundo continúa su relato: “Desgraciadamente aquella noche no había más de cincuenta espectadores, por lo que las pasé moradas, especialmente en el entreacto. En el cine entraba y salía con la luz apagada, y en el fútbol tenía la sensación de que la multitud me protegía. Pero aquí me sentía como si estuviese desnudo y cada espectador me fuese a reconocer. Nunca más volví al teatro en la clandestinidad”.

Ser indistinguible entre el resto de las personas pide mantener comportamientos que no provoquen sospechas, manejar lo que se considera que son las apariencias normales. No emitir ningún signo extraño y, aún menos, alarmante para los demás, nada que chirrié en relación con el mundo que rodea el militante secreto, es lo que le permite continuar con sus

finés y llevar a cabo su tarea sin ser detectado por la policía. Pensemos en el ejemplo más simple: el de la activista que acaba de participar en un acto prohibido y delictivo -una protesta contra el Régimen en la calle o el lanzamiento de octavillas de contenido subversivo- y debe abandonar el lugar del crimen -puesto que, según la ley, lo que acaba de cometer es ciertamente un crimen-. Este hombre o esta mujer saben que lo más importante es no ofrecer ninguna señal que denote culpabilidad. Por ejemplo, abandonar el lugar a toda prisa o incluso de forma sospechosamente rápida, porque todo usuario del espacio urbano está en condiciones de distinguir entre la forma de correr, por ejemplo, de alguien que pierde el autobús y la de otro que se escapa. La frase hecha “no corraís, que es peor” expresa perfectamente este principio de seguridad que recomienda no hacer nada que indique un uso sospechoso de la calle, como el que haría alguien que huyera. Así, pues, no hay que correr, pero tampoco hay que ir demasiado despacio, sugiriendo que se está rondando a la espera del momento oportuno para hacer algo ilegal. Tampoco conviene permanecer quieto demasiado tiempo en un mismo lugar.

Huelga decir que es del todo exigible evitar cualquier cosa que pueda implicar un escándalo, aunque sea mínimo. Manuel Delgado, entonces militante de la Juventud Comunista, recuerda el grave percipimiento de expulsión que le costó haberse visto inmiscuido en una pelea tumultuaria en la puerta de una discoteca de Lloret de Mar, una noche del verano de 1974 (comunicación personal). El aprendizaje de la normalidad se hacía a partir de experiencias. Si se aprende cuál es el comportamiento cuando todo es normal, puede recurrir a la dramatización de esta actitud cuando sea necesario. Como escribe Ricard Vinyes a la biografía novelada del militante del PSUC Sebastián Piera, *El soldat de Pandora* (1998: 23): “No sé qué me dirá ahora en Salvià, lo veo andar sereno, pero esto no es señal de nada porque hemos aprendido a caminar siempre tranquilos”. Por supuesto, cualquier alteración del orden -en el sentido de interrupción de la fluidez de la relación en público- podía ser fatal. Miguel Núñez (2002: 265-266) alude al compromiso en el que le podía poner su hernia de estómago en sus estancias clandestinas en Barcelona. En cualquier momento podía desencadenarse una crisis y producirse un desvanecimiento, con la inevitable convocatoria de personas bienintencionadas -incluso policías- dispuestas a ayudarlo. Uno de estos episodios -un desmayo en pleno calle- le persuadió de la urgencia de viajar a Francia para ser operado y poner remedio a un mal que, además de su propio organismo, podía causar un daño irreparable a la organización clandestina y, más allá, a la causa al servicio de la que se había convertido en un hombre de acción.

Volvemos a una cuestión fundamental en los estudios sobre el estigma y su relativa invisibilidad. Las personas que pertenecen a un grupo estigmatizado pueden no tener manera de evitar los elementos visibles que los delatan como tales ante los demás. Pero el marcado de algunas personas puede ser imperceptible en primera instancia. Como hemos visto, este estigma afecta colectivos, reales o fantásticos, cuya existencia sólo es advertida a partir de delaciones arbitrarias o de imprudencias involuntarias de los mismos detentores de una identidad deteriorada -por usar un término una vez más tomado de Erving Goffman-. De hecho, todo el mundo desarrolla medios de localización automática (una especie de radares, para entendernos) que permiten señalar la presencia de una persona reputada, pero indeseable o peligrosa para su filiación real o atribuida. Esta labor de detección de rasgos identificadores negativos se pone en marcha, como también hemos visto, cuando las relaciones pasan de ser no focalizadas a ser focalizadas, y se puede demostrar una extraordinaria agudeza, sobre todo cuando los eventuales signos externos no son suficientemente esclarecedores sobre la identidad -en nuestro caso, política proscrita- de un interlocutor o cuando éste ha logrado imitar formas de conducta que no son las que le permitirían ser identificado como miembro de un grupo social maldito. Es entonces cuando podemos comprobar hasta qué punto puede ser hábil la máquina de inferir en que nos convertimos en nuestras relaciones en público. Pierre Bourdieu (1991: 238-241 y 492-494) puso de manifiesto que los gestos más automáticos e insignificantes pueden ofrecer pistas sobre la identidad de quien lo realiza y el lugar que ocupa en un espacio social estructurado. Bourdieu estableció que los encuentros aparentemente más azarosos y espontáneos entre sujetos estaban orientados por la percepción de indicadores objetivos a veces sutiles (aspecto personal, indumentaria, peinado, acento, preferencias del tipo que sea, torpezas que indican una ideología maldita). A partir de estos indicadores, los que interaccionaban en la época franquista podían hacer un esquema clasificatorio sobre afinidades sociales que, en determinados casos, podían ser consideradas como inaceptables, prohibidas o sancionadas por la ley como delictivas.

La más pequeña señal que pueda dar lugar a una sospecha hará que cualquiera de los múltiples vigilantes que controlan la vida cotidiana ponga un plus de atención en el que la ha emitido. Muchos de estos vigilantes también disimulan y pretenden hacer una representación para que el resultado tenga una apariencia normal, tan normal que ni siquiera el clandestino pueda descubrir: la policía política, delatores, charlatanes, traidores...; todos ellos también pertenecen a un dominio secreto, no se exponen y hacen su actividad bajo la misma disfraz de cotidianidad que aquellos que intentan descubrir. La vida de cada

día esconde, en estas circunstancias, una guerra secreta entre agentes secretos, cada uno juega a descubrir al enemigo y a no ser descubierto por él. Esto fue así desde el primer franquismo, la etapa más dura, en la que perder en este juego de tocar y parar podía ser letal. Fue en ese contexto tan extremadamente peligroso que los resistentes entendieron la importancia del disfraz, como cuando, en febrero de 1946, Quico Sabaté escapa de la guardia civil de Banyoles vestido de campesino y encima de un carro, o cuando, en 1953, atraviesa la frontera para reiniciar la lucha armada haciéndose pasar por excursionista. El maquis roba uniformes militares para utilizarlos en sus acciones, pero la guardia civil hace lo mismo: los encargados de perseguir a los guerrilleros anarquistas del grupo Los Maños en la sierra de Obac, por ejemplo, no son guardias uniformados, sino voluntarios que visten como los maquis. Son las temidas contrapartidas, la misión de las cuales es presentarse a las masías haciéndose pasar por partidas de resistentes, detectar cuales colaboran con el maquis, obtener información de sus habitantes y finalmente castigarlos, a menudo asesinandolos in situ. A veces los falsos maquis cometen estragos y crueldades que sean atribuidos a la guerrilla.

La relación entre los antifranquistas y los encargados de su represión siempre fue de esta naturaleza, la de una lucha entre actores secretos de un drama consistente en descubrir sin ser descubierto. De esta manera se produce un curioso juego de espejos y de intentos de engaño mutuos en que nadie es lo que parece y en el que todos, a la vez, disimulan y disimulan que lo hacen. En este sentido, y dentro la estricta vida de la militancia clandestina, el dirigente de la CNT Juan García Oliver relativizó la imagen que a veces se recrea de un universo social relleno de traidores (1978: 226): “[...] En mi larga vida de militante, la mayor parte pasada en la clandestinidad, donde conocí a centenares de anarquistas y sindicalistas, pacientes, honrados, abnegados, revolucionarios, no creo poder contar a más de una docena de traidores, confidentes, provocadores y espías”. Se hace difícil no plantearse, pues, y de alguna manera esta es una de las cuestiones que he querido enfatizar, que las formas de la clandestinidad política, la ocultación, la revelación y la traición bajo cualquier régimen, no representan más que una pequeña parte de una clandestinidad estructural, generalizada, que abarca la totalidad de la vida social.

Sobre las imprescindibles técnicas para ocultarse en público, más adelante veremos como se las ingenia un militante antifranquista para encontrar una compañía femenina improvisada que le permitía justificar su presencia por la calle. De hecho, los “sociales” a menudo hacían exactamente eso. Así, en el atestado de la detención de varios miembros de

la Asamblea de Catalunya en mayo del 1971, sorprendidos en una cita previa delatada en la plaza de Sanllehí, se informa que los agentes “iban acompañados de señoritas auxiliares de esta Jefatura para que los funcionarios pasaran desapercibidos” (Batista, 1995: 165).

En esta misma línea, en sus memorias de militante comunista, Manuel Altés alude al policía que lo detuvo en la entrada de su casa en 1955 y elogia la capacidad de mimetismo. La técnica del policía no era muy diferente de la que Altés debía demostrar constantemente, haciéndose pasar por un enamorado que espera su novia: “Debía de ser un profesional consumado pese a su juventud porque, habiéndome identificado por mi andar según la descripción que le habían dado, fijó la mirada en la acera opuesta y siguió fumando con la mayor naturalidad. Su actitud me tranquilizó. Teníamos enfrente de mi casa una academia de corte y confección en el principal, y casi todas las tardes algún mozalbete aguardaba la salida de sus alumnas. Llegué al portal y entré sin que el joven apartase la mirada de los balcones donde acababan de iluminarse los letreros de la academia” (Altés, 2004: 268). Un caso similar es el que describe Francisco Escribano en su crónica de la fatal detención de Salvador Puig Antich en el bar Funicular, de la calle de Girona-Consell de Cent de Barcelona, en septiembre de 1973 (2001: 92-95). En aquella ocasión los militantes del MIL no intuyeron que el joven de cara pecosa que leía el *Barrabás* junto al anzuelo -el también militante Santi Soler, capturado el día anterior- era un miembro de la Brigada Social.

Todo era como un juego de escondite, a veces con resultados trágicos. Domingo Ibars, el maquis libertario, nos ofrece un ejemplo bien ilustrativo de este laberinto hecho de inteligencias secretas, de miradas de soslayo, de vigilancias recíprocas en una especie de submundo, en los escenarios de la vida cotidiana o, como dice la canción de Raimon en homenaje a López Raimundo, “entre el ruido de los coches de la calle”, es decir, en este universo paralelo de agentes secretos, en el doble sentido que actuaban de incógnito y estaban al servicio de un trabajo que debía permanecer a toda costa escondida. Ibars habla de la cita con un policía que se había hecho pasar por un enviado de la dirección de la CNT de Madrid: “El lugar no podía ser más céntrico y concurrido: la Font de Canaletes, un mediodía de abril de 1948. Sociales y anarquistas se reconocían unos a otros como secretos ambulantes entre el marasmo de peatones ajetreados. Una vez más los “buenos” y los “malos” demostraban, como el mismo narrador reconoce, hasta qué punto compartían un mismo lenguaje”. (En Malló, 1997: 124-125).

La astucia que deben desplegar los clandestinos en la calle responde a la intención de aparentar que se hace otra cosa distinta de la que en realidad se hace, o, dicho de otro

modo, que no se hace nada en especial. Por eso lo más importante es que la dramatización respete el marco y el tipo de relaciones y usos que se dan en cada lugar. El hecho de adoptar diferentes papeles no es sólo una posibilidad, sino también una oportunidad que resuelve en parte la necesidad de restar sin identificar. Hay que aprovechar esta multiplicidad de papeles para transitar de un contexto a otro, empleando el lenguaje relacional más adecuado en cada momento. Una especie de personaje como el Zelig de Woody Allen, que domina hasta de manera automática la estrategia de mimar aquellos con los que comparte un determinado escenario. Para tener éxito en esta misión deberá trabajar todos sus sucesivos papeles con el máximo de convicción. Bien mirado, este personaje representa la parodia del habitante de la ciudad: alguien que sabe o puede saber actuar en diversos escenarios y, como escribían los teóricos de la Escuela de Chicago, transita “entre universos morales”, lo que le obliga a integrarse en cada una de las situaciones en las que se involucra y definir sus propiedades. Las argucias podían ser de muchos tipos y podían llegar a formas bien radicales de simbiosis con el enemigo, a veces en un sentido casi natural, como el sistema que empleaban las mujeres que transportaban armas para el maquis poco después de terminada la guerra. Si convenía, ellas, que vivían en un país machista, pedían la compañía protectora de la guardia civil en sus desplazamientos en tren. Miguel Núñez nos describía uno de estos casos:

En época de la lucha armada, cuando termina la guerra contra los alemanes, y empiezan aquí los guerrilleros, yo era el responsable político de la Agrupación Guerrillera de Catalunya, y entonces empiezan a entrar armas, que venían de la lucha contra los alemanes. Y una norma nuestra..., porque teníamos enlaces, sobre todo mujeres, más valiosas, más tranquilas y más valientes que los hombres en la mayoría de las veces, por lo menos las que se dedicaban a estas cosas. Y una de las normas que no les falló nunca a varias era que cuando subían a un tren, con el armamento en un maletín, llegaban a donde estaba la guardia civil en el tren y les decían: “Voy sola, me da miedo. ¿Me permitirían estar con ustedes?”. “¡Cómo no!” Allí se ponía y cuando bajaba salía con ellos. Entonces había otra policía, o la guardia civil, que a la salida del tren se fijaban y pedían la documentación a alguna gente. A esta, con la guardia civil, jamás le pedían. Era una cuestión de audacia. (En Rúa Fernández, 2003: 199).

A veces el problema era la exageración en el atrezo y en los complementos, dotarse con exceso de elementos que confirmaban la falsificación del individuo clandestino. Una preocupación excesiva con vistas a parecer “normal” podía disparar la alerta de los vigilantes, extrañados ante la sobreabundancia de elementos normalizadores, tales como, por ejemplo, la misma documentación. A veces, era inevitable que el esfuerzo en pasar desapercibido acabará provocando caricaturas que hacían el militante clandestino se vistiera y se invistiera de "clandestinidad". Un militante obrero del Baix Llobregat, trabajador de la Solvay, Francisco Javier Morata, ironizaba con el paradójico efecto que acababan ofreciendo los militantes clandestinos de acabar pareciéndolo.

De Benigno recuerdo el aspecto de clandestino que tenía siempre. Lo tiene casi ahora, es curioso. Recuerdo que cuando quedábamos en una cita, aunque fuera verano, venía con un tabarda de esos largos, con el cuello subido, con una pinta de clandestino, ¿eh? Vamos, que se delatabe él solo. Supongo que todos íbamos un poco así. (En Burillo y Graupera, 2008: 80).

Miguel Núñez aporta un testimonio del coste que le supuso llevar “demasiada” documentación, su detención de 1958:

Yo tenía una cita con [Federico] Oliver. Entonces yo era el que dirigía toda Catalunya, y Federico era el responsable de Barcelona. Era una persona extraordinaria, Federico Oliver, un obrero calderero muy culto, muy buena persona. Tenía una cita con él, fui a la cita y no lo encontré. Era un momento de huelgas y yo estaba muy interesado [en hablar con él]. Entonces la norma es que ibas a la cita pasando; si no encontrabas a la persona con quien tenías la cita, te ibas a la cita de seguridad, que era en otro sitio. Entonces a mí se me ocurrió pasar otra vez, y a la segunda vez me cogieron policías que no me conocían, porque me vieron pasar dos veces por el mismo sitio. Entonces me pidieron la documentación. Iba con mi documento de identidad falso, precioso, y les digo: “Tengan”. El Creix, el policía, estaba convencido de que teníamos a alguien infiltrado en el sitio oficial y que allí nos los hacían, y no es verdad: era nuestro aparato clandestino, Domingo Malagón, un tío maravilloso. Fue primer premio de Bellas Artes en Madrid, estaba destinado a ser uno de los grandes artistas y terminó siendo falsificador clandestino; hizo cosas inmensas, una joya [...]. Me piden la documentación, y me dicen si tengo algún otro papel. Y les digo: “Sí,

tengo un documento de oficial de las milicias universitarias”. Y me dicen que si tengo otro papel, y les digo: “Pues sí”, y saco el certificado de trabajo, de subdirector de una empresa. Y me detienen, y cuando llego a jefatura, allí sí me conocían. El error fue, me lo dijeron ellos mismos, que nadie lleva tanta documentación; eso ya te hace sospechar. (En Rúa Fernández, 2003: 196).

Y un ingrediente siempre presente: el miedo. El miedo a que en cualquier momento, por la calle, en cercar cualquier esquina, al salir o entrar en la portería de tu casa, en la puerta del trabajo, en el lugar y en el momento menos pensado, unos agentes de la policía política se abalanzaran sobre ti, te encañonasen, te pusieran las esposas y te metieran dentro de un coche para llevarte a comisaría, donde ya sabías lo que te esperaba. O que, de repente, la policía irrumpiera en el local o en el piso donde se estaba celebrando una reunión clandestina o donde se imprimía la propaganda. El miedo a que te siguieran, que escucharan tus conversaciones telefónicas. Especialmente angustiosas son las noches, sintiendo el ruido de aquel ascensor que, como cantaba Raimon, más tarde o más temprano se detendría en tu piso y deberías abrir.⁵⁰

Joaquim Horta recuerda el miedo que le provocan las horas de actividad en que llevaban a cabo la impresión de la revista del PSUC, *Treball*, en casa de Josep Fontana; el miedo de pasar por la frontera los microfilms que Joaquín recogía en París y que escondía dentro de tubos de homeopatía de 3 × 1 cm; el miedo de recibir en casa o en la editorial 80 o 100 ejemplares de *Treball*, meterlos en sobres individuales y salir a la calle para repartirlos en media docena de buzones; el miedo a ser denunciado por los vecinos; el miedo de las palizas en la comisaría y en la Modelo; el miedo generalizado en las calles. El miedo, en este sentido, sería de alguna manera consustancial a la clandestinidad: puede devorar o bien puede ser trascendida, integrada conscientemente, racionalizada, pero siempre es vivida de una manera u otra por el militante secreto (comunicación personal de Gerard Horta).

Y un último apunte. Los contextos sociales e históricos de la clandestinidad son evidentemente heterogéneos, y se reconocerían situaciones en que los usos lingüísticos, por

50 La canción de Raimon se titula “Cuando crees que ya se acaba vuelve a empezar”, y algunos de sus versos dicen: “Quizá una noche / el ascensor que siempre sube / se parará a tu piso, / y tú y yo tendremos que abrir, / y tú y yo, impotentes frente a la noche, / tendremos que abrir “. Recuerde que es también el tema de la canción de María del Mar Bonet “¿Qué quiere esta gente?”, Donde se relata la llegada de la policía política, la madrugada del 26 de enero de 1969, en el domicilio del estudiante madrileño Enrique Ruano, militante del FELIPE, que termina estrellado contra el suelo tras caer de un séptimo piso, por causas que nunca fueron aclaradas.

ejemplo, situarían potencialmente y obligadamente amplios sectores sociales en el campo del secreto. Por ejemplo, el poeta Joaquim Horta recordaba los carteles que había delante y detrás de los tranvías en los años cuarenta: “Háblese el idioma del imperio”. En 1942, con doce años, viajando con su madre, comete el lapsus de decir “llibre”⁵¹. Pronunciar una sola palabra en catalán en un tranvía significaba la manifestación de lo que era prohibido; en este caso, Horta recibió un golpe de culata de un guardia civil que saltó como un resorte al oír la palabra (comunicación personal de Gerard Horta).⁵² No hay que olvidar que esta dimensión lingüística de la persecución contra los disidentes políticos de la dictadura fue el motivo de la saña de la que fue víctima el entonces director de la Enciclopedia Catalana, Jaume Carbonell, tras su detención como consecuencia del encierro de intelectuales en Montserrat, en diciembre de 1970, para protestar contra el juicio contra miembros de ETA en Burgos. La humillación que sufrió Carbonell por su empeño en contestar el interrogatorio de la policía política en catalán culminó con su cierre en la sección psiquiátrica de la cárcel Modelo (véase la narración novelada de este episodio en Bassa, 1999: 23-52).

Hay que saber, sin embargo, que la actitud propia del juego de las apariencias normales era bien conocida por la policía y por los confidentes, que, como hemos visto, a la postre actuaban de la misma manera, porque también ellos eran agentes secretos, seres radicalmente mundanos, capaces de adaptarse a cualquier situación sin darse a conocer. Si procedía, ellos también se podían disfrazar, incluso -¿por qué no?- de militantes antifranquistas en la clandestinidad. El juego de los engaños no se produjo nunca en una única dirección. En cualquier caso, la obsesión gubernamental para iluminar cualquier espacio potencial de subversión, porque nada quedara fuera de control, generó desconfianza hacia el personaje que con una apariencia normal podía esconder un conspirador, es decir, casi todo el mundo. Si nos referimos a un actor de movimiento permanente, con capacidad de cambiar de personalidad, aún dificultará más la posibilidad

51 Llibre: libro en catalán.

52 A este tipo de emmascaramientos lingüísticos en que las identificaciones culturales convierten estigmas sociales, remite Eidheim (1976 [1968]: 64-66) con la narración de dos samis que se encuentran en el espacio público, en Noruega sólo “idealmente “monolingüe de los años sesenta; apartan del entorno en el que hay noruegos y bajan el tono de voz para poder hablar en sami, a escondidas. Eidheim expone como en los usos lingüísticos de los samis, socialmente impuestos, el proceso de representaciones y solapamientos de la identidad, es decir, ocultacions- es continuo.

de ser vigilado y controlado. Cualquier transeúnte se convierte entonces, y a menudo con razón, en un sospechoso.⁵³

Sin embargo, esta amenaza constante contrasta con los múltiples relatos que nos dan cuenta de una más que notable permisividad por parte de las fuerzas del orden frente a la conocida presencia de organizaciones comunistas en un territorio determinado. Atender a estos hechos, despojarlos de su condición de anomalías y tomarlos como lo que son, nos cuestiona acerca de hasta que punto, lo que no se permitía, no era que se hicieran cosas a escondidas, sino que este “a escondidas” no se enseñara de alguna manera. Es decir, tal aparente contradicción lo que nos vendría a revelar es que lo importante no era lo que se sabía sino lo que se veía. Como hemos visto, en el orden de las relaciones en público, la visibilidad deviene el eje principal de vertebración. Y esta afirmación encaja perfectamente con el hecho de que en un contexto local concreto, como pueden ser las tres poblaciones estudiadas de la comarca del Bages, el conocimiento entre perseguidores y perseguidos fuera mútuo y públicamente conocido en secreto. Existen numerosas etnografías que ponen de manifiesto esta misma situación, para las que lo relevante es lo que se ve y no lo que se sabe (cf. Berndt, 1962).

Como se ha dicho, en el marco de lo que parecía un banal paseo o un encuentro casual e intrascendente, se planteaban estrategias de acción, líneas de pensamiento, análisis de la realidad política nacional e internacional, el estado de la organización, las consignas que se debían seguir, los relevos y la circulación de los mensajes, los nuevos contactos (Padullés, 2010: 75-85). De manera que la actividad propia de la organización clandestina se ejercía abiertamente en público, en el sentido de visible para todos. Desde la antropología urbana se ha hablado del espacio público como un orden de visibilidades destinado a acoger una pluralidad de usos o una pluralidad de perspectivas y que implica, por eso mismo, una profundidad. Como diría Paul Valéry en uno de sus célebres aforismos, y recordaría más tarde Gilles Deleuze, *donde lo más profundo es la piel*, y por lo tanto, ámbito

53 Como ejemplo, una noticia aparecida en El País el 1-IX-2003: “El ex general argentino Ramón Díaz Bessone, uno de los reclamados por el juez Baltasar Garzón, admite que 7.000 personas fueron torturadas y ejecutadas clandestinamente durante la dictadura militar entre 1976 y 1983. El militar argentino relata el importante papel de los asesores franceses en la formación de los represores de la dictadura. “Sin un buen sistema de inteligencia se absolutamente imposible desarmar a una organización revolucionaria”, añadió, Porque “visten la ropa de paisano, del hombre común, están en toda partes, atendiendo a un comercio, asistiendo a clases en la universidad o en colegios, enseñando como profesores. La única manera de acabar con una red terrorista es la inteligencia y los interrogatorios duros para sacarles información “, añadió. Algo que extendió el contexto actual. Tampoco “se respetan las leyes internacionales a los guerrilleros en Chechenia y [los de] Al Qaeda.”

predilecto para sucumbir al poder fetichista del secreto público, capaz de transformar la profundidad en superficie para permanecer en lo profundo.

La población de Sallent presenta una característica urbanística muy peculiar. El acceso al pueblo, viniendo desde Manresa, sólo puede hacerse cruzando uno de los dos puentes que pasan por encima del río Llobregat, el puente nuevo y el puente viejo. La parada del autobús queda al otro lado del río, de manera que cualquier vecino o vecina que venga en autobús desde Manresa, está obligado a cruzar por uno de los dos puentes. Si la policía tenía intención de “descubrir” el secreto de aquél de quien se sospechaba una militancia política, únicamente debía esperar en la parada del autobús, o en todo caso, ubicar dos parejas una para cada puente. Pero esto no es precisamente lo que nos cuenta el testimonio de José Torralbo:

Mucha propaganda nos llegaba ya a través del Comité Comarcal. Concretamente, yo, cuando iba a las reuniones, me traía siempre alguna editada en Manresa a nivel comarcal o del Comité Central, lo que no dejaba de ser un riesgo, y una imprudencia, pues sabíamos que estábamos vigilados.

Un domingo por la tarde venía yo de una reunión de Manresa, y traía un buen paquete de material. Al bajarme del autobús aquí en Sallent, dudé a ver por dónde me iba, pues siempre teníamos que estar al tanto, porque nos la jugábamos. Claro que no éramos adivinos y muchas veces actuábamos al azar, como yo en este caso. Decidí irme por la Palanca, aunque ya existía el Puente Nuevo. Cuando iba por la mitad del puente miré hacía el Puente Nuevo, y allí, al lado de la Casa Torres, estaba la pareja de la guardia civil. Si me hubiera decidido a irme por allí, me habría costado un disgusto. Ese día me libré por poco.

Unos días después no había rectificado aquella actitud bastante irresponsable y también venía cargado con propaganda, y vuelta a empezar. ¿Por dónde me voy? Y decidí que si antes habían estado en un puente, ahora estarían en el otro. Me vine por el viejo y, efectivamente, estaban en el nuevo. Una vez más les había dado esquinazo. Lo que yo me preguntaba era por qué no iban derechos al grano, es decir por qué no me esperaban al lado del autobús, pues estaba claro que controlaban nuestras salidas y entradas. Yo siempre pensé que no lo hacían para evitar una situación que podía ser muy negativa para ellos si se equivocaban, pues mi detención o la de otro delante de los viajeros del autobús podría resultarles muy embarazosa.

Que nos seguían e intentaban controlar todos nuestros movimientos, a veces de la forma más estúpida, de eso estábamos seguros. Como la que nos ocurrió un día a Manolo y a mí. Estaba lloviendo a cántaros, o mejor dicho, empezó a llover cuando estábamos en la parada, en la Catalana. Íbamos para Manresa, y observamos que detrás nuestro había llegado un conocido chivato de la Guardia de Franco, un tal Santos. Sacamos el billete y entonces el sucedáneo fascista también sacó el suyo. Cuando fuimos a coger el coche, él detrás de nosotros. Decidimos no montarnos y darle un plantón, y así lo hicimos. Este elemento frecuentaba mucho la barbería de Pedro, y otro día confirmó lo que ya sabíamos, diciéndole a Pedro que nos habíamos creído que él nos seguía, pero que todo había sido una coincidencia y que le habíamos dado de lado después de haber sacado los billetes. Nuestra vida estaba llena de sobresaltos, y la verdad era que no éramos tan valientes como para no tener miedo. Incluso hasta de noche, cuando estaba en la cama y *sentía* ruidos en el pasillo, me temía lo peor. (Entrevista personal en Sallent, junio 2008).

El testimonio de José Torralbo no es ninguna excepción, nos da cuenta de un hecho bien conocido: la policía está “en todas partes”, se trata de una vigilancia constante que hace del control político una especie de medio ambiente fiscalizado por unos agentes gubernamentales que se presentan y actúan a la manera de una entidad espectral, “la policía se vuelve alucinante y espectral porque lo ocupa todo: está en todas partes, incluso donde no está” (Derrida, 1997a: 84). En otras palabras, la dictadura, la omnipresencia de la vigilancia policial, se muestra como una presencia ausente, o mejor dicho una ausencia presente. El mismo mecanismo que presidía la “lógica iniciática” es el que encontramos aquí ahora. Un mecanismo por el que se contribuye al sentido de realidad de los seres invisibles. Esta realidad y esta presencia de la presencia ausente es a la que llega el desenmascaramiento cuando revela el espíritu enmascarado como falsificación deliberada, mitificada, en cada una de las capas del secreto público disfrazado de secreto. Un ejemplo paradigmático en este sentido es el de la máquina especial que inventó el régimen para encontrar todo lo que estaba escondido (Ronald Fraser, 1972). Según recoge Fraser, en el pueblo de Mijas en época de posguerra, se rumoreaba que la Guardia Civil disponía de una máquina fantástica con estas capacidades, motivo por el cual el vecindario estaba aterrorizado. Lo más curiosos del caso es que todo el mundo sabía que era mentira. Entonces, la cuestión es: ¿Por qué se rumoreaba para crear más miedo si “sabían que no era cierto”? Nos encontramos, nuevamente, ante un secreto público. Siguiendo la definición que Crocker (ibíd.) aplica para el uso de las bramaderas en los rituales de

iniciación: “algo que se sabe en privado pero que a nivel colectivo se niega”. Un secreto público que encontramos tanto en el caso de Mijas, y los rumores acerca de la maquina fantástica, como en el caso de Sallent, donde el miembro de la guardia de Franco acude a uno de los locales de encuentro del comité local del PSUC para decir que cuando estaba siguiendo a Torralbo en realidad no lo estaba haciendo. En los tres casos nos encontramos con una concreción de un mismo fenómeno: el poder del desenmascaramiento de crear misterios. O dicho de otro modo, una revelación del secreto que lejos de destruirlo “le otorga justicia”.

J. MAPAS FURTIVOS

Bajo la dictadura franquista, los activistas opositores debían esconderse para llevar a cabo encuentros para discutir y preparar iniciativas políticas ilegales, en un contexto en el que un derecho básico en condiciones democráticas como es el de reunión no estaba reconocido. Había que buscar lugares seguros, esquivando una vigilancia omnipresente de la policía y de sus confidentes -lo que eufemísticamente suele presentarse aún hoy como “colaboración ciudadana”-. Se imponía un principio de invisibilidad y una aplicación de protocolos de actuación en público adecuada, que había que respetar, ya se conocían las implicaciones que tenía encontrarse con aquellos con los que se compartía una misma situación de peligro y se tenía bien presente la importancia de no ofrecer ningún indicativo de anormalidad, de conocer perfectamente las etiquetas y los pequeños rituales que organizan la vida cotidiana, de llevar el “saber comportarse” o el “saber estar” al máximo nivel de escrupulosidad, frente a los otros o junto a ellos.

En la medida que los domicilios particulares siempre son comprometidos a la hora de hacer reuniones -demasiado personas pasan a saber direcciones que deberían permanecer un arcano absoluto-, durante las primeras décadas del franquismo eran frecuentes las reuniones en lugares abiertos, ante la mirada de todos, lugares de la máxima visibilidad donde paradójicamente se podía disfrutar de un alto nivel de discreción. Las bondades del espacio público como escenario de una reunión clandestina de dos o tres personas ya habían sido apuntadas por Joan Oliver, que, en su obra de teatro *La fam*, sitúa la acción en los hechos de mayo de 1937:

TONI: ¿Crees que es prudente hacer la operación en este lugar?

MÜLLER: Siempre que quieras hablar de cosas secretas o peligrosas hazlo en un lugar público, poco concurrido. Nadie desconfía, y casi puedes gritar. Apunta. (Oliver, 2006 [1938]).

Conviene recordar que incluso los maquis utilizaban este recurso. En sus actividades secretas en la ciudad, los guerrilleros encontraban refugio en lugares semipúblicos, sobre todo bares, o en la calle. Por ejemplo, una de las reuniones de militantes del Movimiento

Libertario de Resistencia (MLR) tenía lugar en el Parc Güell (Téllez Solá, 1992: 150). En el caso de la enésima reorganización del Comitè Català de la CNT, el pleno se reunió en el bar de una peña taurina en la calle de San Ramón de Barcelona, el 2 de octubre de 1943 (Aisa, 2007: 22). La primera reunión que Joaquím Horta mantuvo con sus compañeros del PSUC en 1954 tuvo lugar en el desaparecido bar Navarra. (En el céntrico cruce de Casp y paseo de Gràcia), con Joaquín Marco, Paco Rodon y Josep Fontana (comunicación personal de Gerard Horta). Es en estas circunstancias que la actuación clandestina en un contexto aparentemente normal llega a un nivel de tensión máximo. En el marco de lo que parece un paseo banal o un encuentro casual e intrascendente, se plantean estrategias de acción, líneas de pensamiento, análisis de la realidad política nacional e internacional, estado de la organización, consignas a seguir, relieves y circulación los mensajes, los nuevos contactos..., es decir, la actividad propia de la organización clandestina, la dirección de la que se ejercía abiertamente en público, en el sentido de que era visible para cualquiera, pero beneficiándose de la prohibición ritual que los usuarios de un espacio público tienen de fijar su atención con exceso sobre lo que hacen o dejan de hacer los desconocidos con quienes comparten un determinado lugar, aquel principio de conducta que Erving Goffman (1979: 25-41) designó como desatención cortés que, por ejemplo, hace que la mirada directa y fija de un extraño sea interpretada como un signo de mala educación o incluso una amenaza.

Esta manera de actuar -la de llevar a cabo actividades perseguidas a la vista de todos- fue hegemónica y casi la única durante una gran parte de la etapa de la clandestinidad antifranquista. Incluso en los momentos en que, una vez superadas las fases más brutales de la represión, el control en la calle era más laxo, las citas y muchas de las normas de seguridad seguían siendo similares. Estos contactos fragmentados en lugares anodinos permitían limitar el conocimiento entre los citados a su dimensión más estrictamente funcional. Sin embargo, el acto de confianza que suponía acudir a una cita -que se podía traicionar en cualquier momento debido a cualquier tipo de coerción- debía ser absoluto. Es interesante constatar como los encuentros clandestinos llevaban a sus últimas consecuencias los principios de singularidad según los cuales Georg Simmel encontraba en la cita una forma sociológica específica, justamente por la forma en que compaginaba el carácter pasajero del evento con la fijación en el tiempo y en el espacio, es decir, por el contraste entre la brevedad del momento en que se producía y la manera de marcar intensamente un lugar y una determinada fracción de tiempo, características que -remarca el

mismo Simmel- conocían una agudización particular en el caso del *rendez-vous* “erótico o ilegítimo” (Simmel, 1988 [1908]: 65).

Los encuentros clandestinos en la calle abarcaban desde el contacto breve y discreto para traspasar material o consignas hasta largos paseos-reunión que podían durar horas y kilómetros. En el encuentro, se aplicaban técnicas que respondían a un patrón común. Los citados se podían ver con antelación en un lugar próximo, lo que permitía confirmar que no se habían detectado señales de alarma en el entorno que pudieran derrochar la reunión. En cuanto a las citas en la calle, los documentos consultados exponen una contradicción no resuelta por la organización. En uno de estos documentos, *Medidas de seguridad*, se recomienda quedarse en lugares tranquilos, sin mucha gente, para poder comprobar más fácilmente si alguien te sigue. En cambio, en el escrito *Normas de seguridad*, diez años posterior, se opta por “Sitios de mucha afluencia pública (paradas de autobús, cines, etc.) y en donde no se llame la atención”. Sin embargo, las normas básicas de seguridad eran asumidas de manera natural por todos los miembros de la organización.

Para el caso de la comarca de Bages, la mayoría de encuentros del Comité Comarcal se hacían en Manresa. Incluso dentro de la misma ciudad se escogía como zona de encuentro preferente el centro de la ciudad, los espacios más transitados, ya fuera para dirigirse a una reunión en un piso, como para hacer encuentros en la calle. Isidre Solà nos contaba que en la segunda mitad de los años cuarenta iba de Navarces a Manresa a pie, para acudir a una cita en la carretera del Pont de Vilomara. A pesar de las dificultades que podía suponer establecer contactos en la calle a la vista de todos, estos se multiplicaron exponencialmente con el crecimiento de las organizaciones clandestinas. La cita, por sus características, se convirtió en una de las prácticas más seguras a la hora de llevar a cabo la actividad clandestina, hasta alcanzar el punto de que la práctica totalidad de la organización podía llegar a depender de ellas en la medida que constituían la única posibilidad de contacto entre miembros de instancias separadas, el contacto entre los cuales se pactaba de cita en cita, sin que hubiera ninguna otra forma de contacto, ya fuera vía teléfono o correo postal, en la medida en que conocer estos datos podía resultar comprometedor. Las personas que se encontraban en una cita la mayoría de las veces desconocían sus nombres reales, donde vivían, y si tenían teléfono. Sólo los unía aquel lapso de tiempo en medio de una calle. La capacidad de comunicación de un sistema de citas podía llegar a ser realmente sorprendente. El encadenamiento de una cita con otra podía llegar a movilizar decenas y cientos de personas distribuyendo consignas en cascada. Como caso paradigmático de la

capacidad de comunicación de un sistema de citas, tenemos en nuestra historia los hechos acaecidos durante la Caputxinada, en marzo del 1966. Lluís Maruny, que participó activamente, se refiere de la siguiente manera:

Una de las incógnitas es como nos lo hicimos para reunir quinientas personas en la Caputxinada, que estaba anunciado. Nosotros habíamos dicho la semana antes: “El jueves, día 9 de marzo, por la tarde, haremos la asamblea constituyente del Sindicato Democrático, en 1966”. Dijimos el día y la hora, pero no dijimos el lugar y fuimos capaces de reunir y llevar a los Caputxins quinientas personas con un sistema de citas. La policía se enteró cuatro horas más tarde, cuando ya habíamos hecho la asamblea y ya estábamos a punto de irse, entonces llegó la policía. Fue el jueves por la tarde, viernes todavía estábamos allí encerrados, rodeados de policía, y fuera ya había concentraciones de padres, curas, etc., y el sábado había manifestaciones. Y el domingo, cuando ya habíamos salido, se concentraron miles de personas en la misa. (Entrevista personal en la Bisbal de l’Empordà, 2007).

Otra muestra de la eficacia de un sistema de citas nos la ofrece el propio Lluís en relación al estado de excepción del enero de 1969 después de una acción confusa en un intento de ocupación del rectorado, con García Valdecasas dentro, que fue presentado por el régimen como un intento de defenestración y justificó la declaración del estado de excepción en todo el país.

Yo, en aquel momento, era el responsable político de la universidad y me buscaban como tal. Claro, lo primero que tuve que hacer fue irse de casa. Fui a un domicilio seguro, pero claro, tenías que ir cambiando, cada dos semanas máximo buscabas otra casa. (...) Cada día tenía que hacer el recuento, lo hacía como una cascada, las células de facultad, el Comité de Facultad, el Comité de Estudiantes y ya directamente el Comité de Barcelona que estaba en contacto con el Comité central. Yo era el responsable del Comité de Estudiantes, por tanto, todas las facultades pasaban por mis manos y yo cada día tenía que dar cuenta al Comité de Barcelona de las novedades, esto durante todo el estado de excepción. De cuatro a seis de la tarde había que encontrar los del Comité de Estudiantes y a partir de las seis me encontraba con alguien del Comité Central. Las citas siempre se hacían en lugares diferentes, la cita era en la calle, cogíamos una calle céntrica del Eixample, quedábamos en una hora en punto, y entonces yo arrancaba de una esquina y el otro a la misma hora salía

de la otra punta de la calle, entonces, después de haber comprobado que no te seguían, nos encontrábamos. Si había tres interlocutores, pues hacía tres citas consecutivas, dejaba un lapso de media hora o una hora por si había habido algún incidente, y me encontraba con el siguiente dos o tres esquinas más allá. Y luego yo ya tenía una cita con el Comité de Barcelona. Con estos ya era un poco diferente, hacíamos el mismo sistema, pero primero nos cruzábamos, nos mirábamos sin decirnos nada y si veíamos que no había nada sospechoso, nos volvíamos a encontrar. Esto era diario. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, 2007).

Otro ejemplo, ahora en Manresa, nos pone de manifiesto que buena parte de la actividad se sustentaba en la fluidez de las citas, hasta llegar al punto de que, en ciertas circunstancias, la integridad vital de los miembros y de la organización dependía exclusivamente de las mismas citas, lo que supuso algún que otro susto, como es el caso de la caída que se produjo en Manresa en septiembre de 1975, en la que se hace presente la necesidad de retomar una serie de contactos que no eran previstos. Lluís Maruny, responsable político del Comité Comarcal entonces, nos hace una descripción:

Cuando hubo la caída en Manresa, que fue muy brusca y muy seria, yo era directamente con el Comité Central que tenía que pasar el informe, entonces yo era el responsable del Comité Comarcal en el Bages. Claro, cuando comenzaron las detenciones yo no tenía ninguna reunión prevista con nadie del Comité Central, y al ver a los dos o tres días que la cosa iba en serio, yo me fui de Manresa, pero claro yo tenía que conectar con el Comité Central para decirles lo que estaba pasando, pero yo en ese momento no podía conectar, yo no sabía quién era la persona con la que me reunía, y durante esos días no tenía ninguna cita programada. Entonces hice una imprudencia, por lo me regañó, pero claro, yo no podía avisar a nadie de la comarca, y tenía que avisar a alguien del Comité Central. El hecho de que cayera el aparato de propaganda de Manresa fue decisivo, yo me enteré por la tele. Entonces lo que hice fue ir a ver un responsable de Terrassa, sabía que era un responsable importante y sabía dónde trabajaba, entonces me presenté en su trabajo y le pedí que me buscara un contacto del Comité Central, le di un teléfono de referencia con una contraseña, para que me llamaran y poner un cita de estas, el día tal a tal hora, a no sé qué calle. Pero claro, yo era una persona peligrosa, me podían haber seguido, y había conectado con otro dirigente del Partido, era un tema muy delicado. Entonces hacíamos este sistema, cada día me encontraba con el referente del Comité Central que había conectado y le iba pasando información de lo que pasaba. Esta sí que era una situación de clandestinidad total.

Entonces ya dimos la consigna de que todo el mundo se escondiera y no hubiera ningún contacto excepto conmigo, y entre nosotros. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, 2007).

El uso de los semáforos como punto de encuentro aparece recurrentemente en el relato personal que nos hizo José Torralbo, militante comunista que, tras varios años de prisión, fue uno de los responsables de la organización del PSUC en la comarca del Bages a finales de los años sesenta. La sincronización del encuentro en un momento preciso, en un espacio de quietud de duración limitada, hasta el cambio de color del semáforo, la posibilidad de observar con detenimiento el entorno, el aprovechamiento del empuje mientras se cruzaba el paso peatonal, constituía una posibilidad magnífica para contactar, de una manera breve, en el transcurso del recorrido que permite traspasar un paso de cebra, hasta cruzar la calle y producirse la separación y la continuación de la marcha entre la multitud, por caminos diferentes. La situación que se produce en un semáforo genera dos escenarios enfrentados, los que esperan en un lado y otro. Y, a la vez, los vehículos que puedan estar cruzando o esperando para cruzar, a los lados. Aquellos que son protagonistas de la acción se ven obligados a estar pendientes del cambio de color del semáforo, una vez se inicia el cruce se realiza conjuntamente, y hay de este modo un breve lapso de tiempo en el que la actividad se confunde, no llega a los dos segundos, pero es suficiente para que pasen cosas, muchas cosas. (Entrevista personal en Sallent, junio de 2008).

En términos generales, los movimientos individuales se hacen de manera que se evite cualquier contacto innecesario con el resto de los peatones; cualquier mirada atenta se sorprendería de la destreza con que nos podemos desplazar de un punto a otro con el mínimo de contactos corporales durante el desplazamiento. Y más si tenemos en cuenta que estos movimientos se producen de manera inconsciente, a excepción, claro, de las grandes aglomeraciones en que nos vemos obligados a focalizar nuestra atención, no sólo para evitar el contacto, sino para poder hacer un paso adelante. Salvo estas concentraciones que hacen casi imposible la circulación, podemos decir con razón que existe un cierto ritmo, una pauta implícita que marca el tempo de circulación y que es lo que nos permite desplazarnos de un lado a otro sin tener que detenernos repetidamente para seguir adelante o poder cruzar un paso peatonal sin tener que dar un paso atrás y sin necesidad de esperar a que hayan pasado todos.

Hemos visto -y volveremos a ver- como, en caso de querer mantener una conversación, las estrategias adoptadas consistían en imitar el andar de los paseos de quien se abandona a caminar por caminar. La pareja que circula arriba y abajo a ratos absorbida en ella misma y a ratos curiosa en todo lo que la rodea, o los colegas que quedan para pasar un rato juntos, y pasean arriba y abajo, son modelos a imitar por parte de aquellos que, conscientes de la prohibición de su actividad, buscan el refugio de la normalidad, como nos dice Rosario Ramos:

Podías hacer una reunión paseando, era un traspaso de información. Si a ti te interesaba que algo lo supiera otra persona o dos personas, pues bueno, paseando pasabas información. No estrictamente convocabas una reunión, quedabas en la puerta de una fábrica o en Santo Domingo, paseando por el paseo... Había gente que en eso sí que venía, pero a una reunión les daba miedo, porque ir a una reunión era peligroso. Te podían coger por reunión ilícita. Estas reuniones paseando las hacíamos dos o tres personas como mucho. (Entrevista personal en Manresa, mayo de 2008).

Era fundamental no permanecer mucho tiempo en el lugar de la cita, prever una segunda cita por si aparecía cualquier incidencia en la primera y, especialmente, no quedarse hablando en el mismo punto previsto para el encuentro, es decir, conversar mientras se caminaba arriba y abajo, hasta que no se tenía la certeza de que no había nadie siguiendo las personas citadas. Si la cita era entre individuos que nunca se habían visto antes, el contacto debía ser directo a partir de elementos que permitieran un reconocimiento inmediato mutuo. Sin duda, este tipo de citas eran las más comprometidas, pues implicaban el abordaje entre desconocidos, justamente una de las transgresiones más inaceptables en unas relaciones en público reguladas por el distanciamiento y la reserva mutuos.

Las normas de seguridad eran fundamentales: la puntualidad o las citas dobles o de seguridad; el uso de teléfonos públicos; la mención de la hora, pero nunca del lugar, etc. Estos principios eran asumidos de manera natural por los miembros de la organización secreta. La tensión de una cita en la calle -pueden ser diversas en un solo día- era de una intensidad tremenda en determinados momentos. A pesar de las medidas de seguridad y de todo tipo de precauciones, las detenciones aprovechando citas interceptadas por la policía se fueron produciendo con mayor o menor regularidad en la historia de la lucha contra la dictadura en Catalunya. Que el sistema de encuentros implicaba una cadena en la que un

eslabón conducía a otro era algo que los represores sabían bien. No en vano descubrir la “agenda” prevista de los detenidos en las horas y los días siguientes era el principal objetivo en los interrogatorios a los capturados. Así, la impunidad con la que aparentemente se producían estos contactos en la calle desaparecía al llegar uno de los citados en compañía - bien disimulada, claro- de la policía, que incluso podía renunciar a efectuar las detenciones en ese momento e intentar averiguar la cadena de citas prevista por medio de torturas o bien continuar la vigilancia discretamente para ampliar la ristra de capturas.

Por eso en tiempos de grandes “caídas” -detenciones en cadena de militantes- la tensión de las citas se multiplicaba y enfatizaba que el mantenimiento de una actitud discreta en la conducta pública era fundamental. Los momentos inmediatamente precedentes a un encuentro clandestino se debían dilatar de todas las maneras: caminando más despacio, tomando contacto visual de lejos... Así se permitía el análisis detallado de la situación en que se producía la cita, requisito imprescindible en orden a establecer de una manera cierta si el encuentro se hacía en condiciones seguras. Había que escrutar el escenario y el puesto de cada una de las figuras presentes, incluso las más aparentemente inofensivas. En aquellos momentos no existían “segundas visiones”, pues la atención siempre era de primer grado. Toda una tecnología de descubrimiento y evitación del vigilante se desarrolló durante el periodo de la clandestinidad antifranquista.

Las normas de la clandestinidad aconsejaban no apuntar nunca las citas y establecer desde la primera una de seguridad por si fallaba la normal. Los encuentros se concertaban en una calle entre otras dos transversales. A la hora en punto el uno entraba por una de estas por la derecha y el otro por la inversa por la izquierda, de modo que el encuentro se produjese a la mitad del trayecto determinado. De fallar el encuentro, se repetía la operación cinco minutos después. Si volvía a fallar, se acudía el día señalado a la cita de seguridad. Cuando los que debían encontrarse no se conocían, la cita se denominaba de “características”. Se establecía que uno de ellos llevara una señal visible (por ejemplo, un libro forrado con papel blanco en la mano izquierda), al que el otro le haría una pregunta convenida -por ejemplo: ¿sabe dónde está el Cuartel de Bomberos?-, a lo que el primero debería dar una respuesta, también convenida, no correcta -por ejemplo: “al lado de la Plaza de Toros”-. Este sistema servía para mantener la relación de organización y el intercambio de documentos sin que los que se encontraban conociesen nombres propios, domicilios y lugares de trabajo.

Para la entrega de *Treball* y *Mundo Obrero* y otros impresos en cantidad, las organizaciones estaban obligadas a proporcionar una estafeta de recepción –piso, tienda, taller, etc.–. La discusión política se procuraba hacerla en lugar cerrado, con tiempo y tranquilidad, con cinco asistentes como máximo. Después de la redada de abril se había aconsejado celebrarlas únicamente en domingo, al aire libre, simulando excursiones al mar o a la montaña. Yo hubiese necesitado que las semanas tuviesen tres o cuatro domingos para poder cumplir esta norma, por lo que aprendí a pasar y recibir información, directrices u opiniones políticas paseando por Barcelona. Afortunadamente, la circulación rodada era entonces muy escasa, y entre las siete y las diez de la noche las calles de Barcelona tenían animación suficiente para que este tipo de paseo-reunión no llamase la atención.

El sistema era muy sencillo. La cita no era nunca estática y nos encontrábamos caminando, él en una dirección, yo en la contraria, en una calle determinada, normalmente por la parte alta de Sant Gervasi. Eso permitía, en teoría, saber si las cosas estaban claras o no y si había o no moros en la costa. Si alguno de los dos faltaba –Miguel Núñez– a una cita, se repetía al día siguiente. Si tampoco funcionaba, todo se dejaba correr (López Raimundo, 1995: 44).

En *El soldat de Pandora*, Ricard Vinyes describe un ejemplo de cita clandestina en espacios públicos:

Ramon Casas es alto, fornido, y porque destaca lo vi mirar de lejos aquel día. Caminaba con otro hombre más pequeño, venían por el lado de montaña de la calle Aragó, dirección Llobregat, y yo iba hacia Rambla Catalunya. Teníamos que coincidir a la altura de la plaza Letamendi, faltaban cincuenta metros y pensaba qué pasaría antes de encontrarnos; porque el último tramo de una cita se parece a un camino de vidrio, quebradizo, transparente en todo, delator, vulnerable, y no es por miedo exactamente, más bien por instinto. Siempre pienso mil cosas en este pedazo que falta para concretar una cita, cuando ya está al alcance. Es lo que me pasa ahora con Salvià, que lo tengo a tiro de piedra y no estoy seguro de que nos lleguemos a encontrar, ninguno de los dos camina deprisa y quizás estamos haciendo tarde porque todo se ha complicado y París no sabe nada. [...] Y a la altura de Letamendi, Cases se despidió del hombre menudo y se fue, el otro vino hacia mí y me daba una sonrisa ancha, tranquilo, confiado, de amigo “Nos sentamos”. Puig Pidemunt y yo sentados en un banco de la plaza. (Viñas, 1998: 123).

Respecto a las citas, un manual de normas de seguridad que circulaba ciclostilado entre los militantes antifranquistas en los años sesenta aconseja: “No ir a ninguna reunión sin antes asegurarse bien de que no se ha sido seguido. Te juegas la cárcel y el futuro del Movimiento Obrero. Es fácil darse cuenta si se es seguido utilizando los medios de transporte, calles solitarias, cambios de rumbo, etc., sin poner cara de conspirador. No citarse nunca en los finales de los autobuses, tranvías o metros. Los sábados por la tarde y domingos por la mañana están siempre vigilados. Los otros días a veces”.

Cualquier personaje visible o cualquier espacio que pudiera convertirse en un escondite desde el que fuera posible vigilar o esperar el momento adecuado para la detención podía ser una amenaza. Así, la observación intensiva de cara a la detección de indicativos alarmantes, el escrutinio del lugar de encuentro y su entorno, la consideración atenta de cada transeúnte y los indicios de sospecha de que pudiera emitir convierten la persona que acude a una cita en un auténtico especialista en localizar e interpretar signos. Es la lectura de lo que Goffman llama “glosa corporal” o “externalización” ajena, es decir, el proceso mediante el cual una persona evalúa los gestos corporales de aquellos con quienes coincide en público para deducir aspectos de su situación no apreciables “a primera vista”. Se trata de lo que los etólogos llaman “display de intenciones”, esa prefiguración gestual la interpretación de la cual permite predecir qué hará alguien que comparte con nosotros un determinado espacio en un determinado momento (Goffman, 1979: 30). Esto supone el control consciente de lo “natural” o “propio” para el resto de las personas que no tienen la obligación de estar atentos; el establecimiento y la interpretación de este código hacen de cada usuario de un espacio público un microsociólogo de las apariencias normales. Un ejemplo nos lo proporciona un hecho tan consuetudinario como el saludo o la manera de establecer una primera toma de contacto entre personas que han quedado, es decir, que han coestablecido un encuentro en un lugar público. En condiciones de excepcionalidad, como las que imponía la clandestinidad, esta manera inicial de establecer el cara a cara comunicacional entre desconocidos podía recurrir a la utilización de santos y señas o a la exposición de elementos identificativos que aseguraban que la persona con la que se entraba en relación era la que realmente esperaba.

Porque sí, en definitiva, en las calles de las grandes ciudades miles de desconocidos se dan continuamente prueba de confianza mutua, a priori no hay ningún motivo para pensar que se puedan producir amenazas para la seguridad de los militantes. Los activistas clandestinos son observadores malpensados para los que el peligro puede estar detrás de

cualquier situación cotidiana, lo que les aboca al sufrimiento de una especie de paranoia crónica, no pocas veces del todo justificada. Esta mentalidad persecutoria es compartida por sus represores, que, a sabiendas de que aquellos que buscan adoptan un puesto de normalidad estándar para pasar inadvertidos, sospechan de cualquiera que muestre de manera inconsciente un signo de peligrosidad política. En un estado de vigilancia permanente, en el que la policía no debe gestionar ningún trámite para intervenir y en que muchas personas están dispuestas a hacer méritos como delatores, la sospecha está presente en cualquier espacio y en cualquier vínculo, por efímero que parezca inicialmente. La voluntad de la policía de conseguir la información sobre quién es, qué hace, con quien se relaciona cualquier persona que presente indicios de llevar una actividad política secreta, obligará aquellos que han de esconderse a mantener la fidelidad a las apariencias que harían de ellos lo que no son: personas ordinarias que viven vidas vulgares. Vivir alerta - “alerta vivos”, cantaba Raimon en su homenaje a Gregorio López Raimundo- supone que en las situaciones de normalidad debe permanecer siempre atento a todo tipo de advertencias provenientes del entorno, de una manera no muy diferente a como lo haría un animal que instintivamente busca y detecta indicaciones de peligro en todo lo que le rodea. No hay que olvidar que aquellos que están al acecho, los vigilantes, también disimulan su amenaza. Todo el mundo podría ser un militante clandestino, pero todo el mundo también podría ser un confidente o un policía sin uniforme, aquel al que se aplica el denominador muy significativo de “secreta”.

La exposición al peligro de dos o tres personas que paseaban juntas era menor que la del individuo solitario, más vulnerable al contacto. Así, el paseante banal tras el que se ocultaba un resistente antifranquista en acción evitaba los contactos tanto como podía, ya que un mínimo contacto incrementaba las posibilidades de que se produjera un incidente y, a la vez, evitaba que esta actitud pudiera parecer descortés. Enric Bastardes, otro militante comunista, fundador de la Agència Popular Informativa, señalaba que “en las reuniones propiamente dichas, la llegada debía ser puntual y escalonada. Todo militante debía prever una coartada para la reunión, que explicara qué hacía con aquellas personas con las que debía reunirse, como clases particulares, por ejemplo, así como otra para el caso de ser detenido solo y en que la reunión no había existido nunca “. Más adelante añadía: “Las citas normalmente no se hacían nunca en el mismo lugar. Lugares diferentes. No quedábamos nunca con una persona repetidamente en el mismo lugar. Después se acostumbraba a hacer en lugares insólitos: la primera puerta del segundo vagón de un metro que pasará por la estación Aragó / Passeig de Gràcia. Y tú entrabas por esa puerta a la hora prevista y seguro

que te encontrabas la persona prevista. La precisión en estos casos era absoluta porque de ella dependía seguir haciendo actividades” (*Històries de la clandestinitat*, 2001).

Estas reuniones peripatéticas, haciendo largos paseos por la calle con un cierto aire de normalidad, eran útiles para encuentros de dos o tres personas, pero resultaban inviables para grupos más grandes, porque las discusiones exigían aumentar el volumen de espacio ocupado y ampliaban zona de peligro, es decir, el radio que permitiría a un eventual agente enemigo percibir cuál era el motivo del encuentro y, por tanto, su naturaleza ilegal. De hecho, la misma reunión podía constituir una transgresión de la ley o, al menos, un motivo de atención para la policía, que en cualquier momento la podía considerar como una amenaza. El derecho de reunión era inexistente, por lo que cualquier grupo de personas no autorizado representaba una alteración del orden público. La expresión repetida por los grises y que tantos recuerdan de “¡No me forman grupos!” O “¡Disuélvanse!” Respondía a las instrucciones de evitar agrupaciones de peatones mínimamente numerosas.

Propuse además a Céspedes que hiciéramos un ensayo de reunión en la playa, a la que debíamos invitar a Sendrós, la cual realizamos efectivamente en Montgat en la semana siguiente, en un lugar cercano a la estación al que yo había ido algún domingo antes de la guerra.

En 1948 todavía no iba mucha gente a la playa en el mes de junio en un día de trabajo, por lo que pudimos hablar tranquilamente durante dos horas, sentados a la sombra, mientras nos comíamos los bocadillos que habíamos comprado en el chiringuito de al lado. Repetimos, sin embargo, la experiencia en Castelldefels, y en otoño-invierno en Las Planas y en La Arrabassada. (López Raimundo, 1995: 156).

El relato que nos hace el militante comunista Ángel Rozas de cómo se aplicaban las normas de seguridad relativas a citas y reuniones es paradigmático:

Las citas personales se hacían en la ciudad, en un cine, en una calle, de tal esquina a tal esquina. No nos parábamos, dos minutos, pam, dábamos la vuelta a la manzana, volvíamos al punto de partida y seguíamos. Exigíamos a la gente matemáticas, puntualidad justa y mucha disciplina. En eso me tenían un poco... Vamos, que era muy disciplinado. Y eso a mí me salvó en redadas en la calle incluso, porque había gente que habían detenido; no lo

sabías y tenías una cita pendiente. Yo cuando tenía una cita, en Borrell, en la Gran Vía, en una calle, caminaba siempre por la acera de enfrente y miraba si estaba la otra persona. Si estaba, cruzaba, pasaba de largo, caminábamos, me explicaba lo que me tenía que explicar, yo decía lo que tenía que decir y fuera. [...] Tenía que ser rápido, no podía durar mucho tiempo. Nada de notas, todo en la mente. Aun así hubo gente a la que pillaron algún que otro papel.

Cuando éramos bastantes, las citas personales nos daban sólo para decir: “Tal día a tal hora en tal sitio”. Se buscaba un sitio determinado que no fuera complicado, que fuera fácil de llegar, a las afueras de la ciudad. Usábamos un tren; por ejemplo, el tren que va a Martorell o a Montserrat, a una hora concreta había que bajar en una estación. Tú no conoces a nadie, pero cuando veas a tal persona que lleva una cosa determinada, el periódico en la mano, *La Vanguardia*, el *Diario de Barcelona* o revistas que salían entonces, pues lo sigues. Entonces nos metíamos en el bosque. Cuando íbamos al Tibidabo, por ejemplo [...]. Cuando sectores de la Iglesia empezaron a ayudarnos en las reuniones, nos facilitaron las cosas.

Una vez en el bosque, nos sentábamos como si estuviéramos haciendo un picnic. Sacábamos la bota. O nos poníamos allí con las cañas. Una vez sacamos un pescadillo chiquitito y tuvimos que hacer una asamblea a ver si lo poníamos en libertad. Tuvimos que hacer un debate rápido porque, si no, se nos asfixiaba. Y decidimos votar. La inmensa mayoría votó por devolverlo al río. ¿Qué íbamos a hacer con un pescaíllo así de pequeño si éramos treinta? Fueron unos momentos muy majos, muy solidarios, muy tiernos. Sobre todo hablábamos de qué había que hacer si nos detenían, cómo había que enfrentarse a la policía. Algunos ya tenían experiencia –aunque a veces no se notó–; otros, que no la teníamos, la adquirimos durante la batalla. Había que tener en cuenta que decir lo que sabes, dar el domicilio, el nombre, los datos de un amigo, llevaba a destruirnos. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 127).

García Tristany narraba una anécdota significativa en este sentido:

He pasado algunas que se me han puesto por corbata. Me avisaron para que diera dos paquetes de material ante la Myrurgia, cerca de la Sagrada Familia. Eran dos paquetes grandes. Y allí mismo vivía una *querindonga*, de uno de los hermanos Ramonet -tiempo después lo supe por un compañero del partido que vivía allí-. Delante ya vi que había dos tíos con gabardina -la policía la clichábamos enseguida porque iba con uniforme-. Y allí

estaba la policía, no sé si era por él -era uno de los fundadores del Banco Central y un gran industrial que había crecido con el franquismo-. Y los tíos me vieron. Lo peor de la clandestinidad es estar mucho tiempo en un mismo lugar. Así es como llamas la atención. E iba con los dos paquetes y me decía: “Joder, ahora estos tíos, aquí...”. Yo no sé si eran policías. Pero a mí me cogió un canguelo que no sabía qué hacer. Pensaba: “Si ahora salgo corriendo... si esta gente son policías...”. Y mira que casualidad. Se me encendió una bombilla. Allí tenía una media novieta de la Myrurgia, había salido alguna vez con ella y habíamos salido en fiestas y tal... Y mira, salía de la Myrurgia y la cogí del brazo y salí con ella. Fue una de las veces que pasé casi pánico. Dos paquetes de *Treball*. Quizá no eran policías, pero a mí me parecieron; llegó un momento que sólo hacían que mirarme desde hacía diez minutos o más. Las normas que teníamos eran no esperar más de quince minutos. Ella me preguntó qué hacía y le dije que pasaba por allí y que había pensado en ella. Y cogió un paquete. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 128).

En estas condiciones, cuando había la necesidad de hacer convocatorias de cierta entidad o más largas, había que encontrar situaciones que tuvieran las mismas cualidades que ofrecía la calle para los grupos menos numerosos. Había que participar aparentemente del sitio de la misma manera que el resto de las personas presentes, sin llamar la atención ni proyectar una imagen personal sospechosa, y al mismo tiempo alcanzar los objetivos de la cita en un secreto absoluto y sin que ningún tipo de información llegara más allá del círculo de los reunidos. Diferentes espacios cumplían esta función. Por ejemplo, durante los años sesenta y una buena parte de los setenta, las “paellas” en zonas boscosas cercanas a los núcleos urbanos, lugares de reunión habitual de las familias los días festivos en los que proliferan los merenderos. En Vilafranca del Penedès, por ejemplo, una militante del Partido Comunista de España (Internacionalista) explica cómo los encuentros el Primero de Mayo podían tomar la forma de encuentros sardanistas en zonas boscosas cerca de Les Cabanyes o a Les Graus. (En Moreno Claverías, 2006: 134). Una de las más importantes asambleas sindicales clandestinas en Sabadell tiene lugar en la Fuente de Can Rull, el 23 de octubre de 1966, y las mujeres que recogen dinero para los detenidos en las manifestaciones obreras de octubre del año siguiente se reúnen en el pinar de Can Perellada, en Terrassa (Domènech, 2008: 235 y 287). En el caso de Barcelona, la sierra de Collserola fue un escenario frecuente de este tipo de encuentros.⁵⁴

54 Una casa de campo en un lugar no identificado de la sierra de Collserola es donde se rueda la película *La cena*, en la que Pere Portabella, el mismo día de marzo de 1974 en que ejecutaron Puig

Isidre Solà nos explicaba que durante la segunda mitad de los años cuarenta los contactos en Manresa se producían en la Academia Central, o en la calle, en caso de ser fuera de las horas de estudio. Manuel Díaz, con relación a Sallent, nos señalaba que a principios de los años cincuenta los encuentros de la organización tenían lugar en el bar La Catalana. Durante este primer periodo, sólo se utilizaban pisos particulares para una sola función, la de estafeta -espacio de recibo y distribución de materiales. Esto era así tanto en Sallent como Manresa hasta la segunda mitad de los años sesenta, momento en que la organización experimenta un tal crecimiento que los pisos particulares aparecen como el lugar más seguro para encontrarse. Manolo Díaz nos da testimonio para el caso de Sallent:

Las células no siempre se reunían en un mismo lugar, si en una célula eran cuatro, pues cada vez se reunían en un lugar diferente. Si éramos dieciséis miembros, pues teníamos dieciséis pisos. De esta manera podíamos despistar a la Guardia Civil y la Guardia de Franco, que nos vigilaba mucho. (Entrevista personal en Navarcels, 2008).

El funcionamiento en Manresa era el mismo, a medida que los militantes iban casando y tenían piso propio, éste era utilizado para las reuniones de partido, tal como nos explica Lluís Maruny:

Al principio costaba encontrarse, porque muchos no estábamos casados y vivíamos en casa de los padres, aunque. Pero a medida que nos fuimos casando entonces ya era más fácil. A Emili, en la primavera de 1968, cuando hacía un mes que se había casado, ya le pedimos que nos dejara el piso para hacer una reunión. (Entrevista personal en la Bsibal de l'Empordà, 2007).

Bastante diferente fue la situación en Navarcles, donde el Comité Local se desplazaba a Manresa para mantener las reuniones. El motivo de que en Navarcles no se produjera un

Antich, reúne cinco militantes que han sufrido largas penas en las cárceles franquistas: Narciso Julián, del PSUC, 24 años de prisión; Ángel Abad, 7 años, también del PSUC; Antonio Marín, de CCOO, 8 años; Lola Ferreira, del Partido Comunista de España (marxista-leninista), 3 años, y Jordi Conejo, de las Juventudes Libertarias, con 10 años de prisión, después de que le fue conmutada la pena de muerte a la que fue condenado por haber colocado una bomba en la puerta de la Vanguardia, 1962.

uso sistemático de pisos particulares para hacer reuniones se encuentra en el hecho de que la organización local no experimentó el mismo crecimiento que sí se produjo en otras poblaciones como Sallent o Manresa. José Carrillo se refiere de la siguiente manera:

Primero hacíamos reuniones en pisos en Manresa y, más adelante, en Navarcles, aprovechando el local de la Sociedad Coral Armonía, que era una entidad de “Cors de Clavé” de antes de la guerra que continuó manteniéndose haciendo de sala cinematográfica. Había delante una persona que en su momento, cuando nosotros deberíamos tener dieciséis, diecisiete años, tenía muchas inquietudes, y a partir de ahí es donde nosotros montamos el Cine Forum. Este hombre se llamaba Valentí Monrós. No es que fuera de nuestra cuerda, pero era un hombre que abrió las puertas de la entidad. Primero ahí montamos el Cineclub y después hacíamos reuniones políticas. (Entrevista personal en Navarcels, 2008).

En cuanto a los encuentros del Comité Comarcal, solía aprovecharse la red presente en la ciudad de Manresa, como expone Rosario Ramos, los lugares de encuentro se elegían en función de criterios prácticos.

En las comarcales había gente de Cardona, de Sallent, de Súria, de Navarcles... Los de Sallent, los mineros, eran la gente que tenían más experiencia de lucha dentro de la mina, pero en movimiento organizado, poca experiencia había entonces.

Las reuniones empezamos a hacerlas en casas de gente. Venía una persona de cada pueblo. No todas se hacían aquí en Manresa, normalmente sí, porque, claro, la gente, el piso que tenía era el piso donde vivía, y por muy militante que fuera, puede que no estaba en condiciones de dejar el piso en el que vivía, en el comedor de casa también vivía su familia. Se prestaba más hacer la reunión en casa de gente o muy convencida o que tuviera una familia corta, una pareja y un hijo. No me imagino en casa del Aurelio o en casa del Torralbo, que también seguramente en momentos puntuales, pero claro, en un piso pequeño donde vive toda una familia dedicar un dormitorio para hacer una reunión... (Entrevista personal en Manresa, 2007).

Como militante de la organización en la Universidad de Barcelona y Manresa, Lluís Maruny nos proporciona un pequeño muestrario del uso diferencial de pisos y locales de encuentro según las tipologías de las reuniones, los apremios impuestos por el secreto y las cuestiones más eminentemente prácticas.

El tema de locales y lugares para encontrarnos en la universidad era fácil, relativamente fácil, porque claro había mucha gente y muchos tenían casas que estaban limpias -sin control por parte de la policía-, nadie habría sospechado que allí hubiera un nido de comunistas. Curiosamente, esto nos permitió a los militantes del PSUC conocer mansiones y pisos de lujo a punta pala en Barcelona, porque resultaba que el hijo del no sé quién, que era el ricatxo, vivía en la Bonanova o resultaba que tenía una masía. Yo recuerdo un tío con una masía enorme en medio de Barcelona, en Sant Andreu, los Brogi, el Moisés Brogi, el médico, pues su hijo era del PSUC, y allí teníamos que reunir muchas veces porque, claro, allí la policía no se lo habría pensado, que era un nido de comunistas... en casa de los Obiols también, del psiquiatra, con un piso en la Diagonal, con un dúplex ganado. Habíamos hecho muchas reuniones en casas de éstas.

En Manresa, en la residencia sacerdotal, no habíamos ido nunca. La residencia se reservaba mucho no para cosas de partido, sino para cosas de movimiento social. Claro, esto era muy diferente, CCOO, movimientos vecinales o cosas de estudiantes que pudiera haber, lo que era movimiento social ya era claro que se hacía en la residencia sacerdotal. Los militantes del partido iban pero no como militantes, sino en calidad de miembros de la asociación de vecinos, del grupo sindical o lo que fuera.

Las reuniones del PSUC las hacíamos donde podíamos, era una época en que la gente se empezaban a casar y tenían pisos, y mientras no se quemaban, pues nos reunían en casa de uno. Claro, éramos amigos, nos conocíamos de Arte Vivo, de Cineclub. Como teníamos relaciones, esto era fácil, siempre había la excusa de que habíamos quedado para tomar café, para charlar o para ver una • película. Las reuniones siempre las hicimos en casas particulares, nunca utilizamos locales públicos.

El piso de la calle Magnet, este piso mío, la habíamos utilizado mucho porque era céntrico, era el equivalente al piso este rico; no, de ricos no, porque era de alquiler y era de la Caja, pero quiero decir que el vecindario era un vecindario socialmente... El centro de la ciudad parecía que protegía más que meterte en una barriada donde hay más chismorreó. Claro, el Chup era más complicado porque todo el mundo sabía que ibas a hacer si

aparecías por allí y te veían con el Vizcaino. (Entrevista personal en la Bisbal de l'Empordà, 2007).

Aunque no es habitual, en poblaciones como Sallent, caracterizadas por núcleos urbanos de poca extensión y rodeadas por bosque y montaña, a veces, aprovechando las horas de noche, se habían utilizado estos espacios de oscuridad para hacer encuentros de grupo amplio. Manolo Díaz nos habla de esta variedad outdoor de los puntos de encuentro en el que la oscuridad, buena amiga del secreto, juega un papel principal.

Independientemente de las casas donde hacíamos las reuniones, también salíamos de noche al bosque a hacer reuniones cuando nos interesaba hacer una reunión amplia. Estas no eran tan frecuentes, ya procurábamos que fueran más espaciadas, porque, claro, tantos tíos juntos..., aunque cada uno iba por un sitio diferente. De todas formas, si nos enganchan allí 15 o 20, se va todo al borde. Normalmente estas reuniones las solíamos hacer en el puente del Vilar, en la mina, donde cargan los vagones ahora, allí hay un puente por donde pasa la acequia que en Manresa, pues allí nos reuníamos la mayoría de las veces, siempre de noche. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Cada reunión que se produjera, ya fuera de una célula como de un comité, iba acompañada de una serie de medidas de seguridad que variaban en función de las características del encuentro. En un lugar como Manresa, en tanto que los miembros formaban un grupo de amigos, lo más seguro era no utilizar medidas de seguridad, es decir, no dar pistas para la sospecha en caso de ser vigilado. Así, en las reuniones del Comité Local en Manresa:

Yo no sé si en un lugar como Barcelona la cosa debería ser diferente. Pero en un lugar como aquí en Manresa, que básicamente nos conocíamos todos, era inevitable. Si el grupo no era muy grande, en la medida en que tú tienes una relación de amistad normal, pues pasa más desapercibido que hay una relación política. A Art Viu éramos muchos, y cada uno era como era. Igual en el centro excursionista. Entonces esto hacía que tampoco fuera un problema desde un punto de vista de la seguridad. (Entrevista personal con Lluís Maruny en Manresa, 2008).

En cambio, en un pueblo más pequeño como Sallent, donde todo el mundo se conocía y fácilmente se podían identificar los movimientos de la gente, sí se aplicaban ciertas medidas de seguridad como las que nos describe José Antonio Hinojosa para el caso de las reuniones de célula.

Generalmente el que tenía el piso lo que hacía era que antes de que llegáramos se daba una vuelta. Y había habido veces que no nos habíamos podido reunir porque por lo que sea habías visto a la Guardia Civil o a algún personaje.

Si no se podía hacer la reunión, de alguna manera el que tenía el piso salía de su casa y se ponía en un sitio que sabía que por ahí íbamos viniendo y avisaba de que se suspendía la reunión. Generalmente, algo sospechoso podía ser que una pareja de la Guardia Civil estuviera en una esquina y a lo mejor nos estaba controlando. O que en un momento determinado viéramos a alguien que era forastero, que iba de paisano y que parecía ser una persona sospechosa, que podría ser un policía o algo. En Sallent también teníamos un grupo de la Guardia de Franco, que eran los confidentes de la policía. Los conocíamos a todos y generalmente ellos también empezaban a conocernos a nosotros. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Y para el caso de las reuniones del Comité Local, en la misma población:

Cuando se hacía una reunión del Comité Local unos cuantos nos quedábamos fuera dando una vuelta por el pueblo. Los bares cerraban a las doce o la una de la noche, entonces lo que hacíamos era ir a tomar algo para vigilar un poco qué pasaba, controlar la calle y tal. Cuando venía alguien de fuera las medidas eran más extremas, aunque con reuniones del Comité Local también tomábamos algunas. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Si encontramos una coincidencia a la hora de aplicar determinadas medidas de seguridad, ésta se produce cuando en la reunión participa un miembro de la organización que actúa como enlace, es decir, cuando participa alguien que viene de fuera. Medidas que se aplicarán de manera diferente en función de cada contexto, pero que en términos

generales pasan por poner en suspenso una parte del tiempo de contacto con el fin de observar la evolución de los acontecimientos. En Manresa:

A la hora de hacer una reunión siempre había medidas de seguridad. En el caso del contacto con Barcelona, este siempre llegaba un poco más tarde para asegurarnos de que estaba todo controlado, ya tenía que estar allí todo el mundo y lo que no estaba no entraba. Cuando las reuniones eran entre nosotros la cosa era bastante natural, entonces no te preocupes demasiado. (Entrevista personal en Manresa, 2008).

Y en Sallent:

Cuando venía alguien enviado por el Comité Central, éste o venía con super coche o el Traian, el dejaban y luego el volvían a Recoger. Entónces el teníamos que ir a buscar y lo llevábamos al Lugar Donde nos teníamos que reunir. Generalmente Cuando venía alguien de fuera el hacíamos o Donde el Pazos, en la Junta de cazadores o Donde el Díaz, en la barbería, que era más fácil de camuflar. Generalmente venía antes de que se abriès la barbería, se quedaba Dentro y luego a la hora de IRSE Había que controlar la salida. Durante la reunión siempre Había alguien Fuera Dando vueltas y Cuando veía algo Sospechoso avisaba. Claro, es que vivíamos en un pueblo y en un pueblo a determinadas horas de la noche.... (Entrevista personal en Sallent, 2008).

Los pisos particulares, sobre todo en épocas de gran actividad, quedaban cortos a la hora de mantener en continuo movimiento el drenaje de la organización clandestina. Los pisos comenzaban a ser sospechosos y la velocidad con que los acontecimientos y las informaciones corrían forzaban la búsqueda de nuevos espacios de relación que se encontraran al máximo de integrados dentro de la vida cotidiana de los militantes de la organización. En Manresa, por sus características demográficas, los pisos continuarían cumpliendo esta función con garantías. En una población como Navarcles, el volumen de la actividad se podía canalizar a través de los encuentros en Manresa y las que se realizaban en el Coro, pero en una población como Sallent, agitada constantemente por la organización, se ponía de manifiesto la necesidad de buscar nuevos espacios de encuentro con las coberturas necesarias para evitar su interceptación. Como nos describe José

Antonio Hinojosa para el caso de Sallent, un mundo paralelo • le instauró en el interior de las dinámicas cotidianas de las que participaba el conjunto de la población Sallentina.

El local de Jesús Pazo era un lugar bastante público, porque su mujer se dedicaba al transporte de mercancías. Hacía de mensajera aquí en Sallent, cogía el tren e iba a Barcelona. Justo en la entrada del local, en la esquina de la calle Nueva con la calle del Cuerpo, le decíamos “el control”, porque había una piedra en la pared y la gente se sentaba allí y el control era un lugar de muy tráfico de personas. La gente, siempre que tenía que ver a alguien, se juntaban allí a hablar de cualquier tema. Era donde la gente se encontraba y partía la charla. Se decía abiertamente: “quedamos en el control”, porque era el punto más céntrico del pueblo. Pues aquí había una cobertura porque era un lugar muy público y porque la mujer del Jesús Pazo hacía de mensajera del pueblo. El Jesús Pazo, que era del Comité Local, era cazador y la Junta de cazadores la tenían en este local, donde también trabajaba su mujer. Era un local de planta baja. Claro, el hecho de que nos reuniéramos muchos cazadores, con la cobertura, porque, claro, tienes que pensar que en aquella época hacer política antifranquista en un pueblo era muy complicado, porque la gente nos conocemos mucho. Y la gente, quieras o no, cuando entras o sales de una casa la gente lo comenta. Pues teníamos que tener excusas muy bien montadas. ¿Qué pasaba? La condición era que yo tenía que hacer socio de la sociedad de cazadores, Manuel Díaz también y Jesús Pazo ya era cazador de por sí. Al final también habíamos ido de caza. El Pazo ya le gustaba, a Manuel Díaz también, y yo también me incorporé a la caza. Me dejaron una escopeta de aquellas de calibre muy pequeño. Y luego, pues había algún otro que asistía que no era cazador, pero ya teníamos la cobertura que aquello era un lugar donde se discutía de caza y además era un lugar de mensajería, por tanto, entrar y salir era algo bastante normal. Hasta que al cabo de un tiempo comenzaron a sospechar que hacíamos algo más que ir a cazar.

(...)Había otros, porque las cosas se comienzan a complicar, porque resulta que muchas reuniones las hacíamos en domingo, o algunas reuniones eran un poco tarde. Entonces, en el local del Pazo también era un poco complicado, porque entrar a las diez de la noche y salir a las doce, claro, pensábamos que no siempre teníamos que utilizar ese local, porque se iba a ver demasiado, entonces cambiábamos y utilizábamos la barbería del Pedro Díaz. Allí utilizábamos un truco, nos metíamos en la barbería como si nos fuésemos a pelar. ¿Qué pasaba? Que cuando él cerraba nos quedábamos dentro. Y para salir el Pedro Díaz se ponía en la puerta, miraba a la calle y tal, e íbamos saliendo de uno en uno. Las reuniones las hacíamos en unos habitáculos que tenía detrás de la barbería.

De alguna manera siempre buscábamos una excusa. Las reuniones del Comité Local de las JJCC eran más fáciles de hacer que las de la gente mayor, porque nosotros siempre buscábamos una excusa. Si teníamos una excursión, pues entonces poníamos los papeles encima de la mesa. Nos habíamos reunido en mi casa, en casa del Genís Sabater, casi siempre en casas particulares. A los padres les decíamos una excusa, lo de la excursión o lo que fuera. También alguna vez habíamos ido a algún otro sitio, recuerdo una temporada que el Genís estaba en un grupo musical y también habíamos hecho algunas reuniones en el local donde ensayaban, en el Sindicato Vertical, donde en el piso de arriba habían dejado un local para ensayar, y luego él, como tenía la llave, pues nosotros íbamos y a la hora de cerrar pues se hacía un poco el ronso y nos quedábamos solos. (Entrevista personal en Sallent, 2008).

La clave se encuentra en que la actividad clandestina se solape con la misma actividad que ya se produce de por sí. Esta técnica de camuflaje se utilizó de manera persistente a lo largo de la lucha clandestina, y llegará a alcanzar cotas de una radicalidad sorprendente, como sería el caso de la mencionada Asamblea Fundacional de las Comisiones Obreras Juveniles de Catalunya, que se organizan desde de la comarca con un éxito rotundo, y en la que se concentran decenas de personas en un mismo punto.

Ya fuera en casa, simulando un encuentro de amigos, en el local de una entidad como si de una simple reunión de socios se tratara o con la más ingeniosa de las invenciones, el objetivo era claro: se trataba de utilizar coartadas convirtiendo la presencia de la organización clandestina en la comarca en un verdadero juego de sombras.

Ahora bien, la elección de estos lugares y sus usos para encuentros secretos no se originaron bajo el franquismo. El militante anarquista García Oliver remite a la hora de describir la situación de la CNT en enero de 1922 y la gama amplia de motivos por los que se encarcelaba un número tan elevado de compañeros. Uno de los motivos de la detención de libertarios se debía a que eran descubiertos en “reuniones clandestinas los sábados y domingos en playas recoletas o en las calvas de los bosques en Las Planas y Vallvidrera” (1978: 64).

Ángel Rozas hizo varias de estas reuniones en Olesa de Montserrat, simulando un día de pesca con otros compañeros. Tito Márquez participó en reuniones similares en forma de excursión en Aiguafreda. Durante el verano, García Tristany también participaba en encuentros clandestinos en la playa de Badalona. Allí donde se producían desplazamientos

y concentraciones habituales para actividades “inocentes” se encontraba un refugio perfecto incluso para asambleas más numerosas de lo habitual. En todos los casos había que jugar con la situación, presentándola con todos los aspectos formales de una actividad normal e inocua. Se trataba de mantenerse en todo momento en el papel de personas del todo ajenas a cualquier actividad que el Régimen considerara subversiva. Desaparecer de la vista, desvanecerse, no implicaba disimular ni esconderse, sino estar allí sin ofrecer ningún motivo de preocupación o inquietud a copresentes.

A veces el mantenimiento de este papel puede ser difícil o imposible. Las intenciones de un individuo que está solo durante el tiempo suficiente para levantar sospechas se cuestionan. Hay pocas situaciones más llamativas y indiscretas que una persona sola vagando por un lugar público, como una plaza, un trozo de acera o un parque. La figura del merodeador está asociada al delito o las malas intenciones y podría anunciar que un hecho reprochable está a punto de producirse. En estos casos, el militante clandestino que no tiene más remedio que permanecer a la espera en un determinado punto debe ofrecer indicativos corporales y de actitud que tranquilicen la atención de los observadores inmediatos, que sin duda no lo perderán de vista, pues ya lo han clasificado como un peligro potencial hasta que sus intenciones no queden del todo aclaradas. Hay que aclarar lo que resulta opaco, como las intenciones de alguien cuya presencia no parece responder a una finalidad clara. Cuando el papel ya no puede ser convincente se busca una representación dramática que haga apropiada la presencia de un desconocido rondando por un determinado lugar. Miguel Núñez nos cuenta que en citas que debían tener lugar en el Parc Güell a menudo se sentaba en los bancos con las niñeras que acudían con los cochecitos, como si estuvieran juntos. (En Rúa Fernández, 2003: 199). Un vínculo de unión aparentado daba la coartada de la presencia sospechosa de un solo hombre en un parque público; al mismo tiempo, el falso nexo suponía una barrera que evitaba la posibilidad de que se produjera una injerencia indiscreta que lo pudiera poner en riesgo.

Otras situaciones en las que el objetivo de no levantar sospechas fracasa y hay que ofrecer explicaciones verosímiles que restablezcan el aspecto de normalidad son las derivadas de la falta de formalidad de alguno de los convocados, lo que provoca una exposición excesiva e injustificada de las otras personas citadas, demostrando hasta qué punto es cierto y literal el principio -mencionado en todos los manuales de seguridad- que “la puntualidad es una virtud revolucionaria”. Este imperativo queda reflejado en todas las normas de seguridad impresas que circulan en ambientes clandestinos, como las que recoge

Rúa Fernández (2003). Encontramos prácticas y vivencias que se reconocen en diversos contextos de la lucha clandestina bajo el franquismo, y destaca el papel que tenía la discreción, lo que implicaba evitar permanecer en un lugar demasiado tiempo por culpa del retraso de un camarada. La solución ante una situación de alarma reclama recurrir a un signo de vinculación normal. Que el papel normal que se intenta adoptar no sea lo suficientemente convincente, que el puesto que se adopta chirríe en relación con el contexto, no depende tanto de las reacciones de los demás, sino del dominio sobre la propia apariencia, la validación del individuo como pertinente en su conducta pública.

Por otra parte, las reuniones de militantes eran actos ineludibles dentro del trabajo político en la clandestinidad, aunque suponían exponerse a los golpes policiales. El número de estas reuniones se multiplicó a partir de los años sesenta y setenta, cuando el PSUC percibió la oportunidad de pasar de ser una organización de vanguardia en un partido de masas. Esto significa que los métodos de las décadas anteriores, basados en las orientaciones difundidas a través de Radio España Independiente -la Pirenaica, la emisora del PCE y el PSUC- y en la transmisión de informaciones e instrucciones a través de papeles ciclostilados -un papel sustituía toda una entrevista-, comenzaron a perder protagonismo en beneficio del cara a cara entre los militantes. La explicación y el debate ganaron terreno en la consigna (Cebrián, 1997: 77).

El relativo relajamiento de la vigilancia policial en los últimos años del franquismo -a pesar de su trágica recta final en forma de asesinatos y condenas de muerte- permitió suavizar las medidas de seguridad en cuanto a las actividades clandestinas en el espacio público. Además de esta sensación generalizada de debilitamiento del Régimen, se produjo un aumento importantísimo en el número de militantes y de organizaciones secretas. Si durante un buen periodo de la dictadura el único marco organizativo suficientemente sólido -una vez desmantelada la resistencia de signo anarquista- era el PSUC, a mediados de los sesenta proliferaron los grupos y los grupúsculos derivados de la nueva izquierda, en un fenómeno de contestación a la ortodoxia comunista de alcance casi planetario. Es el momento de los grupos de signo maoísta -PCE (i), luego Partido del Trabajo, Bandera Roja, Movimiento Comunista, Estudiantes Marxistas-Leninistas, PCE (marxista-leninista), Organización Revolucionaria de Trabajadores...-, trotskista -Liga Comunista Revolucionaria, Partido Revolucionario Obrero Español- o independentista -Partit Socialista d'Alliberament Nacional-. Paralelamente se produjo una intensificación y generalización de lo que entonces se llamaba “acción de masas”, en el que los partidos

clandestinos se abrían a la propaganda directa a los puestos de trabajo y de estudio o en los barrios. Es el caso de la actividad cada vez más pública de los sindicatos obreros - esencialmente CCOO-, de las comisiones estudiantiles de facultad o de instituto o de un creciente movimiento vecinal. Todo este aumento de la actividad clandestina y semiclandestina dispuso de unos recursos que hasta no hacía mucho habrían sido considerados impensables.

Un ejemplo de la utilización clandestina de ciertos espacios semipúblicos como los bares nos la ofrece el bar Las Vegas, ubicado en el centro del pueblo de Sant Boi del Llobregat entre los años 1970 y 1981, cerca del ayuntamiento, en una zona de paso de los vecinos de la villa. La particularidad de este bar respecto de otros fue la suma de diferentes factores que contribuyeron a su tarea de colaboración en la lucha contra el Régimen franquista. Miguel González Mendoza, militante entonces de la Liga Comunista Revolucionaria, era el hijo de los dueños del bar y el cedía para que se hicieran reuniones clandestinas:

El bar, por su estructura física, era bueno para hacer reuniones camufladas, porque tenía el mostrador, un espacio con cinco o seis mesas y luego un pasillo. Detrás del pasillo había un comedor y después del comedor había una puerta que daba a un patio. En verano, en las mesas del patio, se podían hacer perfectamente reuniones disimulando que estaban tomando algo, porque normalmente ponían al vigilante en la primera estancia, de manera que si entraba el policía o el guardia civil, pues estos recorrían dos estancias para comunicárselo a los asistentes. Incluso detrás del patio había un lugar, al que llamábamos La Carbonería porque en el bar funcionaba una cocina que se llamaba económica que funcionaba con carbón, que era un buen sitio si se tenía que esconder algo. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 131).

El bar Las Vegas estaba regentado por una familia de inmigrantes extremeños, de clase trabajadora. Una pareja y su hijo. Gente sencilla y amable. El jefe de familia tenía problemas de salud, lo que requería el concurso de la mujer y el hijo para sacar adelante el negocio. Aún hoy en Sant Boi todos se conocen, pero ni mucho menos como hace treinta años. Entonces era una ciudad más pequeña y se hacía vida de pueblo, aunque la población venida de otros lugares del Estado no dejaba de aumentar. Muchos de estos inmigrantes que se establecían venían del mismo pueblo; por tanto, las redes vecinales y de ayuda eran

muy activas. Los lazos de comunidad eran los que contribuían a hacer la vista gorda, es decir, era posible que la policía, por lo menos en el ámbito local, supiera qué pasaba, pero que nunca llegara a actuar -más allá de ciertos momentos de tensión, y más en el bar, sino a fuera-, porque estaba concentrada en los coletazos de final del franquismo. El mismo informante creía que la situación familiar que la rodeaba despertaba un sentimiento de simpatía que se reflejaba en esta pasividad de las “fuerzas del orden” más cercanas:

La policía no se atrevía. En Sant Boi ya la policía nacional, la guardia civil, fascista y falangista, sabía cosas. La policía tampoco tenía ganas de complicarse mucho la vida, salvo que se lo ordenasen. Había los compañeros ya conocidos que cuando podían, los detenían. Cada vez que había una visita [...] no había una hostilidad de “están ahí reunidos, a por ellos”. Sobre todo porque se cuidaban las apariencias, y esto es importante, porque, si no, yo creo que no lo hubiesen dejado pasar nunca. Igual tampoco se hubiesen reunido ahí. Por ejemplo, cuando había alguien que no podía pagar la consumición, pues no pasaba nada. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 132).

Un factor que contribuyó que un espacio semipúblico como éste asumiera las funciones de refugio para actividades clandestinas durante el franquismo fue su disposición. En una primera sala estaba la barra y un par de mesas, seguidos de un pasillo estrecho que daba al comedor interior, y, después de este comedor, aún había un patio con La Carbonera y un pozo. Los militantes se reunían en el comedor interior, mientras que la pareja de la guardia civil, cuando hacía la ronda, se quedaban en la primera sala tomando su consumición, vestidos con sus impermeables, de pie en la barra, donde dejaban el tricornio. Los que podían provocar más inquietud eran los extraños, los forasteros desconocidos de los que nunca se sabía que se podía esperar. Estos individuos generaban tensión y desconfianza. Podían ser miembros de la Brigada Social, los temidos “sociales”. Si estas personas potencialmente peligrosas para la actividad clandestina llegaban, Miguel González y su madre procuraban tratarlos con cordialidad, pero mirando que ocuparan alguna de las tabletas del primer comedor.

A lo largo de un amplio periodo de años, en el bar se reunieron células de diferentes partidos. La apariencia que proyectaban era la de grupos de jóvenes tomando Coca-Cola u obreros haciendo la cerveza después de la jornada laboral. La pareja de la guardia civil hacía la ronda y tomaba algo. También había un parroquiano falangista, un hombre mayor que

sabía que el bar era un nido “de izquierdistas”, pero siempre hacía la copita allí. Se le consideraba inofensivo. Nunca hizo ningún comentario, excepto el día que vio unos ejemplares de *Mundo Obrero* y denunciarlo a la policía. No le hicieron caso. Era un bar económico y de ambiente amable, donde se podían tomar buenas tapas a buen precio, lo que explicaba la frecuentación de jóvenes y trabajadores.

Los militantes sabían que la tendencia política de los propietarios del bar Las Vegas garantizaba la seguridad de sus reuniones, aunque no era patente ni explícita. Los propietarios, los militantes, la policía..., todos los personajes que confluían en ese espacio tenían una idea de quién era quién y de qué relaciones se establecían entre los diferentes actores de la obra que cada día se representaba. Los clientes sabían que quien les servía eran los camareros y que el resto eran clientes como ellos. Que detrás el chico de la barra hubiera un resistente antifranquista y que los obreros sentados en la mesa fueran unos sindicalistas clandestinos era del todo irrelevante. La calidad de las tapas y la calidez del ambiente era lo que contaba para la mayoría de los clientes asiduos, incluyendo los policías del pueblo. Miguel González, el hijo de los propietarios del bar, lo recuerda:

Se reunían, básicamente por estar en el casco antiguo y estar dirigido por mi familia, que era inmigrante. Los demás bares del pueblo cerca del ayuntamiento, los de toda la vida, eran de gente que había ido a bien después de la guerra, por lo tanto se prestaban menos, a excepción del bar Pirret, donde se reunía básicamente gente de ERC y de signo más catalanista. Pero en aquella zona era el único bar que estaba regido por gente del sur de España y que eran de la Liga Comunista, incluso del FRAP y de las asociaciones de vecinos; eran extremeños, andaluces, en su gran mayoría. Había poco componente catalán; los dirigentes solían serlo, pero no se reunían en el bar. También había un componente de extremeños muy grande en el pueblo, y mis padres, al ser extremeños, también se conocían del pueblo, lo que en aquellos momentos se entendía como una garantía de que apoyaban la lucha. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 133).

La actividad militante en aquel bar, como en otras, era posible justamente por esta comedia donde sólo se mostraba una información seleccionada que a la vez escondía, bajo la apariencia de normalidad, todo un entramado de encuentros en secreto. Para llevar a buen puerto esta escenificación de normalidad, donde todos los actores tenían información, pero no el público, se hacían pequeñas acciones para disimular, como hablar de política

aparentando que se hablaba de la televisión. Miguel González recurría a la técnica de servir unas tapas o colocar el tablero del parchís en las mesas de los militantes jóvenes si entraba un desconocido o la pareja de guardias civiles, a fin de evitar la imagen sospechosa de personas reunidas en el entorno de una mesa vacía. Esta máscara conllevaba, aunque no fuera perceptible a los ojos del forastero o de quien no participaba en la obra, modificaciones, adaptaciones constantes, adecuaciones a la situación de aquellos que mantenían el secreto.

En estas células eran, dependiendo de cada partido, cuatro o cinco personas en cada reunión. A veces venían responsables de Cornellà y se reunían con los responsables de Sant Boi o incluso de Sant Vicenç dels Horts, sobre todo del PSUC. Pero en los partidos más denominados de extrema izquierda había más chicas y entonces disimulaban que eran un grupo de chicos y chicas que estaban tomando una coca-cola. Muchos de los del PSUC eran trabajadores de fábricas de Sant Boi. Normalmente se reunían los viernes por la tarde, y era como si hubieran acabado del trabajo y fueran a tomar la cerveza antes de empezar el fin de semana. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 134).

Los padres de Miguel eran los más conscientes de que ellos también asistían y participaban como actores de repertorio en una película. Veían gestos extraños, pero nunca tomaban parte activa. Ni tenían información profunda ni posibilidades de tenerla. Tampoco la buscaban ni se mostraban predispuestos a recibirla. Simplemente trataban de mantener en buen estado el atrezzo, contribuían a arreglar la puesta en escena para que fuera viva y real para cualquier conocido o desconocido o, como es obvio, para la misma policía, que, aunque intuía lo que realmente pasaba, no podía actuar mientras no fuera evidente.

Arriba teníamos la vivienda, y mi padre siempre estaba en la cama tumbado o dormido. Mi madre era conocedora de que ahí se reunía gente que no era de buen ver o que podía haber sido detenida por la policía, pero ella siempre dejaba hacer. Siempre que había un conflicto yo estaba por medio. Mi madre dejaba hacer, no se implicaba, pero también es cierto que cuando había problemas con la guardia civil entraba en algún momento, como cuando estaba lloviendo, que venían con esas capelinas antiguas que daba miedo verlos, o cuando estaban muy solos, escaqueados en una esquina reunidos. En general, mi madre iba rápidamente a la cocina y ponía unos platos a los militantes para simular que estaban

comiendo o que estaban tomando tapas, para darles más credibilidad. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 134).

Los bares eran un recurso frecuente de reuniones de pequeño formato. Algunos de los del centro de Barcelona se convirtieron en clásicos, como el Moka o el Núria, en la Rambla. También fue fundamental a la hora de convocar reuniones numerosas disponer de aulas y seminarios universitarios. Por ejemplo, los testigos entrevistados evocan reuniones de la Joventut Comunista de Catalunya en salas de estudio de ESADE, y Jiménez Losantos (1995: 27) alude a las reuniones que Bandera Roja organizaba en la Escola de Enginyers. De hecho, las asambleas en las facultades, las escuelas y los institutos de enseñanza media eran abiertamente legales y solían implicar la intervención de la policía, que, como se recuerda, tenía el visto bueno de las autoridades para irrumpir en los centros académicos así que podían “restablecer el orden”. La clausura era una medida habitual en muchos casos no se trataba de concentraciones de estudiantes para discutir iniciativas concretas, sino de reuniones de organizaciones clandestinas, que si eran descubiertas por la policía podían acarrear graves cargos penales -de reunión, asociación y propaganda ilegales- y que en determinados momentos -los de aplicación de la ley antiterrorista que entró en vigor en el verano de 1975- podían ser consideradas como “terroristas”.

Merece una mención especial el uso sistemático de parroquias y otras instalaciones religiosas, consecuencia del cambio de postura de una parte importante del clero a favor de una impugnación generalizada del sistema de poder franquista. Organizaciones obreras católicas como la HOAC o la JOC eran la concreción militante de este nuevo talante, que en el ámbito intelectual se expresaba en revistas como *Serra d'Or* o *Oriflama*. A este cambio de actitud de la Iglesia se añadió el del movimiento scout -a menudo de signo confesional-, que pronto se convirtió en un auténtico lugar de entrenamiento para futuros militantes políticos. Las reuniones en locales eclesiales -con la complicidad explícita o implícita de sus responsables- fueron generalizadas a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta. Hay que recordar que algunas de estas reuniones tuvieron un eco mediático y unos efectos políticos importantes, como la cerrada de intelectuales al monasterio de Montserrat en diciembre de 1970, en protesta por el consejo de guerra en Burgos contra los militantes de ETA, o la Caputxinada al convento de los padres capuchinos de Sarrià el 9 de marzo de 1966, convocada para fundar el Sindicato de Estudiantes.

De este episodio, Miquel Izard. Izard era en aquel momento militante del PSUC y profesor no numerario de la Universidad de Barcelona. Acude al lugar después de una cita previa de seguridad en la horchatería que hay delante de la facultad, en la misma plaza de la Universidad. Cuando están reunidos, llega la policía y rodea el edificio. Los atrapados en aquella ratonera deciden no atender las órdenes policiales de desalojar e identificarse y permanecen cerrados hasta el día 11 de marzo. En unas instalaciones pensadas para alojar doce monjes amontonan decenas de personas, que duermen como pueden y se alimentan de los bocadillos que los alumnos del Liceo Francés les lanzan desde el otro lado del muro que los separa. Allí se encuentran personajes que entonces o más tarde llegaron a alcanzar relieve en un campo u otro, como Salvador Espriu, Ernest Lluch, Oriol Bohigas, Maria Aurèlia Capmany, Antoni Tàpies, Jordi Solé-Tura, Manuel Sacristán, Mercè Sala, Josep Maria Trias de Bes... un buen número de ellos deberían de ser, con el tiempo, una parte fundamental de las nuevas clases dirigentes que heredaron el poder político y el prestigio cultural a partir del 1977. Los cerrados son finalmente obligados a salir y quedan detenidos a disposición de la policía política (Pons, 2007: 33-50).

En cuanto a las reuniones más restringidas, las informaciones facilitadas por militantes de enseñanza media de la primera mitad de los años setenta, relativas a sus organizaciones -fundamentalmente, JCC, PCE (i), LCR y BR- o a la Coordinadora de Batxillerat, apuntan el protocolo que garantizaba la seguridad, que esencialmente era siempre el mismo. Una cita previa a un lugar público relativamente cercano al lugar de la reunión, en la que una persona que conocía el local donde se produciría el encuentro pasaba a buscar un número a la fuerza discreto de asistentes. El circuito de locales parroquiales disponibles en Barcelona era bien amplio, y Manuel Delgado nos informaba de su actividad clandestina nos ofrecían una lista bien larga de puntos de referencia en la ciudad de Barcelona: Pompeia, en la Diagonal; San Gregori Taumaturg, cerca del Turo Parc; Sant Josep Oriol, en la calle de Villarroel; Crist Redemptor, en la avenida de la Verge de Montserrat; Mare de Déu de la Bonanova; Sant Andreu del Palomar, en Sant Andru; Santa Agnés, en Sant Gervasi, etc. (comunicación personal).

Algunas de estas reuniones en dependencias eclesiales han tenido reconocimiento como hechos históricos por su importancia para el movimiento antifranquista, como la fundación de Comisiones Obreras de Catalunya en la parroquia de Sant Medir, en Sants, en noviembre de 1964, o la ya mencionada Caputxinada. La actividad de la Asamblea de Catalunya es una prueba de este papel estratégico de la Iglesia y de sus locales, como lo

demuestran sus caídas sucesivas: la de su reunión constituyente, en la parroquia de Crist Rei en la plaza los Jardins de Elx, cerca de la Meridiana, frustrada por la policía en mayo de 1971; la más célebre, la de los ciento trece de Santa María Mitjancera, en la calle de Entença, en octubre de 1973, o la plenaria reunida en el convento de las Mares Escolàpies de Sabadell, en 1974, donde fueron detenidas sesenta y siete personas. Recordemos que los templos sirven también para hacer cerradas de protesta o para celebrar ceremonias fúnebres por las víctimas de la represión y son no pocas veces las iglesias y la salida de misa que se utilizan como punto de partida para manifestaciones populares, como pasa a la parroquia de Sant Pere y Sant Pau del Prat de Llobregat, lugar de arranque de la masiva marcha de protesta con que culmina la huelga general en el pueblo del 25 de septiembre de 1973 (Bengoechea y Renom, 1999: 247-255). Los funerales en memoria de Puig Antich con motivo de su ejecución en marzo de 1974 serían un ejemplo especialmente ilustrativo, aunque sea por la extensión que conocieron de punta a punta de todo el territorio catalán.

También en estos casos había una dramaturgia adecuada, una preparación de coartadas que justificaran la reunión de un número de personas que podía llegar a ser elevado. Convenía que todo el mundo tuviera siempre prevista y memorizada una coartada para ofrecer a la policía en caso de detención, pero también por si los responsables de la cesión del local -que no siempre tenían por qué estar al tanto de la verdadera naturaleza de la reunión- irrumpían de manera inopinada. Manuel Delgado, un militante del sector de bachilleres de Bandera Roja, luego de la Joventut Comunista, elogiaba la habilidad de la persona que tenía el turno de palabra en una asamblea de estudiantes que preparaban una huelga general en la enseñanza, en el otoño de 1973. El lugar de la reunión era el salón de actos de la parroquia de los Josepets, en la plaza de Lesseps, en el barrio barcelonés de Gràcia, a la que se había accedido a través de la agrupación de jóvenes de la parroquia para hacer un cine-foro. En un momento dado hizo acto de presencia el cura, seguramente para comprobar que no la habían engañado. El joven que estaba dirigiéndose entonces al auditorio tuvo suficiente agilidad para empezar a hablar de repente de Carl T. Dreyer y sus películas. Los presentes entendieron rápidamente la situación y fueron capaces de adaptarse a la comedia, que se acababa de iniciar. Varios asistentes pidieron la palabra para exponer su opinión a propósito del cine clásico danés y sus influencias religiosas. El cura acabó por irse, seguramente no muy convencido de que aquello fuera un auténtico cine-foro, sobre todo porque no sólo no se proyectaba ninguna película, sino que ni siquiera se había instalado la pantalla para la supuesta proyección (comunicación personal).

La anécdota es también representativa de otra coincidencia que sólo ahora puede parecer sorprendente. Se trata de la relación entre cine y lucha política, un vínculo íntimo que hacía compatible, e incluso mutuamente requerido, el activismo de extrema izquierda y el entusiasmo por el cine clásico, incluyendo el de Hollywood. La actividad de los cineforos era una verdadera tapadera porque al final se discutía más de política que de cine. Cualquiera persona que preste atención al ambiente antifranquista en Catalunya recordará un referente de los estudiantes antifranquistas: el Cine Club de la Escuela de Ingenieros Industriales y el Informe 35, que celebraba sus sesiones en un local de la calle de Balmes. Pero no eran sólo estudiantes antifranquistas quienes se reunían a salvo de las películas exhibidas en los cineclubs. En la comarca del Bages, en Sallent, el cineclub también era un punto de encuentro de la clase obrera más concienciada, como nos explicaba José Torralbo:

Como consecuencia de esta amistad, fuimos invitados a formar parte en la junta del cineclub, una entidad en la que participaban diferentes personas, desde luego todas jóvenes, y de un talante democrático; hoy todavía me acuerdo del nombre de muchos de ellos. Tanto Manolo como yo lo aceptamos, pues el objetivo de este grupo de jóvenes sallentinos no era solamente lúdico: en el fondo era una tribuna que permitía ver, escuchar y expresarse libremente sobre aspectos que afectaban a la actualidad del país.

En Sallent uno de los problemas que nos planteábamos era la falta de asociacionismo, a parte del impulsado por el cineclub y la revista, hoy *Esparvet*, que apuntaba también con tener una presencia pública. No existía ninguna otra organización, tal vez el FAES, que pudiera manifestar de una forma legal ningún tipo de reivindicación, no ya política, sino de tipo cultural o de convivencia ciudadana. La primera en aparecer fue la Asociación de Padres del Colegio de Torre Amat, iniciada por Manuel Díaz y otro grupo de padres de alumnos. El legalizarla me consta que ya le costó lo suyo, pues las autoridades franquistas veían los cuernos y el rabo de los comunistas en cualquier iniciativa de este tipo. La verdad es que en este caso no se equivocaban. (Entrevista personal en Sallent, junio del 2008).

Toda esta memoria de la resistencia antifranquista es la de una geografía secreta, hecha de coincidencias ocultas en lugares concertados de boca en boca, en lugares comunicados al oído o mediante códigos secretos, citas de seguridad en los lugares más inverosímiles, escondrijos, locales parroquiales, itinerarios complicados para acudir a un encuentro clandestino, reuniones en lugares llenos de gente como paradójica garantía de

discreción... A veces, los lugares habilitados tenían condiciones poco propicias para encuentros de larga duración, como aquel del que Antoni Batista recuerda que no tenía lavabo, lo que convirtió una reunión del Comité Central del PSUC en un calvario (Batista, 2016: 42). Esta percepción y este uso del espacio urbano en calidad de mapa furtivo se concreta en una serie de puntos y recorridos que sólo podían practicarse de manera oculta. El resultado: un plano arcano, hecho de puntos y singladuras entre puntos que conforman una topografía encubierta y soterrada, lo mismo que Derrida (1997b), relacionando lugar y secreto, encontraba como característico de las sociabilidades esotéricas.

La actividad clandestina contra el poder, bajo el franquismo, pero seguramente de igual manera bajo cualquiera de sus variedades, es lo que explica la inquietud que todo orden establecido experimenta hacia la tendencia natural que la vida urbana no deja nunca de mostrar hacia la opacidad, el enturbiamiento, que hace de ella a menudo una urdimbre indescifrable. El franquismo sabía lo que todo gobierno sabe: es imposible controlar plenamente una ciudad. Como mucho, se puede mantener absolutamente sometida durante los breves lapsos de tiempo en que se ha logrado vaciar la calle de sus usuarios, como ocurre en los toques de queda o en los estados de sitio. Esto no quiere decir que no se dispongan de formas panópticas de control y vigilancia. En este sentido hay que dar la razón a los teóricos que han denunciado la existencia de mecanismos destinados a no perder de vista la forma en que la sociedad urbana se hace y se deshace constantemente en las calles. Sucede sólo que estos dispositivos de control no tienen garantizado nunca su éxito total. Es más, bien podría decirse que fracasan una y otra vez, ya que no se aplican sobre una masa informe de peatones maleables y dóciles, totalmente diáfana, sino sobre elementos moleculares que han aprendido a desarrollar todo tipo de artimañas, que desarrollan una infinidad de mimetismos, que tienden a convertirse en opacos o fugarse a la mínima oportunidad. El Régimen franquista lo sabía, como lo sabían los regímenes que le precedieron y lo aprendieron enseguida los posteriores: toda ciudad es, en realidad, un laberinto secreto, un nido de conspiradores que acechan y actúan de sorpresa, esperando que llegue su día, el de liberar su ciudad de los malvados que lo ocupan.

K. EL ESPACIO PÚBLICO COMO EPIFANIA Y FETICHE

Por definición, el secreto está constituido por informaciones que quedan ocultas, escondidas, inaccesibles a la percepción y el juicio de los otros, que no las conocen ni deben conocerlas, y menos de aquellos que si esta información fuera revelada, podrían causar daño a los desenmascarados. Como en un juego bien peligroso, unos -los clandestinos y su secreto- esconden, mientras que los otros -la policía política y sus confidentes- tratan de descubrirlos para someterlos a castigo porque son y hacen lo que ocultan. Pero esta teórica opacidad, que ya hemos visto que era tal, tampoco puede ser absoluta, dado que el objetivo de los conjurados es modificar las condiciones del presente que viven, por lo que les es indispensable abandonar, aunque sea momentáneamente, sus escondrijos, dejar atrás el bache en el que se les condena. Se trata, pues, de emerger, y hacerlo en el sentido radical del término *emergere*, del latín *emergere* “salir de dentro”: surgir, brotar al exterior desde cualquier fondo, aparecer, revelarse, salir a la luz, hacerse visible lo que antes no lo era, sobresalir; emerger también designa una situación extrema e imprevista que provoca alarma ante un peligro grave para el contexto en que se produce.

Es en este sentido que podemos hablar del espacio público como epifania, precisamente para referirnos a la desproporción que encontramos entre el acto que se produce en él y aquello a lo que se accede a través del acto. Tal y como cuestionan Deleuze y Guatarí (cf. 1988) durante mucho tiempo los conceptos han sido utilizados para determinar lo que una cosa es en esencia, por el contrario lo que interesa desde la perspectiva que aquí se propone son las circunstancias de las cosas – ¿En qué caso? ¿Dónde y cuándo? ¿Cómo? El concepto debe decir el acontecimiento, no la esencia. Como el rostro, el espacio público es un producto, y no todas las sociedades lo producen, sino sólo aquellas que lo necesitan. ¿Por qué y en qué casos?

El rostro en sí mismo es una contingencia, el mágico encuentro de máscara y *ventana del alma*, uno de los secretos públicos mejor guardados primordiales para la vida cotidiana y lo mismo podría decirse para el caso del espacio público (cf. Delgado, 2011). Como nos señala Taussig (2010: 172-173) a propósito de los desenmascaramientos en los rituales de iniciación a partir de los trabajos realizados acerca de los selk'nam y los yámana en Tierra del Fuego (cf. Gusinde, 1982; Bridges, 2010 [1951]), la marca en el rostro de lo *negativo*, crea un centro de poderes mágicos a partir del cual “la esencia” del espíritu adquiere presencia, a

causa del desenmascaramiento. Para el caso del espacio público, que por definición, también es un terreno superficial, no en el sentido de “banal”, sino en el sentido de que sólo se ve lo que, digamos, flota, podemos hablar de él como una comarca de apariciones y de aparecidos, un ámbito de visibilización generalizada hecho para esta visibilización. Una visibilización que, como para el caso del desenmascaramiento en Tierra del Fuego, puede tomar el cariz de una transgresión, de lo *negativo* como centro de poderes mágicos.

Si bien el espacio público habitualmente es el escenario en el que los militantes clandestinos deben hacerse invisibles, es decir, inaccesibles como portadores de un secreto peligroso para aquel que manda y vigila, en determinadas ocasiones esta relación se invierte y de la invisibilidad se debe pasar -y, además, de forma súbita- a la máxima visualización. Durante buena parte del tiempo, el clandestino debe procurar no llamar la atención en ningún caso, pero es indispensable que, cuando proceda, la misma persona tenga que hacer exactamente lo contrario y gritar, sobre lo que hace y sobre lo que dice, captar toda la atención de los desconocidos que comparten eventualmente la calle o la plaza con él. En algunos momentos, es imprescindible que los luchadores clandestinos lleven a cabo acciones consistentes a irrumpir e interrumpir la supuesta normalidad reinante oficialmente, haciendo brotar, de improviso, una realidad hasta entonces oculta y en espera: la de la existencia de una oposición política al Régimen franquista. En esto consiste precisamente lo que la policía y los jueces llaman desorden público o alteración del orden público. Es muy significativo, con respecto al caso, que la jurisdicción política fuera representada por el TOP, el Tribunal de Orden Público, que explicitaba que los resistentes antifranquistas no eran culpables de tener una ideología prohibida, sino de expresarla; no de existir en la clandestinidad, sino de abandonarla.

Para el caso de la comarca del Bages, como hemos visto, la presencia de la organización clandestina en la comarca aparece -y desaparece- como un verdadero juego de sombras: algo que se ve a medias, que no se ve, pero que no está completamente oculto. Este hecho contrasta enormemente con la obsesión que el régimen experimentó hacia cualquier visibilización de desafecto hacia el régimen en el espacio público, como cuando en 1969 un grupo de vecinos de Sallent, sin militancia política, fueron juzgados en Madrid por el Tribunal de Orden Público, por haber realizado una lectura pública de los Derechos Humanos. De hecho, ni tan siquiera era necesario que tal visibilización tuviera un determinado contenido político, más de dos personas juntas se convertía en un motivo de sospecha, y no digamos cuando la congregación era mayor y podía alterar la ilusión de un

espacio público fluido y sin interrupciones. El testimonio de un policía de Manresa, Antonio Martos, nos da cuentas de hasta que punto lo importante no era lo que se sabía, sino lo que se veía:

La primera vez que se hicieron castillos⁵⁵ en la plaza del Ayuntamiento, fui a sacar la gente que había alrededor. Yo gritaba: “¡Fuera de aquí, fuera de aquí!”. Entonces, uno de la pandilla me dijo que eran los que hacían la piña. Me fui avergonzado.⁵⁶ (Regió 7, 11 de abril de 2007).⁵⁷

Cualquier transeúnte, a pesar de conocer los riesgos, podía desprenderse de su capa de anonimato para revelar su naturaleza -hasta entonces escondida- de enemigo del Régimen, aunque fuera como factor de desmentido del “no pasa nada” oficial. El beneficio de asumir el riesgo de verse las orejas es exiguo: a menudo sólo el testimonio de aquellos que han visto lo que ha pasado y lo explicarán a otros -la manifestación relámpago, la pintada visible unas cuantas horas, las hojas volantes dispersas...-; en el mejor de los casos, una breve gacetilla de pocas líneas en una página interior de algún periódico. En cambio, merece la pena, y los antifascistas se la jugaban para hacer incontestable su existencia. Se hace ostensible -y nunca mejor dicho- la función última del secreto y su transgresión: la producción de un conocimiento social, aunque éste sea un conocimiento negativo, fundamentado en el hecho de saber lo que no se debe saber. Y és esta cualidad del espacio público la que nos permite referirnos a él, como fetiche. Así como el secreto alcanza el estatus fetichista cuando se transforma en secreto público, siendo el causante la repetición de la transgresión -léase, *negación*- del secreto, lo mismo sucede para el caso del espacio público. El poder fetichista del espacio público, así como la lógica fetiche por excelencia, reside en la capacidad del éste para autoenmascararse gracias a su desenmascaramiento, revelar y ocultar, magnificar el misterio que yace no detrás de la máscara sino en el mero

55 El testimonio se refiere a la celebración tradicional dels castellers, la construcción de torres humanas en las que hay una base de un número importante de personas apiladas que se conoce como “piña” y que sirve para sostener las personas que subirán encima.

56 Entrevista publicada en el periódico Regió 7, con motivo de su jubilación después de 38 años de servicio.

57 Esta obsesión por el mantenimiento de un espacio público libre de cualquier interrupción, contrasta con la permisividad con la que se actuaba frente a la conocida presencia de la organización comunista en la comarca. Como se recordará, se ha puesto de manifiesto anteriormente que si algo no se permitía, no era que se hicieran cosas a escondidas, lo que no se permitía era que ese “a escondidas” no se enseñara.

acto de desenmascaramiento. Cuando se habla de la “energía” que circula por el espacio público, se hace referencia al poder fetichista de éste tal y como Karl Marx determinó para la mercancía o Guy Debord para los medios de comunicación. En este caso, la singularidad del poder fetichista del espacio público, recae en el hecho de que éste se produce/reproduce a partir de las sucesivas oleadas de revelación/ocultación que lejos de destruirlo, “le otorgan justicia”.

Así como el Régimen franquista se empeñaba en afirmar que la anomalía antifranquista era mentira, los antifranquistas prestaban atención en poner de manifiesto hasta qué punto era la normalidad franquista la que mentía. Es por ello que la dictadura experimenta una obsesión por la identificación del peatón, este desconocido que quizá “prepara alguna”, a fin de prevenir o evitar que protagonice cualquier emergencia indeseable en el espacio público, ya que todo él es una superficie que los poderes siempre querrían en calma.

La derrota acaecida en 1939 conllevó una transformación absoluta de la sociedad vencida. En cuanto a la legislación vigente hasta entonces, los ámbitos relacionados con el control del espacio público fueron objeto de una atención específica que profundizaba claramente los parámetros represores en base a los cuales se habían de juzgar, desde entonces, los usos de la calle. Este proceso se hizo, de entrada, mediante la promulgación de normativas excepcionales, como la Orden circular del 20 de julio de 1939, la cual conducía a los tribunales militares cualquier expresión pública de desafecto hacia el bando ganador en la Guerra Civil. Posteriormente, el Código de Justicia Militar de 1945, que permitía aplicar la jurisdicción militar a civiles, prolongó esta disposición hasta las postrimerías del franquismo, a través sobre todo del llamado Juzgado Militar Especial de espionaje y Otras Actividades. En la misma década de los cuarenta, el Decreto ley de definiciones y represión de Delitos de bandidaje y terrorismo, aprobado en abril de 1947, perseguir en términos verdaderamente obsesivos el derecho de usar la calle para expresar en él cualquier cosa que no fuera una adhesión sin fisuras a la dictadura. El artículo 2 de la revisión de esta ley, de septiembre de 1960, perseguía, hasta con la pena de muerte, “los que miedo cualquier medio se UNAN, conspiran o vuelven Parte en reuniones, conferencias o manifestaciones [...] que causan trastornos de orden público interior, conflictos internacionales o desprestigio del Estado”. La Ley de Orden Público de 1959, en su artículo 2, definía como actos contrarios al orden público “los que perturben o intentan perturbar la organización política establecida”; “Los que atentan a la unidad espiritual,

nacional, política o social de España”; “Los que alteran o intentan alterar la seguridad pública, lo normal Funcionamiento de los Servicios Públicos” o, naturalmente, “las manifestaciones y las reuniones públicas ilegales o que produzcan desordenes o violencias”. En julio del mismo año se dictó, igualmente, una ley mediante la cual se regulaban los estados de excepción en razón de las conductas clasificables como “gravas alteraciones del orden público”. Esta ley instauraba la censura de prensa, prolongaba indefinidamente el tiempo de las detenciones, permitía llevar a cabo registros de domicilios sin orden judicial e incluso obligaba a comunicar los cambios de domicilio -no está de más recordar la obligación de utilizar salvoconducto, durante la larga posguerra, para desplazarse por el interior de Barcelona o Barcelona hacia cualquier municipio de la rodalia-. Esta ley fue especialmente aplicada a los primeros meses de 1969, como consecuencia de los disturbios universitarios en Madrid y Barcelona, y en diciembre de 1970, sólo en el País Vasco, con motivo de la respuesta popular contra los juicios en Burgos contra militantes de ETA. En agosto de 1975 se declaró otro estado de excepción a través de la promulgación del Decreto ley sobre prevención del terrorismo, que penalizaba gravemente las actividades de “comunistas, anarquistas y terroristas”. Todas estas legislaciones especiales -y otros, como el título II del Código Penal sobre “los Delitos contra la seguridad interior del Estado” - fueron aplicadas, no sólo por la jurisdicción militar, sino también por una jurisdicción penal especial llamada Juzgado y Tribunal de Orden Público, creado en diciembre de 1963 (Águila, 2001; Solé, 2001; Tébar, 2010).

Un ejemplo podría resultar de lo más indicativo de la desazón de la dictadura por la posibilidad de que el espacio urbano fuera utilizado con fines consideradas subversivas. En 1972, la revista *Ejército*, una publicación de lo que en aquel momento era el Ministerio del Ejército, publicaba un dossier, distribuido en cuatro de sus números, titulado “Informe sobre Urbanismo y Seguridad”. La idea principal de este informe era considerar el espacio público como una amenaza latente permanentemente activada, por lo que hacía una serie de recomendaciones que completaban las leyes que ya limitaban por ellas mismas los derechos de expresión, reunión y manifestación. Algunas de las propuestas apuntadas sugerían “la conveniencia de que los polígonos o barrios destinados a las clases trabajadoras se hicieran separados del tejido compacto de la ciudad y tuvieran pocos accesos y relativamente anchos para facilitar la acción policial o militar. Otra propuesta era la de limitar los espacios de los bares para evitar que la gente se reuniera alrededor de las mesas, y autorizar solamente locales largos y estrechos donde fuera necesario estar de pie. La

ordenación de los espacios vacíos entre bloques estaba concebida de tal manera que no se hacía calle, con bajos comerciales que favorecieran la animación” (Borja, 2009: 85).

La preocupación por mantener una vigilancia totalitaria sobre el espacio público se tradujo bajo el franquismo en dos tipos de actuación a cargo de las fuerzas de seguridad, la finalidad era garantizar la descongestión automática y expeditiva de todo tráfico anómalo no autorizado. Estas maneras de desatascar, derivadas de una fobia a las condensaciones humanas como fuente potencial de peligro político -ya hemos hecho referencia al “¡No me formen grupos!” -, Se traducían en sendas órdenes verbales que la policía solía repetir con fines disuasorias y antes del recurso inmediato a la violencia. En ambos casos se explicitaba que la red viaria podía ser pensada en términos hidrostáticos. De las dos clases de actuación, la primera era la orden “¡Circulen!”, Que indicaba la prohibición de hacer reuniones que obtura o espesar el tráfico; la segunda actuación era el mandato ya aludido de “¡Disuélvanse!”, con el que se hacía patente la convicción de que toda tendencia al engrudo que un caudal urbano carente de control experimentara debía ser corregida por medio de una intervención desintegradora del grumo detectado. Sin embargo, la oposición franquista encontraba los medios para vencer la prohibición fulminante de ocupar el espacio público para fines no autorizados.

Huelga decir que, en la fase inmediatamente posterior al fin de la Guerra Civil, los actos ilegales en la calle eran impensables, salvo raras excepciones, el desencadenante de las cuales podría parecernos sorprendente como: la protesta de los estudiantes de bachillerato que se concentraron en el parque de la Ciutadella de Barcelona para pedir fiesta el día de Santa Llúcia de 1945; la protesta de mujeres contra las deficiencias en el racionamiento ante el Ajuntament de Sant Feliu de Guíxols, en 1945, o en Igualada al año siguiente, contra la acción de los agentes de Abastos; la manifestación de campesinos que se habían negado a pagar las contribuciones por las calles de Godall, en el Montsià, también en 1945; la manifestación contra el cierre de un lavadero público y la falta de agua en Sabadell en 1950, o contra el aumento de dos pesetas en la entrada del cine en Vic, 1955; las marchas de campesinos contra los proyectos de canalización en el campo en Balaguer, 1955, o contra los impuestos en Batea y Vilassar de Mar, en 1956. O como los cortejos que acompañaron los restos de Josep Santpere, el mismo 1939, o Josep Pous y Pagès, el 15 de febrero de 1952, que transcurre por la calle de Aragón y baja por el paseo de Gracia de Barcelona gritando “Franco no!”, “¡Libertad!” y “Visca Catalunya!”. No todas las movilizaciones fueron tan discretas. Hay que recordar que en aquellos momentos se produjeron algunos

estallidos importantes de descontento, como el de las huelgas generales que conocieron Manresa, en enero de 1946, y Mataró, dos meses después, en marzo.

El despótico dominio del espacio público fue frontalmente y masivamente desobedecido con motivo de la huelga de usuarios del tranvía que se vivió en Barcelona a partir del 1 de marzo de 1951, inicio de un proceso que culminó huelga general del día 12 de ese mismo mes (Fanés, 1977). La inmensa mayoría de la sociedad urbana encontró inaceptable el aumento del precio del billete y optó, siguiendo consignas anónimas, por boicotear los tranvías y hacer los desplazamientos a pie. La protesta consistió, de entrada, en ataques contra los vehículos de la Compañía de Tranvías, retomando así una vieja tradición que había hecho un objetivo prioritario que había que batir en los enfrentamientos urbanos, dado que su neutralización era capital para interrumpir la ciudad. La contestación de la sociedad civil, a la que se había negado la posibilidad de hacerse tangible mediante el uso dramático del espacio público, fue ponerse a andar, es decir, conducir a un nivel de máxima intensidad la fluidez urbana más elemental: la que pone en práctica el simple peatón.

El vulgar paseo, el ejercicio de la condición de transeúnte, se convertían, en efecto, en instrumentos de desacato y modalidades de insumisión pacífica. La gente se sonreía y se saludaba por la calle, feliz de conocer su propia hazaña. Manuel Altés recordaba la imagen de un guardia urbano de uniforme que era aplaudido por los transeúntes cuando lo veían caminar, como uno más, por la plaza de la Universidad. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 147). En las taquillas del trabajo o en los buzones de las casas aparecieron octavillas que habían sido depositados por manos anónimas y en los que se podía leer: “Si eres buen ciudadano, tira la piedra y esconde la mano”. En las Cortes, el domingo 4 de marzo, en una tarde lluviosa y fría, los tranvías vacíos esperaban la salida de la multitud que acababa de presenciar la victoria del Barça sobre el Santander por 2 a 0. Nadie los cogía, excepto los policías de paisano. Es por ello que, mucho más que los apedreamientos de tranvías, el arranque de las catenarias o los eventuales choques con la fuerza pública, la imagen de una multitud de ciudadanos marchando a pie fue lo que la memoria colectiva retuvo como la marca de un episodio irrepetible de épica urbana. El escenario, tanto de la protesta pacífica como de las escaramuzas, fueron los entornos del trazado de los raíles y de los tendidos eléctricos: Gran de Gràcia, Pelai, Muntaner, Aribau, Gran Vía, Paral·lel, Sants, Passeig Nacional... las mismas líneas que seguía el tranvía, que pasaban a ser, por un aceleramiento en la acción social, las vías por las que circulaba el conflicto. Algunas de esas protestas

desembocaban en concentraciones públicas importantes. Los estudiantes universitarios que apoyaban la huelga salían del edificio histórico de la plaza de la Universitat y circulaban por la calle de Pelai. Otros cogían la Gran Via -entonces avenida de José Antonio-, aunque pocas de aquellas manifestaciones espontáneas pasaban de la calle de Balmes o, como mucho, del paseo de Gracia, antes de ser atacadas por la policía. Uno de los días de huelga, los boicoteadores que bajaban aún de madrugada por la Via Laietana desde la Diagonal, colisionaron en la plaza de Antonio López con los grises, que cargaron contra ellos violentamente. Los tranvías fueron asaltados o apedreados: les arrancaron los soportes de las catenarias para dejarlos inservibles o bien los hicieron descarrilar para hacer barricadas, como ocurrió en las calles del Eixample: Nàpols, Sicília, Cerdenya, paseo de Sant Joan. Otros testigos recuerdan disturbios en Poble Sec y en la calle Nou de la Rambla, en la calle de Ferran y en la misma plaza de Santiago, donde alguien vio un coche ardiendo.

La importancia de la huelga de tranvías ha hecho olvidar que fue seguida por una gran huelga general. El 6 de marzo, el mismo día que se conocía el éxito de la huelga, con la restauración de las antiguas tarifas y la dimisión del alcalde, el barón de Terrades, una asamblea de dos mil enlaces sindicados se reunió en la sede del sindicato vertical franquista -Central Nacional de Sindicatos- de Via Laietana y, animada por el triunfo del boicot a los tranvías, convocó un paro general en contra de la carestía de la vida el día 12 de marzo. Aquella jornada, la protesta comenzó a las fábricas de Poblenou y se extendió hasta el centro de la ciudad, donde confluyeron miles de trabajadores. Los choques con la policía se reprodujeron por la ronda de San Antonio, la Rambla, la calle de Pelai, el Portal del Àngel, la Plaça de Catalunya, la plaza de la Universitat... Una manifestación de miles de personas bajó por la Via Laietana y se enfrentó a la policía a la altura de la prefectura. Desembocó en frente de Correos, donde la fuerza pública a caballo cargó con brutalidad y disparó contra los manifestantes. De resultados de la criminal respuesta policial murió una persona y otras fueron heridas de bala.

El testimonio del historiador Josep Fontana nos describe el ambiente que se vivía:

Por la mañana, desde el Poble Sec, cruzo toda la calle Nou, paso toda la calle Ferran, llego a la plaza de Sant Jaume y quedo impresionado porque hay un automóvil volcado ardiendo, bajo por Jaume I hacia la Via Laietana, y de allí vuelvo impresionado porque veo bajar una manifestación realmente numerosa [...]. En mi opinión, bajan cantando *La Internacional*. Recuerdo en la calle Ferran aquellos autocares largos que tenía la guardia civil, tirados a *toda*

pastilla para dividir a la gente. Y de aquella tarde también recuerdo, en mi barrio, un intento por grupos -imagino que de falangistas- de montar una manifestación con el lema “Franco sí, Alegría no”; es decir, intentaban dirigir el movimiento contra el gobernador civil. [...] Tenías la sensación de que en aquel momento la ciudad estaba desarmada e indefensa. [Las autoridades] habían sido cogidas totalmente por sorpresa y todo estaba abierto. Era un movimiento espontáneo, muy de abajo, que no tenía precedentes y que no se volvió a producir nunca más durante el franquismo. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 148-149).

Hay otros ejemplos de las contradicciones de la obsesión franquista de diluir cualquier concentración o cortejo de contenidos desafectos al Régimen. La primera actividad importante en la calle de la oposición al franquismo en Barcelona, después del gran estallido de marzo de 1951, seguramente fue la manifestación contra la invasión de Hungría por los soviéticos el 6 de noviembre de 1956, que acabó siendo una protesta contra el Régimen y desencadenó una serie de incidentes que culminaron con el cierre de la universidad al día siguiente, en un contexto marcado por la declaración del estado de excepción en febrero de ese mismo año, como respuesta contra los disturbios universitarios en Madrid. Ese día, una cincuentena de estudiantes que se habían concentrado previamente en el patio de la Universitat de Barcelona salieron a la calle gritando “¡Viva Hungría!” Y “¡Viva la libertad!”. Sólo consiguieron llegar hasta la calle de Balmes antes de ser disueltos por la policía. Al día siguiente, unos quinientos estudiantes se reunieron en el mismo lugar y motivaron un desalojo del recinto universitario dirigido por el mismo gobernador civil, Acedo Colunga, que inmediatamente ordenó la suspensión de las clases y el cierre de la Universitat de Barcelona (Colomer Calsina, 1978: I, 117 y 118).

El 14 de enero de 1957 se declaró en Barcelona la segunda huelga de tranvías, ampliamente secundada por la población. La lógica de la protesta imitó la desplegada seis años atrás: tuvieron lugar apedreamientos, arranques de catenarias, descarrilamientos... También hubo choques con la policía, algunos tan violentos como los que tuvieron lugar en el área del puente de Vallcarca, la plaza de Lesseps y la avenida de la República Argentina. En esta ocasión, sin embargo, el grueso del protagonismo hubo lugar a la oposición estudiantil, que protagonizó, el 21 de febrero de ese mismo año, los famosos Hechos del Paraninfo, la primera reunión pública y libre de la posguerra. Quien entonces era un estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, Miquel Izard, recuerda cómo fue todo. Los estudiantes en huelga invaden el rectorado, y las autoridades académicas llaman la policía, que pone cerco al edificio histórico de la Universidad de Barcelona, en pleno

centro de la ciudad. Hace acto de presencia el gobernador civil, Acedo Colunga, al que se conoce como “el carnicero de Asturias”. Los estudiantes quedan encerrados varias horas, rodeados por la fuerza pública, y se ven forzados incluso a improvisar dos urinarios -uno para chicos y otro para chicas- en un rincón del lugar. A las siete de la tarde los cerca de setecientos cerrados son obligados a salir de uno en uno mostrando su documentación. Es lo que les ha recomendado que hagan el profesor Martí de Riquer: es mejor que salgan a las buenas con el carnet en la mano, porque tarde o temprano tendrán que hacerlo, quién sabe si a las malas. Todos tuvieron que pagar fuertes multas y perdieron su matrícula en la universidad (Delgado, 2010: 65-68).

No es únicamente que la universidad, como institución, albergara el núcleo más activo de la resistencia contra Franco, sino que pasaba lo mismo en el ámbito puramente topográfico. Los edificios universitarios se convirtieron en auténticos bastiones del antifranquismo, en el que estudiantes y profesores podían establecer una especie de territorios liberados que a menudo eran acosados y asaltados por la policía y las bandas fascistas, y que convertían sus alrededores en escenario de protestas públicas, como ocurría en Pedralbes, en las proximidades de la Facultat de Medicina en la calle de Casanova o en la misma plaza de la Universitat. Quedó ya fijada, a lo largo de los años sesenta y la primera mitad de los años setenta, la imagen de los vehículos policiales permanentemente aparcados delante mismo del edificio histórico de la Universitat de Barcelona o en el campus de la Zona Universitària, con agentes uniformados o de paisano entrando y saliendo para disolver asambleas, perseguir estudiantes por el claustro, desalojar las aulas o, en un momento dado, instalarse en su interior a la manera de una auténtica fuerza de ocupación.

De hecho, la policía llega a ocupar de forma más o menos discreta moradas de la misma universidad, como cuando Miquel Izard descubre, al abrir una puerta de la Facultat de Filosofia y Lletres por error, que una sala del edificio está llena de grises uniformados. Se lo comunica a uno de sus profesores, José María Valverde, que hace saber al rectorado que no piensa impartir ninguna clase mientras la policía continúe al recinto. En cuanto a la temida policía secreta, los sociales, se la sabe instalada de manera permanente, como si fuera una especie de base de operaciones, en el Bar Estudiantil, en la acera de enfrente de la universidad. Allí incluso pueden departir con los estudiantes, sin darse cuenta de que algunos de ellos -como el mismo Izard- pueden ser militantes. Miguel cree recordar entre los “secretas” con quien a veces habla el mismo Creix el siniestro jefe de la Brigada Político Social en Barcelona (Delgado, 2010: 71).

Aquel edificio, la sede vieja de la Universidad de Barcelona, a unos cuantos pasos de la plaza de Catalunya, se convirtió en una especie de fortín desde dentro del cual se exterioriza las protestas a los peatones, como cuando a raíz de la segunda huelga de tranvías los estudiantes ocuparon la torre del edificio e hicieron sonar a rebato una campana, el 15 de enero de 1957. Este hecho, y el lanzamiento al exterior de una fotografía desgarrada de José Antonio Primo de Rivera, motivó el cierre de la universidad al día siguiente (Riquer, 1989). Esto mismo ocurrió el 17 de enero de 1969, cuando los estudiantes que habían invadido por la fuerza el rectorado de la plaza de la Universidad, defenestraron desde allí una bandera española y un retrato de Franco, con otra consecuencia aún más contundente: la declaración del estado de excepción en todo el territorio español. Las sedes universitarias fueron, a lo largo de la última fase del franquismo, una especie de baluarte o zona liberada desde la que, o en torno a la que -como si fuera un epicentro desde donde irradiaban fuerzas sociales transformadoras-, se escenificaba la resistencia contra la dictadura. Un asunto en principio estrictamente académico, como fue la designación en octubre de 1968 de Mario Pifarré como catedrático en la Facultat d'Econòmiques, desencadenó una serie de movilizaciones que implicaron la globalidad de las instalaciones de la Universitat de Barcelona y sus alrededores. Los cientos de estudiantes que llegaron desde el campus de Pedralbes o desde la plaza de la Universitat hasta la Facultat de Medicina (calle de Casanova) para celebrar una asamblea habían cogido autobuses y tranvías sin pagar -una práctica que en el futuro aconteció tradicional en las movilizaciones estudiantiles-, gritando consignas políticas y cantando canciones revolucionarias. Después de la asamblea, las personas reunidas se manifestaron por la calle Urgell y otras vías de aquella parte del Eixample, mientras otro grupo se enfrentó a pedradas con la policía desde la azotea del Hospital Clínic. El resultado: detenciones y encarcelamiento de manifestantes y cierre de varias facultades (Colomer y Calsina, 1978: II, 19-21). En 1972, los estudiantes que habían sido expulsados violentamente de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma, en el Hospital de Sant Pau, donde habían intentado hacer una asamblea contra la guerra de Indochina, se manifestaron contra Estados Unidos por la calle de Sant Antoni Maria Claret, bajaron por Lepant, siguieron por Còrsega, volviendo a bajar por Marina, en un movimiento de zigzag, hasta que se disolvieron en el paseo de Sant Joan, entonces del General Mola.

Visto lo que había pasado a raíz de las huelgas de tranvías de 1951 y de 1957, era evidente que el Régimen no tenía intenciones de hacer ninguna concesión a la calle para que sus opositores ejercieran la libertad de reunión y de expresión. Los tímidos ensayos

para hacerse presentes en el espacio público, para manifestarse pacíficamente, eran reprimidos por la policía con rapidez, no sólo con brutalidad, sino con un auténtico odio ante cualquier expresión de disidencia. Y esto aparte de la insignificancia de los protagonistas del intento.

Después de una larga etapa de silencio casi total, a partir de la segunda mitad de los años sesenta se produjo un resurgimiento de las movilizaciones populares antifranquistas, sobre todo como resultado de la aparición de un fuerte movimiento estudiantil en las universidades y los institutos y de la aparición de CCOO como elemento aglutinador de las protestas de los trabajadores. La irrupción en escena de un fuerte movimiento de barrios tampoco es ajena a este aumento de la actividad opositora en la calle. En el ámbito de las luchas sindicales, los primeros signos importantes están asociados con la solidaridad con los huelguistas asturianos en mayo y en diciembre de 1962 y en octubre de 1963, que llamaban “Asturias, sí; Franco, no” y cantaban “Asturias, patria querida”. Como consecuencia de los intentos de CC.OO. de salir a la superficie, miles de personas se concentraron ante el edificio de Sindicatos en la Via Laietana de Barcelona, el 23 de febrero de 1965 -apenas dos meses después de su asamblea fundadora en la parroquia de San Medir-, y en la plaza de Antonio López, en frente de Correos, el 24 de marzo de ese mismo año, en que fueron brutalmente disueltos por la policía franquista. Todas las convocatorias públicas realizadas desde las asambleas de enlaces sindicales, que pretendían usufructuar el aparato del sindicato vertical -la CNS-, fueron reprimidas con saña, como la del 27 de febrero de 1967 o alrededor del Primero de Mayo de 1968, con cientos de detenciones previas a las movilizaciones. La policía cargó violentamente y detuvo un buen número de manifestantes, con lo cual demostró la nula voluntad del Régimen franquista de aligerar el control político sobre los sectores disidentes de la población. Con las concentraciones obreras pasó lo mismo. La que se convocó en el barrio de Torre Baró de Barcelona el Primero de Mayo de 1967 -la primera en la que se vieron trabajadores de origen andaluz enarbolando banderas catalanas- fue rodeada por la policía, que hizo cincuenta y siete detenciones.

Alrededor de la Caputxinada -recordémoslo, el acto de fundación del Sindicat Democràtic d'Estudiants, el 9 de marzo de 1966- se produjeron diferentes manifestaciones que tuvieron lugar en la zona de Pedralbes y que llegaron a cortar el cruce de Balmes-Diagonal. Las manifestaciones estudiantiles que salieron de las facultades de Derecho y de Económicas intentaron ocupar la Diagonal, pero rara vez llegaron a la plaza de Francesc

Macià. (Entonces plaza de Calvo Sotelo). Como una especie de protocolo condenado a la frustración, los movimientos antifranquistas solían hacer las convocatorias a las ocho de la tarde en la plaza de Catalunya, donde la vigilancia policial hacía imposible cualquier expresión de protesta. El 3 de noviembre de 1970 se convocó una gran manifestación de protesta en la misma plaza, en el marco de una jornada de acción contra el encarecimiento de la vida ya favor de la amnistía -faltaba un mes para el inicio del proceso de Burgos, en el que el gobierno pidió diez penas de muerte para activistas de ETA. Antes de ese día se habían registrado mítines en las puertas de las fábricas, y los estudiantes universitarios y de enseñanza media hacían huelga. Se produjeron manifestaciones preparatorias para esa jornada de lucha en la rambla de Catalunya-Roselló, la avenida de Gaudí, la calle de Diputació-Balmes, la calle de Pelai, la Rambla de Canaletes, el Pla de Palau, la avenida del Paral·lel..., todas reprimidas rápidamente por la policía. En la misma plaza de Catalunya, la policía “limpió” las aceras del Banco de Bilbao y de El Corte Inglés, con el resultado de diferentes contusionados y detenidos. Otros manifestantes que acudieron a la convocatoria fueron disueltos por la policía en el paseo de Gràcia, en la Rambla, en la calle Rivadeneyra, en la plaza de Urquinaona. La prensa consignó unas cuatrocientas personas reunidas en la calle de Fontanella; en cambio, el órgano del PSUC apuntaba entre doce mil y quince mil participantes en la manifestación (*Treball*, noviembre de 1970). En este mismo marco de protestas por el consejo de guerra contra los militantes de ETA, el 28 de noviembre los manifestantes apedrearon la comisaría de la calle de Llúria. El día 30 se produjeron manifestaciones cerca del local del Price. (En la calle de Casanova, hoy desaparecido), en la ronda de San Antoni y también en la plaza Molina. Uno de los conciertos del festival de música progresiva que se celebró en el Salón Iris, en diciembre de 1970, terminó con manifestaciones por las calles del Eixample, y el resto de las actuaciones fueron suspendidas por la autoridad gubernativa.

Esta vindicación casi inviable del centro urbano se repitió en diferentes circunstancias. En la capital catalana, la primera *catalunyada*, protesta civil celebrada en la plaza de Catalunya, se convocó con motivo del Primero de Mayo de 1968 (Fabre y Huertas, 1979). Hubo otros: los Primeros de Mayo posteriores; las movilizaciones por el juicio de Burgos contra militantes de ETA en diciembre de 1970, contra la reforma educativa de Villar Palasí, que culminó el 14 de febrero de 1972, y contra la situación general del 1 de marzo y el 28 de mayo de 1972. El 23 y el 29 de octubre de 1971 se convocaron concentraciones a las ocho de la tarde, según consta en una hoja volante de la Coordinadora Local de Comissions Obreres de Barcelona, ”para manifestarnos contra el

Gobierno, contra la carestía de la vida, por salarios dignos. Abajo la dictadura, abajo la explotación, unidos venceremos”. Las cercanías del cruce de la ronda de San Pere y la calle de Trafalgar, cerca de donde se levanta el monumento a Rafael Casanova, fue ocupada algún Onze de Setembre, como el del 1964 (Farrés, 1977). Las manifestaciones en el Eixample eran raras y solían producirse -lo acabamos de señalar- en las cercanías del edificio central de la Universitat de Barcelona o de la Facultat de Medicina, como ocurrió en diciembre de 1970, en la que los cortes de tráfico debido a las manifestaciones estudiantiles contra las penas de muerte en Burgos llegaron a interrumpir la Gran Via en algunas ocasiones. Las diferentes convocatorias de jornadas de lucha estudiantiles, obreras o políticas fueron preparadas por una febril actividad de los grupos de oposición, que se multiplicaron con el lanzamiento de octavillas, pintadas y manifestaciones. Pongamos por caso el último año de vida de Franco, en 1975: los días 9, 10 y 11 de enero, o los días 2, 3 y 4 de julio, se produjeron todo tipo de acciones de protesta por toda la ciudad, con las consiguientes detenciones policiales.

Un buen número de las manifestaciones estudiantiles de los años sesenta -a partir de las convocadas en solidaridad con los mineros asturianos 1962 y 1963- salían de la plaza de la Universitat, enfilaban la calle de Pelai y la Gran Via y eran disueltas violentamente por la policía antes de llegar a la plaza de Catalunya o el paseo de Gracia, respectivamente. Este itinerario ya había sido seguido antes, con motivo de las huelgas de tranvías de 1951 y 1957 y de protestas tan diversas como la de la campaña pro obispos catalanes o contra Luis de Galinsoga y *La Vanguardia Española* en invierno del 1959-1960. Durante las jornadas de lucha estudiantil de febrero de 1962, los estudiantes se manifestaron -en un número que llegó a ser de dos mil en algunos casos- por la calle de Pelai, la plaza de Catalunya, el paseo de Gràcia, Gran Via, la Rambla de Catalunya (Colomer y Calsina, 1978: I, 170). El 18 de marzo de 1965, en un ambiente de agitación universitaria, los estudiantes se concentraron en el cruce del paseo de Gràcia con Casp para protestar por el estado de los comedores del SEU, que estaban situados allí mismo. La policía los disolvió estrenando sus nuevos equipamientos antidisturbios: cascos, gases lacrimógenos, etc. Pocos días después, el 26, la caballería policial cargó contra los casi cuatro mil estudiantes concentrados a las puertas de la Escuela Industrial, en la calle del Compte d’Urgell. La histórica manifestación del Onze de Setembre de 1968 -que fue el resultado de un pacto entre el Sindicat d’Estudiants y Comissions Obreres, y que expresa el triunfo de las tesis más sensibles a las reclamaciones nacionales de Catalunya- reunió varios centenares de personas que se encontraban a la altura del cine Tívoli, enfilaron la calle de Casp y bajaron por Girona hasta el punto donde

se había erigido el monumento a Rafael Casanova, donde la policía cargó contra los manifestantes y practicó varias detenciones.

Algunas manifestaciones del Primer de Maig en Barcelona llegaron a ocupar el Eixample, como ocurrió en 1972, en el que se produjeron manifestaciones animadas por la convicción de que era inminente una huelga general en el país: por la mañana, las calles de Londres, Aribau, la Via Augusta...; por la tarde, la calle de Sicília e incluso el mismo paseo de Gràcia. El año siguiente, dos mil personas se manifestaron el 27 de abril en la avenida de Gaudí. En algunas ocasiones, un exceso injustificado de confianza provocó que los manifestantes planificaran movimientos de confluencia desde los barrios obreros hacia el centro urbano. El Primer de Maig del 1968 se convocaron concentraciones a la salida del metro de Marina, en Collblanc y en Virrei Amat (Colomer y Calsina, 1978: I, 303-304). En teoría, las marchas debían confluir en la plaza de Catalunya en un gran acto de protesta. Huelga decir que estas manifestaciones que pretendían impregnar una buena parte de la trama urbana no se llegaron a producir nunca, al menos en la capital catalana. Otra cosa sería en ciudades más pequeñas, donde a finales del franquismo ya hubo movilizaciones en el que el conjunto de plazas, avenidas y calles quedaron afectados, como fue el caso, por ejemplo, de las huelgas generales que conoció Cornellà de Llobregat de manera casi consecutiva: en julio de 1974, en solidaridad con las huelgas de Elsa y de Solvay; contra la carestía de la vida, en diciembre del mismo año, y para apoyar la huelga de Laforsa, a principios del 1976 (Riera y Botella, 1976), o en Manresa, cuando el verano de 1976, después de la caída del aparato de propaganda del PSUC, y de varios meses de ocultación absoluta de sus dirigentes, estos regresaron a cara descubierta para realizar un mitin en Manresa, siendo recibidos por centenares de personas en la estación de trenes de la ciudad. Hubo que esperar casi nueve años para que las convocatorias a favor de la amnistía y la restauración del Estatut de Autonomía de febrero de 1976 en Barcelona llevaran a las últimas consecuencias esta voluntad de comprometer buena parte de la trama urbana en un acto de protesta general contra el franquismo.

Sólo un movimiento obrero cada vez más fortalecido fue capaz de contrariar frontalmente el control del gobierno sobre el espacio público, y de hacerlo, además, en el centro mismo de Barcelona. Manuel Delgado recuerda cómo, en la primera mitad de los setenta, CCOO es consciente de que en cualquier jornada de protesta que se convoque es estratégico el papel que deben hacer los empleados de banca, justo por la proximidad de sus oficinas principales en el paseo de Gràcia y la plaza de Catalunya, y por la repercusión

que tiene conseguir hacerse presentes en el centro de Barcelona. La gran huelga de los empleados de banca en enero de 1976 fue la prueba (comunicación personal).

Otro episodio también puso de manifiesto la importancia de hacerse presentes en el centro de Barcelona y como la clase obrera era a quien se le podía confiar esta misión. Seguros de sí mismos, temidos por la policía por su reputación de poca pusilanimidad, seis mil obreros de SEAT ocuparon el centro de la plaza de Catalunya para hacer una asamblea el 9 de noviembre de 1971, en el marco de una huelga en el transcurso de la cual la empresa había declarado el lock-out, la policía había desalojado violentamente la factoría en la Zona Franca -el 18 de octubre- y un trabajador -Antonio Ruiz Villalba- había sido muerto a tiros por la policía.⁵⁸ La lucha de los obreros de SEAT y el asesinato de uno de ellos ya había motivado manifestaciones solidarias en las calles de Barcelona. El 29 de octubre se había declarado una jornada de lucha en el que se registraron manifestaciones en la Rambla, en la calle de Balmes y el Paral·lel (Colomer y Calsina, 1978: II, 73). El 9 de noviembre, esa multitud de trabajadores, todos vestidos con sus monos de trabajo, daban un aspecto impresionante en la plaza de Catalunya.⁵⁹ Los grises, que estaban concentrados al final de la Via Laietana, rodearon los reunidos y les conminaron a dispersarse. En vez de obedecer la orden, los huelguistas decidieron trasladarse a los alrededores de la plaza de toros Monumental para continuar discutiendo el documento que debían aprobar y hacerlo en grupos más pequeños que circularon por el paseo de Gracia, la calle de Pelai, la plaza de la Universitat, la plaza de Urquinaona... fue en estos puntos donde la policía cargó contra los trabajadores con una enorme fuerza. La insólita ocupación masiva del centro urbano quedó finalmente disuelta, pero quedó patente hasta qué punto era vulnerable del imperio que el Régimen creía que ejercía sobre una ciudad que aprovechaba la mínima oportunidad para demostrarle su desafección.

Sin embargo, este episodio es una excepción, como lo es, por poner otro ejemplo, el hecho de que los trabajadores de La Seda de El Prat ocuparan durante horas medio kilómetro de la autovía de Castelldefels con motivo del conflicto que se declaró en mayo de 1962 (Gómez Anglada, 2010: 15). Estas exposiciones masivas y duraderas son poco usuales, por el riesgo que implican no sólo de represión, sino sobre todo de detención y

⁵⁸ El testimonio personal de Consuelo Moreno sobre el empleo de la factoría de SEAT en la Zona Franca por los trabajadores y la brutal irrupción de la policía para expulsar a los huelguistas fue recogida en una obra sobre la historia oral de mujeres sindicalistas catalanas durante el época franquista (Villar, 2000: 85).

⁵⁹ Antoni Batista recoge el testimonio de un líder sindical de la SEAT de entonces, Silvestre Gilaberte (1995: 178-179).

procesamiento, dado que manifestarse es un delito, aparte de que la policía intuya -como veremos más adelante- que el detenido es portador potencial de una información preciosa sobre una organización sindical o política clandestina.

En la práctica, únicamente los barrios con calles intrincadas y estrechas que permitían una dispersión rápida de los manifestantes hicieron posible hasta el fin de la dictadura las apropiaciones de protesta del espacio público. Había que escoger zonas suficientemente apretadas y porosas para permitir la rápida absorción de las personas congregadas en la hora de la fuga y dificultar el acceso de los vehículos de la policía. Los puntos de partida y los itinerarios eran iterativos, a partir de la permeabilidad de los territorios adyacentes: la ronda de San Antonio y la plaza de Goya permitían “perderser” rápidamente por lo que hoy se conoce como el Raval Nord; en la intrincada estructura del barrio de Horta, la calle de Tajo y la plaza de Eivissa eran una alternativa. Muchas manifestaciones del Primer de Maig partían de la plaza de Lluçmajor y enfilaban hacia la Via Júlia (Verdum), la calle de Vallespir (Sants) y el final de la calle de Còrsega (Camp de l’Arpa). Y algo por el estilo se podría decir de la calle Tuset, Travessera de Gràcia o el trozo de la Diagonal que hay entre el Cinc d’Oros y la Via Augusta, que permitían que las calles de Gràcia o de la parte baja de Sant Gervasi sirvieran para que los manifestantes desaparecieran. La calle Gran de Gràcia fue especialmente adecuada para este tipo de acciones de protesta rápida, como la que tuvo lugar con motivo de la gran huelga que afectó a todos los sectores de la enseñanza contra la reforma educativa de Villar Palasí, la mañana del 14 de febrero de 1972.

Los alrededores de la Rambla son una excepción en esta predilección por tramas enredadas. Demasiado policía pululando por una zona caliente de la ciudad, con demasiados turistas, y en la que desembocan las calles de mala reputación y, por tanto, siempre vigilados. Sin embargo, los estudiantes de la huelga general del 23 de abril de 1966 usaron la Rambla, como lo hicieron los que protestaban por el juicio de los sindicalistas del Procés 1001 -Camacho, Sartorius, Saborido, Soto...-, la tarde del 20 de noviembre de 1973, horas después del asesinato de Luis Carrero Blanco en Madrid, o contra los juicios de Burgos, en diciembre de 1970. La parte alta, a la altura de Canaletes, fue poco utilizada, salvo manifestaciones como la de protesta contra el fusilamiento de Julián Grimau, en 1962, o algunas contra la guerra del Vietnam, a principios de los años setenta. El 17 de noviembre de 1974, la policía detuvo un grupo de manifestantes que bajaban Rambla abajo, según el sumario que se les abrió, “Dando gritos de “asesinos y criminales” dirigidos a la Fuerza Pública” (Solé, 2001: 240). El Cinc d’Oros, en dirección hacia la actual plaza de

Francesc Macià, y con las calles de Gràcia como punto de fuga, fue el escenario de manifestaciones, algunas tan importantes como la que reunió casi tres mil obreros y estudiantes en protesta contra la represión y por el referéndum que se preparaba el 7 de diciembre de 1966. A lo largo de la semana de protesta del 22 al 29 de marzo de 1967, los bachilleres se manifestaron: el 22, en la calle de Aribau -Mallorca, en la calle de València-Rambla Catalunya y la Rambla del Prat; el 23, a la salida del Palau de la Música; el 27, en la calle de Aribau-Mallorca, por las calles del Poblenou y de San Andreu.

Fueron pocas las oportunidades en las que manifestaciones de protesta no autorizadas -de hecho ninguna lo era- pudieran desarrollarse de manera pacífica y sin que apareciera la Policía Armada para disolverlas violentamente. Un caso podría ser el de la marcha de mujeres por la calle del Mar de Badalona, el 28 de septiembre de 1966, para protestar contra el polvillo negro que emitía la central térmica Badalona². En aquella oportunidad incluso el alcalde de la ciudad recibió una comisión de manifestantes. Fuera de estas raras excepciones, la protesta debía emplear siempre la estrategia de la manifestación relámpago. En Barcelona, el 30 de abril, doscientas personas se manifestaron en la ronda de Sant Pau-Aldana y muchas más bajaron en comitiva de protesta por la Rambla. La policía cargó contra ellas y se produjeron fuertes enfrentamientos en la zona (calles de Ferran, Banys Nous, Boqueria, Portaferrissa). El Primer de Maig de 1971 hubo una manifestación relámpago en la calle Cadí. Los padres de alumnos que se movilizaron a favor de la enseñanza gratuita, convocados por las comisiones de barrio el primero de marzo de 1973, usaron la plaza de Eivissa, la calle de la Mare de Déu de Montserrat o el cruce Rogent-València. Como consecuencia del asesinato de Manuel Fernández Márquez, trabajador de las obras de la central térmica del Besòs, el 3 de marzo de 1973, los días siguientes se produjeron manifestaciones relámpago en diferentes puntos de Barcelona. Por ejemplo, al día siguiente, a las siete de la tarde, hubo un salto que arrancó del paseo de Maragall y rozó el Camp de l'Arpa hasta el cruce de la calle de Còrsega-Dos de Maig. Por la mañana del día 5, otra de estas manifestaciones instantáneas bajó por la calle del Capità Arenas.

El formato de la manifestación repentina -invasión fugaz e imprevisible de la calzada; disolución no menos rápida de los reunidos por las calles del alrededor- se ensayó en otras ciudades catalanas. En Sabadell, la primera fue el 28 de septiembre de 1968, cuando grupos que el alcalde de la ciudad, José Burrull, presentó como constituidos de “mozalbetes, algunos de ellos barbudos”, aparecieron y desaparecieron en pocos minutos por los calles y las plazas de la ciudad vallesana, como protesta por una carga de la policía contra unos

vecinos de la barriada de Ca n'Oriac que reclamaban mejoras en la escuela pública. Eran un centenar en cada una de estas apariciones instantáneas en puntos que la policía armada no podía prever y que desaparecían antes de que llegara (Domènech, 2002: 112-113).

Entre estas apropiaciones insolentes del espacio urbano barcelonés que se producen en la última década del franquismo, suele destacarse la manifestación de curas del 11 de mayo del 1966 (Crexell, 1992; Batista, 1995: 189-200). Ese día un grupo de menos de un centenar de religiosos y sacerdotes, vestidos con sotana, se concentraron en el claustro de la catedral para entregar al arzobispo de Barcelona un documento denunciando las torturas a que había sido sometido a un estudiante por la Brigada Político Social. Luego, hacia la una de la tarde, emprendieron juntos un recorrido breve desde la plaza Nova, por la calle del Doctor Joaquim Pou, hasta las puertas de la Jefatura Superior de Policía, para entregar la carta al tristemente conocido “social” Antonio Juan Creix, al que dicen que el poeta Joan Oliver, mientras era golpeado por este mórbido personaje, osó espetar un arriesgado “Crece, pero no te multipliques”. La marcha debía terminar con una oración conjunta en la parroquia de San Francesc de Paula, a unos cuantos metros del siniestro edificio de la Via Laietana. Como es bien conocido, los manifestantes fueron golpeados delante mismo de la jefatura por la policía, que los fue siguiendo por las aceras de la Via Laietana sin dejar nunca de ultrajar los mismos. La agresión policial alcanzó el nivel máximo de ensañamiento y de crueldad cuando los curas intentaron disolverse por las callejuelas del barrio de Sant Pere - San Francesc, Ramón Mas- o por el Eixample -Casp, Urquinaona, Llúria-. El grueso del grupo logró refugiarse en los Jesuitas de la calle de Casp.⁶⁰

No fue ésta la única oportunidad en que miembros del clero fueron vistos protestando en la calle contra situaciones vividas como inaceptables. Poco antes de la mencionada convocatoria de jornada de lucha obrera en Terrassa del 27 de octubre de

60 El apoyo de la Iglesia en la denuncia de la práctica de la tortura por parte de la policía política tuvo otras expresiones. Miquel Izard forma parte de la delegación que obtiene una entrevista personal con Gregorio Modrego para que intervenga en relación con los malos tratos que ha sufrido Isidor Boix, prometido de su compañera de clase Rosa Maria Borràs. A raíz del encuentro, arrancan del entonces arzobispo de Barcelona el compromiso de hacer alguna gestión. A partir de la segunda mitad de los años sesenta se produce una vitalización generalizada de las movilizaciones antifranquistas, en buena medida como resultado de la consolidación de este fuerte movimiento universitario del cual Izard forma parte y que era el vehículo a través del cual se incorporaban a la lucha contra la dictadura sectores representativos de la burguesía y de la Iglesia catalanas, presentes en las organizaciones estudiantiles, no pocos de los componentes de las que proceden de algunas de las “buenas familias” de Barcelona o están vinculadas de una modo u otro al estamento eclesial, si no pertenecen. Izard refiere que una buena parte de los estudiantes y las estudiantes en la Facultat de Filosofia y Lletres de la Universitat de Barcelona eran curas o monjas que deseaban obtener un título que les permitiera regularizar su trabajo como enseñantes en colegios religiosos. (En Delgado, 2010: 85).

1967, varios sacerdotes llegaron a la conclusión de que su apoyo a las luchas obreras no podía limitarse a ceder locales parroquiales o decir misas contra la represión. Decidieron sumarse a la marcha convocada, y tres de ellos fueron detenidos por la policía. Con motivo del Primer de Maig, el año 1967, la detención días atrás de los máximos dirigentes obreros de Sabadell animó a los sacerdotes de las barriadas de la ciudad -Termes, Campoamor, Can n'Oriac, Torre-Romeu, Can Rull- a encabezar la manifestación que había convocado CC.OO., e hicieron, además, la pancarta de cabecera. Todo ellos fueron igualmente arrestados (Domènech, 2008: 203).

La obcecación franquista por impedir a toda costa la libertad de expresión podía tener expresiones grotescas. El 27 de julio de 1974, una señora de sesenta y un años que se encontraba en el mercado del Gornal, en l'Hospitalet, recogió del suelo unos papeles firmados por el Movimiento Comunista de España. Fue detenida y procesada por propaganda ilegal. El 12 de febrero de 1968, un viajante de comercio se emborrachó en un bar en la calle Villarroel de Barcelona. Cuando el sereno lo echó, comenzó a gritar, entre otras cosas, “que se pasaba al Jefe del Estado por debajo de los cojones y que el Régimen actual era una mierda”. Esto le supuso un juicio al TOP en que lo condenaron a un año de prisión por injurias al jefe de Estado (Tébar, 2010: 14), un delito que, por cierto, sigue vigente y ha implicado también penas de prisión para personas acusadas de insultar al rey. Manuel Delgado, entonces de las JCC, cuenta que, en septiembre de 1975, coincidió en su galería en la Modelo con unos chicos que rompieron a aplaudir en el mismo momento en que la televisión del bar donde se encontraban anunciaba la muerte de un policía en un atentado terrorista. Un “secreta” que se encontraba casualmente en el local interpretó el hecho como una celebración del crimen. En la cárcel todo el mundo conocía estos detenidos -por otra parte completamente ajenos a la lucha antifranquista- como “los palmeros” (comunicación personal).

Como hemos apuntado, las manifestaciones relámpago no solían reunir más de unos cuantos cientos de individuos que habían conocido el lugar exacto del inicio de la manifestación por medio de consignas clandestinas. Por ejemplo, el 7 de diciembre de 1973, se convocó de esta manera una manifestación de protesta por la muerte, en Santiago de Compostela, del estudiante Juan M.^a Fuentes en manos de un “social”. La cita era en la calle Urgell, a la altura del mercado de San Antonio; la técnica, la del “salto”. A la hora concertada, las personas responsables de dirigir la acción -nombradas por la correspondiente coordinadora de estudiantes- hicieron una señal -dar palmas- y

provocaron que un número importante de lo que parecían simples transeúntes ocuparan repentinamente el centro la calzada. Transcurridos unos minutos, y después de seguir un itinerario de no más de algunos centenares de metros coreando consignas, la marcha se disolvió y sus componentes se perdieron por las calles del Raval. Si dar palmas servía para advertir del momento preciso de la congregación fugaz de los manifestantes -que hasta ese momento habían estado rondando por los alrededores-, la señal que indicaba el fin del pequeño acontecimiento que se había alcanzado y la disolución de las personas reunidas no podía ser más significativo: el grito de “Dispersión!”. Esta modalidad de ocupación del espacio público fue característica de las protestas obreras y estudiantiles en las calles de Barcelona, que respondían a jornadas de lucha o huelgas en protesta por acontecimientos trágicos provocados por la represión policial y política.

La manifestación relámpago era, dada la fiscalización férrea de la calle por la policía franquista, la única alternativa de que disponían las fuerzas sociales de oposición para ocuparse de una manera imprevisible y por un lapso muy breve de tiempo. Este tipo de actuación, consistente en la invasión fugaz de un fragmento mínimo de ciudad con fines propagandísticos, implicaba una especie de espasmo, que no en vano se identifica con el símil meteorológico del relámpago: iluminación instantánea que se desvanece poco a poco, hasta apagarse por completo. Como si un breve resplandor hubiera deslumbrado de repente, y apenas durante un momento, la aparentemente controlada vida cotidiana bajo el franquismo.

Esta iluminación instantánea, se puede equiparar al sentido que Benjamin otorga a la revelación, “el proceso de destrucción del momento en que la apariencia exterior adquiere la iluminación más espléndida” (1977 [1928]: 31), o en palabras de Taussig, el momento en el que “la verdad como secreto es finalmente revelada constituye por ende un sacrificio, casi un auto-sacrificio, gracias a un inspirado acto de profanación, bello en su propio derecho, violento, *negativo* y furioso.”⁶¹ (2010: 14). Las alteraciones del espacio público, en los términos en los que aquí nos estamos refiriendo, se corresponden plenamente con lo que desde la antropología religiosa se han denominado “actos de profanación”. La profanación, como la iluminación (cf. Taussig, 2010: 16-18 y 70-75), extrae el interior del exterior, desentierra conocimientos y desvela misterios, y en ese movimiento puede que reavive aquello profanado, como nos señala Taussig “el verdadero acto de profanación es

61 El subrayado es mío.

aquel que deja al descubierto la dependencia oculta de la realidad en la ilusión”. (Ibidem: 75).

Estas irrupciones en el escenario público podían suponer en algunos casos actuaciones violentas. Los manifestantes que el 8 de mayo de 1970 protestan en Barcelona contra la guerra de Vietnam apedrean el Instituto Americano, en la Vía Augusta, los almacenes Sears, en la entonces plaza de Calvo Sotelo; más tarde, la sede del Banco Atlántico, en el cruce Balmes-Diagonal. El 13 de febrero de 1971, tras un frustrado recital de Pete Seeger en la Escola d’Enginyers y de unos disturbios que afectaron todo el entorno del Palau de Pedralbes -con un protagonismo especial de la caballería de la policía armada, por cierto-, un grupo de manifestantes se dirige al centro, donde atacan a pedradas la sede de la IBM en la plaza de Urquinaona. En ciertas oportunidades, la convocatoria de la acción relámpago es explícitamente destructiva, como el asolamiento de la calle Tuset de Barcelona el 5 de diciembre de 1970, con motivo de los juicios de Burgos. En aquella ocasión, el grupo de manifestantes que destroza esa calle “de moda”, tan asociada a la *gauche divine*, lo hace, según las hojas volantes que se lanzan, porque “La misma burguesía que asesina en Burgos se refugia en la paz de Tuset”. (Colomer y Calsina, 1978: II, 61). Los cócteles molotov son utilizados a menudo, pero casi siempre para ser lanzados sobre la calzada para cubrir la dispersión de los manifestantes. Algunas veces, sin embargo, pueden servir para provocar incendios, como en el caso del ataque contra las oficinas de Harry Walker en la entonces avenida de Infanta Carlota -hoy Josep Tarradellas-, al final de una manifestación de apoyo a los trabajadores en huelga, el 20 de enero de 1971, o contra la sede de la ITT en la Travessera de Gràcia, en septiembre de 1973, durante una manifestación relámpago de protesta contra el golpe de Estado de Pinochet en Chile.

En cualquier caso, se entiende que el enfrentamiento directo con la policía se debe evitar a toda costa. No sólo por el peligro físico que implica, sino aún más por las consecuencias que puede tener ser detenido por la policía, que es muy probable que no se limite a imputar al arrestado un delito de alteración del orden público y que busque más información de quien podría ser un militante político clandestino, en condiciones de ofrecer pistas que conduzcan a la desarticulación de una célula o una parte de la organización o en la localización de su infraestructura de propaganda.⁶² Una actuación

62 Una de las secuencias de la versión cinematográfica del libro de Francesc Escibano, *Salvador*, dirigida por Manuel Huerca (2006), muestra una situación insólita en aquel contexto: manifestantes haciendo frente a la policía frente al edificio histórico de la Universidad de Barcelona, en un

temeraria por parte de un militante, como buscar el cuerpo a cuerpo con la policía, u otros, como hacer esparcidas de propaganda o pintadas nocturnas por su cuenta, podían acarrear sanciones e incluso la expulsión de la organización, la seguridad de la cual se había visto comprometida.

Sin embargo, a veces los manifestantes se enfrentan directamente con la policía, sobre todo en las manifestaciones que no son encuadradas, es decir, que no responden a convocatorias de un determinado grupo o instancia de coordinación, sino que resultan de vindicaciones concretas, y en las que la mayoría de los participantes son personas sin filiación política o sindical clandestina. Este fue el caso de los choques generalizados que se produjeron de punta a punta de Barcelona con motivo de las huelgas de tranvías de 1951 y 1957. O, por citar algún caso más, el 16 de enero de 1956, en Terrassa, como consecuencia de una importante movilización ciudadana con un origen que ahora nos puede parecer pintoresco -la protesta contra el aumento de las tasas municipales por la tenencia de bicicletas-, pero que terminó con la policía armada recibiendo una auténtica lluvia de piedras que los manifestantes habían cogido de las vías del tren, hechos que derivaron, días después, en la detención de diferentes miembros del PSUC y de la Joventut Obrera Cristiana. También en Terrassa se produjeron violentos enfrentamientos a pedradas con la policía y la guardia civil en una importante manifestación en favor de la libertad sindical del 27 de octubre de 1967, enfrentamientos de los que el instigador, según la policía, fue el padre Sánchez Bustamente, el ecónomo de la parroquia de San Lorenzo (Gutiérrez, 2004: 32).

Sólo en una última etapa, las manifestaciones relámpago convocadas por el Partido Comunista de España (marxista-leninista) y el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, el FRAP, solían incluir actos que pretendían ser casi de guerra contra la policía. Un inspector murió el Primer de Maig de 1971, víctima de una cuchillada que le clavó un manifestante. Tres miembros de la policía armada sufrieron quemaduras graves cuando el coche patrulla en el que viajaban fue atacado en la calle Tajo, en la barriada de Hota, por manifestantes que se solidarizaban con los trabajadores en huelga de La Maquinista, a principios de 1970.

Hasta aquí hemos hecho referencia a irrupciones de la oposición contra la dictadura que se producían en lugares inopinados de una determinada trama urbana, a cargo de

momento -principios de los años setenta del siglo pasado- en que una actuación como ésta habría sido considerada como una imprudencia grave.

individuos desconocidos entre sí que habían acordado encontrarse para expresar su protesta. En estos casos, el punto elegido debía ser ajeno al de la vida ordinaria de los reunidos, que hasta el momento de la manifestación habían podido dar la impresión de simples peatones de paso por una calle que no era el suyo. Las movilizaciones vecinales eran de otra índole. Sus protagonistas vivían cerca unos de otros y bajaban a protestar a las calles que eran sus calles. Pero en Catalunya, como en el resto de Europa, se inicia a principios de los años sesenta del siglo pasado un tipo de movimiento social casi desconocido hasta entonces: el de los obreros que eran vecinos, es decir, con reivindicaciones específicamente relativas al derecho a una vivienda digna en barrios dignos. El factor aglutinante era, en estos casos, el de la concentración, la aceleración y la intensificación que en cualquier momento podían conocer las relaciones cotidianas entre personas socialmente homogéneas. La acción colectiva resultaba entonces casi inherente una vida cotidiana igualmente colectiva, en la que la gente coincidía en el día a día, se veía las caras, tenía múltiples oportunidades de intercambiar impresiones, sentimientos, rumores y consignas. La contestación, incluso la revuelta, estaban ahí, predisuestas e incluso presupuestas en un espacio que las favorecía a partir de la facilidad con que en cualquier instante se podía “bajar a la calle”, y además en la propia calle, lo que extendía inmediatamente después del vestíbulo de la escalera, en un espacio exterior en el que el encuentro con los iguales era poco menos que inevitable y donde era no menos inevitable compartir preocupaciones, indignaciones y, después, la expresión de una misma convicción que era posible actuar colectivamente en consecuencia.

Es en este momento -primera mitad de los años setenta- que nacen las asociaciones de vecinos y se organizan las comisiones de barrio, que imitan la estructura de CCOO, tanto a viejas barriadas obreras como en las nuevas grandes concentraciones de vivienda de masas que cobijan las oleadas de inmigrantes provenientes del resto del Estado. Es entonces que la oposición al franquismo emerge entre las consignas contra la falta de equipamientos, las construcciones con materiales deplorables o la especulación inmobiliaria. En Barcelona, destacan las protestas contra la instalación del gas natural, que ha provocado dos desgracias importantes en las calles Ladrillers y Capità Arenas, el año 1971, o contra la remodelación de la plaza de Lesseps, en la primera mitad de los setenta. Bloques de viviendas destinados a convertirse en frías ciudades dormitorio acababan convertidos en núcleos de resistencia y organización contra la dictadura, que podían conocer manifestaciones tan importantes, por ejemplo, como la que reunió a más de cuatro mil personas en Ciutat Badia, cuando aún pertenecía a Cerdanyola. En Barcelona, los Nou

Barris -algunos de los cuales habían sido levantados por los mismos vecinos y vecinas- se convertían en un baluarte de luchadores antifranquistas, que podían ensayar formas atrevidas de protesta, como el secuestro de autobuses para obligarlos a cubrir líneas reclamadas. La primera de estas acciones fue el 26 de mayo de 1974, para demostrar que el transporte público podía llegar hasta la parte alta del barrio de Roquetes. En alguna oportunidad, la emergencia del antifranquismo de barrio puede ser masiva y sistemática, como cuando toda la militancia de Bandera Roja se dedica a ir casa por casa en el distrito 9º de Barcelona, haciendo campaña a favor de Fernando Rodríguez Ocaña, que, el año 1973, osó presentar una candidatura de clase a las elecciones municipales como representante del “tercio familiar”, lo único que implicaba el voto universal, al menos de los jefes de familia. Rodríguez Ocaña salió vencedor de los comicios, pero su triunfo fue impugnado por unas autoridades municipales que no estaban dispuestas a aceptar que un obrero elegido por obreros se sentara con ellas en el consistorio (Rodríguez Ocaña, 1975).

Las manifestaciones no eran, sin embargo, las únicas expresiones de esta apropiación fulgurante, instantánea, del espacio público para llevar a cabo acciones de protesta. Las “tiradas” de octavillas -por un individuo que salía corriendo o desde un coche en marcha- seguían el mismo principio de irrupción vista y no vista en la calle, en los pasillos del metro y a la salida de los cines, de las fábricas, de los centros universitarios o de los institutos. Otra variante era la de la “siembra”, que consistía en que, de madrugada, antes de que comenzara la actividad diaria, se esparcían las hojas volantes por las calles de un barrio o de un polígono industrial, a fin que los transeúntes o los obreros que acababan o iniciaban su turno les encontraran y los cogieran de tierra. Estas operaciones fueron habituales en las postrimerías del franquismo y llegaron a ser masivas, con la intervención de guerrillas formadas por varias personas que se coordinaban para lanzar en el mismo momento y en un mismo espacio los pliegos de propaganda que llevaban escondidos.⁶³

En este tipo de acciones políticas directas en la calle, el recurso a la disimulación y el control sobre la imagen propia para presentar una apariencia normal eran más eficaces que la huida, casi de manera inevitable abiertamente delatora. En un contexto -la vía pública- en que exponerse tiene para todos el doble sentido de exhibirse y de ponerse en peligro, el estudio previo de la acción a emprender permite al peatón que hasta entonces había podido

63 En la película *Viva la clase media*, de José María González Sinde (1980), aparecen estas dos modalidades de distribución de propaganda, a cargo de una célula del PCE en Madrid, a finales de los años sesenta: una siembra por las calles de Madrid, de madrugada y desde un coche, y un lanzamiento masivo y coordinado en un estadio Santiago Bernabéu abarrotado.

pasar desapercibido reducir al máximo el tiempo de exposición ejecutando una actuación ilegal. La secuencia habitual de una acción clandestina debe comenzar con la irrupción inopinada en escena de uno o varios individuos de apariencia vulgar. En la época de persecución más severa, Garcia Tristany, que era un joven comunista en la década de los cuarenta, relata que en una fiesta mayor en la Espanya Industrial decidieron aprovechar el momento en el que se apagaron las luces en la carpa para lanzar octavillas mientras bailaban con las parejas -militantes o cómplices- con quien habían acudido. En poco tiempo se produjo un escándalo importante. Al hacer acto de presencia la policía, continuaron con sus acompañantes, mostrando, incluso de una manera bien expresiva, su indignación por la actitud de los vándalos responsables de los hechos, y continuaron abrazados a las parejas hasta que la fiesta se acabó. En otra acción, el conductor del tranvía de la línea 41, que era militante del PSUC, al llegar a la parada final de la Rambla del Poble Nou, colocó una pila de hojas volantes pegadas al estribo del tranvía. Al hacer el giro para iniciar el trayecto en sentido contrario, las hojas volaron hasta esparcirse sobre las personas que pasaban por la rambla o que se esperaban en la parada. Cuando apareció la policía, el conductor afirmó que no sabía cómo podía haber pasado aquello y atribuía la culpa a unos jóvenes que se habían pegado a la parte posterior del vehículo. (En Delgado, Horta y Padullés, 2012: 163-164).

Estos modos de operar, mezclando atrevimiento e ingenio, fueron característicos de la actividad agitadora de los antifranquistas. A veces, las circunstancias podían requerir el uso de métodos no del todo leales, como cuando, narra Manuel Delgado, en verano de 1974, Damià Segimon y Joan Antoni Gutiérrez, militantes de las Joventuts Comunistes de Catalunya (JCC), endosaron a una compañera de clase, completamente ajena a la actividad clandestina, una mochila cargada de hojas volantes para que la entrara en el recinto donde se celebraban las Sis Hores de Cançó de Canet (comunicación personal).

En fases anteriores de la lucha antifranquista, las esparcidas de octavillas también podían llegar a ser espectaculares, aunque los riesgos eran mucho más terribles, como la de la inauguración del Camp Nou, en 1959, con miles de hojas lanzadas desde las gradas superiores cinco minutos antes de terminar el partido. Incluso en las durísimas condiciones impuestas por la dictadura en sus primeros años de existencia se produjeron actuaciones de este tipo, algunas bien osadas. Quico Sabaté protagonizó diversas. Durante su estancia en Francia, había inventado un tipo de mortero que servía para disparar cohetes que estallaban en el aire y soltaban cientos de octavillas. Este trasto fue probado por primera vez el 28 de

septiembre de 1955, con motivo de un viaje que Franco hizo a Barcelona. Quico montó en un taxi de techo corredizo, habiendo convencido al propietario que el objetivo era lanzar propaganda de exaltación al Caudillo. Miles de barceloneses que esperaban el paso de Franco y su comitiva recibieron una lluvia de miles de octavillas antifascistas escritos en catalán y castellano. Esta no fue la única hazaña del guerrillero anarquista a la hora de hacer llegar la voz de la resistencia contra la dictadura.

Sabaté llegó a España el 29 de abril de 1955 junto con otros tres compañeros: su cuñado José Castells Martí, Carlos Rioja y un santanderino llamado Luis. [...] El grupo llevaba armamento abundante y propaganda editada de antemano, todo ello adquirido y fabricado con el esfuerzo y apoyo de algunos amigos. Sus mochilas iban principalmente repletas de ejemplares de una publicación “subversiva” titulada *El Combate* que se presentaba como *Portavoz de los Grupos Anarvosindicalistas*. Estos ejemplares correspondían al n.º 1, fechado en mayo de 1955, cuyo objetivo esencial consistía en reivindicar la jornada histórica del 1.º de Mayo. [...] El periódico concluía con tres vítores de combate: por la CNT, por la acción directa contra los opresores de los pueblos y por la libertad. [...] El día 30 de abril, a las siete de la mañana, comenzaron a distribuir la propaganda que tan penosamente habían transportado. Después de apoderarse de un taxi, rodando por Sants, las Corts, el Born, el Arco de Triunfo y el Carmelo, distribuyeron profusamente *El Combate*. No olvidaron enviar por correo algunos ejemplares a la Jefatura de Policía, al gobernador y a diversas autoridades barcelonesas. Luego, en los coches y tranvías que encontraban parados, colocaban paquetitos de manifiestos en el techo, previamente humedecidos, de manera que, cuando los vehículos se ponían en marcha, las hojas se iban secando y desparramando por Barcelona. (Téllez Solá, 1992: 227).

El reparto de propaganda podía adoptar otras modalidades, como la introducción de las hojas en los buzones particulares, un método que hemos visto que ya se había utilizado en los prolegómenos de la huelga de tranvías de Barcelona 1951. A finales de la dictadura continuaba vigente el sistema. En cualquier caso, fue sorprendido con material clandestino encima era siempre una prueba inculpatória contundente en un juicio en el TOP. Julián Chacón, militante de Comisiones Obreras de la construcción a principios de los años setenta, nos aporta un testimonio tanto de los métodos como del miedo a ser detenido cargado con un pliego de hojas volantes.

El reparto de octavillas, por otra parte, no era nada fácil. No todos los compañeros podían ir por la calle con un fajo de octavillas bajo el brazo. Recuerdo un compañero que las llevaba a un lugar determinado. Allí las íbamos a recoger y después las llevábamos a otro sitio para arreglarlas y más tarde repartirlas. El proceso era más complicado, pues no se podía mover así como así el material de propaganda. Además había que doblarlas, por ejemplo, para meterlas en los buzones. En todo el trabajo de repartir las octavillas había que ir con la vista muy clara. Generalmente este trabajo lo hacían dos personas. En mi caso, lo hice durante mucho tiempo. Lo llevé a cabo con el compañero Francisco Escarcena Martínez. Luego, más tarde, con mi esposa y compañera, e incluso con mi hijo Luis. Mi hijo, por aquellos años, era muy pequeño. Tendría 8 o 9 años, y el muy pequeñajo llevaba las octavillas en los bolsillos, y, tal como las iba tirando, yo me acercaba a él y le entregaba otro puñado. En aquellos momentos yo no diría que tenía un sentimiento de miedo. Más bien diría de preocupación porque no era lo mismo que te detuvieran en una manifestación con los bolsillos vacíos que, como me ocurrió a mí en los últimos días del Régimen, con un paquete de propaganda. Aquella vez, saltaron de un furgón como lobos y me cogieron tan desprevenido que no tuve tiempo de tirarlas y fui detenido. De todas formas, al subir al furgón, cogí el paquete que llevaba metido entre los pantalones y conseguí arrojarlo a la calle. Pero uno de los dos policías que estaban conmigo se dio cuenta y me zarandeó amenazándome. En aquella ocasión las octavillas que repartíamos hacían alusión a Juan Carlos I, “el Bobo”, porque estaban llenas de caricaturas. Eran unas caricaturas con la esfinge del rey entre unas rejas, en las que se podía leer “Juan Carlos I por la gracia de Franco”. Eran los últimos días de la dictadura. El reparto de octavillas siempre fue motivo de preocupación. La persona detenida con propaganda no tenía escapatoria. Si te detenían sin propaganda, podías explicarles cualquier cosa, pero si te cogían con las manos en la masa, como ellos decían. (En Gallego y Marín, 1996: 89).

Otras formas de irrumpir consistían en colgar pancartas o banderas, en un movimiento rapidísimo que no podía ser percibido por nadie y que hacía visible un mensaje prohibido, o instala altavoces que emitían llamadas políticas antifranquistas. Estos medios propagandísticos fueron practicados por el Front Nacional de Catalunya asiduamente. El sistema ya se utilizaba en 1946, cuando el FNC colgó una bandera a los pináculos de la Sagrada Familia el día de Sant Jordi. O cuando lo hizo, el Onze de Setembre de ese mismo año, a los cables del teleférico del puerto y los hilos eléctricos que se extendían en el cruce Casanova-Aragón. Fue famoso el despliegue, por un grupo catalanista próximo a la democracia cristiana, de una enorme bandera catalana en la montaña de San Pere Màrtir, en Collserola, durante el Congreso Eucarístico de mayo de 1952, justo en el momento en que

Franco entraba solemnemente en medio de una gran misa-comunión “sólo para hombres” en la plaza de Pius XII. También suele ser recordada la instalación de un megáfono, en la ronda de Sant Pere-Bruc, la fiesta del 11 de septiembre de 1971 (cf. Surroca y Tallaferro, 1987). Hay que subrayar que, durante las primeras fases de la dictadura, este tipo de acciones podían implicar una auténtica operación militar, como la que, el 8 de junio de 1946, tenía que hacer desplegar, mediante un sistema de relojería, dos grandes banderas a el estadio de Montjuïc, donde se iba a celebrar un importante partido de fútbol. Un retraso en la llegada del grupo que había de ejecutar la acción hizo que el compañero que les esperaba vigilando la zona fuera detenido por una pareja de la guardia civil sin tener tiempo para usar la metralleta que llevaba encima (Molinero y signos, 1981: 113).

La colgada de pancartas requería rapidez y habilidad. Era necesario, en pocos segundos, desplegar la que se llevaba escondida, instalarla en un lugar bien visible y huir rápidamente antes de que aparecieran los correspondientes vigilantes del lugar donde se había desplegado y la retiraran tras haber sido expuesta a menudo apenas unos cuantos minutos. Manuel Delgado, militante entonces de Bandera Roja, recuerda la “operación”, en algún momento del 1971, de colgar una pancarta contra la guerra de Vietnam en un cine de barrio de la Bordeta, en Barcelona -el ya desaparecido Miami-, en la que se proyectaba la película *Boinas verdes* (comunicación personal). Por su parte, Miquel Izard y unos camaradas suyos del PSUC colgaban, años antes, a finales de los cincuenta, otra pancarta en el Pati de Lletres del edificio histórico de la Universitat de Barcelona con un lema tan simple como subversivo en aquellos momentos: “Llibertat”. A los pocos minutos, los bedeles -casi siempre ex policías o ex guardias civiles, o en contacto directo con la Social- la descolgaron. Nadie supo quién había colocado la pancarta en apenas unos segundos, ni que había sido confeccionada con una sábana que el mismo Miquel había tomado del ajuar de sus padres (Delgado, 2010, 76).

Las técnicas de irrupción en escena de la oposición antifascista son diversas. Son pequeños golpes de mano, acciones por sorpresa, que pueden ser mítines “vistos y no vistos” en la puerta de centros educativos o de trabajo. O acciones de protesta que implican una exposición que a Miquel Izard le parece paradójico en individuos que en teoría debían esconderse constantemente de la policía y, en un momento dado, exhibirse descaradamente como antifranquistas, como cuando, por ejemplo, sus camaradas y él deciden boicotear la representación de una obra teatral franquista: la *Historia de un resentido*, de Joaquín Calvo Sotelo. Era en algún momento del 1956, en el Teatro de la Comedia, que luego fue el cine

Comedia. Actuaban Guillermo Marín, Mari Carrillo, Antonio Ferrándiz y Caffarel. Distribuidos por la platea, los militantes silban y abuchean al final de la obra. Tal como era previsible, automáticamente son detenidos por la policía, que está presente en la sala, como en todas partes. Fue una de las ocho detenciones que Miquel Izard sufrió como miembro de la oposición antifranquista (Delgado, 2010: 74).

Al amparo de la oscuridad y la soledad de las calles llevaban a cabo sus acciones, en un ininterrumpido y peligroso juego del pilla-pilla con las patrullas de la policía, pero también con los serenos y los vigilantes nocturnos que, en el transcurso de su ronda, podían toparse con los militantes que pintaban. Compañeros o compañeras emplazados en esquinas estratégicas servían para prever esta eventualidad. Algunas de estas acciones lograron impregnar la casi totalidad de la ciudad, como la que consistía en “tatuar” las paredes de media ciudad con la letra “P” de “protesta”, semanas antes de la primera huelga general convocada por el PSUC el 18 de junio de 1959, o con la “D” de “democracia”, para la preparación de las jornadas antifranquistas convocadas por la Coordinadora Universitària en febrero de 1962 (Colomer y Calsina, 1978: I, 149 y 169). Algunas de estas actuaciones podían llevarse a cabo de manera más espectacular y masiva, cuando era asumida por un grupo de personas enmascaradas que, por ejemplo, podían detener un tren de los Ferrocarrils de Sarrià para llenar de consignas antifranquistas todo su exterior, como nos relata Manuel Delgado que hicieron militantes de Bandera Roja en algún momento del otoño de 1971 (comunicación personal). Las pintadas nocturnas eran especialmente peligrosas, y siempre había que tomar las medidas adecuadas, como no hacer los grafitos en solitario, sino asegurarse la colaboración de algún compañero o compañera que vigilara la presencia de la policía o de los serenos. Delgado recuerda que en 1971 la temeridad de hacer una pintada en solitario en la barriada de Sants de Barcelona le costó una fuerte reprimenda de sus responsables y casi la expulsión de la organización en la que militaba antes de incorporarse a las Juventuts Comunistes, BR (comunicación personal). También había que elegir bien el lugar donde se llevaría a cabo la acción, dado que un error podía costar muy caro. Chema Corral, de las JCC, tuvo la fatídica iniciativa de elegir una espléndida e inmaculada pared de Pedralbes para hacer una pintada convocando a la huelga general en protesta por la muerte de Manuel Fernández Márquez a manos de la policía en las obras de la central térmica del Besòs. Que no se diera cuenta que aquel muro era el del cuartel del Bruc le costó la detención y la de varios camaradas en cadena (comunicación personal de Manuel Delgado). Lo que ahora se cuenta como una anécdota hilarante,

entonces implicó la desgracia para un puñado de jóvenes que tuvieron que afrontar un procedimiento penal en el que se les pedían un montón de años de prisión.

En este capítulo dedicado a las irrupciones imprevistas de lo oculto, en este caso la existencia de personas y organizaciones dispuestas a poner fin a la dictadura franquista, hay que sumar las acciones de guerrilla urbana. Los atentados, la colocación de bombas, los secuestros o los atracos -concebidos como actos de expropiación- forman parte de esta voluntad propagandística que aspira no sólo a alcanzar sus finalidades inmediatas -causar un daño al enemigo, obtener recursos-, sino también a poner de manifiesto la existencia activa de una oposición al fascismo. Esto ya era así cuando apenas había otra alternativa que la lucha armada, es decir, en la fase que hemos definido como de resistencia, cuando la acción del maquis no dejaba de querer ser una continuación de la Guerra Civil. En la etapa que hemos presentado como de oposición, la existencia de alternativas de acción no armadas y la inclinación a favor de estas acciones por la totalidad de las organizaciones antifranquistas justifica en la actualidad una modificación en la conceptualización oficial que merecen los actos de violencia revolucionaria, que pasan de ser “guerrilleros” a ser “terroristas”.⁶⁴

En los años sesenta, varios grupos hacen revivir en Catalunya la vía militar, siguiendo el modelo insurreccional que inspiran revoluciones como la cubana, la vietnamita o la argelina. En el congreso de la CNT en Llemotges, celebrado en el verano de 1961, se aprobó la creación de un organismo secreto conocido como Defensa Interior, con el objetivo de dinamizar la acción armada. En Catalunya, las acciones dirigidas por esa instancia fueron a cargo de las Joventuts Llibertàries, que cometieron varios atentados con bomba en Barcelona. La noche del 29 al 30 de junio de 1962 estallaron artefactos junto a un local de la Falange, de un colegio del Opus Dei y del Instituto Nacional de Previsión. Como consecuencia de ello fueron detenidos tres militantes anarquistas: Jordi Conill,

⁶⁴ Las listas actuales de víctimas calificadas de víctimas del terrorismo empiezan a contar a partir de las acciones mortales vindicada por ETA, en concreto desde 1968, salvo algún recuento que arranca con la muerte de una criatura en junio de 1960 como consecuencia de la colocación de una bomba en San Sebastián por parte del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación. Por razones que no se explicitan nunca, no se computan las producidas por la acción del maquis. Sólo la guerrilla comunista causó, según un general de la Guardia Civil que la combatió, 953 muertes entre 1943 y 1952 en el conjunto del Estado (Ruiz Ayúcar, 1976). Resulta interesante que se establezca de una forma tan nítida la diferencia entre la lucha armada guerrillera y la lucha armada terrorista, contando que entre el fin de la primera -la muerte de Caracremada el 1963- y el inicio de la segunda -los primeros atentados mortales de ETA en 1968- pasan sólo cinco años, con el período un poco ambiguo de las acciones llevadas a cabo por Defensa Interior, grupo anarquista, a principios de los sesenta.

estudiante de Químicas, y Marcelino Jiménez Cubas y Antonio Muo, ambos obreros. El primero de ellos, Jordi Conill, que acabó formando parte de la dirección del PSUC, fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada por la de treinta años de prisión. Recuerde que fue de Defensa Interior de quien dependían Francisco Granados y Joaquín Delgado, también de las Juventudes Libertarias, igualmente acusados de colocar un bomba en Madrid en julio de 1963, condenados a muerte y, en este caso sí, ejecutados a garrote vil un mes después (Herrerín López, 2004: 249-253).

Más adelante aparecían en el país otros movimientos armados: los independentistas Front d'Alliberament Català (FAC), Exèrcit Popular Català (EPOCA) o Resistència - bautizado por la policía con el nombre de Organización de la Lucha Armada, OLLA-, o el anarquista autónomo Movimiento Ibérico de Liberación (sobre el FAC, véase Manté, 2010; y sobre el MIL, Téllez Solà, 2006).⁶⁵ La mayoría de sus acciones en el periodo considerado en este trabajo -recordad: hasta las elecciones parlamentarias del 1977- son incruentas y sólo provocan consecuencias trágicas de manera no deseada, como la muerte de un guardia civil que intentó desactivar una bomba del FAC en el barrio barcelonés de la Sagrera, en marzo de 1971; la del miembro de la policía política Francisco Jesús Anguas, que cayó en el transcurso de la detención de Salvador Puig Antich, en septiembre de 1973;⁶⁶ la del guardia que, en septiembre de 1975, murió al intentar evitar un atraco a la residencia sanitaria de la Vall d'Hebron por los maoístas Grupos de Resistencia Revolucionaria Primero de Octubre, GRAPO, o la de Josep Maria Bultó, en mayo de 1977, cuando intentó desembarazarse de la bomba que le habían colocado en el pecho miembros de la EPOCA, en una acción similar a la que le costó la vida poco después al ex alcalde de Barcelona Joaquim Viola y Montserrat Tarragona (sobre la actividad del EPOCA, véase Dalmau y Juvillà, 2010). Sólo en los últimos años de la dictadura -iniciado un ciclo que duró hasta el 2001 y provocó decenas de víctimas en Catalunya, casi todas como consecuencia de acciones de ETA se cometen atentados personales contra policías. Uno de ellos fue especialmente sórdido: el que, el 14 de septiembre de 1975, sufrió el policía Juan Ruiz Matos, en la Via Favència de

⁶⁵ Hasta cierto punto, sería pertinente incluir aquí las acciones de una extrema derecha que también se oponía a un franquismo que consideraba traidor a sus propios valores y que insinuaba un paso a la clandestinidad que se confirmó más adelante, en el período considerado de transición hacia la democracia. En este apartado se podrían considerar los ataques de los Guerrilleros de Cristo Rey, por ejemplo, contra los locales de la Enciclopedia Catalana el 4 de agosto de 1971 o contra la Librería Cinco de Oros, en la Diagonal, en 1972.

⁶⁶ Este policía, Francisco Jesús Anguas Barragán, fue ascendido, a título póstumo y a título honorífico, inspector jefe, según una orden ministerial publicada en el Boletín Oficial del Estado del 22 de marzo de 2005, en la línea de rendir reconocimiento a los méritos de los miembros de la policía política franquista.

Barcelona, cuando acababa de comprar churros en una churrería y fue asaltado por dos miembros del FRAP, que lo mataron a tiros y cuchilladas. El 6 de junio de 1975 muere el cabo de la policía armada Ovidio Díaz en un enfrentamiento posterior al asalto a una sucursal bancaria de la calle Casp de Barcelona. Acusado de esta acción, es condenado a muerte el militante de ETA político-militar Juan Paredes Manot, Txiki, que es fusilado en el cementerio de Cerdanyola, el 27 de septiembre de ese mismo año.

La nueva situación política que implicó la muerte del dictador se tradujo en un cambio en las estrategias de empleo de la calle para ejercer el derecho a la protesta. A primeros de febrero de 1976, la Asamblea de Catalunya y las asociaciones de vecinos convocaron en Barcelona dos manifestaciones a favor de la amnistía que tuvieron lugar, por primera vez en muchas décadas, en vías anchas y accesibles, durante el franquismo consideradas contraindicadas en nombre de la seguridad de los manifestantes. La primera, el 1 de febrero, convocaba a los ciudadanos a las once de la mañana en los jardines de Víctor Pradera para marchar por la ronda de Sant Pere hasta la plaza de Catalunya, en un recorrido que implicaba la recuperación del centro de la ciudad para la oposición antifranquista, una auténtica marcha sobre el corazón mismo de Barcelona que seguía una ruta que nunca más se debería de repetir en ninguna otra convocatoria. Huelga decir que los grises se encargaron de frustrar las intenciones de los manifestantes, los cuales tuvieron que dispersarse por toda la ciudad y protagonizó saltos que repetían demostraciones de protesta en la calle tan impredecibles y ágiles como las que habían caracterizado la lucha clandestina contra Franco. Muchas acciones tuvieron como escenario el barrio antiguo, sobre todo los alrededores de la Rambla y de la Estació de França y el Born, pero la mayoría estallaron en puntos del Eixample y del centro urbano considerados tabú por los movimientos sociales y políticos contrarios a la dictadura. Durante horas, miles de manifestantes se esparcieron por toda la retícula urbana para interrumpir la circulación rodada y expresarse a favor de la liberación de los presos políticos.

Las calles elegidas ya no eran los cercanos a las zonas más intrincadas de la ciudad - para permitir la fuga y el ocultación-, sino las grandes plazas, las calles más céntricas y las avenidas principales, como si se tratara de una salida al descubierto: plaza de Tetuan, plaza de Verdaguier, paseo de Sant Joan -entonces del General Mola-, Gran Via, calle Aragó, entornos de la cárcel Model, plaza de Urquinaona, Rambla de Catalunya, plaza de Catalunya, paseo de Gràcia, Cinc d'Oros (cf. Ballester y Riesgos, 2001: 50-62). Esta recuperación del Eixample y del centro abierto para fines expresivos de los ciudadanos se formuló como un

aceleramiento de la mecánica de la manifestación relámpago y, al mismo tiempo, como una transgresión de la prohibición que los mantenía restringidos fuera de las zonas abiertas de la ciudad, como si se hubiera roto la muralla invisible que restringía las expresiones de oposición a las áreas más opacas de la ciudad. Un esquema publicado por el *Diari de Barcelona*, el día 3 de febrero de 1976, reproducía los movimientos de los manifestantes dos días antes, que hacían sus saltos en puntos que habían sido contraindicados hasta entonces, unas actuaciones que repitieron el día 8 de ese mismo mes.

La convocatoria del 8 de febrero de 1976 a favor de la amnistía para los presos políticos ha sido clasificada como especialmente significativa en el desbordamiento de las protestas populares en la calle, ya que prelude la llamada Transició política. Ciertamente, en aquella actuación se multiplicó la dinámica performativa de los saltos de la etapa franquista como una especie de aceleración que esparcía literalmente las irrupciones-interrupciones de la normal circulación de líquidos urbanos en nombre de una ocupación expresiva de las calzadas. Hay que subrayar que, tanto ese día como el domingo anterior, esta apropiación la realizaron peatones que rompían la separación entre el lugar que tenían reservado y el de los coches; de hecho, uno de los rasgos más espectaculares de aquellas jornadas fue el papel activo de vehículos que contribuían a la desobediencia desatada en las calles. En efecto, en los periódicos del día siguiente llamaba la atención que un número indefinido de coches hubieran hecho sonar sus bocinas y hubieran contribuido a coagular las vías urbanas, actuando como una especie de barricadas motorizadas y móviles que atascaban deliberadamente las vías para que la policía sólo pudiera acceder a pie a las manifestaciones para disolverlas. La consigna de aquel 8 de febrero de 1976 fue llevar a cabo una marcha que debía coincidir al mediodía en el Parc de la Ciutadella y que partía de seis puntos diferentes de la ciudad: plaza de la Sagrada Família, Mercat de Sant Antoni, puente de la Marina, plaza de Letamendi, paseo de Fabra y Puig y plaza del Virrei Amat. La voluntad denotativa de la convocatoria era involucrar simbólicamente la totalidad de la trama urbana. Las columnas de manifestantes iniciaron la marcha hacia el punto de encuentro atravesando diferentes barrios, pero la policía las interceptó y cargó contra ellas, lo que provocó la dispersión de los manifestantes. En cuanto al Parc de la Ciutadella y sus alrededores, las fuerzas policiales los ocuparon desde primeras horas de la mañana. Todo ello causó un efecto de metástasis de las acciones de protesta, que se esparcieron, durante horas, de punta a punta de una dilatada zona de la ciudad, situada entre el paseo de Sant Joan y la calle de Entença y entre la plaza de Lesseps y la zona portuaria (cf. Ballester y Risques, 2001: 91-105).

Estamos viendo que, a lo largo de toda la etapa franquista, bajo una legislación que prohibía la expresión pública y colectiva de las opiniones políticas disidentes, asistir a una manifestación, lanzar octavillas o hacer pintadas de contenido antifranquista implicaba riesgos graves. En primer lugar, de tipo físico. La policía no utilizaba materiales muy sofisticados para disolver las concentraciones de personas. En las manifestaciones de febrero de 1976 usó botes de humo y pelotas de goma. Antes de ese momento, el recurso represivo principal había sido el cuerpo a cuerpo, la carga con porras que, dada su precariedad, podía legitimar el uso de armas de fuego contra los manifestantes que se negaran a disolverse. Incluso en los últimos años de la dictadura no fueron infrecuentes los “disparos al aire” que ocasionaron la muerte de obreros o estudiantes. En el Estado fueron tristemente conocidos los asesinatos de manifestantes en Granada durante la huelga de la construcción de 1969, en Ferrol durante la huelga de la empresa Bazán en 1971, y en Madrid o Vitoria, ya cerca de lo que parecía que podía ser una transición hacia la democracia, en 1976. En Catalunya ya hemos mencionado los casos de la muerte de obreros de la SEAT y de la central térmica del Besòs. Estos fueron los casos más trágicos, pero no los únicos. En la jornada de lucha convocada por Comisiones Obreras en todo el país, el 27 de octubre de 1967, una manifestación en Terrassa, a la que entonces era la Avenida del Caudillo, fue disuelta por la policía a tiros, con el resultado de dos manifestantes heridos de bala, uno de ellos grave (Domènech, 2008: 236-237). Este tipo de eventos no eran extraños en esta dinámica creciente de rechazo de la dictadura, y daban pie a que se hablara popularmente de “estudiantes voladores” para referirse a aquellos que habían sido heridos por impactos de balas “disparadas a la aire” por la policía, según se informaba en las correspondientes notas de prensa oficial. Manuel Delgado ofrece el testimonio personal de cómo un camarada suyo de las Joventuts Comunistes y él fueron descubiertos por una pareja de la policía armada haciendo una pintada en las paredes de las Tres Xemeneies de Poble Sec, en Barcelona: los persiguieron al grito de “alto o disparo”, que fue seguido por el sonido inconfundible de (comunicación personal). Algo parecido le pasó a Camilo Rueda, de UGT, también herido de bala por un policía de paisano, que le descubrió distribuyendo propaganda ilegal en la Ronda Circumval·lació, en el barrio de la Salut de Badalona (Ferrando Puig, 2010: 340-341).

El testimonio del chico herido de bala a dichos disturbios en la plaza del Sol de Gràcia, Sebastià Arroyo, podría ser un buen ejemplo de hasta qué punto era todavía posible, en las postrimerías del franquismo, morir o resultar herido por balas de la policía. Sebastià, un militante de la Joven Guardia Roja, recibe un disparo de pistola, pero aún así

consigue huir. Encuentra un escondite donde lo encuentran unos chicos que han ido a la fiesta mayor de Gràcia y que resultan ser militantes del PSUC. Lo recogen y se lo llevan herido a un lugar seguro donde un médico de su partido, que trabajaba en el Hospital Clínic, lo opera sin anestesia. De poco le sirve, porque días más tarde, y como consecuencia de una delación, es detenido.

No me detuvieron en primera instancia, pero sí que lo hicieron tres días después de haberme extraído la bala y curarme la herida en la pierna, al volver a mi casa, por una cantada en comisaría después de las torturas a mis compañeros (...). Era responsable político de la Joven (Joven Guardia Roja) y de ahí que sufrí torturas durante tres días y tres noches sin dormir a base de hostias y de las mas aberrantes formas de humillación y tortura, como colgarme en una barra esposado, hacer la rueda de policías pegándome o hacer la ruleta rusa. Todo esto me dejó secuelas, estuve más de una semana sin poder orinar, con hematomas en el vientre y pedí que me reconociera un médico forense y este vino después de estar cuatro días en cuarentena en la Model e hizo un informe diciendo que presentaba lesiones compatibles a “autolesiones”.⁶⁷

En el caso de las actuaciones de la Guardia Civil, en las zonas bajo su jurisdicción, la cuestión del uso de armas de fuego era más ostensible. La Guardia Civil, en efecto, no utilizaba material antidisturbios y cuando hacían acto de presencia era armados con fusiles y metralletas. En Benigno Martínez, un militante de CCOO recuerda como el 30 de abril de 1968, en la manifestación preparatoria del 1er. de Mayo de 1968, los manifestantes que bajan por lo que entonces era la Avenida de San Ildefonso de Cornellá de Llobregat se

⁶⁷ Este relato apareció colgado en un blog a mediados del mes de septiembre de 2011 (<http://manueldelgado.ruiz.blogspot.com/2011/08/el-malson-duna-nit-destiu-detencio-per.html>). El azar quiso que poco después otra persona fuera a parar al mismo blog, leyera el comentario y añadiera uno nuevo identificándose como uno de los chicos que lo recogió herido aquella noche de agosto: Mira por donde... cuanto tiempo !!! recuerdo aquella noche en Gràcia, fiesta y diversión, papeles repartidos, consignas y gritos, empujones, correderas y disparos y un compañero del PT tocado de lleno en la pierna. Salimos en coche con Sebastià herido y en operarlo “clandestinamente” en un piso sin más útiles que los que el médico militante llevaba encima. Por cierto cuando le saca la bala y nos la enseña uno de los tres que estábamos con Sebastià cae redondo al suelo desmayado... La impresión y la tensión. Éramos un grupo del PSUC de universidad que estábamos allí “volando” junto con muchos otros, cuando vimos a Sebastià herido y rápidamente hicimos allí lado y nos fugamos, había que evitar la detención. Días después un mural (datzibao, recordais) del PT se colgó en el vestíbulo de la Facultat d'Econòmiques agradeciendo no al PSUC el acto de compañerismo (solidaridad le dicen todavía?).

encuentran con un hilera de guardias civil que les esperan “fusil en ristre”. (En Navales et al., 2006: 202).

Un episodio poco conocido, pero muy significativo, fue el del obrero de la construcción de Sant Vicenç dels Horts Diego Navarro, que se dirigía en autocar con compañeros suyos de CC.OO. a una concentración en Tarragona el 25 de julio de 1975. A la altura del Arboç del Penedès el vehículo fue detenido por la Guardia Civil y se produjeron una serie de enfrentamientos de los que este hombre -casado y con cinco criaturas- resultó herido en la rodilla de un disparo de los guardias. Detenido, fue conducido a la prisión de Tarragona, donde días después apareció muerto en su celda, como solía decirse entonces, “en extrañas circunstancias”. En ese momento nadie dudó de que había sido víctima de un asesinato (véase la pequeña noticia aparecida en ABC, el 12 de agosto de 1975).

Cuando alguien decidía juntarse con otros manifestantes en la calle para apropiarse de ella, para expresar lo que pensaba gritando, lanzando octavillas o dibujando en las paredes, se arriesgaba a cumplir penas de prisión por delitos como los de manifestación o propaganda ilegal, a pasar un juicio bajo la legislación militar si un policía había sido aunque fuera levemente lesionado, y también se arriesgaba a cargas de los agentes no únicamente con las porras, sino también con las pistolas. Para los militantes más implicados, estos peligros se veían aumentados por otro: que la policía descubriera que no sólo eran manifestantes o agitadores, sino que también eran lo que entonces se llamaba una “persona organizada”, es decir, una persona encuadrada en una organización clandestina, los compañeros de la cual quedaban automáticamente en peligro si uno de ellos caía en una de estas oportunidades a través de las cuales los luchadores antifranquistas proclamaban su existencia y su causa.

Un episodio nos permite hacernos una idea bastante precisa de cómo actuaba la policía ante lo que entendía como una alteración del orden público. Se trata de los disturbios que se produjeron en la fiesta mayor de Gracia y alrededores de la carpa donde en ese momento actuaba Raimon en la plaza del Sol, el 20 de agosto de 1975. El intento de detener a un chico que vendía pequeñas *senyeres* con una aguja en la calle desencadenó una reacción de las personas que había allí que pronto derivó en una protesta espontánea contra las inminentes penas de muerte que se habían de ejecutar contra militantes de ETA y del FRAP. La respuesta de la policía fue inmediata y comportó en un determinado momento el uso de fuego real. Como consecuencia de ello, un chico fue herido de un disparo en una

pierna y dieciocho chicos y nueve chicas fueron detenidos, seis de los cuales -cinco chicos y una chica- fueron puestos a disposición del juez militar y encarcelados. Uno de los detenidos y puestos después a disposición militar fue Manuel Delgado, “Bisonte”, de las Juventudes Comunistas:

Nos hicieron salir del embalado de uno en uno. Estaba claro que buscaban que saliera una persona en particular y desgraciadamente esta persona era yo. Ya había visto que un tipo se me quedaba mirando fijamente. Era sin duda un social que me había reconocido. Digamos que los de la policía política y yo éramos viejos conocidos y sabían a quién tenían que coger. En cuando me tuvieron a mano me encañonaron con una metralleta y me metieron en un portal. De hecho, me temía lo peor, porque sabía que me habían identificado y hacía rato que los alrededores de la plaza del Sol se sentían un montón de disparos y la cosa se estaba poniendo francamente fea. Me llevaron con el resto de detenidos. Después supe que en total éramos veintisiete. Hubo dos heridos de bala, los dos de la Joven Guardia Roja. Jordi Rizo quedó herido en el pie, pero logró llegar a su casa, donde lo curaron. Sebastià Arroyo lo tenía más crudo, porque tenía un proyectil de pistola incrustado en el muslo. Consiguió marchar del sitio medio arrastrándose y unos compañeros del PSUC se lo llevaron en un coche. Después supe que al chaval le había operado un camarada suyo, médico en el Clínic, y que habían tenido que hacer la intervención sin anestesia.

Era la noche del 20 al 21 de agosto de 1975. El ambiente estaba caldeado por las protestas contra la inminente ejecución de diversas penas de muerte contra presos del FRAP y de ETA.

Nos metimos a varios vehículos zeta de los grises y nos llevaron a la comisaría de Gràcia. A mí me pusieron aparte, en una celda individual. Recuerdo que alguien dijo: “A este ponerle aparte, que se peligroso”. Es curioso. La situación era francamente grave, pero incomprensiblemente me quedé dormido.

Me despertaron gritos de alguien a quien estaban martirizando al piso de arriba y que al cabo de un rato hicieron rodar escaleras abajo. Cuando llegó abajo le echaron encima un cubo grande de basura vacía que le impactó en toda la cabeza. Más tarde caía rodando otro chico. Eran dos chavales que tenían en común que llevaban barba y un niqui azul, que eran los rasgos que el policía herido identificaba como de sus agresores: Joaquím Vilapriný y Francesc Xavier Muñoz. Estos dos chicos eran los que el guardia había identificado. Estaba claro que los dos no podían ser, pero me dio la impresión de que la policía no estaba en aquellos momentos por matices.

Unos minutos después me venían a buscar para llevarme arriba. Allí me llevaron ante un policía todo vendado y con una pierna escayolada, por si me reconocía como uno de sus agresores. Yo no era, pero tanto se hacía. Me metieron en un despacho y formaron un círculo en torno mío. Empezaron a vapulearme con puñetazos y patadas durante un interminable rato. No sé cuanto tiempo estuvieron apaleandome, pero realmente me pareció una eternidad. En un momento dado entró en el cuarto un policía más grande que se dirigió directamente a mí llamándome “¡Cabrón catalán!”. Cogió una botella de cerveza vacía que había sobre una mesa y me dió un golpe seco con la boca del envase en el labio que me dejó aturdido y sangrando. Me llevaron al baño para que me lavara y vi que estaba todo lleno de pequeños charcos de sangre, seguramente del chico a los que había oído gritar hacía un rato.

Nadie nos preguntó nada. Las palizas eran meras formas de revancha por parte de los policías. Estaba claro que la detención formal, las fotos de la ficha, la toma de huellas y las declaraciones serían en la tétrica jefatura de policía de la Via Laietana y en manos de la Brigada de Investigación Social, la policía política franquista.

Efectivamente, a una hora indeterminada de la madrugada nos sacaron a todos y nos metieron a los 27 en varios coches celulares. Allí se produjo un curioso acto de solidaridad. Algunos sacamos papeles pequeños que llevábamos encima -no nos habían retirado aún las pertinencias- y fueron haciendo pequeños trocitos que nos distribuían entre los ocho o diez personas que cabíamos en cada furgón policial, aprovechando que dentro no había ningún policía vigilante. Aquellos papelitos, todos de papel de cebolla, en el resultado de una de las más respetadas medidas de seguridad durante la dictadura, que consistía en apuntar en ellos determinadas direcciones y teléfonos justamente para poder hacer lo que hicimos: comérmolos. Un buen trozo del trayecto entre plaza Lesseps y Via Laietana nos lo pasamos todos masticando aquellos papelitos.

En Via Laietana nos ficharon y nos metieron en los calabozos, que por otra parte ya me conocía del año anterior, cuando me detuvieron, también a punta de metrallera, a la salida de una reunión de la comisión obrera del banco donde trabajaba. En aquella ocasión tuve la suerte de que se dieran cuenta de que yo no formaba parte de la célula del PSUC de la banca y que llegaron a la conclusión de que era sólo un “captado” no militante de CC.OO. Esto también me sirvió para que no se regalaran demasiado conmigo los de la Brigada Político Social. Tanto en una ocasión como en la otra los sociales no llegaron a intuir que quienes tenían detenido era un responsable político de las JCC, la Juventut Comunista de Catalunya. Si se lo hubieran olido no se hubieran limitado a darme unas cuantas hostias, muchísimas menos que las que acababa de recibir en la comisaría de Lesseps.

De la estancia en los terroríficos sótanos de Via Laietana recuerdo dos cosas tremendas. Una de ellas fue la llegada a los calabozos de una pobre mujer a la que habían detenido creo que en el mercado de Collblanc por haber recogido del suelo una octavilla. La otra, terrible, fue la de uno de los chicos a los que el policía herido había reconocido como su atacante, Francesc Xavier Muñoz. En un momento dado vi que le bajaban entre dos guardias bastante maltrecho. En un visto y no visto comenzó a correr por el pasillo de los calabozos gritando “no me pegaréis más!” Cogió una botella de no se qué que había encima de la mesa de los policías, la rompió de un golpe y, con uno de los cristales, se cortó las venas delante de todos. Comenzó a brotar le sangre y el suelo quedó como un charco rojo que poco después nos obligaron a limpiar a nosotros. Al chaval le llevaron al hospital.

Estuvimos en la Jefatura las 72 horas preceptivas antes de llevar a un detenido ante el juez. Habían ido dejando en libertad a varios detenidos. Al final quedábamos solos diez. En un determinado momento nos sacaron y nos metieron en otro celular. Creíamos que nos llevaban al juzgado, pero no era así. El camino era directo hacia la Model. No veríamos a nuestro juez sino unos días después y ya en prisión. El juez era un jefe del ejército, que cuando le enseñé el cuerpo lleno de moratones y las señales en la cara me dijo: “¿Y Como se yo que esto no se lo ha hecho usted en el tumulto?”.

Efectivamente no estábamos en manos del temible Tribunal de Orden Público, sino de las autoridades militares, lo que implicaba que el delito que se nos imputaba – "agresiones de obra a las Fuerzas Armadas"- correspondía a la jurisdicción militar y correspondía ser juzgado en un consejo de guerra. El panorama que teníamos delante era bien duro, pues sabíamos que este tipo de procedimiento sólo correspondía a altísimas peticiones fiscales.

Las diez personas que quedamos encarceladas a disposición militar fuimos: Francesc Xavier Muñoz, el que intentó matarse para que le dejaran de torturar, que lo llevaron directamente desde Peracamps; Joaquin Martínez Beneyto, del Partido del Trabajo; Josep Lluís Suárez, de la Joven Guardia Roja; Juan Aracil, que no tenía filiación política, pero a quien ser trabajador de la SEAT convertía automáticamente en culpable; Joan Sants, de la Lliga Comunista Revolucionària; Ricard Talens, de la Federación de Grupos Libertarios; Francesc de Paula Ripoll, de las Plataformes Anticapitalistes, con quien hice después una gran amistad, compañeros que fueron de celda en la cárcel una buena temporada; Joaquín Vilaprinnyó, fotógrafo y que yo sepa no militante; María Cristina Trejo, una funcionaria de prisiones de la que no se nada y que llevaron a la cárcel de mujeres de la Trinidad, y yo.

En cuanto a los tipos de la policía secreta franquista no olvidaré algo que me comentaban entre puñetazo y patada. Era algo que repetían siempre, como una especie de

muleta que todos los detenidos por la Brigada Político Social recuerdan, incluso cuando, a diferencia de aquel momento, el régimen no estaba agonizante, ni se había producido la revolución portuguesa y la posterior depuración de la PIDE. Era aquello tan famoso de: “No te cabrees con nosotros, chaval, que esto que hacemos ahora contigo lo continuaremos haciendo cuando vengan los tuyos”. No supe ver en esos momentos hasta qué punto tenían razón. (Comunicación personal; el episodio de los disturbios en Gracia en 1975 y las detenciones que se produjeron, aparece narrado en Ventura, 2007).

Todos estos datos y consideraciones nos deberían animar a hacernos una pregunta: ¿para qué sirven realmente las calles? ¿Cuál es el sentido último de aquellos versos del poema “España en marcha” de Gabriel Celaya, que todo el mundo coreaba cuando los cantaba Paco Ibáñez en sus conciertos, cada uno de los cuales era un desafío a la dictadura: “¡A la calle!, que ya es hora / de pasearnos a cuerpo”. ¿Qué significa este primer paso de toda movilización social o política que implica “salir” o “bajar a la calle”? ¿A qué se debe la importancia de esta consigna que plantea el secretario del PCE en su informe en el 8º congreso de su partido -y que es igualmente central para todos los revolucionarios de todas partes y de siempre-, según la cual “se trata no solo de parar el país, sino de apoderarse de la calle” (Carrillo, 1972: 51).

Está claro que para los técnicos especialistas en la ciudad o para las autoridades políticas de turno, la función esencial de las calles es la de prestarse a la buena circulación entre los puntos de una determinada trama urbana. Esta perspectiva es la misma que entiende el espacio público como un conjunto de meras extensiones vacías que se abren entre volúmenes contruidos y que deben ser llenadas por una serie de conductos colectivos previsibles, regulares y tranquilos, sin sobresaltos ni conflictos. Los protagonistas de esta actividad meramente de tránsito entre lugares son, aparte de los automóviles que llenan las calzadas, una multitud de peatones que usan las aceras para ir o volver de trabajar o de comprar, o, como mucho, para hacer un paseo amable solos o en compañía de unos cuantos.

Ahora bien, en ciertas oportunidades, esta apropiación del espacio urbano por parte de individuos o grupos de varias personas para hacer cosas más bien rutinarias puede verse modificada cuando estos personajes anónimos que arriba y abajo, cada uno a la suya, se juntan y forman una especie de coágulos que hacen un uso intensivo de la vía pública para convertirla en escenario de la proclamación de identidades, sentimientos, anhelos,

voluntades u objetivos compartidos, estados de ánimo o de opinión que, a veces y como en nuestro caso, se pueden caracterizar por estar prohibidos y tener que permanecer ocultos, y que encuentran en estas ocasiones excepcionales la oportunidad para salir a la superficie, es decir, para emerger. La preocupación franquista para controlar la calle -de la que la expresión pronunciada por Fraga Iribarne “¡La calle es mía!” Sería la plasmación más elocuente- estaba completamente justificada, pues respondía a la percepción de que este marco de todas las cotidianidades podía conocer, en cualquier momento, la exteriorización de un rechazo colectivo enmudecido a la fuerza.

Los peatones son siempre seres del secreto. Protegidos por su cápsula de anonimato, ejercen su derecho a definirse a parte, en lo que llamamos habitualmente vida privada, aquella en la que cada uno puede pensar y puede hacer lo que crea conveniente. Los derechos democráticos a la expresión y la manifestación pública implican que estos individuos que vemos circular por las aceras de cualquier ciudad y que se guardan para ellos mismos sus opiniones pueden, cuando lo crean oportuno, reunirse a la misma hora de un mismo día y en un mismo punto para constituir una coalición efímera que ocupa la calzada destinada a los coches y marchar en una misma dirección, diciendo y haciendo unas mismas cosas en relación con eventos o situaciones que se considera que afectan a todos los reunidos. Esto es lo que el franquismo no podía tolerar y reprimía ferozmente.

Pero he aquí que la dictadura, a pesar de las circunstancias de represión que había impuesto, no pudo evitar que aquellos que tenían que pasarse el tiempo callando y disimulando qué pensaban y qué querían, bajaran a las calles y les preguntaran. Mujeres y hombres comunes, de aspecto anodino, que podían ser vistos usando la calle para sus asuntos del día a día, ocultaban que eran en realidad conjurados contra la dictadura, que, en un abrir y cerrar de ojos, pasaban del silencio al grito, del autocontrol sobre el propio cuerpo a la exaltación de los puños en alto, las banderas o las pancartas enarboladas, las hojas volantes escondidas esparcidas por el aire, la piedra lanzada... de repente veía la luz una realidad subterránea que esperaba su momento: la de una trama de acuerdos secretos entre desconocidos de aire vulgar que, a la que te descuidabas, pasaban del anonimato a la historia.

L. LA APOTEOSIS DEL SECRETO PÚBLICO

Afirmar que el secreto, su posesión y sus diferentes niveles de accesibilidad implican un acto segregador es una apreciación que resulta de la misma naturaleza del término. En la comunidad de aquellos que lo comparten se generan determinadas formas de cooperación que ponen de manifiesto hasta qué punto el secreto funciona como un mecanismo que garantiza la eficacia de cierto tipo de iniciativas. Los historiadores nos han ofrecido ejemplos de cómo el secretismo ha sido una técnica estratégica y aun forzosa en cualquier actividad conspirativa (Senellart, 1997; Borello, 2004; Kaiser, 2004; estireno, 2004; Montenach, 2004), pero la vida cotidiana de cada individuo también estaría llena de pruebas que evidenciarían el papel no menos fundamental que hace el secreto como eje en torno al cual gira buena parte de la relación del individuo con los demás.

Podríamos, decir aún más cosas: hablar de sociedades secretas no deja de ser un pleonasma, pues toda sociedad lo es de alguna manera. Cualquier asociación humana -sean cuales sean sus dimensiones, es decir: empezando por una simple pareja- establece una diferencia clara entre los que *lo* saben y los que no *lo* saben, entre los que conocen determinadas razones, orígenes e intenciones y los que no. Es por ello que Erving Goffman sostenía que cualquier equipo humano es en buena parte una sociedad secreta. Recordemos que este autor entiende como “equipo de actuación” -o simplemente “equipo” - “cualquier conjunto de individuos que cooperan para representar una rutina determinada” (Goffman, 2006a: 90). Los miembros de un equipo están comprometidos a darse apoyo mutuo para metas compartidas, y lo hacen a través de una serie de complicidades la materia básica de las cuales es justamente la información reservada a que los miembros de otros equipos no deben tener acceso. Esto supone que un equipo dedica una buena parte de su existencia a conspirar, es decir, buscar la manera de preservar sus secretos y a conocer los secretos de los otros equipos con los que tiene que competir o luchar, o de los que debe defenderse, y también a sostener lo que quieren que sea su imagen ante el público en general.

Este tipo de vínculo asociativo universal exige estar al tanto de lo que pasa, lo que una expresión castellana llamaría *estar en el ajo*. Los miembros de un determinado equipo, que están al corriente de una determinada información reservada, deben comprometerse a hacer una serie de puestas en escena y de juegos de lenguaje que les permiten intentar

definir cada situación en función de sus intereses. El hecho destacable es que, considerando que todos debemos pertenecer siempre a más de un equipo, tenemos que pasar buena parte de nuestra vida cotidiana intentando mantener inútilmente un equilibrio entre varias lealtades, no siempre compatibles, a veces antagónicas, cada una de las cuales nos reclama actuaciones a menudo irreconciliables. Esto es lo que nos obliga a ser agentes dobles constantemente (Fabbri, 2001), forzados a elegir -es decir, a traicionar- un papel entre el repertorio de los que podríamos asumir como actores que prestamos nuestro cuerpo a diferentes personajes en diferentes obras dramáticas.

Cuando este fenómeno social y comunicativo que es el secreto, ejecutando su calidad estructuradora, resulta de circunstancias impuestas y se aplica a la pertenencia y la actividad de una asociación prohibida, esta dimensión vinculante se intensifica. Como hace notar Michel Maffesoli (1987), la sociedad secreta permite la resistencia y formula una “hipótesis de la centralidad subterránea”, es decir, la existencia de un núcleo rector recóndito del que emanan instrucciones para la acción eficiente y el objeto del cual es afectar a la realidad. Al mismo tiempo, la pertenencia a una sociedad secreta garantiza una cierta igualdad entre aquellos que comparten una misma identidad oculta. A propósito de una sociedad de homosexuales de Berlín, el ferry canciller Bismarck constató el efecto “igualador de la práctica colectiva de lo prohibido”. (En Simmel, 1988 [1908]: 23).

La confianza que se establece entre los miembros del grupo secreto se expresa mediante ritos ejecutados a escondidas y en escondrijos, o bien mediante intercambios en público de signos de reconocimiento específicos, destinados siempre a reforzar el pequeño grupo ante el gran grupo, la minoría lúcida e impaciente ante las mayorías sociales, siempre consciente de que su mejor arma no es el ataque, sino la astucia. Es una concreción, en definitiva, de lo que Max Weber (2002 [1922]: 704) llamaba “la ventaja del pequeño número”, es decir, “la posibilidad que tienen los miembros de una pequeña minoría de ponerse de acuerdo rápidamente”. Weber concebía la minoría como un instrumento operativo al servicio de los sectores dominantes de la sociedad, pero que igualmente valdría para aquellos que pretendieran desmontar sus privilegios. Es la lógica de la canilla, de la manada, de “hordas de reducido número, que vagan en pequeñas jaurías” (Canetti, 1994 [1960]: 95), y que son el opuesto del rebaño, metáfora perfecta de la masa alienada. Los clandestinos se saben reprobados, acosados, perseguidos, pero el sacrificio vale la pena porque se trata de un grupo de hombres y mujeres seleccionados por su propia valentía y por su voluntad de transformar un mundo percibido como intrínsecamente malvado e

impuro. Esta convicción se corresponde con la capacidad que un autor como Gabriel Tarde (1986 [1898]) ya apreciaba en los pequeños grupos hiperactivos: la difusión de ideas e iniciativas de manera aparentemente marginal, incluso, como en el caso del antifranquismo, bajo todo tipo de acosos o prohibiciones, con una eficacia que nunca habrían alcanzado empleando los grandes medios de comunicación de masas. Un siglo después, los teóricos del caos no han hecho sino dar la razón a este tipo de percepciones, sensibles ante la capacidad alteradora de movimientos inicialmente muy pequeños provenientes del subsuelo o las periferias sociales. Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, en su clásico libro de divulgación sobre la lógica de los sistemas complejos, ya escribían, centrando la atención en estos sistemas vivientes que son las sociedades humanas, que lo que presentan como grupos pequeños, aislados y hasta todo perseguidos por el resto de la sociedad, pueden ser el origen de algunas de las innovaciones que han transformado la sociedad (Prigogine y Stengers, 1990: 208).

El dispositivo intelectual, social y psicológico de la organización clandestina guarda una notable analogía con las sectas y las cofradías secretas en las que el Colegio de Sociología consagró algunas de sus discusiones y que motivaron algunas aproximaciones teóricas de uno de sus miembros más destacados, Roger Caillois (1943; 1989). Recordemos que, de hecho, el animador principal de aquella escuela, Roger Bataille, fundó una de estas asociaciones: *Acéphale*. El punto de partida teórico era una noción acuñada por Marcel Mauss: las “sociedades de complot”, formas de organización social universalmente encontrables, que son “secretas en su funcionamiento, pero no por su función”, en la medida en que su actividad siempre es pública en un grado u otro (Mauss, 1974 [1947]: 251-256). Desarrollando esta intuición, Bataille y Caillois concibieron un tipo singular de asociación humana -la “comunidad electiva” o “sociedad secreta”-, caracterizada por la exclusividad, el misterio y un activismo frenético, la existencia de la cual podía estar carente de fines específicos, pero también responder a una voluntad de existir por existir, y que reunía de forma electiva aquellos que “han experimentado la necesidad de imponer su poder a otros hombres” (Bataille y Caillois, 1982 [1938]: 179).

Esta premisa también está presente en la reflexión de Georg Simmel sobre el secreto, cuando, al final, hace referencia a la forma como los miembros de una sociedad secreta no dejan nunca de sentir y de saberse una aristocracia apartada y exenta (Simmel, 1988 [1908]: 52). Es significativa la forma en que las condiciones de la organización de los grupos de oposición al franquismo se adecuaban al dibujo que Simmel hacía de las sociedades

secretas. Aparecen todos los elementos que el autor alemán encuentra consustanciales a este tipo de organizaciones. Así, por ejemplo, la existencia de instancias organizativas que eran depositarias parciales y relativas de los saberes secretos -las células o seminarios que servían de preparación para la incorporación del militante y que dosificaban la adquisición de los saberes especiales de la asociación secreta-, o lo que a finales de la dictadura llamaban “organizaciones de masas”, como los sindicatos, los comités de estudiantes o las comisiones de barrio, que cumplían la función no sólo de intermediarias, sino que sobre todo amortiguaban un contacto demasiado traumático de la gente vulgar con los conocimientos singulares de la organización secreta, la estructuración altamente jerarquizada de la cual, basada en lo que Simmel llama “subordinación centralista”, se correspondería bastante bien tanto con el centralismo democrático de la tradición izquierdistas como con el sometimiento a la existencia rectora de auténticos “superiores desconocidos”,⁶⁸ es decir, las instancias de dirección invisibles e inasequibles de las que dependía la actividad clandestina.

Toda iniciación es siempre un proceso. De hecho, su metáfora favorita no es casual que sea la del camino o la serie de escalones, como si cada velo levantado constatará la existencia de otro velo, y así hasta llegar -sin llegar nunca de hecho- al núcleo mismo del secreto, aquel que custodian las instancias inaccesibles, los grados superiores de la sociedad oculta. Cada nivel tiene que esperar del superior que envíe alguien que aporte luz doctrinal y dirección práctica, que dé instrucciones sobre qué pensar y qué hacer. Sin duda, la estructura y el funcionamiento de una sociedad revolucionaria que actúa en la sombra son un buen ejemplo de esta lógica, como en nuestro país sería el caso de las organizaciones de izquierdas bajo el franquismo, que asumían un orden interno basado en el centralismo democrático, según el cual los órganos inferiores se someten a los superiores. Manuel Delgado recuerda cómo, de vez en cuando, a principios de los setenta, “bajaban” a su círculo de bachilleres de Bandera Roja miembros del Comité Central de la organización, como Josep Maria Maymó o Francesc Baltasar, años después alcalde de Sant Feliu de Llobregat y, más tarde, consejero de Medio Ambiente (comunicación personal). Una percepción similar tiene Miquel Izard cuando recuerda que, una década antes, “alguien” del Comité Central se acercaba de vez en cuando a su célula, “soltaba un discurso” y se iba. Miguel recuerda en concreto, en esta tarea de transmisión casi pentecostal de análisis y

⁶⁸ Es bien interesante el tema del papel del secretismo en el esoterismo de extrema derecha, tan bien encarnado por la sociedad Thule nazi, con el rol protagonista que asume la comunicación con estos “superiores desconocidos”. Contamos con trabajos sobre la vigencia de este tema en la extrema derecha europea actual (Reynes, 2006).

consignas, el filósofo Manuel Sacristán. En este caso -PSUC, principio de los años sesenta- la sensación de que las instancias superiores son ciertamente inalcanzables se funda en un supuesto que se tiene por objetivo, y es que se encuentran en lo que parece otro mundo u otra dimensión, en medida que los niveles más determinantes de la organización están ubicados en el extranjero: Francia, Rumanía, la Unión Soviética, Alemania Oriental...

Incorporarse a la organización supone ganar en confianza y seguridad en uno mismo, pero lejos de encontrarse con un camino pautado, comportaba tener que vérselas con la imaginación, el ingenio y el análisis cuidadoso del contexto en el que se vivía. Así nos lo muestra uno de los testigos a raíz de su primer contacto con un enlace de la organización proveniente del Comité Central del partido.

Recuerdo que, con la ignorancia propia de los noveles, le pedíamos qué teníamos que hacer en concreto y nos contestaba, con gran sorpresa por mi parte, imbuido por la idea de la disciplina feroz que se decía que imperaba en la militancia comunista y que había oído decir en mi casa, pues resulta que nos decía que hiciéramos lo que pudiéramos y encontráramos bien.

Yo me esperaba que viniera un tío y nos metiera un rollo, nos dijera que teníamos que hacer, que no teníamos que hacer. Y cuando vino Jordi nos dijo: “Vosotros mismos”. En contra de la idea general, que demonizaba el comunismo, y te decían que si entrabas a los comunistas después no podías salir. Entonces resulta que no te dicen nada, no te decían ni qué tenías que hacer.

Claro, te decían que en el *Mundo Obrero* había unas consignas, pero como tenías que aplicar a tu pueblo o ciudad, no te lo decían, tenías que estudiar la situación, analizarla y en función de la correlación de fuerzas, la situación objetiva y toda esa cosa que se decía antes, pues hacer un plan de acción. De todas formas, estas cosas se van aprendiendo de una reunión a otra. (Entrevista personal con Lluís Maruny en la Bisbal de l'Empordà, 2007).

Se produce en estas circunstancias algo curioso. Estas instancias superiores que orientan y deslumbran mienten, y se sabe que mienten, sin que ello parezca importar. Se les justifica por su mismo distanciamiento en las alturas o por la responsabilidad que han de cargar. Esto es lo que hace perdonable y legítima la ignorancia o la tendencia a mentir que tienen los superiores del PSUC y del PCE a la hora de referirse a hechos y circunstancias

que los militantes de primera línea conocen bien. Por eso a los militantes de base no les parece ni siquiera extraño que las informaciones que los de arriba tienen y divulgan de lo que ocurre abajo sean tan inexactas, exageradas o abiertamente falsas. A la militancia no le sorprende que las informaciones que difunde Radio España Independiente, la Pirenaica –la emisora dependiente del PCE que emite desde Bucarest–, sean sistemáticamente falsas.⁶⁹ En el colmo de las deformaciones, Izard evoca que lo que le explicó Jordi Solé-Tura en París sobre la situación en Catalunya y en España no tenía nada que ver con lo que realmente acababa de recibir de sus compañeros del interior. (En Delgado, 2010: 65). La inutilidad de las acciones de agitación y propaganda, el repetido fracaso de todas las convocatorias de movilización del partido –al contrario de las que surgen espontáneamente, como las huelgas de tranvías de 1951 y de 1957, o la de la minería asturiana de 1962–, se convierten en clamorosos éxitos según los medios de información que actúan desde el extranjero o en boca de los líderes del exterior. Los dirigentes pueden hablar, por ejemplo, de “la lucha que se extiende por toda la geografía española, en la que participan con denodado entusiasmo la clase obrera y las nuevas generaciones de obreros y estudiantes”, como lo proclama Santiago Carrillo en su discurso en el congreso de partidos comunistas y obreros de Moscú de junio de 1969 (Carrillo, 1969: 110), pero los militantes del interior saben que sus convocatorias al combate contra la dictadura fracasan y que sus consignas no son ni escuchadas ni seguidas. Pero todo se comprende en nombre de las condiciones especiales que se viven en una lucha llena de riesgos, en favor de la cual desfigurarse o mentir pueden ser algo necesario, incluso indispensable, en orden a mantener elevada la moral de los revolucionarios y viva la agitación entre las masas.

Las organizaciones clandestinas antifranquistas adecuarían también a la tipificación que Weber y Troeltsch hicieron de las sectas como organizaciones religiosas basadas en la adscripción voluntaria de personas que se consideran –o son consideradas por los demás adeptos– distinguibles del resto de una humanidad condenada a priori por su ignorancia, herencia probable de la vieja distinción gnóstica entre aquellos que han visto la luz y aquellos otros que no la han visto. Los estudiosos de los nuevos movimientos religiosos en general han trabajado a fondo las diferentes variables que pueden presentar las sectas

69 El mismo franquismo podía ridiculizar esta rutina de los partes informativos de la Pirenaica divulgando noticias del todo falsas. En una secuencia de la comedia anticomunista *Suspense en comunismo*, dirigida por Eduardo Manzanos (1956), un grupo de militantes que han llegado de Francia para cometer atentados deben escuchar la emisora dando cuenta del heroico levantamiento del pueblo madrileño y de la represión que ha sufrido y que ha dejado las calles sembradas de cadáveres, lo que contrasta con la total tranquilidad que observan asomándose por la ventana de la pensión donde se alojan en el centro de la ciudad.

religiosas, pero también sus recurrencias, sobre todo las que se basan en el sentimiento de encontrarse involucrados en una misión de alguna manera trascendente, que anima a sus miembros y les hace buscar y encontrar la complicidad activista de otros como ellos. Muchos de estos rasgos, tanto en la vertiente formal como funcional, aparecen en los grupos que aspiran a una modificación expeditiva y total de la sociedad en nombre de ideologías no religiosas.

Una ideología iniciática se fundamenta siempre en el desprecio de la ignorancia de los profanos y en la sobrevaloración del saber de los iniciados. De hecho, lo importante no es tanto lo que el secreto oculta, sino lo que el secreto hace, que es establecer una forma relacional específica. El secreto, pues, no requeriría, desde el análisis lingüístico, ninguna semántica, sino una pragmática (Bonhomme, 2006). No interesaría entender tanto qué dice -o, mejor dicho, qué no dice, el no-enunciado del secreto- como la forma cómo lo enuncia o, mejor dicho, cómo lo calla y sólo lo transmite a ciertas personas, en ciertos contextos de comunicación, estableciendo una jerarquía entre iniciados y no iniciados y en el seno mismo del grupo de los iniciados, en la medida que todos poseen dosis diferenciables de secreto y capacidades y derechos también diferentes a la hora de transmitirlos.

Este principio lógico y esta tecnología de distinción social se agudizan en condiciones de total clandestinidad, como las que impuso la lucha política contra un régimen dictatorial como el franquista. En este caso, los conjurados, a escondidas, distribuirán pedazos o migajas de verdad cuando pueden y donde pueden. Su objetivo es conseguir que los demás vean aunque sea una pequeña parte de lo que ellos pueden ver gracias a la claridad de la que la toma de conciencia les ha provisto. Saberse uno de los poseedores y administradores de la verdad revelada, pero peligrosa, es algo que no puede ser proclamado en plazas y mercados, sino que debe ser participado en voz baja, al oído, en los rincones y los momentos indicados, y sólo a aquellos en los que se han reconocido los signos que los predisponen y los hacen aptos para recibir este pasaje hacia la auténtica realidad, lo que les obligará a convertirse ellos mismos también en portadores y transmisores del misterio y a compartir la vulnerabilidad que sufrirían si fueran descubiertos. Son aquellos que -si se permite utilizar la figura que nos proponía la película Matrix- se han atrevido a tomar la pastilla roja, la que permite ver las cosas tal como son. Han tenido acceso privilegiado a una realidad última, han podido descorrer -por evocar el poema de Schiller- los velos que rodean la estatua de Isis en el templo y *han visto y han conocido*. Ahora deben actuar en

consecuencia. Saben por fin lo que antes ignoraban: quiénes son y qué son. También qué se debe hacer.

Ahora bien, pertenecer a la sociedad de los elegidos, de la acción de los cuales dependerá el futuro del país y de la humanidad entera, tiene un precio. Esta incorporación se produce en una sociedad iniciática, como hemos visto, que se someterá a la jerarquía y la disciplina propias de los que han asumido una responsabilidad trascendente, sea sobrenatural o mundana. Es la vanguardia que prepara y anuncia la inminente redención de la sociedad, esta misma redención que debe empezar siempre por uno mismo. Al rigor que exige la tarea encomendada y asumida hay que añadir la agudización de la disciplina y la obediencia que imponen la clandestinidad, la conciencia de saberse acosado por una policía y unos colaboradores del Régimen que a menudo son tan secretos como tú. Se forma parte de un núcleo oculto, pero altamente responsable, de la vida social, lo que implica sacrificios en todos los campos, también en el privado. La sociedad secreta exige una conducta intachable, sin mácula, recta. No cualquiera puede llevar a cabo la misión que le ha llevado a organizarse con otros para tramar su realización. Hay que demostrar una rectitud que permita ofrecerse a los demás como modelo de conducta, en la medida que se trata de guiarlos desde la certeza que se ha adquirido y desde la que se actúa. La consigna es clara a la hora de dirigir la acción de los otros en nombre de una causa suprema: “¿Cómo hemos de reconocer a ese tipo de líder? En aquellos que por su honradez, su dedicación a la causa de los trabajadores, su comportamiento, son escuchados y seguidos por los trabajadores” (Carrillo, 1975: 74). No es sólo formar parte de una organización con una estructura que recuerda la de la Iglesia que Miquel Izard ha conocido bien, sino que la severidad moral de los comunistas es tan inapelable como la de su católica familia o la de los escolapios con los que estudió. Así, por ejemplo, las relaciones de pareja están determinadas por la vigilancia del partido sobre la vida privada. Miquel está al tanto de que camaradas suyos han sido expulsados por haberse separado de sus esposas y estar viviendo con otra mujer. (En Delgado, 2010: 74).

La aplicación de criterios tipificadores y analíticos extraídos de las ciencias sociales de la religión en el campo de las militancias políticas es pertinente, en la medida que hay un repertorio común de actividades sociales y psicológicas susceptibles de explicar la globalidad de formas, tanto laicas como religiosas, de integración activista: proveer de lo que la sociología del conocimiento denomina “estructura de plausibilidad”, capaz de ordenar jerárquicamente los significados y de ofrecer modelos cognitivos poderosos; dotar

de una comunidad de referencia que haga posible la utopía de un retorno a la imaginaria fraternidad humana inicial; servir de ámbito donde el militante se pueda purificar o proteger de las contaminaciones de un mundo percibido como si estuviera en proceso de putrefacción; fundamentar doctrinalmente la convicción de que la sociedad humana puede ser liberada -y debe serlo- de su postración por medio de intervenciones que modifiquen la conciencia colectiva o personal, lo que justifica un permanente estado de agitación propagandística y de reclutamiento, en nombre de la salvación, ya sea histórica o transmundana; permitir marcos donde se puedan instalar individuos o grupos mal o precariamente clasificados, con dificultades a la hora de encontrar su lugar en la sociedad; facilitar la constitución de identidades individuales sólidas, sustituyendo o complementando formas primarias de socialización -la familia y la escuela- que se han mostrado insuficientes a la hora de disminuir los sentimientos de aislamiento o de atomización que suscita la complejidad inestable de las sociedades modernas; ofrecer un código moral claro, susceptible de orientar las conductas y de regular de una manera positiva la urdimbre de las interacciones humanas; etc.

Como se puede ver, estas características son del todo ajenas al contenido doctrinal del grupo. Sólo constatan la similitud en las formas de concebir la acción dentro del presente social y al mismo tiempo contra él. Lo hacen con la condición de que ciertas condiciones del mundo consideradas inaceptables pueden dar pie a la aparición de minorías selectas, conformadas por lúcidos o -en un sentido nada irónico ni crítico- iluminados, que han recibido algún tipo de revelación y que, como resulta de haber entendido la verdadera naturaleza de la realidad, actúan en consecuencia y se separan del resto de los mortales, la característica de los cuales es que han decidido permanecer en la oscuridad y la ignorancia. En este sentido, los procesos de incorporación a opciones políticas revolucionarias -como han sido descritos aquí- se corresponden bastante con lo que la sociología y la antropología de las religiones, en sus trabajos sobre las tendencias sectantes del protestantismo, han clasificado como a “corrientes revelacionistas”. Son aquellas en las que alguien se adhiere como resultado de una visión portentosamente aclaratoria que transforma de una manera total al neófito, que puede vivir esta mutación personal de una manera gradual, pero también como una especie de descarga de verdad, que hace de él ciertamente otra persona, siguiendo el modelo que presta la mutación de Saulo de Tarso en Pablo en el episodio de su caída del caballo en el camino de Damasco, tal como aparece narrada en el capítulo 9 de los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento.

Nada permitiría distinguir, al menos a nivel formal, la conversión religiosa de la toma de conciencia política y social. Uno de los poetas de referencia del antifranquismo, comunista proveniente de la mística, Blas de Otero, lo expresa de manera clara: “He visto y he creído”, dice en “Fidelidad”, un poema publicado originalmente en 1965 en su libro *Pido la voz y la palabra*. Tanto en la concienciación política como en la revelación religiosa encontramos idéntica vivencia emocional e intelectual de descubrimiento de la verdad, a menudo como consecuencia de algún tipo de experiencia personal especialmente reveladora o sugerente de una dimensión de la realidad normalmente oculta a los demás. Esta convicción radical a la que se llega conlleva un cambio cualitativo en la percepción de los contextos y funciona como una llamada inapelable, casi compulsiva, al compromiso y, aún más allá, a la implicación -no permanecer quieto, “hacer algo”- y también a la complicidad activa con otros con los que se ha compartido esta misma respuesta a las dudas y las contradicciones que dominaban la experiencia del mundo anterior al cambio moral que ha sufrido. Los rasgos y las etapas de los procesos de conversión religiosa (cf. Prat, 1997: cap. V) se encuentran con todo detalle en los casos estudiados aquí de militantes de organizaciones antifranquistas: existencia de un punto de inflexión en el que el sujeto descubre una alternativa que mejorará de manera absoluta su vida; desarrollo de determinadas relaciones afectivas con los camaradas de partido o de la organización; reconsideración de las relaciones emocionales con las otras instancias sociales con los que se encontraba vinculado, como la familia, el trabajo, los amigos...; interacción intensiva con los compañeros de militancia y con un mundo en general percibido de una manera radicalmente distinta hasta entonces. Igualmente, se produce un paralelismo entre la toma de conciencia revolucionaria y la decisión de consagrar su vida a la lucha, por un lado, y, por otro, el cuadro que William James, en su clásico ensayo sobre la experiencia religiosa, dibuja de la conversión, entendida como una unificación de un yo que hasta entonces había sido dividido y fragmentado, proceso de adquisición de seguridad, firmeza y certeza de alguien que vive su biografía hasta ese momento como una acumulación de desorientación, dudas y errores (James, 1985 [1902]: 141-202).

Los testigos que siguen muestran este proceso, con la diversidad de motivaciones y de toma de contacto de un individuo con el secreto, es decir, con la existencia de una actividad política clandestina bajo el franquismo.

La detención y encarcelamiento durante tres años de mi padre en el penal de Burgos en 1959, cuando yo tenía poco más de once años, obligó a hacer preguntas y buscar respuestas del porqué. Unos sólo decían que no debería haberse metido en política, otros me decían que no tenía de qué estar avergonzado, que era bien hecho lo que había hecho. No me quedó más remedio que querer saber y aprender a discernir: correcto / incorrecto, bueno / malo, necesario / superfluo, verdad / mentira, justo / injusto,... Este aprendizaje me trajo, junto con la necesidad de empezar a trabajar a los doce años, a ver y vivir desde muy joven la parte más cruda del sistema. (Entrevista personal en su casa, 2007).

La tradición familiar influye en las maneras de pensar, yo, cuando entro a trabajar a los catorce años en una fábrica, al poco hay una huelga y yo ya participo, era el 1957. Aunque no hacía ni un año que trabajaba allí y se hizo una huelga para pedir una peseta más por hora extra trabajada; allí, las horas extras se pagaban menos que en otras fábricas. Hicimos una parada y se paró todo el taller. Al día siguiente me llaman al despacho y me dicen que me habían visto haciendo reuniones, sí era verdad que yo curioseaba por allí, pero no era verdad, no había ninguna organización. Me dijeron que tenía que dar tres nombres de personas que hubieran ido a la supuesta reunión y, al no decir nada, me pusieron una sanción de tres días sin cobrar. Y, joder, aquello es una de las cosas que me... si hay cosas que te dan conciencia, pues aquello me encendió... fui el único al que pusieron una sanción. Después la gente se llevó bien conmigo. Aquellas cosas que te pegan una bofetada y te pegan una conciencia que dices: “Me cago en Dios, ya os daré yo!”. Al poco se formó un pequeño núcleo no organizado, pero sí que había tres o cuatro que a la hora del desayuno nos encontrábamos y hablábamos de temas que te llevaban a un estado de cierta conciencia obrera. (Entrevista personal con Emili Martínez en Manresa, 2008).

Con esta educación y ambiente familiar y, además, con mi pertenencia a las Congregaciones Marianas con el infante padre Torres, tenía muchos números para convertirme en un corderito preconciado, a pesar de mi carácter rebelde y insubordinado. Pero algunas verdaderas casualidades hicieron que pronto comenzara a recorrer un camino muy diferente, me llevaron poco a poco a ver que existía otro mundo diferente del que me habían hecho mamar. (Entrevista personal con Lluís Maruny en la Bisbal de l'Empordà)

A entrar en el partido, te lleva la ideología, fundamentalmente el movimiento era un movimiento ideológico, la gente primera éramos gente inquieta, que estábamos

preocupados por la cuestión social, pero una vez que tú has hecho el seminario y ves que tú formas parte de una clase, pues claro, es un compromiso social.

La formación era continua, marxismo, materialismo histórico, leer autores. Yo siempre he sido una enamorada de Gramsci, pues bueno, siempre estabas documentándote y leías lo que te interesaba a ti para estar convencida de lo que querías. (Entrevista personal con Rosario Ramos en Manresa, 2007).

Esta analogía -formal y funcional- entre la toma de conciencia y la conversión religiosa puede ser del todo manifiesta. En su novela autobiográfica *El tramvia blau* -una de las que mejor refleja la experiencia de la lucha clandestina en Catalunya bajo el franquismo, Víctor Mora expresa los sentimientos del protagonista inmediatamente después de haberse incorporado a la organización antifascista y de proclamar interiormente, gritando en silencio: “Soy comunista!”: “Calle de las Acacias abajo, bajo la llovizna que no cesaba, Martí se iba exaltando, iba sufriendo un deslumbramiento donde se mezclaban los recuerdos de las injusticias y las humillaciones de que había sido objeto o que había presenciado... Esa clase de variedad laica de una “visión” mística... le causó un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas “(Mora, 1984: 66-67).

Es interesante constatar cómo esta connotación religiosa de la incorporación a la militancia política prohibida puede resultar explícita sobre todo a partir de la década de los sesenta, coincidiendo nada casualmente con los cambios en la actitud de la Iglesia hacia el Régimen franquista. El lenguaje que utilizan los mismos luchadores puede renunciar a disimularlo. Clara Ponsati, miembro del Comitè Central de la Joventut Comunista de Catalunya en los últimos años de la dictadura, podría ofrecernos una ilustración. En el acto conmemorativo del 35 aniversario de la constitución del Comitè Nacional de la JCC, en 2005, evoca: “En 1974 me enviaron al aniversario de Dolores Ibárruri. Esto fue una experiencia mística “(Mayayo et al., 2005: 18).

La confusión entre estos dos niveles -el místico y el político- no hace más que agudizarse y ve aumentar su incidencia con la incorporación a las formaciones clandestinas antifranquistas de sectores provenientes de la Iglesia. CCOO se nutre desde su fundación de militantes provenientes de las Hermandades Obreras de Acción Católica -HOAC- y de la Juventud Obrera Cristiana -JOC-. Decenas de curas, monjas y seglares, influenciados por el movimiento de cristianos por el socialismo, se integran en el combate clandestino contra

Franco, algunos con un papel dirigente, como Alfonso Carlos Comín o José García Nieto, primero en Bandera Roja y después al PSUC. Paralelamente a la apropiación sistemática de locales eclesiásticos para las reuniones secretas y el compromiso de una parte importante del clero con la causa democrática, los seminarios, los colegios religiosos, las asociaciones de cristianos de base e incluso las agrupaciones scouts confesionales se convirtieron en una fuente de recursos humanos para la lucha clandestina. Lluís Maruny describe una de estas dinámicas que fueron comunes a un buen número de jóvenes a finales de la dictadura:

Le planteé esto a mosén Junyen, que yo había vivido un modelo de educación religiosa que me había tocado mucho los cojones, que no quería saber nada, pero que, en cambio, la fe, Dios... Él me abrió una línea totalmente nueva, la línea conciliar de Juan XXIII, que él ya seguía. Esto coincide con el momento en que nombran Juan XXIII. En toda mi generación el concilio, la *pacem in terris*, nos fue de cojones, nos permitía romper con la Iglesia integrista, clásica, fascista digamos, predicar los derechos humanos. Yo me pasé todo el quinto de bachillerato haciendo conferencias en todos los cursos del instituto, a grupos de escuchas, explicando la *pacem in terris*, que era una encíclica que por primera vez reconocía los derechos humanos, individuales y colectivos, e incluía el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades. Era una encíclica religiosa, y después del Concilio Vaticano II, que seguimos con apasionamiento, me incorporé al mundo de mis hermanos. El mayor estaba en la JOC y el otro estaba en los cursillos de cristiandad, un movimiento que era como una comunidad cristiana. Hacían un encierro de tres o cuatro días, con un componente emocional, muy emotivo, muy americano, pero que tuvo bastante éxito y que enganchó bastante gente. Esto lo llevaba el Junyent, que entonces también montó la JEC (Joventut Estudiant Catòlica), y nosotros hacíamos charlas en el instituto y este tipo de cosas.

No sabría decir por qué, y es una de las cosas que me preocupa, pero me empecé a cuestionar el tema religioso radicalmente. Iba a misa cada día; cada día hacía media hora de meditación. La finalidad de la meditación para mí era clarísima: yo no pensaba en Dios; yo pensaba en mí mismo y en la vida. Hacía meditación en casa o si iba a misa me quedaba un rato, si tenía tiempo, en la iglesia pensando. Entonces hubo una idea, resultado de todo este proceso de reflexión: lo que me interesaba, lo que me motivaba, lo que llenaba mi meditación era ser un buen tío, ser mejor, ser una buena persona, y ayudar a los otros, ser solidario y esas cosas. Me di cuenta que esto era el centro de mi reflexión, que era sobre mí mismo y que Dios no pintaba nada. Entendía que si Dios quería algo de mí era eso, que fuera un buen chico, y eso me lo tenía que hacer yo y, por tanto, poco necesitaba Dios. Esto fue como una iluminación, fue como decir: ya me está bien lo que estoy haciendo,

este proceso de reflexión. En la JEC lo que hacía era ayudar a los compañeros, un espíritu conciliar significaba ser demócrata y catalán. Mosén Junyent era un catalanista de cojones; yo no lo he sido nunca, pero él lo era mucho.

Entonces hay un momento que piensas: Dios, qué pinta aquí? Yo tenía la sensación de que no lo hacía por Dios, y que él no me decía nada concreto, sino que era yo. Esto me asustó mucho y, corriendo, acudí al Junyent. “Escúchame, tío, se me ha ocurrido esto: que lo que hago ya me gusta”. La Iglesia ya estaba finiquitada hacía tiempo. Pero Dios... Yo le decía: “¿De qué me sirve la existencia de Dios?” Era tal como yo lo percibía, con mucha angustia inicialmente. Yo le dije: “Oye, estoy muy acojonado, porque cada vez más reflexiono en torno a esta idea de que Dios no me hace falta.” (Entrevista personal en Manresa, marzo de 2007).

Una analogía similar es la que podría establecerse entre la actividad clandestina de un partido político bajo persecución y cualquiera de las variedades del secretismo iniciático propio del emanantismo ilustrado, que tanto éxito tuvo entre la burguesía reformista y librepensadora del siglo XIX. El ejemplo más reconocible sería el de la francmasonería, pero tendría otras manifestaciones importantes -martinistas, comuneros, iluministas, carbonarios, etc.-, para terminar poniéndose de moda bajo todo tipo de denominaciones y fraternidades neognósticas, ocultistas, hermenéuticas..., más o menos asociables al referente teosófico, en un precipitado al que no sería ajena del todo la influencia del modelo de organización propia de los jesuitas, que en tantos sentidos y en tantas oportunidades adoptaron un funcionamiento clandestino o semiclandestino. El partido prohibido funciona como aquella sociedad de iniciados a que Goethe dedicó su poema inacabado *Die Geheimnisse* (“Los secretos”), reclamando un papel central en la historia para una minoría selecta de discípulos encargados de perpetuar el mensaje sagrado. Se trata del lugar central otorgado al velo del templo, en referencia tanto a lo que el tabernáculo del desierto y el templo de Salomón separaba los profanos del sitio santísimo, como el velo del templo de Isis, al que la literatura romántica alude frecuentemente para referirse a la experiencia del camino iniciático que lleva al núcleo de elegidos a los que ha sido revelado el secreto y lo comparten.

Por supuesto, si el grupo autosegregado que ha asumido una misión que percibe como trascendental debe vivirla como peligrosa y a escondidas, este cuadro se agudiza y se intensifica la dimensión épica y heroica. Es entonces que resulta más cierto que nunca que,

como escribe Simmel, “la máscara del hombre auténticamente distinguido consiste en que, a pesar de mostrarse sin velos, la multitud no lo comprende y, por decirlo así, no lo ve” (Simmel, 1988 [1908]). La soledad, el aislamiento, el peligro constante dotan la práctica del activismo político de una aureola heroica que no es otra cosa que la expresión máxima de las virtudes estructuradoras del secreto, de su calidad de instrumento al servicio de una percepción singularísima del valor de la interacción humana y de los riesgos que siempre la acosan.

El militante se conduce no sólo como alguien que ha recibido un encargo trascendente, una misión de altísima responsabilidad, sino que su labor proselitista -la necesaria expansión de ideas que deberán cambiar los humanos y la humanidad, la variante laica del apostolado cristiano- funciona como una dinámica de transmisión de un conocimiento soteriológico, que no puede ser revelado a cualquiera, ni en cualquier circunstancia. Este traspaso de saber y cada una de las consignas en que se concreta la difusión a otros iniciados y al resto de los mortales, aunque prisioneros de su inopia, implican la posibilidad de entender cómo es el mundo, pero también como son y quién son realmente los elegidos como depositarios y transmisores de los misterios. El secreto compartido, la revelación de un código oculto que descubre la intrínseca realidad de la realidad, es también la yema del huevo de la auténtica naturaleza de cada uno. Es por eso que funciona como un vínculo inviolable -o violable sólo bajo severos castigos de los suyos y los enemigos- que iguala: de ahí la importancia que tiene el juramento en toda sociedad iniciática como promesa sagrada de lealtad a los demás miembros de la asociación y a la asociación misma y lo que representa.

Incorporarse a una organización clandestina bajo el franquismo significaba compartir un secreto vital, en el sentido que era un secreto del que dependía ciertamente, al menos durante los primeros años de la dictadura, la vida de otros y, siempre, su seguridad, su integridad física y su libertad. Como corresponde a cualquier otra sociedad iniciática, y como hemos visto antes, el nuevo militante debía cambiarse el nombre, una manera de reconocer no sólo la intromisión en una actividad prohibida, sino de subrayar que, con relación al secreto compartido a partir del momento en que se sumaba a la organización, era realmente otra persona, distinta de aquella otra que de ordinario podía ser contemplada trabajando en una oficina o una fábrica, asistiendo a una clase en la universidad o al instituto, jugando con sus hijos, yendo de compras o de vacaciones en la playa, asistiendo a un espectáculo...

Convertido en una especie de Jano de dos caras, el militante tenía que aprender a callar, a no ofrecer signos externos que delataran esta segunda personalidad. No sólo tenía que guardar un secreto, sino que él mismo -o una parte de él- era íntegramente secreta. Esta era la base de la cofradía de conjurados que era toda asociación clandestina durante el franquismo -y en otras situaciones históricas análogas-: la distinción que reunía y hacía distinguibles los conservadores y al mismo tiempo difusores del secreto. Como escribía Justo Navarro (2002: 36), precisamente para referirse a la memoria de su incorporación a una organización clandestina a finales del franquismo: “Manteníamos en secreto la relación que nos unía, pero la única cosa que nos unía era el secreto de la organización. Lo que nos unía era ese halo: el humo del secreto”.⁷⁰ Magnífica imagen del paradigma del doble nivel de la realidad que promueve el secreto.

Una reflexión se hace aquí quizá pertinente. Para muchas personas, compartir el secreto del combate contra el franquismo supuso renunciar al pleno disfrute de su presente en nombre de los extraordinarios sacrificios que la lucha exigía. Para ellas no fue posible una existencia normal, ninguna seguridad ni afectiva ni profesional, ni las pequeñas libertades individuales, ni abandonarse a las evasiones y los placeres de los que los demás pueden disfrutar. Para muchos de estos abnegados luchadores mirar con perspectiva lo vivido y, sobre todo, lo que no se ha vivido no puede producir sino tristeza. Joan Rodríguez, un militante de clase obrera como tantos otros, trabajador de la construcción que consagró su vida a la lucha sindical en CCOO y a la lucha política al PSUC, donde militó desde 1963, primero en Terrassa y después en la comarca del Garraf, que sufrió despidos, detenciones, encarcelamientos... Este hombre no puede contemplar el mundo presente sino con una mezcla de pena y desconcierto, ahora más lejos que entonces de aquello por lo que se había privado de tantas cosas.

Me siento extraño en una sociedad como la que me envuelve. Crecí en la acción, asumiendo, a pesar de mis limitaciones, un pensamiento crítico que me ayudaba a conciliar mi pasado con el presente en un proyecto de futuro. Aprendí que el individualismo tiene

⁷⁰ Recuérdese que esta posibilidad de una sociedad secreta el único sentido de la cual fuera el secreto mismo que compartían sus miembros, ya había sido planteada literariamente por Jorge Luis Borges en uno de sus cuentos: “La secta del Fénix”, sobre una fraternidad antigua como la humanidad y extendida por todos los continentes, pero sin ninguna función que no fuera la de participar en un rito oculto, que es “trivial, momentáneo y no requiere descripción” (Borges, 1975 [1955]: 192) y que los sectarios conocen como el Secreto.

que ser solidario, si no quiere ser destructivo. En contraposición con esta idea, la contemplación del curso neoliberal dominante que están tomando los acontecimientos económicos, políticos y sociales me resulta tan dolorosa como incomprensible. Ambas sensaciones son mucho más acusadas en los sentimientos que me provocan las actuales generaciones, salvo honrosas excepciones, cada vez más alejadas de la llama de inconformismo que iluminó mi ánimo. Las condiciones de hoy pueden aparecer a una lejanía abisal a quienes creen hoy que no necesitan enfrentarse al nuevo desorden establecido. (Gutiérrez, 2004: 16).

Muchos y muchas protagonistas de estas luchas secretas contra el franquismo, y, no lo olvidemos, también contra el capitalismo, tuvieron que contemplar lo que vino una vez desaparecido el dictador con un doble desencanto. Por un lado, el provocado por la evidencia de que el mundo futuro de justicia e igualdad no llegaba, que muchas de las conquistas democráticas y sociales de los primeros momentos se han acabado desvaneciendo y que la estructura de poder y sus detentores continuaban intactas una vez muerto el dictador. Los políticos que habían mandado continuaban mandando, algunos de ellos provenientes hasta el último momento de los partidos fascistas Movimiento Nacional y Falange Española. Mandatarios del mundo económico, de los medios de comunicación, de la Iglesia de la etapa franquista, continuaban ocupando sus puestos de privilegio y en muchos casos eran merecedores de todo tipo de reconocimientos y recompensas. Jueces y policías que habían sido responsables directos de la represión no sólo no eran castigados, sino que se les promocionaba profesionalmente. Por otra parte, la decepción se producía también en una vida cotidiana en tantos sentidos frustrante, en la que la mirada atrás no podía producir más que la tristeza ante el sacrificio del que para muchos y muchas pudieron ser los mejores años de las sus vidas. Una canción de Els Pets, “Mi vecino de abajo”, refleja muy bien este sentimiento, el corazón de un trabajador de origen andaluz que había luchado contra Franco en las filas del Partido Comunista: “Mi vecino de abajo era del PSUC, / luchó por nuestro país vencido. / Aprendió la lengua a ratos, / y a pesar de venir de fuera, / me enseñó qué es ser catalán. [...] / Mi vecino de abajo ahora no sale, / cree que lo que él representa no tiene futuro. / Mientras pone la mesa piensa: / “Después de tanto trabajo / no es justo que me sienta tan derrotado.”

La insistencia en esta cuestión por parte de los militantes antifranquistas de clase obrera es muy significativa. Para ellos, la lucha secreta implicaba jugarse mucho: perder el trabajo, dejar la familia a la intemperie, ver aumentar las precariedades que ya de por sí

sufren ellos y los suyos como miembros de la clase obrera... Qué significaron para ellos las renunciaciones y los riesgos? ¿Qué tipo de perspectivas tenían a la hora de implicarse en un juego tan peligroso? ¿Qué contrapartida podían esperar que no fuera la de un mundo ni que fuera un poco más justo y más libre? En cambio, el advenimiento de la democracia formal no ha podido resultar más decepcionante y les ha dejado un sabor de frustración a la hora de valorar si todo aquello -las luchas secretas contra el franquismo- valió realmente la pena. Un obrero de la construcción de Lleida, Vicente Andreu Serra, que se integró a la lucha sindical clandestina a principios de los setenta, hace esta reflexión:

Es una pena que hoy día los luchadores y dirigentes sindicales de tiempos franquistas estemos tal como estamos, yo no diría marginados, sino desmoralizados totalmente, ya que hemos ido comprobando que la lucha, prácticamente, no ha ayudado a la clase trabajadora ni al pueblo en general. Parece que todo aquello ha servido para que unos señores y ciertos partidos políticos hoy estén en el poder. De esta manera, la mayoría de luchadores y dirigentes sindicales que la clase trabajadora tenía, y le daba su confianza, hoy ya no están. A pesar de todo, todavía continuamos luchando. No estamos en ningún partido político, no estamos en ninguna central sindical. No estamos marginados. Lo que pasa es que todos ellos han caído en la trampa: no están defendiendo a la clase trabajadora. Ante esta situación, llega un momento en el que dices: “Yo no puedo estar en ninguno de estos sitios porque mi lucha no es esta”. [...] Nos dicen que todo ha cambiado y que hay que seguir otro tipo de teoría, que la de antes ya no sirve. Por el contrario, nosotros vemos que la clase trabajadora continúa igual, que no se aposentaban en sus sillones y aquí me las traigan todas, a esperar para ver lo que pasa. (En Gallego y Marín, 1996: 114-115).

Julio Chacón, nacido en Almería, obrero de la construcción en Lleida, que se integra a CC.OO. a finales de los años sesenta, subraya la paradoja: la clandestinidad les había preparado para el disimulo, el camuflaje, la discreción y la prudencia, la resistencia a los interrogatorios policiales..., pero no para la mentira. Sabían esconderse, fugarse, no confesar su secreto, pero mentir no sabían. Estaban preparados para la lucha, pero no para la política.

Realmente no es justo. Toda esta gente, estos luchadores, hoy en día se ven marginados incluso dentro de los partidos políticos. Al llegar toda una serie de personas “nuevas” en las

diferentes fuerzas políticas, la lucha política y social que nosotros llevábamos cambia. El sistema de lucha varía. Nosotros estábamos preparados para enfrentarnos al Régimen franquista, pero no a la lucha social en democracia. Creo que la lucha política es la lucha de la habilidad, es, por decirlo de alguna manera, la lucha de la mentira, y hay que estar preparado para ello. Nosotros, como trabajadores, nos preparamos para la lucha social, pero no nos preparamos para la lucha política, y esto ha desencadenado la aparición de una gente nueva, en tiempos de democracia, con una capacidad política inferior, pero con una habilidad superior. Todo esto ha provocado nuestra marginación, y, al mismo tiempo, hemos sido excluidos para alejarnos y dejarnos sin posibilidad de expresión. (En *ibidem*: 106).

Carmen Quintanilla fue militante del Partido del Trabajo de España en la Lleida de finales del franquismo. Su aportación insiste en distinguir entre aquellos que estaban en condiciones de insinuar las virtudes y las competencias para ganarse la vida como políticos de oficio y una mayoría de los trabajadores militantes que se habían dejado la piel, ellos y ellas, a las luchas en las empresas, y sus hijos y sus hijas, en el frente estudiantil, ya sea en los institutos o, los que llegaban, en la universidad.

El análisis que he hecho es la siguiente: los de la lucha clandestina estaban poseídos de un cierto idealismo, de unas ganas, e iban todos con el corazón en la mano. No nos movía ningún interés de poder, ni íbamos todos a buscar enchufes para resolver nuestra vida, etc. Nosotros íbamos con una actitud de servicio al movimiento obrero y a tirar las cosas hacia adelante. Hay que decir que nuestra disposición era idealista y con buena fe, sin ambiciones. ¿Qué pasó? Resulta que en la política manda la cabeza y no el corazón. Los que sólo íbamos con el corazón en la mano y no buscábamos un provecho del lugar donde militábamos servíamos el movimiento obrero. Si no nos escogían, no estábamos en los puestos dirigentes, porque no buscábamos nada. Si, por ejemplo, en la asamblea te escogían no decías que no y estabas dispuesto a lo que fuera. Después comenzaron otras perspectivas, y ocupar un lugar dirigente se convirtió en una cierta ambición política y un interés particular. El que tuvo más vérbola, el que tuvo más cabeza, era el que buscaba su grupo para que le hiciera apoyo, y así se presentaba. De esta forma comenzaron a ocupar puestos dirigentes personas que prácticamente no tenían experiencia en el movimiento obrero. Lo que tenían estas personas era una preparación. En la política, muchas veces, son más importantes los conocimientos intelectuales que los sentimientos profundos y los propios impulsos. Hay que reconocer que los obreros, en muchas ocasiones, no están

preparados para hacer las jugadas de la política. Son necesarios los conocimientos. La persona que intelectualmente estaba un poco más preparada, y tenía ambición de poder e iba por un interés particular, fue la que ocupó puestos dirigentes. (En *ibidem*: 213).

En cambio, para otros, la cuestión de participar del secreto antifranquista tuvo otras consecuencias bien distintas, aquello que se podría denominar “el secreto de la transición”. Para una buena parte de militantes de “buena familia” o provenientes de la clase obrera y dotados de una cierta “perspectiva de futuro”, la militancia política antifranquista, sobre todo en su última etapa, supuso un entrenamiento duro para la política profesional, es decir, para su incorporación más o menos inmediata a una sociedad de elegidos que se preparaba para ejercer su hegemonía sobre la sociedad. En relación con esta parte de los que habían sido clandestinos, es como si, en las postrimerías del franquismo, se hubieran puesto en marcha dos mecanismos simultáneos, pero de apariencia antitética. Por un lado, un fascismo grosero, que había sido el garante de la incorporación al pleno capitalismo manteniendo a raya la amenaza comunista y que aún mostraba su brutalidad persiguiendo sus oponentes, castigándolos, torturándolos e incluso asesinandolos hasta el último aliento. Por otro, una burguesía consciente de que el porvenir pasaba por una remodelación de sus aparatos de control político, para su homologación como democráticos y por una reconversión general de su producción ideológica. Las mismas clases que habían exigido al franquismo que protegiera su enriquecimiento y su hegemonía se sumaban a una tibia denuncia ética de la dictadura, al tiempo que permitían que sus hijos y sus hijas se entrenaran en la actuación política dura en asociaciones clandestinas, donde, al precio de cierto riesgo, pero con la compensación de una dosis de aventura, podían oponerse a un poder que estaban destinados a heredar.

La nómina de personas que acabaron ocupando puestos de privilegio en la cultura, los mass media, la economía o la política tras la muerte de Franco, y que habían militado en organizaciones y partidos clandestinos, es muy significativa y conocida. El ex presidente de la Generalitat, José Montilla, había militado en el maoísta PCE (i); otro ex presidente del país, Jordi Pujol, lo había hecho en el grupo catalanista clandestino CC, siglas el significado de las cuales nunca ha quedado aclarado; del Front Obrer de Catalunya provenían Miquel Roca Junyent, Pasqual Maragall o Narcís Serra; especialmente significativa es la nómina de cuadros dirigentes que militaron en Bandera Roja: el presidente de Ercros y ex secretario de Estado Antoni Zabalza; el sociólogo Manuel Castells; el director del CCCB y miembro del

consejo asesor del Círculo de Economía Josep Ramoneda; politólogos como Juan y Marina Subirats o Josep M. Colomer; periodistas como Manuel Campo Vidal, Ricard Domingo o Francesc Valls; el ex ministro de Cultura Jordi Solé-Tura; el actual consejero de Cultura, Ferran Mascarell; el director general del Grupo Planeta Josep Miquel Abad; la economista Muriel Casals; Miguel Rodríguez Domínguez, accionista principal de varias grandes empresas relojeras; el urbanista Jordi Borja. Otros dirigentes actuales provienen del Partido del Trabajo, del Movimiento Comunista, de la Organización Revolucionaria de Trabajadores... Es bien conocido el historial político del magnate de la prensa española Jaume Roures, antiguo militante de la trotskista Liga Comunista Revolucionaria... la lista de dirigentes actuales en todos los ámbitos que pasaron por el PSUC sería inmensa. Muchos de ellos fueron encarcelados, sancionados, expedientados... Todos fueron a reuniones secretas, participaron en actos ilegales penados por la ley, se movieron en un mundo oculto lleno de incertidumbres, participar en el cual implicaba un riesgo real de sufrir graves consecuencias. Seguro que no pocos lanzaron piedras y cócteles molotov, levantaron barricadas, rompieron cristales o, en algunos casos -lo sabemos-, empuñaron las armas.

¿Qué significó para ellos la militancia política clandestina, es decir, la participación en una sociedad de individuos escogidos, ninguno de los cuales no podía formar parte si no era susceptible de confianza a la hora de recibir y administrar informaciones reservadas y altamente delicadas? ¿En qué medida les sirvió para adquirir una preparación para la actuación eficaz desde círculos de poder de acceso altamente restringido? Hasta qué punto el franquismo -al menos sus sectores más lúcidos- y las clases dirigentes a las que protegía y servía no eran conscientes de la importancia que tendrían en un futuro no muy lejano aquellos mismos individuos que perseguían? Hasta qué punto los mismos represores no dejaban de ser conscientes de la forma en que se produciría este proceso lampedusiano, destinado a cambiarlo todo para que no cambiara nada? Si hay un ingrediente que se repite en casi todos los relatos de detenciones, al menos en los últimos años del Régimen, es la persistencia, por parte de los agentes que interrogan y a menudo torturan, los comentarios cargados de cinismo e ironía destinados a sus víctimas, tales como: “No nos mires tan mal. Somos profesionales. Cuando vengan los tuyos estaremos aquí y haremos lo mismo, quién sabe si a tus ordenes”.

Hay ejemplos de este tipo de aparentes paradojas que podrían ser bien ilustrativos. Pensemos en el caso del Ayuntamiento de Barcelona. Los personajes centrales de la concepción y la gestión del “modelo Barcelona” habían estado a las órdenes directas de

José María de Porcioles y tenían motivos para expresarle su reconocimiento. La mayoría de ellos ya estaban trabajando en lugares estratégicos de la administración municipal predemocrática, en las tareas de revisión del Plan Comarcal de 1953, que se desarrollan a partir de 1964. Su papel no fue marginal, sino determinante en todos los sentidos, ya que si algo caracterizó la hegemonía del franquismo “desarrollista” fue la responsabilidad y la independencia asignadas a los técnicos, como Albert Serratosa, director del PGM entre 1970 y 1975 y, posteriormente, del Plan Territorial Metropolitano de Barcelona, y presidente del Institut d’Estudis Territorials de la Generalitat de Catalunya. Es a las órdenes de estos personajes clave del continuum entre los ayuntamientos franquistas y los democráticos que se incorporan profesionales que militaban en organizaciones políticas prohibidas, pero a los que, al mismo tiempo, se asignaba responsabilidades clave en el diseño de la ciudad futura, es decir, del actual. Maragall se incorporó a los equipos municipales a mediados de los años sesenta y participó en la última fase de la elaboración del Plan General Metropolitano como responsable del correspondiente estudio económico y financiero. Uno de los principales ideólogos de la Barcelona modélica, Jordi Borja, se incorpora al gabinete de ordenación urbana municipal en 1968. Todos ellos -y otros que compartían sus perspectivas sobre la ciudad: Ernest Lluch, Manuel de Solà Morales, Rubio Umbarella...- fueron “los rojos de Serratosa”, como se les conocía en los ambientes municipales.

Por supuesto que el protagonismo de todos estos profesionales en la organización urbanística de Barcelona bajo el porciolismo no suponía que dieran por buena su naturaleza autoritaria y antidemocrática, ni siquiera que no les guiara la mejor de las intenciones, incluso la convicción que estaban actuando a la manera de “infiltrados” del urbanismo progresista en el seno del franquismo municipal. Se trata de reconocer que la incorporación de estos y otros profesionales militantes o vinculados a organizaciones secretas antifranquistas al diseño de una idea de ciudad que ellos mismos se encargaron de aplicar más adelante no respondió a la candidez de un sistema político que se dejaba invadir por todo tipo de troyanos en materia de planeamiento urbano. Cuesta no asumir que esta aparente anomalía de activistas de izquierda o de extrema izquierda al servicio de un gobierno municipal de extrema derecha respondía a que las fuerzas y los poderes de los que dependía y tenía que depender el futuro de Barcelona ya eran conscientes de qué tipo de metamorfosis pedía el proceso ya en marcha de incorporar competitivamente la ciudad a los requerimientos del nuevo capitalismo global y de quien debía depender su realización,

es decir, de profesionales de los que se sabía perfectamente la implicación política supuestamente subversiva.

Miquel Izard es uno de los profesores no numerarios expedientados y expulsados de la Universidad de Barcelona en 1966, como represalia por haber participado en la asamblea constitutiva del Sindicat d'Estudiants, la Caputxinada. El castigo supone no poder trabajar nunca más en una universidad española. Dos años después, en 1968, en pleno franquismo, recibe con sorpresa la noticia de que el mismo Ministerio de Educación y Ciencia que les había represaliado los reclama ahora para conformar el equipo docente de la futura Universidad Autónoma de Barcelona. Sus camaradas de partido, también expedientados, Josep Termes y Josep Fontana entran a formar parte del profesorado de la nueva institución académica, y él mismo aprovecha esta inopinada ventaja para volver de Venezuela en 1970 y obtener un contrato como profesor de historia contemporánea en Bellaterra. (En Delgado, 2010: 68). De repente, y aún bajo la dictadura, el estigma de un día se convertía en un mérito al día siguiente.

Los poderes y los contrapoderes tienen en común que ambos esconden siempre sus cartas, al menos las más estratégicas, aquellas de las que depende el desarrollo y el final de una partida interminable. El secreto es lo que Gómez de Liaño (2002) llamaba “un núcleo incandescente” de todas las relaciones sociales; podríamos añadir que en especial las de poder. “Toda dominación que pretenda la continuidad es hasta cierto punto *secreta*” (Weber, 2002 [1922]: 704; la cursiva es suya). Weber, en efecto, nos enseñó la importancia de que fuera una minoría muy reducida y exclusiva la que tuviera acceso a determinados saberes mejor guardados de los que dependía el ejercicio de cualquier forma de hegemonía. Por ello, para un núcleo de los que vivieron la lucha antifranquista -muchos de ellos provenientes de las clases hegemónicas o miembros de clase obrera con perspectivas de promoción social, esta lucha les sirvió para aprender, como clandestinos, lo que después debían aplicar como poderosos: que el secreto no es sólo lo que permite ejercer una dominación, sino lo que hace posible soportarla. Si nos despertásemos y conociéramos lo que nos ocultan, nos veríamos incapaces de seguir sometidos. He aquí quizás la esencia misma de todo secreto: protegernos de la verdad y, como el título de una famosa película sugiere, de todo lo que esta verdad nos esconde. Porque la verdad, como dice Derrida evocando Nietzsche, “es lo que más vale no saber”.

M. EXCURSO A PROPÓSITO DEL SECRETO Y LA NEGATIVIDAD.

La hegemonía del paradigma funcionalista nos hace ver la vida social como una estructura morfológica, es decir, como un conjunto integrado de órganos cuyas funciones satisfacen las necesidades planteadas por una colectividad entendida como un sistema vivo. Esta premisa, que encontramos en la primera sociología y que la antropología asumirá después, tiende a contemplar cualquier turbulencia como una anomalía o accidente que al final sirve para reajustar los mecanismos de un orden social en proceso de reorganización.

Este paradigma, que entiende el orden como el estado natural de las sociedades y la reversibilidad como el destino final de todo cambio, donde las turbulencias que puedan producirse son consideradas anomalías y como tales tradicionalmente ignoradas, ha sido cuestionado frontalmente por ciertos autores que, como Gabriel Tarde en 1898 en *Études de Psychologie Social*, sugieren un fondo crónicamente alterado de la vida cotidiana. Una corriente crítica de la que también encontraríamos muestras en el padre mismo del primer funcionalismo, Émile Durkheim.

En *Las formas elementales de la vida religiosa*, Durkheim (1912) intuye la existencia de dispositivos encargados de advertir de la presencia de un tipo de energía disponible -y activada cíclicamente-, cuya función es la de mostrar la fragilidad de todo organigrama social y su permanente disposición a remover sus componentes moleculares para hacer cualquier otro precipitado. Se trata de tecnologías y oportunidades la tarea de las cuales consiste en llevar las relaciones sociales a un nivel máximo de ebullición, colocando sus actores ante el espectáculo de una especie de reconsideración de todo, una puesta entre paréntesis de cualquier estado social que abre las puertas a un dominio absoluto de las potencias societarias.

Desde estas perspectivas, más heterodoxas, lejos de atenderse a tales situaciones “anómalas” como simples mecanismos de compensación, se comprende que se trata de situaciones rituales de una vehemencia absoluta donde un grupo humano escenifica excitaciones corales o centradas en el acción de un individuo a través de las cuales la colectividad toma conciencia de que todo lo que es, podría no ser o ser de otra manera. En estas oportunidades, lo que se despliega son formas automáticas de vida social extremadamente enérgicas, donde los reunidos desarrollan lo que Mauss (1979: 142), siguiendo Frazer, llama telepatía salvaje, comunicación instantánea de ideas y de

sentimientos la conjunción de los cuales puede mover el cuerpo social sin ningún objeto ni objetivo -por el solo placer de agitarse-, pero también empujarlo en cualquier dirección, convirtiendo así su ansiedad en nuevas realidades.

Las visiones más heterodoxas del propio funcionalismo nos vienen a decir que cada sociedad se procura de una u otra forma de este volver a empezar todo y del todo, al menos de poner a punto su posibilidad de transformar y transformarse. Durkheim describe estos recursos culturales como efervescencias colectivas, ocasiones en las que un grupo humano se pone literalmente a hervir, en actos de irritación colectiva que dramatizan esta disponibilidad para que todo lo que es deje de ser, para convertirse de repente en una aparición sin forma, susceptible de convertirse. Magníficos ejemplos los encontraríamos en Maffesoli (2013).

No obstante, si bien debemos a Durkheim y Tarde, entre otros, el mérito de haber reconocido y dado protagonismo a este espacio intermedio dentro del sistema articulado de órganos propio del modelo funcionalista, también es cierto que en ningún momento se rechaza la fantasía intelectual que el mundo social debe encajar en un todo funcional. Dicho de otra manera, a pesar de reconocer un fondo profundamente inestable de la vida social, no se deja de considerar más que como tal, como un fondo, que no está aquí ni allí sino en otro lado. Esto es importante porque nos hace ver que entre la modalidad dominante del funcionalismo y su versión más heterodoxa, la diferencia es única y exclusivamente de grado. Mientras para unos los estados de alteración social son puntos nodales del sistema que permiten que este se mantenga en su devenir sin merecer más atención, en tanto que lo importante son los órganos y sus funciones; para los otros se tratará de emergencias de lo que se encuentra oculto y que ponen de relieve un fondo profundamente inestable, capaz incluso de transformar los términos mismos en que la realidad es producida y habitada, pero no por ello desvinculado de la premisa principal de un todo funcional.

Esta visión del mundo social, compartida tanto por las epistemologías positivistas, como por las antipositivista o hermenéuticas, presenta la singularidad de dividir el mundo en exterior visible y profundidad invisible que determina el exterior, o dicho de otra manera: profundidad inestable que determina la organicidad exterior. Concepción que se fundamenta en la idea de un doble nivel de la realidad, donde el mundo de la apariencia es una superficie, una superficie tensa, que esconde un mundo oculto y profundo que ofrece un tesoro perdido. Y en este sentido, ya sea que estemos hablando de una colectividad

como de un individuo, todo lo que sucede en la superficie se convierte en un “símbolo” que destila misterio, una emergencia de ese tesoro que se anhela como el secreto mejor guardado.

Completamente diferente es la visión que sugiere Nietzsche en *El ocaso de los ídolos* (1889), donde el mundo aparente es el único y el mundo “verdadero” no es más que un agregado “mentiroso”. Conviene prestar atención en esta diferente articulación entre las categorías de verdad y mentira. En ella encontramos el punto de inflexión que nos sitúa en diferentes vías epistemológicas, positiva y negativa, entendiendo aquí por vía epistemológica el conjunto de premisas que llevan a una determinada concepción sobre la producción del conocimiento. La epistemología positiva, que englobaría tanto a positivistas como antipositivista o hermenéuticos, entre los que se encontrarían ramificaciones como los neopositivistas o los constructivistas, la caracteriza una misma concepción de la verdad que se opone tanto al secreto como la mentira. Correlación que se encuentra directamente relacionada con una tercera categoría, la del conocimiento. De modo que, como veremos, podemos hablar de un conocimiento positivo y de otro negativo, con las consecuentes derivas: verdad positiva / negativa y secreto positivo / negativo.

El conocimiento positivo es aquel del que se dice qué es verdad, se corresponde con un fin alcanzable y estable, lo que es conocido o lo que se sabe. Contrario al secreto y preocupado por descubrir mentiras y engaños, la imagen del conocimiento positivo por excelencia es la del árbol del conocimiento, el que determina lo que es y lo que no es, y por tanto lo que puede ser y lo que no. En síntesis, el conocimiento positivo se corresponde con lo que sabemos, lo que se nos enseña y que podemos explicar después, pasando a formar parte de un bagaje común explícito recogido en libros, cuentos, canciones, enciclopedias, etc. Lo que sabemos que hay que saber.

Por otra parte, sin embargo, encontraríamos un conocimiento negativo: lo que sabemos que no se debe saber. A este tipo de conocimiento Michael Taussig (1999) le llama secreto público, y lo hace estableciendo una correlación entre las categorías de verdad y secreto tal y como propone Walter Benjamin (1977 [1928]: 31) en su elogio a Eros en el Simposio de Platón, para quien la verdad no es una cuestión de exposición con el objetivo de destruir el secreto, sino una revelación que le otorga justicia. Esta revelación que permite equiparar verdad y secreto es lo que denominamos negación, y que se equipara con aquella tarea que Hegel (1807), denominó “labor de lo negativo” para referirse a lo que convierte el negativo en un positivo trascendental y que se podría resumir con la siguiente fórmula: el

secreto revelado se convierte en un testimonio de la verdad, en lugar de la “no verdad” que la revelación procuraba enaltecer.

El referente es el mismo que servirá a Bataille (2007 [1949]) para articular la categoría de transgresión, según la cual el incumplimiento de una prohibición no es el rechazo de las reglas que ofrecen a la cultura humana gran parte de su estructura y densidad. Al contrario, la regla que se transgrede queda liberada con un poder aún mayor, de la violación de esta regla surge la negación insoluble de la negación cuyo único fin no es la resolución de la contradicción sino su exacerbación. No muy lejos de la hipótesis represiva de Michel Foucault (2006 [1976]), formulación a la que llegaba persiguiendo en círculos la sexualidad de la Europa Occidental como el secreto que se destinaba a su exposición de tal manera que permaneciera oculto. El secreto del que estamos condenados a hablar para siempre porque, justamente, es un secreto. En otras palabras, el secreto que está siempre en la superficie como un secreto público.

Negación -o transgresión- y conocimiento negativo, son las dos categorías fundamentales que nos abren las puertas a la articulación de una propuesta epistemológica que identificamos como epistemología negativa y de la que se podría derivar una antropología negativa. Como punto de partida se aceptará el secreto público como una forma de conocimiento social, cuya producción viene determinada por el que se ha caracterizado como negación o transgresión.

Entendemos por conocimiento negativo lo que generalmente se conoce pero no puede ser articulado, o dicho de otro modo, el hecho de saber lo que no se debe saber. Frente al conocimiento positivo que fácilmente identificaremos con la imagen bien estructurada del árbol del conocimiento, o cualquier otra que cumpla los mínimos de organicidad necesarios: círculos concéntricos, pirámides -o árbol invertido-, etc., se nos presenta una imagen considerablemente diferente. El conocimiento negativo se correspondería con una realidad tipo queso gruyere, un conocimiento muy heterogéneo que se alimenta de la intensa ambivalencia de la ceguera activa. Un conocimiento para el que las lagunas, los olvidos u omisiones serían parte fundamental. En otras palabras, se trata de un conocimiento fundado en un activo no-saber que puede llegar a ser, nos dirá Taussig, la forma más decisiva, poderosa y omnipresente del conocimiento social.

Nótese sin embargo, que en ningún caso se está diciendo que haya un tipo concreto de conocimiento negativo. Si tuviéramos que definirlo de alguna manera, sin duda

estaríamos hablando de una tarea, una forma de conocimiento social, que no quiere decir un tipo concreto de conocimiento, sino más bien una forma que éste se produzca, la característica fundamental del cual se encuentra en su capacidad para transformar la profundidad en superficie para permanecer en la profundidad.

Si bien las epistemologías positivas fundamentan su argumentación a partir del establecimiento de un doble nivel de la realidad: apariencia / esencia, superficie / profundidad, teoría / práctica, o para tomar un referente más cercano a nuestra disciplina: mitos / operaciones, desgloses diádicos que permitirían superar el poder de la contradicción y mantener a salvo la fantasía implacable de un todo funcional, desde la epistemología negativa se dirá que todos ellos tienen en común el efecto de impedir el análisis en nombre del mismo análisis, y se dirigirá la mirada hacia el engaño y el fraude, hacia el juego eterno de la labor de lo negativo, fijando la atención en todo lo que habría sido rechazado, marginado o atribuido a una disfunción o conflicto entre la norma y su materialización.

Característica común a las epistemologías positivas es la ubicación de un punto externo al sistema construido/imaginado que se convierte en su piedra angular. Para el caso del secreto, nos encontramos con Simmel y su visión acerca de este: “el secreto ofrece la posibilidad de que surja un segundo mundo junto al mundo aparente que sufriría con fuerza la influencia de aquel” (Simmel, 1986 [1908]: 378). También con Lévi-Strauss (1995 [1949]), para quien el significado flotante se presenta como un punto exterior al sistema semiótico que garantiza la estabilidad del sistema. En esta misma dirección podemos recuperar la discusión clásica sobre la fuerza de un objeto sagrado. Mientras para Kenneth Little (1951) el objeto sagrado está impregnado de una fuerza sobrenatural externa al propio objeto, esta lectura no sería compartida por Evans-Pritchard en su clásico estudio de las medicinas mágicas de los axande, donde destaca la importancia de que el misticismo o el supernaturalismo en cuestión no se puede entender en términos de un dualismo metafísico: “la eficacia de la magia reside en las medicinas y en el rito y no en algún poder que esté fuera de ellas (...). Al hacer magia, un hombre recurre a las medicinas y no a los fantasmas, ya que el poder está en la medicina” (Evans-Pritchard, 1937: 441).

La alternativa que se nos plantea ante esta tendencia crónicamente instaurada conlleva un replanteamiento global tanto en el uso de conceptos y categorías como los fundamentos mismos de buena parte de las teorías generales que han dado cuerpo a nuestra disciplina. La vía positiva, acreedora del modelo de las dos realidades, se

corresponde con una clara supremacía del legado en occidente por Platón y la cristiandad. Las categorías de estructura y función, pero también las de símbolo y representación han sido esenciales para la construcción de paradigmas “positivos” desde las ciencias sociales. Son numerosos los ejemplos etnográficos que podrían servir-nos para ejemplificar la diferente articulación de ambas propuestas epistemológicas. El cura y antropólogo austro-alemán Martin Gusinde (1961), nos describe el ritual de iniciación masculina entre los yámanas de Tierra del Fuego en el que el joven novicio descubre el secreto que guardan los hombres: los espíritus que habitan la Cabaña Grande son los hombres, y los sonidos que supuestamente emiten los mismos espíritus son producidos también por los hombres. Este es el secreto que se revela y que convierte no iniciado en iniciado, una revelación que contribuye al sentido de realidad de los seres invisibles. En otras palabras, la creencia se mantiene no a pesar de la revelación sino a través de ella, lo que se correspondería precisamente con lo que Hegel denominaba la labor de lo negativo: el engaño es más efectivo cuando se expone.

El antropólogo Kenneth Read (1965; 1986) a partir de su estudio sobre las flautas secretas en Melanesia, “ocultadas” a las mujeres y niños, y utilizadas entre otros momentos en los rituales de iniciación cuando se mostraban los iniciados, expone su preocupación principal debido a que lo que se dice que es un secreto no es un secreto, sino lo que él denomina un “engaño deliberado” y una “farsa” (Read, 1986: 115). Y aquí se produce la pregunta clave, ¿cómo puede ser que la creencia esencial se fundamente en una farsa? Se decía que la melodía que podía escucharse por todo el valle se correspondía al canto de los espíritus, cuando en realidad eran los hombres que tocaban una simple flauta. Además, se sabía que las mujeres conocían tal secreto, de hecho el mismo Read explica cómo lo hacían los hombres para poder ser vistos, sin que se notara, por las mujeres que trabajaban en el fondo de los valles.

Aún así, el ritual de iniciación se mantenía intacto, periódicamente las flautas eran reveladas a los nuevos iniciados mientras se ocultaban a las mujeres y los niños. El desenmascaramiento en los rituales de iniciación como el mencionado por Gusinde, en el sentido literal de quitar la máscara, o revelar el objeto sagrado con el que se producen sonidos y otras presencias fantasmales, tal como se relata en numerosas monografías, es un claro ejemplo de esta voluntad de producir auténticas falsificaciones (cf. : Cristopher Crocker (1983); Thomas Gregor (1985); Weh Stannis (1960); RH Codrington (1972 [1891]); Beryl Bellman (1984); William Welmers (1949); John Picton (1992); Andrew Lattas

(1989); Frederik Barth (1971); Kenneth Read (1965; 1986). Todas ellas, muestras descaradas de la labor del negativo de Hegel. Se comprenderá mejor ahora la premisa de que se toma de Walter Benjamin y que equipara verdad y secreto: la verdad no es una cuestión de exposición que tiene por objeto destruir el secreto, sino una revelación que le otorga justicia.

La alineación en una u otra dirección de las categorías de verdad y secreto se corresponde con otra de no menor importancia: la articulación de la fe con el conocimiento. Con Simmel, la fe toma el lugar de la presencia invisible generada por el secreto, de modo que aquí la fe sustituye el saber: “Así como nadie cree en Dios para las pruebas de su existencia, sino que estas pruebas son la justificación posterior o el reflejo intelectual de una actitud inmediata del alma, así se cree en un hombre sin que esta fe esté justificada por pruebas que demuestren que es digno de ella, sino, a menudo, a pesar de las pruebas de su indignidad” (op. cit.: 367). Para Simmel esta confianza, este entregarse sin reparos a una persona, no se basa en experiencias ni en hipótesis, sino que es una actitud primaria del alma ante otro, “una categoría fundamental de la conducta humana, que se refiere al sentido metafísico de nuestras relaciones” (loc. cit).

Por el contrario, desde la vía negativa, y evitando el doble nivel de la realidad en el que nos sitúa Simmel, el: “a pesar de las pruebas de su indignidad”, se convertiría en un: “debido a las pruebas de la su indignidad”. Dicho de otra manera, la confianza sólo puede producirse cuando ésta ha sido traicionada. Desconfiamos de los desconocidos no porque nos hayan traicionado antes, sino porque aún no lo han hecho. Del mismo modo que con aquellas personas en las que más confiamos son las que mejor sabemos cómo nos traicionarán. Lo que nos llevaría a rechazar el desglose entre fe y conocimiento, aceptando en todo caso una correlación de la fe con lo que venimos caracterizando como conocimiento negativo: el hecho de saber lo que no tenemos que saber, o dicho de otra manera, y pensando ahora en el caso concreto de la confianza, el hecho de saber cómo te va a engañar aquella persona en quien confías, aunque no puedas saber que lo sabes.

Si nos fijamos en los clásicos de nuestra disciplina, nos daremos cuenta de que la propuesta de una epistemología negativa puede no tener nada de novedoso. El sentido de la negación, o de la transgresión, tal y como se ha propuesto, y que encontraría una concreción en el desenmascaramiento mencionado en los rituales de iniciación, también lo podemos identificar en otras modalidades de acción como el sacrificio o la profanación. Fijémonos en ellas, ambas modalidades nos interesan especialmente por lo que nos pueden

servir a la hora de poner de manifiesto las consecuencias que implica adoptar una u otra vía epistemológica.

Si nos fijamos en la teoría de los intercambios sacrificiales tal y como la plantearon Hubert y Mauss (1995 [1988]), observamos que la clave del proceso sacralizador de la víctima se encuentra en el sacrilegio que lleva implícito el sacrificio. La conclusión a la que llegaron Hubert y Mauss es que el sacrilegio es tan importante para el sacrificio, como “el crimen” por el acto sagrado que lo convierte en sagrado. Precisamente, la misma calidad sagrada que Bataille y Foucault confieren a la transgresión. Y como se recordará, en esta misma dirección, Durkheim, en *Las formas elementales de la vida religiosa*, declara en relación al sacrilegio, que aquellos excesos, incidentalmente, son los que en el “pensamiento salvaje” proporcionan las herramientas más útiles para curar y cazar, enfatizando de esta manera la idea de lo sagrado “impuro” o “negativo”, que dejaría tan perplejo a Bataille a lo largo de su vida literaria.

En un sentido opuesto, encontraríamos la vía positiva protagonizada entre otros por Lévi-Strauss (1985 [1962]: 261-266), para quien sacrilegio y sacrificio serían dos operaciones contrarias. Desde esta perspectiva, el sacrificio dejaría un espacio vacío en el lugar ocupado previamente por la víctima, que buscaría una conexión compensatoria entre la víctima y Dios. Por el contrario, el sacrilegio vendría a ser el inverso, en la medida que pondría dos extremos uno al lado del otro, por ejemplo el incesto y la bestialidad.

Si bien Hubert y Mauss entendían que sacrificio y sacrilegio, o lo que es lo mismo, sacralización y transgresión, mantienen una relación íntima, con Lévi-Strauss se nos presentan como dos operaciones opuestas, maniobra que olvida el papel fundamental de la transgresión - y de la contradicción- tan bien reconocido por Hubert y Mauss. Sin embargo, tan o más sugerentes son las aportaciones de Hubert y Mauss alrededor del sacrificio, cuanto destacan no sólo el valor per se de la transgresión, sino que establecen una relación de proporcionalidad entre la intensidad de ésta y su capacidad sacralizadora. Para Hubert y Mauss el sacrificio es más intenso en comparación a otras ofrendas en la medida que el efecto obtenido es el de la perturbación, por lo que la energía religiosa que emana es mucho más poderosa. En otras palabras, a mayor desgarró, a mayor desconcierto, cuanto más dolor, mayor es la fuerza con la que se establece el sagrado. Se comprenderá mejor la definición que se proponía para la labor de lo negativo: el estudio de la negación como un exceso sagrado cuya fuerza radica en el modo de revelación.

El mismo ejercicio dirigido al sacrificio lo podemos realizar para el caso de la profanación. Para ello, se debería aceptar provisionalmente la hipótesis según la cual, exceptuando algunos casos en particular, los actos de profanación crean el sagrado en lugar de ofender lo que ya se considera sagrado, gracias al drama de la revelación que, como el desenmascaramiento, se convierte en un descubrimiento transgresor del secreto público. Se trata de una hipótesis planteada por Nietzsche (1889) a partir de una comparación entre la metáfora y la moneda. La magia de la metáfora, como la cara de la moneda que se desgasta al circular de mano en mano, se desvanece en el hacer y rehacer continuo de la realidad diaria. Como nos recuerda Michael Taussig (2010: 73-75) lo que fue poesía se vuelve aburrido, y es aquí, en el centro nervioso del olvido activo, que la profanación refuerza la aptitud curiosa de ensalzar, en lugar de destruir el valor. La profanación rescata el sagrado de lo habitual o mundano, e ilumina lo que Nietzsche llamaba la base metafórica de la existencia, lo que se desgastaba con su uso y se convertía en las ilusiones prácticas de la verdad fáctica.

A su rescate aparece la profanación, revirtiendo esta operación habitual de desgaste, liberando de nuevo la calidad mágica de la metáfora que yacía paciente a la espera de una nueva oportunidad. En palabras de Taussig, el verdadero acto de profanación es aquel que pone al descubierto la dependencia oculta de la realidad con la ilusión, por lo que revela el secreto público sin destruirlo, al contrario, lo fortalece. De lo que estamos hablando no es otra cosa que lo que Hegel (2006) denominó el giro de la profanación, *Aufhebung*, lo que convierte el negativo en un positivo trascendental.

Bien podríamos decir que la profanación tiene en los objetos el mismo efecto que las bromas tienen en el lenguaje: hace que surja una magia inherente, en especial cuando estos objetos se vuelven rutinarios y son socializados. En esta misma dirección, resulta especialmente sugerente la observación de Robert Musil (2007) sobre los monumentos, llevando al último extremo lo apuntado aquí. Para Musil, la profanación de un monumento no sólo le otorga vida, sino que el monumento por sí mismo interpela que esta profanación se produzca. De ahí que defienda que los monumentos tendrían la calidad de incitar al vandalismo.

Esta conjugación entre la sacralización y la transgresión se corresponde a lo que Taussig denomina la ley de la base (2010: 73), jugando con el doble sentido de la palabra base en inglés, como soporte fundamental y como calidad de obsceno o abyecto. Una ley de la base que podríamos traducir por la base de lo sagrado, y según la cual la base del tabú

no es sólo una prohibición, sino una prohibición que, ilícita y secretamente, contiene en su interior la necesidad de transgredir lo que prohíbe: este es su secreto. En varias lenguas occidentales lo sagrado es definido por una orientación hacia la corrupción, el peligro y la obscenidad. De hecho, la raíz latina sacer significa tanto lo detestable como lo santo. La profanación conspira con esta ambigüedad fatídica. De ahí que siguiendo a Derrida (1989) y Nietzsche (2007), proponemos para toda definición de lo sagrado la siguiente consideración relativa al conocimiento negativo y la negación –o transgresión- toda definición del sagrado debe considerar el conocimiento negativo que da presencia en la presencia mientras se burla de ella (cf. Taussig, 2010: 265).

Claros ejemplos los encontraríamos dentro del universo simbólico de la cultura popular española que aparece plagada de referencias evocativas y miméticas del protosacrificio de Cristo, el verdadero leitmotiv del repertorio ritualista ibérico. Pero no sólo el modelo sacrificial se reproducía en toda Europa durante la Edad Media. El sacrilegio, como tal, se encontraba culturalmente normalizado, consecuencia de la familiaridad con lo sagrado que caracterizó aquella época, al menos de acuerdo con el paisaje que de ella nos presentó Huizinga, en el otoño de la Edad Media (2001 [1,909]). También Maldonado (1979: 69) dejaba constancia del éxito que en el siglo XIV tenían las narraciones populares en torno a profanaciones de hostias, como una suerte de contrapartida a la difusión de relatos de milagros eucarísticos protagonizados por la sangre de Cristo. Hasta tal punto, que en determinados lugares cuesta distinguir entre la imaginación iconodúlca y la iconoclasta, como en el caso español, donde nos encontramos con una cultura en la que la elevación mítica o ritual de un personaje en la calidad de sagrado implicaba su tormento y un final trágico-pasional, donde no podía resultar chocante que lo santo, en general, no lo fuera también por su predisposición a ser maltratado (cf. Delgado, 2012). Dicho de otro modo, la destrucción no era una consecuencia de la naturaleza bendita de las cosas agredidas, sino su requisito santificador.

Magnífico ejemplo lo encontraríamos en el papel de la blasfemia dentro de la religiosidad popular española, como las alusiones escatológicas a Dios, a la Virgen, a Cristo y a los objetos utilizados en el culto católico. Un ejemplo notorio es el caso del “caganer” que a partir del siglo XVIII aparece cerca del Nacimiento en los belenes catalanes. La tradición de incorporar un personaje defecando dentro del belén actúa como un gesto burlesco y un acto de profanación ante una expresión de escenificación sacralizada del espacio doméstico. Una vez más, la profanación crea el sagrado en lugar de ofender lo que

ya se considera sagrado. Esta circunstancia se repetía con el comportamiento generalizado según el cual, a la menor oportunidad, se aludía a las cosas y personas más santas de una forma grosera e insultante, y ello sin que se produjera una alarma especial para tal acto de desprecio. En síntesis, la profanación, como el desenmascaramiento, el sacrilegio o la revelación, en un sentido general, no transgreden una norma con la voluntad de eliminarla. Su transgresión la refuerza. De ahí que consideramos la transgresión como un acto de reafirmación, de producción de verdad y por lo tanto de conocimiento social.

Sin salir del plano de la transgresión, fijándonos en la cuestión del secreto y en concreto en los ejemplos etnográficos mencionados a propósito del desenmascaramiento en los rituales de iniciación, hablar de lo sagrado es, como se ha dicho, hablar del poder fetichista del secreto que consiste en revelar y ocultar, magnificar el misterio que yace no sólo detrás de la máscara sino también en el mero acto de desenmascaramiento. La repetición del desenmascaramiento –léase transgresión–, en cualquiera de las modalidades de la labor de lo negativo, es lo que transforma el secreto individual o comunitario en secreto público, en conocimiento negativo, y es la misma repetición la que activa la lógica del fetiche, de lo sagrado. El ocultamiento es seguido de la revelación, y ésta resulta ser un nuevo ocultamiento.⁷¹ Lo advertido por Fredrik Barth (1971: 218-219) en su libro sobre el secreto como religión entre los baktaman, se corresponde con gran exactitud a lo observado en relación a la organización de la lucha antifranquista: “Cada nivel se organiza para ensombrecer al siguiente nivel. A medida que un hombre adquiere mayor conocimiento, aprende que aquel conocimiento que le fue conferido en niveles anteriores era distorsionado a propósito. Reconoce que hay un velo detrás de un velo” escribe Barth. Pero más allá de la existencia de un velo eterno, resulta más importante la efervescencia intrínseca al engaño y a la mimesis que de allí provienen: “el hecho de transformarse en amo de lo material, amos de la verdad”, nos dirá Taussig (óp. cit.: 256). En este aspecto coincide Elias Canetti (1994 [1960]), quien describe el secreto como el centro mismo del poder. Y está en lo cierto. Donde existe el poder, existe el secreto. Con la diferencia de que no es un mero secreto lo que caracteriza el centro del poder, sino un secreto público. Es más, no existe nada llamado secreto, él mismo es un invento que surge del secreto público, una gran hipótesis sin la cual el secreto público se esfumaría.

71 Como es sabido, es la repetición la que dispara la lógica del fetiche. Con la repetición se dispara algo poderoso en la medida en que no es una copia de la anterior, sino a partir de la repetición en sí misma, por así decirlo, y no a partir de aquello que es repetido. Es en este sentido que me refiero a un “nuevo ocultamiento”.

En este sentido, sorprende que a pesar de reconocer que el secreto es secreto precisamente por no serlo, gran parte de las teorizaciones acerca de éste se fundamenten en su consideración como mecanismo de ocultación, o de transmisión entre aquellos que “están en el secreto”, y se deje en segundo plano o se omita directamente la relación entre los que “están en el secreto” y los que no, especialmente por lo que refiere a las transgresiones que al respecto se producen. Para las líneas de investigación en la dirección principal y dominante, el secreto como recurso y dispositivo de estructuración social ha sido objeto de estudio en la medida en que actúa organizando la sociedad en dos grandes bandos: el de aquellos que lo comparten y el de todos los demás, que lo ignoran o deberían ignorarlo, considerando el secreto como “el núcleo duro de la cultura”. Desde esta perspectiva, la atención acerca del secreto se focaliza en relación a la comunidad que conformarían aquellos que lo comparten, y dentro de la cual se generarían determinadas formas de cooperación eficaces para determinados fines que son prueba de la eficacia de tal secreto (cf. Simmel, 1986 [1908]: 380).

Como escribe Fernando Giobellina (2005: 230) acerca del papel social del secreto y la eventual etnografía que asumiría su estudio, el secreto es considerado un mecanismo social de segregación destinado a la conformación, mantenimiento y hegemonía de un determinado segmento de la sociedad, aunque este segmento tenga una existencia sólo embrionaria. Este énfasis en el secreto a partir de su funcionalidad también es destacado por Jean Jamin (1977), quien subraya cómo lo importante no es tanto la adquisición de un determinado saber, sino la afirmación de poseerlo, el derecho autoarrogado a utilizarlo. Esta misma apreciación es la que hace pertinente la comparación entre la organización secreta antifranquista y cualquier otra sociedad a la que alguien se incorpora a través de la iniciación mística, es decir: la confianza de determinados secretos a una persona cuyo conocimiento hace ser miembro. Tomar parte, haber sido introducido y conocer el misterio de la organización es, en el caso del antifranquismo y en tantos otros con los que nos han ilustrado la historia y la antropología, lo que establece esta distribución desigual de informaciones estratégicas -contacto con los sacra, técnicas rituales, comunicación con los ancestros, relación directa con superiores invisibles- que caracteriza la diferencia entre iniciados y no iniciados.

Desde esta perspectiva, como se ve, el secreto equivale a un territorio dotado de fronteras que separan a aquellos que “están en el secreto” de los que no, de manera que entre aquellos que “están en el secreto” se producen determinadas formas de cooperación

que permitirían la consecución de determinados fines: he aquí la caracterización del secreto como el “núcleo duro de la cultura”.

No obstante, al margen del modelo que se nos presenta, al margen de su dureza, nos encontramos con una realidad que lejos de asemejarse a una cuadrícula estructurada, recuerda más bien, parafraseando a Michael Taussig (óp. cit.: 69), a una realidad tipo queso gruyere, “con formas imprevistas y agujeros irregulares en el medio de proliferas superficies, paseos en montaña rusa a través de los carnavales del ocultamiento y la revelación, que se alimentan de la intensa ambivalencia de la ceguera activa”. Una realidad para la que la transgresión del secreto se convierte en un elemento fundamental.

Una aproximación en esta dirección menos atendida la encontramos en los desarrollos teóricos que han enfatizado lo que se denomina la “tensión del secreto” (Zempléni, 1996) o “tensión de la profanación” (Canetti, 1994 [1960]), para referirse a la necesidad que experimenta el secreto de ser revelado y ocultado. He aquí la clave de la eficacia fascinadora de toda iniciación, como bien explicaba Jean Baudrillard (1997 [1981]: 77): toda seducción requiere el secreto, al menos la convicción de que alguien lo posee, se lo calla o lo esconde. Callar es un poder. Significa que se tiene la fortaleza suficiente para resistir los múltiples estímulos exteriores que inducen a hablar, pero esta contención que el silencio implica está cargada de una especie de exhibicionismo u ostentación. Como dice Ronald Barthes (1989 [1977]: 197) refiriéndose a las pasiones ocultas, el que esconde algo siempre acaba diciéndonos, de una forma u otra: “Sabéis que os estoy ocultando algo”.⁷² De ahí que Baudrillard (óp. cit.), relacionando secreto y seducción, concluye que el gran secreto consiste en que no haya ningún secreto: coquetear con el secreto, y a veces, ocultar que no hay secreto, que todo es un farol, porque la eficacia del secreto, efectivamente, sólo consigue su poder en la medida en que no sea dicho, por lo que la perdurabilidad de su eficacia depende de que detrás del misterio no haya ningún misterio.

Sin embargo, los desarrollos teóricos que han apuntado en esta dirección (cf.: Baudrillard, 1997; Jamin, 1977; Bonhomme, 2006; Giobellina, 2005) se quedaron a las puertas de un precipicio, cuya decisión de dar un paso adelante les habría arrojado al abandono definitivo de la fantasía intelectual implacable de que el mundo social debía encajar a la perfección en el análisis final, en un todo funcional, especialmente cuando se enredaban con la energía de la contradicción irreconciliable. Desarrollaron las teorizaciones

⁷² Esta seducción por el secreto es una constante que aparece en todos los testimonios a los que tuve acceso a lo largo de la investigación.

acerca de la seducción y la tensión del secreto, pero no dieron el paso que les hubiese llevado a comprender que no sólo se trata de que este secreto no exista, sino que además la exigencia recae en que éste sea continuamente transgredido, revelado como una auténtica falsificación. Un paso que va desde la vía positiva con Simmel y sus seguidores, a la negativa personificada en Hegel. Del secreto como secreto, es decir, como conocimiento recíproco limitado, al secreto como secreto público, es decir, como conocimiento fundamentado en saber qué no hay que saber.

BIBLIOGRAFIA

ADROHÉ, A.; ROSA, C. (2001). *La llavor dels somnis*. Girona: Llibres dels Quatre Cantons.

ÁGUILA, J. J. del (2001). *El TOP. La represión de la libertad*. Barcelona: Planeta.

AISA, M. (2007). “Un poco más sobre la clandestinidad libertaria”, *Enciclopèdic. Noticiari de l'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, núm. 33, pp. 19-24.

AISA, M. et al. (2008). *Cronologia de la clandestinitat anarquista*. Barcelona: Ateneu Enciclopèdic Popular. [Texto para la exposición “La premsa llibertària de la clandestinitat, 1939-1975”, inaugurada el 6-X-2008 en la Residència d'Investigadors de Barcelona.]

ALTÉS, M. (2004). *Manolo, ¿recuerdas?*. Barcelona: Barataria.

ALVAREZ, E. (2007). “La imagen del pensamiento en Gilles Deleuze; Tensiones entre cine y filosofía”, *Revista de Observaciones Filosóficas*. Madrid, nº5.

ANDRÉS EDO, L. (2006). *La CNT en la encrucijada*. Barcelona: Flor de Viento.

ASENJO, M.; RAMOS, V. (1999). *Malagón. Autobiografía de un falsificador*. Barcelona: Montesinos.

ASSOCIACIÓ CATALANA D'EXPRESOS POLÍTICS (2001). *Notícia de la negra nit. Vides i veus a les presons franquistes*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

ASSOCIACIÓ MEMÒRIA I HISTÒRIA DE MANRESA (2009). “La repressió franquista a Manresa en la veu de les víctimes”. www.memoria.cat/presos. Consultado el 20 de setiembre de 2016.

- (2010). “Les últimes detencions del franquisme a Manresa”. www.memoria.cat/detencions1975. Consultado el 20 de setiembre de 2016.
- (2011). “El primer franquisme a Manresa en un clic”. www.memoria.cat/franquisme. Consultado el 20 de setiembre de 2016.
- (2012). “Cens de manresans privats de llibertat”. www.memoria.cat/censpresos. Consultado el 20 de setiembre de 2016.

BALLESTER, D.; RISQUES, M. (2001). *Temps d'amnistia. Les manifestacions de l'1 i el 8 de febrer a Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.

- BAMBERGER, J. (1974). "The Myth of Matriarchy: Why Men Rule in primitive Society", en: Z. MUCHELE y L. LAMPHERE (ed.) *Women, Culture and Society*. Standford: Standford University Press, pp. 263-80.
- BARTH, F. (1971). *Ritual and knowledge among the Bakatman of New Guinea*. Oslo: Yale University Press.
- BARTHES, R. (1989). *Fragments de un discurso amoroso*. Madrid: Siglo XXI.
- BASSA, D. (1999). *Quan els malsons esdevenen realitat. Viatge al clavegueram policial de l'Estat espanyol*. Lleida: El Jonc.
- BATAILLE, G. (1972 [1943]). *La experiencia interior*. Madrid: Taurus.
- (1987 [1967]) *La parte maldita*. Icària, Barcelona.
 - (2005 [1957]) *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- BATAILLE, G.; CAILLOIS, R. (1982 [1938]). "Cofradías, órdenes, sociedades secretas, iglesias", en D. HOLLIER (ed.). *El Colegio de Sociología*. Madrid: Taurus, pp. 174-187.
- BATESON, G. (1990 [1936]). *Naven: "un ceremonial Iatmul"*. Madrid: Jucar.
- BATISTA, A. (1995). *La Brigada Social*. Barcelona: Empúries.
- (2010). *La Carta: Historia de un comisario franquista*. Barcelona: Debate
 - (2016). *A la caça del PSUC*, Barcelona: Edicions 62.
- BAUDRILLARD, J. (1997 [1981]). "El secreto y el desafío", en: *De la seducción*. Barcelona: Crítica, pp. 77-79.
- BELLMAN, B. L. (1984). *The Language of Secrecy: Symbols and Metaphors in Poro Ritual*. Nueva Brunswick: Rutgers University Press.
- BENGOECHEA, A.; RENOM, S. (1999). *Memoria i compromís. Classes treballadores, sindicalisme i política al Prat de Llobregat (1917-1979)*. Barcelona: Columna.
- BENJAMIN, W. (1977 [1928]). *The origin of german tragic drama*. Londres: New Left Books.
- BENTHAM, J. (1983 [1791]). *El panòptic*. Barcelona: Edicions 62, La Caixa.
- BERNDT, R. M. (1962) *Excess and restraint: social control among a New Guinea mountain people*. Chicago: University of Chicago Press.

- BESTARD, J. (dir.) (2006). *Les porteries a Barcelona*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- BONHOMME, J. (2006). «“La feuille sur la langue”. Pragmatique du secret initiatique», *Cahiers Gabonais d'Anthropologie*, Libreville, núm. 17, pp. 138-153.
- BORGES, J.L. (1993: 1956). “La secta del Fénix”, en *Ficciones*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 189-194.
- BORELLO, C. (2004). “Le secret en la lutte contre “l'hérésie” en Provence au XVIIème siècle”, *Rives Nord-méditerranéennes*, Ais de Provença, núm. 17, pp. 105-128.
- BORJA, J. (2009). “Espai públic i memòria democràtica”, en J. GUIXÉ; M. INIESTA (eds.). *Polítiques públiques de la memòria. I. Col·loqui Internacional Memorial Democràtic*. Vic: Eumo, pp. 77-06.
- BOURDIEU, P. (1991). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- (2003). “Los ritos como actos de institución”, en J. Pitt-Rivers; J. G. Peristiany (eds.). *Honor y gracia*. Madrid: Alianza, pp. 111-123.
- BRIDGES, L. (2010 [1951]). *El último confín de la tierra. Una juventud entre los indios fegüinos*. Barcelona: Altair.
- BURILLO, LL.; GRAUPERA, I. (2010). *Historias de vida. Fonts orals de la lluita obrera al Baix Llobregat*. Fundació Utopia.
- CAILLOIS, R. (1943). *L'esprit des sectes*. París: Gallimard.
- (1989). “Preámbulo a l'Esprit des sectes”, en *Acercamientos a lo imaginario*. Mèxic DF: Fondo de Cultura Económica, pp. 124-143.
- CANETTI, E. (1994 [1960]). “El secreto”, en *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik, pp. 304-310.
- CARRILLO, S. (1969). *Discurso en la conferencia de Moscú. La lucha por el socialismo hoy, más problemas actuales del socialismo*. París: Ebro.
- (1972). *Hacia la libertad*. Barcelona: Comitè Executiu del PSUC.
 - (1975). *Hacia el postfranquismo*. París: Ebro.
- CASANOVA, J. (2002). *Morir, matar, sobreviure. Violència política en la Espanya de Franco*. Barcelona: Crítica.

- CEBRIÁN, C. (1997). *Estimat PSUC*. Barcelona: Empúries.
- CLARÀ, J. (2002). *Ramon Vila, Caraquemada, el darrer maqui català*. Barcelona: Rafael Dalmau.
- (2005). *Marcel·lí Massana, l'home més buscat*. Barcelona: Rafael Dalmau.
- CLARET MIRANDA, J. (2003). *La repressió franquista a la Universitat Catalana*. Barcelona: Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives.
- CODRINGTON, R. H. (1972 [1891]). *The melanesians: studies in their anthropology and Folk-lore*. Nueva York: Dover.
- COEURE, S. (2000). “Frederic Monier, le complot dans la République. Strategies du secret de Boulanger a la Cagoule”, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 47, n° 2, p. 413.
- COHN, N. (1994). *Los demonios familiares de Europa*. Madrid: Alianza.
- COLOMER I CALSINA, J. M. (1978). *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*. 2 vols. Barcelona: Curial.
- COLOMER I ROVIRA, M. (2007). *Juventuts Socialistes Unificades de Catalunya. La lluita per retornar les llibertats democràtiques a la Mataró de postguerra*. Barcelona: Fundació Nous Horitzonts
- CREXELL, J. (1982). *Els fets del Palau i el consell de guerra a Jordi Pujol*. Barcelona: La Magrana.
- (1987). *La Caputxinada*. Barcelona: Edicions 62.
- (1992). *La «manifestació dels capellans» de 1966*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- CROCKER, CH. (1983). “Being and Essence: Totemic Representation Among the Eastern Bororo”, en: N. ROSS CRUMRINE y M. HALPIN, (ed.). *The Power of Symbols: Masks and Masquerade in the Americas*. Vancouver: University of British Columbia Press, pp. 154-73.
- DALMAU, F. ; JUVILLÀ, P. (2010). *EPOCA, l'exèrcit a l'ombra*. Lleida: Edicions el Jonc.
- DAVIS, N.Z. 1993. “Los ritos de la violencia”, en: *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, 149-185. Càtedra, Barcelona.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. (1988 [1980]). *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

DELGADO, M. (2010). "La vida secreta de Miquel Izard", *Boletín Americanista*, NÚM 61: Pp. 63-80.

- (2011). *El espacio público como ideología*. La Catarata, Madrid.

DELGADO, M.; PADULLÉS, J. (2009) "Cartografies secretes. L'espai de la clandestinitat a la Barcelona franquista", en: COL·LECTIU DESAFECTOS (ed.) *La ciutat i la memòria democràtica*. Barcelona: Ecos, pp. 127-144.

DELGADO, M.; HORTA, G.; PADULLÉS, J. (ed.) (2012) *Vides Secretes. Memòries d'un militant clandestí*. Manresa: Centre d'Estudis del Bages.

DERRIDA, J. (2005 [1967]). *De la gramatología*. Méjico: Siglo XXI.

- (1989 [1967]). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- (1997a [1994]). "Nombre de pila de Benjamin", en: *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos, pp. 69-151.
- (1997b [1986]). *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A.
- (1999 [1981]). *Las muertes de Roland Barthes*. Méjico: Taurus.
- (2000). "Autri est secret parce qu'il est autre", en: *Papier Machine. Le ruban de machine à écrire et autres réponses*. Paris: Galilée, pp. 367-398.
- (2005 [1990]). *Cada vez única, el fin del mundo*. Valencia: Pre-Textos.

DEWERPE, A. (2000). «De l'espion et du secret d'État: une approche historique», en A. PETITAT (ed.). *Secret et lien social*. París: L'Harmattan, pp. 63-78.

DÍAZ ESCULIES, D. (1983). *El Front Nacional de Catalunya (1939-1947)*. Barcelona: La Magrana.

- (1996). *L'oposició catalanista al franquisme: el republicanisme liberal i la nova oposició (1939-1960)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

DOMÈNECH, X. (2002). *Quan els carrers van deixar de ser seus. Moviment obrer, societat civil i canvi polític, 1966-1976*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

- (2008). *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*. Madrid: La Catarata.

DURKHEIM, E. (1982 [1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.

- EIDHEIM, H. (1976 [1968]). “Cuando la identidad étnica es un estigma social”, en F. BARTH. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Mèxic DF: Fondo de Cultura Económica, pp. 50-72.
- ESCRIBANO, F. (2001). *Compte enrere*. Barcelona: Edicions 62.
- ESTEVE, J. (2000). “1942-1944. Autour de la clandestinité en Ville”, en Ch. BORDES-BENAYOUN (ed.). *Les Juifs et la ville*. Tolosa de Llenguadoc: Presses Universitaires du Mirail, pp. 189-196.
- EUGENIA, C. (1993). “Los discursos de la clandestinidad en el anarquismo del XIX”, *Historia Social*, n° 17, pp. 63-74.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. (1937). *Witchcraft, oracles and magic among the azande*. Oxford: Clarendon.
- EYRE, P. (2000). *Quico Sabaté, el último guerrillero*. Barcelona: Península.
- FABBRI, P. (2001). “Todos somos agentes dobles”, en *Tácticas de los signos*. Barcelona: Gedisa, pp. 101-119.
- FABRE, J.; HUERTAS, J. M. (1979). “Primer de Maig sota el franquisme”, *L’Avenç*, Barcelona, núm. 16, pp. 70-71.
- FANÉS, F. (1977). *La vaga de tramvies de 1951. Una crònica de Barcelona*. Barcelona: Laia.
- FARRÉS, F. (1977). «L’onze de setembre sota el franquisme», *L’Avenç*, Barcelona, núm. 5, pp. 7-12.
- FERRANDO PUIG, E. (2010). *De la repressió a l’oblit. La classe obrera i el moviment obrer a Badalona*. Badalona: Ajuntament de Badalona.
- FERRANDO PUIG, E.; RICO MÁRQUEZ, J. (2006). *Les Comissions Obreres en el franquisme. Barcelonès Nord (1964-1977)*. Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat.
- FERRER, LL. (1998). *Navarcles: història en imatges, 1900-1979*. Manresa: Angle.
- FLORES, P. (1981) *Las luchas sociales en el Alto Llobregat y Cardoner*. Manresa: n. c.
- (1994) *Tipos manresanos I*. Manresa: n. c.
 - (1995) *Tipos manresanos II*. Manresa: n. c.
 - (2003). *Memòries de Pedro Flores*. Manresa: Centre d’Estudis del Bages.

FOUCAULT, M. (2006 [1976]). *Historia de la sexualidad*. Vol. 1: *La voluntad de saber*. Mèxic DF: Siglo XXI.

- (2009 [1975]). «La resonancia de los suplicios», en *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid: Siglo XXI, pp. 38-74.

FRASER, R. (1986 [1972]). *Escondido: el calvario de Manuel Cortés*. Nueva York: Pantheon.

FRAZER, J.G. (1981 [1922]). *La rama dorada*, Mèxic DF: FCE.

FRESÁN, R. (1994). *Trabajos manuales*. Buenos Aires: Planeta.

GABRIEL, P. (1989). *Comissions Obreres de Catalunya, 1964-1989*. Barcelona: Empúries.

GALLEGRO I MARÍN, G. (1996). *Els anònims de la transició. Història oral del moviment obrer a Lleida i a Balaguer (1960-1970)*. Lleida: Guimet.

GARCIA, G. (2005). *En veu de dona. La Fàbrica Nova de Manresa*. Manresa: Ajuntament de Manresa.

- (2011). *El moviment obrer a la comarca del Bages*. Manresa: Zenobita.

GARCÍA OLIVER, J. (1978). *El eco de los pasos*. Barcelona: Ruedo Ibérico.

GILLISON, G. (1980). “Images of nature in Gimi Thought”, en: C. P. MACCORMACK y M. STRATHERN (ed.) *Nature, culture and gender*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 143-173.

- (1993). *Between culture and fantasy: a New Guinea highlands mythology*. Chicago: University of Chicago Press.

GIOBELLINA, F. (2005). “Griaule, la etnografía del secreto”, en: *Soñando con los dogón. En los orígenes de la etnografía francesa*. Madrid: CSIC, pp. 215-274.

GOFFMAN, E. (1979). *Relaciones en público*. Madrid: Alianza.

- (1981). “On Face-Work”, en *Interaction ritual: essays on face-to-face behavior*. Harmondsworth: Penguin Books, pp. 5-46.

- (1998 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

- (2006a [1959]). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

- (2006b [1975]). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.

- GONZÁLEZ, A. (2002). *La vaga general de Sallent, l'any 1972. Els dies de rebel·lió a la mina*. Manresa: Pagès Editors.
- GÓMEZ ANGLADA, M. (2010). *Lluita i treball. El moviment obrer al Prat (1917-1978)*. Prat de Llobregat: Ajuntament del Prat de Llobregat.
- GÓMEZ DE LIAÑO, I. (2002). «A la luz del secreto», *Archipiélago*, Madrid, núm. 52, pp. 19-22.
- GRACIA, J. I. (1999). «Prólogo: sobre la clandestinidad y la delación», en J. R. GÓMEZ. *Clandestinos*. Oviedo: Pentalfa, pp. 7-15.
- GRANDES, A. (2010). *La alegría de Inés*. Barcelona: Tusquets.
- GREGOR, TH. (1985). *Anxious pleasures: the sexual lives of an Amazonian people*. Chicago: University of Chicago Press.
- GREIMAS, A. J.; COURTÉS, J. (1982). *Semiòtica*. Madrid: Gredos.
- GUTIÉRREZ, P. (2004). *Elogio de la militancia. Historia de Joan Rodríguez, comunista del PSUC*. Barcelona: El Viejo Topo.
- GUSINDE, M. (1961). *The Yamana: the life and thought of the water nomads of cape horn*. 3 vols. Nueva Haven, Conn: Human Relations Area Files.
- (1982). *Los indios de Tierra del Fuego*. Vol. 1, *Los Selk'nam*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- HEGEL, G. W. F. (2006 [1807]). *Fenomenología del espíritu*. Valencia: Pre-Textos.
- HERDT, G. (1990). «Secret Societies and Secret Collectives», *Oceania*, Sydney, vol. LX, núm. 4, pp. 360-381.
- HERRERÍN LÓPEZ, A. (2004). *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio*. Madrid: Siglo XXI.
- (2007). «La clandestinidad libertaria durante la dictadura de Franco», *Enciclopèdic. Noticiari de l'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, núm. 33, pp. 3-5.
- Històries de la clandestinitat*. Suplements d'El Correo Catalán, gener-octubre del 1985. Barcelona: Fomento de la Prensa.

“Històries de la clandestinitat” (2001), en *Gran angular*. Enregistramiento de video del programa de televisión. Guión: Lurdes Cortès. Realización: Pere Huguet. Barcelona: TVE Catalunya.

HOBBSWAM, E. (1983 [1959]). *Rebeldes Primitivos*. Barcelona: Ariel.

JAMES, W. (1985 [1902]). *Les varietats de l'experiència religiosa*. Barcelona: Edicions 62 / La Caixa.

JAMIN, J. (1977). *Les lois du silence. Essai sur la fonction sociale du secret*. París: Maspero.

JAULIN, R. (1983 [1967]). *La muerte en los sara*. Barcelona: Mitre.

JIMÉNEZ LOSANTOS, F. (1995). *Lo que queda de España*. Madrid: Temas de Hoy.

JOSEPH, I. (1998). *La ville sans qualités*. París: Aubier.

KAISER, W. (2004). «Per digitos videre, “Regarder entre les doigts”. Un topos gestuel de la dis/simulation dans l'espace germanique (XVème-XVIème siècles)», *Rives Nord-méditerranéennes*, Ais de Provença, núm. 17. Pp. 37-61.

KAPLAN, T. (1977). *Anarchists of Andalusia, 1868-1903*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.

LA FONTAINE, J. S. (1984). *Iniciación. Drama ritual y conocimiento secreto*. Barcelona: Lerna.

LARDÍN, Antoni (2005). La organización clandestina del PSUC en Catalunya en los años cincuenta. *Hispania Nova*, 5 (<http://hispanianova.rediris.es/5/articulos/5a002.htm>) consultado el 20 de setiembre de 2016.

- (2007). *Obrers comunistes. Els comunistes a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959)*. Barcelona: Cossetània.

LATTAS, A. (1989). “Trickery and sacrifice: tambarans and the appropriation of female reproductive powers in male initiation ceremonies in West New Britain.” *Man*, n° 24, pp. 451-69.

LE PERSON, X. (2004). “Les “pratiques” du secret au temps de Henri III», *Rives Nord-méditerranéennes*, Ais de Provença, núm. 17, pp- 11-36.

LEIRIS, M. (1994 [1948]). *Le langue secrète des Dogon de Sanga*. París: Albin Michel.

- LÉVI-STRAUSS, C. (1985 [1962]) *El pensament salvatge*. Barcelona: Edicions 62.
- (1992 [1971]). “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en: M. MAUSS, *Sociología y Antropología*. Madrid: Técnos, pp. 13-44.
 - (1993 [1959]). *Tristos tròpics*. Barcelona: Anagrama.
 - (1995 [1958]). *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós.
 - (2001 [1951]). *El suplicio de Papá Noel*. Barcelona: Muchnik.
- LITTLE, K. (1948). “The Poro Society as an arbiter of culture (A note on cultural interpenetration)”, *African Studies*, Londres, nº 17, pp. 1-15.
- (1951). *The Mende of Sierra Leone*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- LÓPEZ RAIMUNDO, G. (1963). *No quiero hablar. El deber de los comunistas frente a la policía y los tribunales franquistas*. Barcelona: Comité del PSUC de Barcelona.
- (1976). *Qué es y qué se propone el PSUC*. Barcelona: Secretaria General del PSUC.
 - (1995). *Primera clandestinidad*. Barcelona: Antártida.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, P. (1986). *El centro histórico. Un lugar para el conflicto*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- (1993). *Un verano con mil julios y otras estaciones*. Madrid: Siglo XXI.
- LOZANO, J. (1985). «El secreto en la era de la información», *El País. Temas de nuestra época*, Madrid, 16-XI.
- LUJAN, O. (2011). *El pacte per la llibertat. L'Assemblea del Bages, 1971-1979*. Manresa: Zenobita.
- MAFFESOLI, M. (1987). «La hipótesis de la centralidad subterránea», *Revista de Occidente*, Madrid, núm. 73, pp. 63-74.
- (2007). «De la identidad a la identificación», en *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*. Madris: Siglo XXI. Pp. 228-267.
 - (1998). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- MALLART, Ll. (comp.) (1992). *Ser hombre, ser alguien. Ritos e iniciaciones en el sur de Camerún*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- MALLÓ, O. (1997). *La revolta dels quixots. Història d'un maquis*. Barcelona: Empúries.

- MANTÉ, B. (2010). *Front d'Alliberament Català. Sabotatges per la independència*. Barcelona: Base.
- MARIMON, S.; TÉBAR, J.; PALA, G. (2009). «El darrer viatge de Quico Sabaté», *Sàpiens*, Barcelona, núm. 83, pp. 20-27.
- MARÍN, D. (2002). *Clandestinos. El maquis contra el franquismo, 1934-1975*. Barcelona: Plaza & Janés.
- MARTÍN RAMOS, J. L. (1993). «Del blau al roig. El camí de la revolta», *L'Avenç*, Barcelona, núm. 170, pp. 30-36.
- (2002). *Rojos contra Franco. Historia del PSUC 1939-1947*. Barcelona: Edhasa.
- MARTÍNEZ, M. T.; PAGÈS, P. (coords.) (2000). *Diccionari biogràfic del moviment obrer dels Països Catalans*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- MARTOS CASQUERO, M.-A. (1992). «Exégesis», a Plutarco, *Cuestiones romanas*. Madrid: Akal, pp. 101-472.
- MAUSS, M. (1970). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Barral.
- (1974 [1947]). *Introducción a la etnografía*. Madrid: Istmo.
- (2010 [1924]) *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. Buenos Aires: Katz.
- MAUSS, M.; HUBERT, H. ([1995] 1898) Assaig sobre la naturalesa y la funció del sacrifici. Barcelona: Icària.
- MAYAYO, A. (1986). *Nuestra utopía. PSUC, cincuenta años de la historia de Catalunya*. Barcelona: Planeta.
- MAYAYO, A. et al. (2005), *35è aniversari de la constitució del Comitè Nacional de la Joventut Comunista de Catalunya*. Barcelona: Fundació Nous Horitzons.
- Medidas de seguridad* (aprox. 1970). Document fotocopiats sense data i sense signatura.
- MEROÑO, P. (2005). «Román». *L'home que va organitzar el PSUC*. Barcelona: Fundació Pere Ardiaca.
- MOLINA, J. M. (1976). *El movimiento clandestino en España, 1939-1949*. Mèxic DF: Editores Mexicanos Unidos.

- MOLINERO, C.; YSÀS, P. (1981). *L'oposició antifeixista a Catalunya*. Barcelona: La Magrana.
- (1989). «Comissions Obreres», en P. GABRIEL (dir.). *Comissions Obreres de Catalunya, 1964-1989*. Barcelona: Empúries/CERES, pp. 29-80.
- MONTENACH, A. (2004). «Une économie du secret. Le commerce clandestin de viande en carême (Lyon, fin du XVIIème siècle)», *Rives Nord-méditerranéennes*, Ais de Provença, núm. 17, pp. 88-103.
- MOORE, R. I. (1989). *La formación de una sociedad represora*. Barcelona: Crítica.
- MORA, V. (1984). *El tramvia blau*. Barcelona: Laia.
- (1992). *Els plàtans de Barcelona*. Vilassar de Mar: Oikos-Tau.
- MORENO CLAVERÍAS, B. (2006). *Veus de dones II. El franquisme a l'Alt Penedès*. Vilafranca del Penedès: Ajuntament de Vilafranca del Penedès.
- MOROTE SERRANO, N. (2007). «El secreto», *Archipiélago*, Madrid, núm. 75, pp. 49-54.
- MUSIL, R. 2007. *Obras póstumas publicadas en vida*. Sexto piso, Madrid.
- NAVALES, C. ET AL. (2006). *Peatones de la historia del Baix Llobregat*. Cornellà de Llobregat: Associació per la Memòria Històrica i Democràtica del Baix Llobregat.
- NAVARRO, J. (2002). «El humo del secreto», *Archipiélago*, Madrid, núm. 52, pp. 50-52.
- NEDELMANN, B. (1994). «Secrecy as a macrosociological phenomenon: a neglected aspect of Simmel's analysis of secrecy», en D. FRISBY (ed.). *Georg Simmel. Critical Assessments*. Londres: Routledge, t. III, pp. 202-221.
- NIETZSCHE, F. (1968). *The will to power*. Nueva York: Vintage.
- (1990 [1889]). *Twilight of the idols*. Londres: Penguin.
 - (2007 [1872]). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Normas de seguridad* (aprox. 1960). Document fotocopiats sense data i sense signatura.
- NÚÑEZ, M. (2002). *La revolución y el deseo. Memorias*. Barcelona: Península / Atalaya.
- OLIVER, J. (2006 [1938]). *La fam*. Barcelona: Proa.

- PADULLÉS, J. (ed.) (2010). *Lògiques del secret. La cultura de la clandestinitat a la comarca del Bages (1946-1977)*. Manresa: Arola.
- (2011) *Bous de mort. El Corre de Bou de Cardona i la cultura popular taurina de Catalunya*. Tarragona: Arola. Galardonado con el premio Joan Amades de 2010.
- PALA, G. (2009). «La clandestinidad. Apuntes sobre Pere Ardiaca en los años del franquismo (1956-1977)», en C. SÁNCHEZ *et al.* *Pere Ardiaca. Materials per a una biografia*. Barcelona: Fundació Pere Ardiaca, pp. 63-92.
- PAZ, A. (1982). *CNT, 1939-1951. Quien sufre la derrota no está derrotado*. Barcelona: Hacer.
- (2000). *Al pie del muro*. Barcelona: Hacer.
- PECASTING, C. (2004). “The secret agents”, *Foreign Affairs*, vol. 83, nº 1, pp. 156-159.
- PERRAULT, G. (1982 [1967]) *La orquesta roja*. Barcelona: Bruguera.
- PETTAT, A. (1997). «Secret et morphogénèse sociale», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, París, núm. 102, pp. 139-160.
- PICTON, J. (1992). “What’s in a mask?”, *African languages and cultures*, nº 3, pp. 181-202.
- PIÑERO I COSTA, D. (2008). «Catalunya ja proclama, d’una manera clara, que vol viure sense polítics, sense burgesos, sense milionaris, sense rates de sagristia», *Enciclopèdic. Noticiari de l’Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, núm. 33, pp. 8-14.
- PITT-RIVERS, J. (1971 [1954]). *The people of the Sierra*. Chicago: University of Chicago Press.
- POLIAKOV, L. (1984). *La causación diabólica*. Barcelona: Muchnik.
- PONS, A. (2007). *Temps indòcil a Catalunya*. Barcelona: Angle.
- PRAT, J. (1997). «Los procesos de conversión», en *El estigma del extraño. Un ensayo antropológico sobre sectas religiosas*. Barcelona: Ariel, pp. 105-124.
- PRIGOGINE, I.; STENGERS, I. (1990). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- PUICERCÚS, L. (2009). *Propaganda ilegal. Itinerario de prisiones (1972-1975)*. Madrid: El Garaje Ediciones.
- PUIGSECH, J. (2001). *Nosaltres, els comunistes catalans*. Vic: Eumo.

- READ, K. (1965). *The high valley*. Nueva York: Scribner's.
- (1986). *Return to the high valley: coming full circle*. Berkeley: University of California Press.
- Regio 7. "Entrevista a Antonio Martos. Policia Local de Manresa", 11 de abril de 2007, p. 5.
- REYNES, A. (2006). «Le sentier occulte. Figures de l'initiation et du secret dans l'extrême-droite française», *Sociétés*, Brussel·les, núm. 92/2, pp. 61-76.
- RIERA, I.; BOTELLA, J. (1976). *El Baix Llobregat. 15 años de luchas obreras*. Barcelona: Blume.
- RIQUER, B. de (1989). «Un país després d'una guerra», en P. VILAR (ed.). *Història de Catalunya. El franquisme i la transició democràtica. 1939-1988*. Vol. VII. Barcelona: Edicions 62.
- RISQUES, M. (2002). «La tortura y la Brigada Político-Social», *Historia Social*, núm. 59, pp. 87-104.
- RODRÍGUEZ, E. (2005). *Els maquis*. Valls: Cossetània.
- RODRÍGUEZ OCAÑA, F. (1975). *Candidato de los trabajadores*. Barcelona: L'Avenç.
- RODRÍGUEZ TEJADA, S. (2002). «Estratègies d'oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià», *Reverques*, núm. 44, pp. 139-172.
- ROMANOS, E. (2007). «La clandestinidad libertaria durante el "trienio del terror" (1947-1949)», *Enciclopèdic. Noticiari de l'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, núm. 33 pp. 6-8.
- ROSALES, J. C. (2002). «Los secretos se escriben», *Archipiélago*, Madrid, núm. 52, pp. 23-26.
- RÚA FERNÁNDEZ, J. M. (2003). «Ens vigilen! Normes de seguretat al PSUC clandestí (1956-1976)», en *Actes de les III Jornades de Joves Historiadors i Historiadors de la Universitat de Barcelona*. Catarroja / València: Afers.
- RUIZ AYÚCAR, A. (1976). *El Partido Comunista, 37 años de clandestinidad*. Madrid: San Martín.
- SACKS, H. (1973). «Tout le monde doit mentir», *Communications*, París, núm. 20, pp. 696-735.
- (2000). «La máquina de hacer inferencias», en E. GOFFMAN *et al.* *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta, pp. 61-84.
- SÁNCHEZ AGUSTÍ, F. (1999). *Maquis a Catalunya. De la invasió de la Vall d'Aran a la mort de Caracremada*. Lleida: Pagès.

- (2006). *El maquis anarquista: de Toulouse a Barcelona por los Pirineos*. Barcelona: Milenio.
- SÀNCHEZ I FERRÉ, P. (1990). *La maçoneria a Catalunya (1868-1936)*. Barcelona: Edicions 62 / Ajuntament de Barcelona.
- (1993). *La maçoneria en la societat catalana del segle XX*. Barcelona: Edicions 62.
- SANZ, C. (2007). «La premsa llibertària clandestina (1939-1975)», *Enciclopèdic. Noticiari de l'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, núm. 33, pp. 13-17.
- SCHOLEM, G. (2004). *Los nombres secretos de Walter Benjamin*. Madrid: Trotta.
- SEGUNDO, L. (1969). *Horacio Fernández Inguanzo. Un comunista ejemplar*. Text fotocopiado inédito.
- SENDROS, J. M. (1993). «La caída de las JSUC», en G. LÓPEZ RAIMUNDO. *Primera Clandestinidad*. Barcelona: Antártida, pp. 424-429.
- SENEILLART, M. (1997). «Simuler et dissimuler: l'art machiavélien d'être secret à la Renaissance», en F. LAROQUE (ed.). *Histoire et secret à la Renaissance. Études sur la représentation de la vie publique, la mémoire et l'intimité dans l'Angleterre et l'Europe des XVIème et XVIIème siècles*. París: Presses de la Sorbonne nouvelle, pp. 99-106.
- SERRA I CARNÉ, J. (1988). *El moviment obrer al Bages i al Berguedà durant la Segona República*. Manresa: Associació Cultural Dovella y Centre d'Estudis del Bages, Manresa.
- SERRANO, S. (2001). *Maquis: historia de la guerrilla antifranquista*. Madrid: Temas de Hoy.
- SIMMEL, G. (1986 [1908]). «El secreto y la sociedad secreta», en: *Sociología. Ensayos sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza, pp. 357-424.
- SOLÉ, A. (2001). «Tribunals d'excepció i repressió política», en M. AVILÉS et al. *Albert Fina*. Barcelona: La Factoria, pp. 193-246.
- SOLÉ-TURA, J. (2000). *Una història optimista*. Barcelona: Edicions 62.
- STANLEY, P. (1987). *The Franco Regime, 1936-1975*. Madison: University of Wisconsin Press.
- STANNER, W.E.H. (1960). *On aboriginal religion*. Sidney: University of Sidney.
- SURROCA I TALLAFERRO, R. (1987). «1971: Un Onze de Setembre sonor», *L'Avenç*, Barcelona, núm. 197, pp. 64-67.

- TARDE, G. (1986 [1898]). *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.
- TAUSSIG, M. (2010 [1999]). *Desfiguraciones. El secreto público y la labor de lo negativo*. Madrid: Fineo.
- (1999). “Viscerality, Faith and Scepticism: Another Theory of Magic”, en: NICHOLAS DIRKS (ed.) *In Near Ruins: Cultural Theory at the End of the Century*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- TÉBAR, J. (dir.) (2010). *Topcat 1963-1977. L'antifranquisme català davant el Tribunal de Orden Públic*. Barcelona: Fundació Cipriano García / Departament d'Interior / Memorial Democràtic.
- TÉLLEZ SOLÁ, A. (1992). *Sabaté, guerrilla urbana en España (1945-1960)*. Barcelona: Virus.
- (2004). *Facerías, guerrilla urbana (1939-1957). La lucha antifranquista del Movimiento Libertario en España y en el exilio*. Barcelona: Virus.
 - (2006). *El MIL i Puig Antich*. Barcelona: Virus.
- TORBADO, J.; LEGUINECHE, M. (2010). *Los Topos*. Madrid: Capitán Swing.
- TORRALBO, J. (2009). *Vides secretes. Memòries d'un militant clandestí*. Manresa: Centre d'Estudis del Bages.
- TURISME TÀCTIC (s. d.). «Entrevista a Abel Paz». www.tacticaltourism.org. Consultado el 20 de setiembre de 2016.
- TUZIN, D. (1997). *The cassowary's revenge: the life and death of masculinity in a New Guinea society*. Chicago: University of Chicago Press.
- VENTURA, J. (2007). *La masmorra. De la plaça del Sol a la Via Laietana: viatge a les tenebres del franquisme*. Barcelona: Cossetània.
- VIADER, M. (2007) *Retalls d'un temps per no reviure*. Manresa: Centre d'Estudis del Bages.
- VIDAL SALES, J. A. (1976). *Después del 39: la guerrilla antifranquista*. Barcelona: ATE.
- VILARNAU, J. (2006), *Trencant el silenci. Els recitals de la transició*. Barcelona: Mina.
- VILLAR, C. G. (2000). *Dones, treball i sindicalisme a Catalunya, 1939-1978*. Barcelona: Arxiu Històric de la CONC.

- VINADER, X.; MARTÍ GÓMEZ, J.; RAMONEDA, J. (1976). *López Raimundo, lluita d'avui per un demà més lliure*. Barcelona: Laia.
- VINYES, R. (1998). *El soldat de Pandora*. Barcelona: Proa.
- WATIER, P. (2006). «Le secret de l'autre», *Sociétés*, Brussel·les, vol. III/6, pp. 35-38.
- WEBER, M. (2002 [1922]). *Economía y sociedad*. Mèxic DF: Fondo de Cultura Económica.
- WELLMERS, W. (1949). "Secret medicines, magic, and rites of the Kpelle tribe in Liberia", en: *Southwestern Journal of Anthropology*, http://www.amazon.com/Secret-medicines-magic-Kpelle-Liberia/dp/B0007HHBQM/ref=sr_1_17?s=books&ie=UTF8&qid=1309097345&sr=1-17Méjico, v. 5, n° 3, pp. 208-243.
- ZEMPLÉNI, A. (1976). «La chaîne du secret», *Nouvelle Revue de Psychoanalyse*, París, núm. 14, pp. 102-115.
- (1986). «Secret et sujétion. Pourquoi des informateurs parlent-ils à l'ethnologue?», *Traverses*, Montpellier, núm. 30-32, pp. 102-115.
 - (1996). «Savoir taire. Du secret et de l'intrusion ethnologique dans la vie des autres», *Gradhiva*, París, núm. 20, pp. 23-41.